



YUNNUN GONZÁLEZ

ENCUÉNTRA
me

Welcome to London 1

ENCUÉNTRAME

Yunnuen González

Copyright ©2015 Luz Yunnuen González Sánchez
Primera Edición: Febrero 2015

Acerca de la portada.

Fotografía de Raphaël Labbé (Something of a look). Usada bajo la licencia de Creative Commons.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, o distribuida por cualquier tipo de medio: impreso o electrónico, sin la autorización escrita del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción.

Las referencias a los acontecimientos, gente, o lugares son usados de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para aquellas estrellas que alguna vez iluminaron mi vida.

- 1 Club World
- 2 Buenos días
- 3 Fantasía versus fantasía
- 4 La vida continúa
- 5 Primeras citas
- 6 Soberbia actuación
- 7 Posición cómoda
- 8 Increíble
- 9 En la cama
- 10 Algo verdadero
- 11 Premier
- 12 Intermedio
- 13 En público
- 14 No abras la puerta
- 15 Madrid
- 16 Lunes
- 17 Interrogatorio
- 18 Abandonado
- 19 Rosas y vino
- 20 Ayuda real
- 21 Horrible espera
- 22 Los hechos
- 23 Solo silencio
- 24 Scrabble
- 25 Miguel Ángel

Epílogo
Agradecimientos
Otros títulos disponibles
En línea

Lo bueno no es para siempre.

Era una lástima que mi aventura en la ciudad de México se terminara tan pronto, pero ya era momento de regresar a Londres. A la realidad.

Mientras esperaba pacientemente en la fila para registrar mi equipaje en British Airways, revisé mi documentación por enésima vez para no tardarme en salir del check-in. Tenía hambre y quería comer algo antes de subir al avión.

La comida de clase turista no era mala, cumplía su objetivo, pero seguramente una Big Mac no iba a estar en el menú del avión.

Avancé nerviosa cuando llegó mi turno. Puse como pude mi equipaje en la balanza. A penas levanté la vista y noté inmediatamente que le gusté al joven que me atendía. Fue bastante obvio, ya que me miró por un momento con la boca casi abierta, tuve que llamar su atención para regresarlo a su trabajo.

Tras algunas sonrisas tontas por su parte y una corta conversación nerviosa, me entregó mi pase de abordar. Al revisarlo, me di cuenta que me había dado un asiento demasiado cerca de la sección de primera clase. ¿Acaso había promovido mi boleto?

Mis sospechas fueron confirmadas cuando puso a mis maletas unas etiquetas de la aerolínea que las distinguía como equipaje de Club World Class.

—Gracias —agradecí al joven con una sonrisa y un guiño coqueto que se me escapó.

—Fue un placer atenderte. Feliz viaje —dijo reprimiendo su sonrisa.

Estaba feliz. Iba a viajar por once horas totalmente cómoda.

Sumamente emocionada, fui a McDonald's en la zona de comida y pedí mi acostumbrada Big Mac.

La hamburguesa estuvo deliciosa, mejor que las de mi país, tanto así que no reprimí los “¡Mmm!” espontáneos al saborearla.

Al terminar, saqué mi iPod y fui a la sala de espera para abordar mi vuelo. Mientras esperaba sentada, admiré a las personas con Kings of Leon cantándome al oído.

Cerca de 20 minutos después, apagué la música cuando vi movimiento por parte de los empleados de la aerolínea.

Los primeros en llamar fueron los de Primera Clase y Club World. Hasta el momento, el trato fue casi igual que al acostumbrado a los de clase turista, supuse que eran políticas de la aerolínea. Incluso tuve que hacer cola para abordar.

Por esos 400 o 500 libras extras, el pasajero no debería hacer cola.

—Bienvenida a bordo —me dijo la asistente de vuelo en cuanto abordé.

Le sonreí amablemente.

Hay algo en los aviones que despiertan mi lado aventurero en cuanto cruzo la puerta. Es como si estuviese a punto de salir al espacio, a lo desconocido. Así me sentía mientras buscaba mi lugar.

Una diferencia drástica al fin. Los asientos eran dos cómodos reposets encerrados en un cubículo. Por suerte no era claustrofóbica o de lo contrario hubiera tenido que pedirle a la asistente de vuelo que degradara mi boleto a algo menos traumático.

Encontré mi lugar finalmente en la línea central. Iba a guardar mi equipaje de mano pero un hombre estaba haciéndolo también en donde iba a sentarme, seguramente era mi compañero de viaje.

Esperé pacientemente a que terminara.

No tenía mala pinta desde mi posición.

Volteó a verme cuando sintió la presencia de alguien a su lado.

Me quedé completamente atónita al reconocerlo.

—Permíteme, yo la acomodo —dijo en lo que me pedía la maleta.

Tardé un poco en reaccionar.

—Gracias —dije aun pasmada y fui a sentarme en mi asiento.

—No me agradezcas —dijo y se sentó en el asiento junto a mí después de guardar mi maleta.

¡Estaba literalmente temblando de nervios!

No podía tener a Nathan Bates a mi lado, ¿o sí?

Intenté verlo de reojo, solo para confirmar que en verdad se trataría de él, pero fui tan torpe que se dio cuenta inmediatamente de mi escrutinio. Me sonrió forzosamente para aligerar su incomodidad.

¡Sí es él!

Tomé el panfleto de medidas de seguridad y lo estudié concienzudamente. Era mejor hacerme la tonta con eso que dejarme devorar por la duda que me invitaba a voltear a mi lado.

¿Cómo tenía que actuar frente mi actor favorito?

Nathan Bates, de 26 años, no era realmente un actor popular, no del tipo de Brad Pitt o Tom Cruise. O sea, del tipo que reconocerías hasta dormida. Pero sí era un actor que destacaba por estar forjando su carrera poco a poco, con personajes secundarios muy demandantes. Personajes que hacían sobresaltar su actuación, más que su físico.

¡Y vaya físico!

En la pantalla arrancaba el suspiro, en la realidad el corazón.

Muchos reconocían que cuando llegara a los treinta, tendría la popularidad de Brad Pitt pero con la cálida histriónica de Christian Bale. Tal vez sería el nuevo Christian Bale. Solo era esperar el momento en que le ofrecieran un protagónico en donde pudiera mostrar su calidad actoral completamente.

A mi parecer, era tremendamente guapo, tanto en la pantalla como en la realidad. Cabello castaño, abundantes pestañas abrazaban a un par de ojos de un azul profundo, sus labios rosados destacaban más ante la oscuridad de su barba que ya nacía, su altura y delgadez eran perfeccionados por unos músculos ligeramente marcados, por lo menos así se veía en una foto que me encontré una vez navegando por la red, de él desnudo del torso. Aunque lo tenía a escasos 30 centímetros, no pude ver mucho debajo de esa playera blanca y sudadera guinda que me dejara atestiguar esa fotografía.

Me encantó que sus mejillas estuvieran sonrojadas, le daba un toque inocente, más de lo que ya tenía su rostro angelical.

En conclusión, no podía creer que tendría a mi lado por once horas al hombre que consideraba el más guapo del mundo.

¡Cómo demonios no viajábamos por Lufthansa o KLM! Esas cuatro horas extras hubieran sido geniales.

Al menos el cubículo nos daba privacidad.

Por el momento no apresuré las cosas. Tarde o temprano tendríamos que dirigirnos la palabra una vez más para no aburrirnos. Aunque, en ese momento, no recordé que era de noche y lo más seguro era que pasaríamos el vuelo durmiendo. Por lo menos él. Yo jamás he podido dormir en los aviones, y mucho menos lo iba a hacer teniendo a Nathan Bates a mi lado. A penas si podía respirar.

Se me escapó una risita tonta entre dientes al pensar que esto sería lo más cercano a dormir con él.

El aviso de ponerse el cinturón de seguridad se encendió. Tanto Nathan como yo obedecimos la orden. Nuestras miradas se encontraron de repente y le sonreí. Él me correspondió de la misma manera.

Mi respiración se aceleró ante la expectativa del despegue. Estaba tan nerviosa que ni siquiera puse atención a las medidas de seguridad.

Me gustaba viajar en avión pero siempre he odiado esa parte. Había visto demasiados programas de accidentes aéreos en donde decían que lo peligroso del vuelo eran el despegue y el aterrizaje. Para mí, todo el vuelo era peligroso.

Además, siempre venía a mi mente esa escena de *Destino final* en donde el avión explotaba tras el

despegue.

Por suerte, tenía un método para sobrellevar el momento —si explotaba el avión, moriría feliz—, pero con Nathan junto a mí, no recordaba cómo empezar.

—¿Tienes miedo a volar? —me preguntó Nathan.

Noté inquietud en su voz. Tal vez le preocupaba que tuviera un ataque de ansiedad o algo por el estilo, y tuviera que lidiar con mi trauma.

—No, solo al despegue.

—Puedo ayudarte con eso —dijo atrayendo toda mi atención a él—. Platícame de ti.

—¿Qué? —inquirí confundida.

¿Por qué quería saber de mí si aún no nos presentábamos?

El avión vibró un poco ante la imperfección de la pista, pero no me alteró como siempre solía hacerlo porque estaba completamente atenta a los labios de Nathan.

—¿Cómo te llamas?

—Alexandra Radcliffe —respondí apretando los puños que descansaban en mis piernas. Quería demostrarle que estaba tranquila.

El avión aceleró, advirtiéndome que subiría al cielo de un momento a otro.

—Mucho gusto. Soy Nathan Bates —dijo como si en verdad fuera alguien común y corriente.

Me extendió la mano y no me quedó de otra que estrecharla.

Mi respiración se cortó abruptamente por el contacto, pero sin que él lo notara. No hubo un choque eléctrico, pero sí una cálida sensación que me narcotizó tanto que todo mi cuerpo se relajó de inmediato.

Era como estar alcoholizada pero muy consciente de lo que sucedía a mí alrededor. Por lo menos de la forma en que él me miraba.

Nathan detuvo el tiempo de alguna manera con su toque, tanto que reaccioné hasta que el avión ya estaba volando a su altura y el piloto nos daba la bienvenida y el itinerario de vuelo.

El aviso de ponerse el cinturón se apagó.

—¿Mejor? —me preguntó con una sonrisa que no se parecía a ninguna que hubiere visto en sus películas.

Se sentía totalmente honesta.

—Sí, gracias —dije aun sujetando su mano.

Él, en respuesta, rió entre dientes y me pidió si le podía regresar su mano.

Me disculpé torpemente y tomé una posición bastante tiesa.

El silencio volvió a entrometerse entre nosotros y cada quien volvió a lo suyo.

Estaba tan tensa que ya me dolía el cuello. Y ya que no había mucho que hacer, saqué mi Tablet para relajarme, bueno, más bien para olvidarme un momento de Nathan.

La tanteé buscando que hacer.

Finalmente decidí jugar Scrabble un rato.

El juego logró su cometido y pronto ya estaba analizando que palabras podría formar con tan solo dos vocales y cinco consonantes, que en lo que venía haciendo Nathan.

—Siempre puedes poner Kwyjibo —me comentó Nathan como si nada.

—Kwyjibo no es... —respondí inconscientemente mientras volteaba a verlo.

Tenía una risita reprimida que explotó cuando caí en cuenta de su pequeña broma. Nathan había hecho referencia a un episodio de los Simpson en donde Bart terminó la partida de Scrabble con esa palabra.

Reí junto con él.

—No, ya en serio —dijo conteniéndose. Me arrebató la Tablet de las manos—. Vamos a poner... Occipital.

Jaló las fichas al tablero, acomodándolas en su lugar.

Miré sus manos, eran fuertes y a la vez elegantes. Me pregunté si eran delicadas cuando acariciaban. Durante mi admiración, descubrí que llevaba una argolla de plata en el meñique de su mano derecha. En el dedo correcto para no acabar con mis esperanzas.

Nate me encantaba, pero sabía tan poco de su vida. Bien podría estar casado en secreto.

La música de palabra aceptada me regresó a la realidad.

—Eres bueno —comenté.

—La verdad es que si lo soy. Demasiadas horas esperando entre vuelos hacen a alguien bueno en Scrabble y Solitario —respondió.

Me regresó la Tablet, pero la puse en *stand by* en lugar de seguir jugando y me torcí un poco hacia él en señal de que quería seguir platicando.

No podía desperdiciar la oportunidad que él propició por alguna razón. Aburrimento, seguramente.

—Así que no te puedo retar a una partida en esos dos juegos porque ya perdí de antemano.

Nathan rió tímidamente.

—¡Quién sabe! Tal vez me ganes.

Fuimos interrumpidos por la asistente de vuelo que nos dio dos menús a escoger para la cena.

Ambos pedimos el menú de carne.

A parte, Nathan le pidió dos cafés y algo de botana.

Por supuesto, la asistente de vuelo sabía quién era porque le llamó señor Bates y no objetó el pedido. Quizás esa era otra ventaja de viajar en Club World. A parte de tener a una celebridad como compañero de vuelo y no a fulanita-de-tal.

Definitivamente la experiencia valía ese extra de tarifa; y con gusto la hubiera pagado si hubiera sabido de antemano que él iba en este vuelo. Solo por el placer de ver si era tan guapo en persona.

—¿Y a qué te dedicas? —me preguntó, llevó todo su cuerpo hacia mi incómodamente para verme mejor.

—Universidad.

—¡Oh! —exclamó con rostro nostálgico—. Recuerdo esos años... muy divertidos, por cierto.

Reí sin querer. Hablaba como si ya hubieran pasado 20 años de eso.

—¿Y tú? —pregunté e inmediatamente torcí el rostro en arrepentimiento.

Por alguna razón se me había olvidado a quién tenía enfrente. La naturalidad con la que hablaba y se comportaba no iba acorde con mi idea de cómo debía ser alguien famoso e inalcanzable.

—A engañar a la gente —respondió ladeando la cabeza, en señal de que no me hiciera la tonta porque era bastante obvio para él que lo había reconocido.

—Disculpame, soy una tonta por preguntarte eso. Me olvidé por un momento quién eres.

—No hay problema —frunció sus rasgos en una risible indiferencia.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunté en lo que veía que la asistente de vuelo se acercaba a nosotros.

—Sí, claro —respondió con una sonrisa agradable.

La asistente de vuelo trajo los cafés y unas galletas en un plato. Mi torpe escrutinio le dijo a Nathan que no tenía idea dónde estaba mi dichosa mesita. Se apresuró a sacarla de la pared del cubículo, tomó los cafés y los colocó ahí.

—¿Conoces a Christian Bale? —inquirí con tono demasiado inocente.

Nathan rió por un segundo o dos, luego gimió y miró hacia delante para ocultar esa gran sonrisa que me había regalado anteriormente en el despegue.

—Si me dieran una libra por cada vez que me han preguntado eso desde que me compararon con él, tendría exactamente... ¡20 libras!

“¡Ja! Tendrán que preguntarme eso más seguido para hacerme millonario —comentó.

Quise reír pero suspiré sin querer al ver cómo pasó su lengua por sus labios para humedecerlos.

—¿En verdad suspiras por él? —me cuestionó volteándome a ver.

Sus gestos me dijeron que no le agradaba que lo hiciera. Tal vez eran celos profesionales.

—No. Él no es el que arranca mis suspiros —respondí sin pensar.

Nathan arqueó una ceja, ansioso por saber quién era mi actor favorito.

—Creo que la presión interna del avión está afectando mi respiración —dije finalmente, haciéndome la desentendida de su curiosidad.

¿Presión interna? ¡Qué estupidez!

—Okay —exclamó pausadamente como si supiera que estaba evadiendo que él me gustaba. ¿Acaso estaba siendo tan obvia?—. ¡Cómo sea!... Sí, sí lo conozco.

—¿Y...? —pregunté falsamente encantada por hablar de Christian.

La verdad es que me gustaba molestarlo con mi visión futura de él. Ese era el único tipo de celos que podía despertar en él.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Cómo es él?

—Demasiado intenso... Eso resume su personalidad —respondió.

—¡Wow! Se nota que lo es.

Sonrió forzadamente.

Me quedé callada. Ya no supe qué más hablar con él. ¿De todos los artistas que posiblemente conocía? ¿De su trayectoria como actor? ¿De los rumores que corren en los tabloides acerca de con quién sale?... ¿De qué?

Quería tratarlo como alguien común y corriente, pero no podía cuando estaba consiente a ratos de quién era él. Cada vez que contemplaba su atractivo rostro veía: “¡Hola! Soy Nathan Bates, tu actor favorito” tatuado en su frente, y cuando no lo veía, sentía que estaba charlando con un tipo guapo.

Si estuviera en tierra me hubiera despedido y hubiera huido del lugar totalmente avergonzada. Por supuesto, después me hubiera arrepentido por haber dejado ir la oportunidad. Pero es que era mejor porque ya me estaba comportando como la tonta fan que no le interesa la persona que hay detrás de la fama.

Pero no podía hacerlo.

A menos que encontrara un paracaídas que me amortiguara esa alta caída.

Tenía que aguantarme a la decisión del empleado que me asignó mi asiento.

Al recordar ese momento, bajé el rostro para que Nathan no viera mi sonrisa que se formó tras deducir que el empleado no estuvo coqueteando conmigo, sino que seguramente estaba deleitado por la sorpresa que yo tendría al subir al avión.

¿Acaso ese joven era el destino?

—Y bien, ¿me vas a preguntar por todo actor que conozco o ya podemos platicar de algo más... interesante? —inquirió, obligándome a levantar la mirada.

Bebió su café como si estuviéramos en una cafetería y no a más de 11,000 pies de altura.

—Creo que la palabra “interesante” tiene diferente significado para los dos —me hizo gestos de que no entendía qué quería decir—. Tal vez para ti es interesante que te cuente acerca de mi vida rutinaria de universitaria, pero tal vez para mi es interesante que me cuentes cómo es ser Mercutio un día y un soldado de la Segunda Guerra Mundial al siguiente.

Nathan rió calladamente al notar que había mencionado dos de sus papeles en obras de teatro.

—¡Quién lo diría! Eres graciosa —comentó en un susurro—. Lo que quieres decir es que si te hablo de mi día cotidiano, ya te aburrí.

—No, nada de ti es aburrido. Puedes decirme que comiste Cheerios en la mañana y me va a parecer fascinante —dije sin querer.

Nathan arqueó las cejas al darse cuenta que le había coqueteado otra vez.

—¡Okay! —exclamé, haciéndome la desentendida de lo que había dicho—. Si quieres aburrirte con mis cosas... pregunta lo que quieras.

Guardó silencio y suspiró. Se me quedó viendo como si pensara en algo.

—¡Ya ves! No se te ocurre nada —proferí.

—No, no es eso. Es que a penas te conozco y ya me estás confundiendo —dijo entrecerrando los ojos.

—¿Te confundo? —inquirí más extrañada que él.

—Sí... y quiero averiguar por qué —respondió, pero su pensamiento final fue casi un murmullo para sí.

Nos miramos profundamente. Yo tratando de averiguar qué quería decir con eso, y él como si quisiera meterse en mi cabeza y escarbar hasta encontrar una respuesta que lo satisficiera.

Por supuesto no encontraría una respuesta porque primero tendría que hacerme una pregunta.

Ambos fuimos interrumpidos por la asistente de vuelo que trajo nuestra cena. Nathan retiró los cafés de mi mesita y se los entregó a la asistente, puso mi plato y luego se apresuró a sacar su mesita.

La comida no era mala, mucho menos la compañía.

No hablamos durante la cena pero nos sonreíamos mucho cuando nos mirábamos.

¡Piensa qué puedes hablar con él! ¡No te quedes callada!

No se me ocurrió nada.

Al terminar, la asistente pasó de nuevo y retiró los platos. Me invitó a reclinar mi asiento y apagar las luces para dormir. Por supuesto yo no quería hacerlo, pero Nathan se acomodó cubriéndose con la manta, puso una película en su pantalla y movió un poco el dispositivo para que yo pudiera verla junto con él. No tuve más opción que reclinarme también.

Vimos la película, sin embargo, Nathan cayó dormido en menos de diez minutos, con su rostro en mi dirección. Sus labios me tentaron todo el tiempo. Me resistí y concentré solo en la película.

Cuando terminó, apagué su pantalla y la guardé con cuidado, tuve que levantarme para eso. También le acomodé un poco la manta para que no pasara frío.

Se veía tan... lindo que quise acariciar su cabello y darle un beso en la frente de buenas noches. Pero no me atreví y traté de dormir, no quería incomodarlo con mi sonambulismo.

Aun con su rostro hacia mí, lo miré por un largo rato. Podría pasar toda mi vida mirándolo, maravillándome todo el tiempo de la perfección de sus rasgos. Quería recordarlo así, como era en realidad, y no como esa versión maquillada que tenía en mi Tablet como *lock screen*.

La realidad era mucho más atractiva que la fantasía.

Finalmente caí dormida. Supongo que la paz que despedía él, cual ángel protegiéndome, me acunó entre sus brazos como en el momento que tomó mi mano cuando despegamos.

Todas mis preocupaciones desaparecieron con solo sentirlo cerca.

—Alexa, despierta. Es hora de desayunar —dijo un susurro muy cerca de mi oído.

Me retorcí y gimoteé un poco para despertarme y, cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue a Nathan con una sonrisa a medias.

Me sobresalté, y fue tan notorio para él que tuvo que contener una risa.

—¿Tan feo soy que espanto? —preguntó en son de broma.

Reí calladamente en lo que me estiré sin pudor.

—No, para nada... Por el contrario —volvió a enarcar las cejas—. Me desorienté por un momento. Siempre me pasa —agregué sagazmente para contrarrestar que volví a decirle indirectamente que me gustaba.

—Ya van a servir el desayuno. Espero que no te moleste que haya escogido por ti.

—No, no... Gracias —dije.

Cayó el silencio de nuevo. Pero en lugar de quedarme ahí, tratando de verlo a escondidas, decidí ir al sanitario a lavarme los dientes y la cara.

Ya en el baño.

—¿Alexa? —pregunté asombrada a mi reflejo madrugador.

Nadie me decía así, era un diminutivo muy fuerte para mi rostro, pero me encantó que él lo hiciera. Se escuchó único y muy sexy.

Me apresuré a arreglarme un poco.

Tuve que respirar profundamente cuando estuve a punto de salir para darme valor nuevamente a pasar el resto del vuelo con el hombre de mis sueños.

—Te pedí café negro —me dijo Nathan en lo que retiró mi cobija para que me sentara.

—¡Vaya! Ahora soy yo la desconcertada —comenté en lo que acomodaba mi bolso de nuevo cerca de mis pies.

—¿Preferías quedarte sin comer? —preguntó confundido.

—No, no... Gracias por tus atenciones.

Sonrió en respuesta.

Nathan había escogido huevos revueltos para los dos. La verdad es que nunca han sido mi primera elección de desayuno, al igual que el café negro, pero, por alguna razón, me supieron deliciosos. Seguramente por la idea de que él los había elegido para mí.

Minutos después de que terminamos y la asistente de vuelo nos retiró las charolas, Nathan me preguntó si me gustaría jugar una partida de Scrabble con él.

Rápidamente saqué mi Tablet y la inicié. Teniendo cuidado de nuevo que no viera quién estaba salvaguardando mis Apps y demás. De hecho, hasta configuré rápidamente que no entrara en modo *Stand by* al minuto. No podría soportar la pena de que se apagara la Tablet y tuviera que iniciarla con su foto, muy sexy, pidiéndome la contraseña para entrar.

—Bien... ¿Kwyjibo entró como palabra legal? —me consultó con un gesto angelical.

—¡Por supuesto que no, tramposo! —lancé entre risas.

Me atreví a darle un manotazo en su brazo. No le incomodó y rió entre dientes traviesamente, cual diablillo.

Por el resto del vuelo, jugamos Scrabble y bromeamos con las palabras tontas, y sus significados inventados al momento, que podíamos formar con nuestras fichas en el tablero. Me lo había advertido, era muy bueno y, lógicamente, me ganó.

También charlamos un poco de otras cosas. Nada importante que me hiciera decir que ya lo conocía a nivel personal.

Lamenté mucho el momento en que el piloto nos avisó que estábamos a unos minutos de aterrizar en Heathrow, que nos preparáramos.

Era el final del viaje y, seguramente, de mi momento idílico con Nathan Bates.

—Todo lo bueno tiene que acabarse —murmuré para mí mientras me ponía el cinturón.

Gimió, pero no pude distinguir si de alivio o... ¿qué?

El avión aterrizó sin problemas.

Nathan se apresuró a sacar nuestro equipaje de mano del compartimiento y salimos del avión en fila india. Caminamos juntos por el gusano que nos llevaba a la terminal. No hablamos pero nos hicimos compañía, eso lo noté cuando una persona se cruzó en mi camino sorpresivamente, por no decir que me empujó, y Nathan esperó a que me recompusiera de la indignación.

Llegamos a la banda de equipaje y esperamos pacientemente entre sonrisas escondidas.

Como no daba señas de que iba a conversar, saqué mi celular para mandar un mensaje a Layla que le decía que ya había aterrizado y que pronto estaría con ella.

Layla era mi mejor amiga desde inicios de la universidad, y próximamente compañera de departamento.

Yo era londinense de nacimiento, pero me había mudado con mis padres a Madrid a los 10 años; ellos aun radicaban ahí. Al cumplir los 18 años, decidí estudiar en una universidad inglesa. Dos años después, y gracias a que hablaba español fluidamente, la oportunidad de una beca en el extranjero salió e hice un semestre en una universidad mexicana. Estaba de regreso para terminar mis estudios.

Ya terminada la universidad, tenía planeado radicar en Londres definitivamente.

Estaba por terminar el mensaje cuando vi de reojo mi maleta. Aventé el celular a mi bolso como pude y me apresuré a tomar mi maleta. Nathan, al ver que me estaba costando un poco de trabajo, me ayudó a sacarla de la banda y luego la echó al carrito.

—Gracias —le dije con una sonrisa que seguramente no vio porque me agaché por mi bolso.

—De nada.

—Bueno —llamé su atención desilusionada por dejarlo—, fue un placer conocerte. Espero no haberte aburrido.

Le extendí la mano.

—Por el contrario, me entretuviste mucho —dijo tomándola.

Su rostro perfecto se iluminó con una tímida sonrisa.

Ese estado alcohólico que me atacó de nuevo me obligó a soltarlo casi de inmediato. Le dediqué una última sonrisa y empujé mi carrito para ir a migración.

Deseé con todas mis ganas que Nathan me alcanzara y pudiéramos seguir conociéndonos, tal vez junto a una taza de café, pero no lo hizo.

Tomé el taxi, pensando una y otra vez qué debí haber hecho para seguir en contacto con él. Pero concluí que si él no tuvo la iniciativa de pedirme que lo esperara, significaba que solo había sido su compañera de asiento de avión. Alguien con quien entretenerse durante once horas. Nada más.

Llegué al departamento de Layla.

Al haber conseguido una beca, sus padres le habían cedido el dinero destinado para su universidad para que rentara un departamento de dos cuartos. Otra vez me iba a subarrendar el segundo cuarto, lo que me pareció perfecto porque el primer semestre estuve en una residencia de la universidad y, sencillamente, nunca pude estudiar tranquilamente. Siempre hubo mucho ruido y distracciones.

Yo no estaba becada, así que no podía echar el dinero de mis padres al bote destinado a la diversión.

Layla me recibió gustosamente cuando cruce el umbral del departamento y, en cuanto me preguntó cómo había estado mi viaje, le platiqué de mis once horas a lado de Nathan Bates.

Me olvidé de mis cosas y acompañé a Layla a la cocina mientras seguía platicándole mi aventura. Cocinamos algo rápido.

Layla especuló lo que pudo haber sucedido si él me hubiera alcanzado para seguir conociéndonos.

Era una fantasía perfecta, pero... seguía siendo irreal.

Después de comer, me avisó que por la noche saldríamos a tomar unas cervezas con unos compañeros de clase. Rechacé su invitación porque estaba agotada. Además, trataría de dormir temprano para que no me diera el jet lag.

Layla me dejó sola en el departamento cerca de las siete de la noche. Aproveché su ausencia para hacer mi cuarto más cómodo.

Tras acomodar mi ropa en el closet, volteé mi bolso en la cama para guardar otras cosas personales que traía ahí.

¡Cuál fue mi sorpresa al no ver mi celular!

Lo busqué por todos lados pero no lo encontré.

—¡Demonios! Lo perdí... Pero ¿en dónde?

La parte buena del problema era que aun podía recuperarlo. Fui a la sala, tomé el teléfono para marcar a mi número. Sonó muchas veces hasta que entró mi buzón de voz.

Gimoteé frustrada mientras colgaba. Seguramente se había quedado en el cubículo de migración cuando saqué mi pasaporte.

Regresé a mi cuarto, dando mi celular por perdido, definitivamente.

Era una lástima porque mi pequeño aparatito era prácticamente una extensión mía.

—Bueno, al menos aún tengo mi Tablet conmigo —murmuré resignada en lo que la tomaba para ponerla sobre el pequeño escritorio en donde seguramente pasaría muchas horas sentada.

No era necesario matarme estudiando este semestre, tenía un buen promedio, pero, bueno, algo podría distraerme. Siempre me sucedía.

Decidí irme a dormir. Quería terminar ese día para salir a comprar un nuevo celular después de almorzar. No tenía otra opción.

A la mañana siguiente, prendí mi Tablet tan pronto como desperté. Reconoció el modem de inmediato.

Me llegó la notificación de que tenía un email.

Lo abrí en lo que bostezaba audiblemente. Al final tuve jet lag y no pude dormir hasta entrada las tres de la mañana.

—Hola —leí en voz alta, pero arrastrando las palabras—. Sin tanto rodeo te aviso que tengo tu celular. Lo dejaste sobre mi maleta de mano cuando recogiste tus maletas, no me di cuenta que lo olvidaste hasta que ya te habías marchado.

“Lo que me lleva a pedirte una disculpa por violar tu privacidad para averiguar tu email. No supe a quién hablar de tus contactos para que te avisara que yo tengo tu celular. Okay, te soy honesto, la verdad es que me fue más fácil contactarte por email. Tarde o temprano tendrías que revisarlo, ¿no?”

“Si quieres recuperar tu celular, respondeme este email y quedamos para vernos.

“Nathan Bates.

La boca se me cayó cuando leí su firma. Tuve que releer todo el email de nuevo para cerciorarme de que mi cabeza no estuviera atorada en una fantasía que solía tener con Nathan.

Pero, al parecer, si me había enviado ese email.

Quise responder inmediatamente, pero no sé de dónde salió un miedo por quedarme de ver con esa persona que tenía mi celular y que, tal vez, se hacía pasar por él.

Hay tanto loco en la calle que aprovecha cualquier cosa para hacer fechorías. Lo veía todo el tiempo

en la televisión. Y no ayudó a mi miedo que mi celular no tenía ninguna medida de seguridad, cualquiera podía tener acceso libre a él.

—¿Y qué tal si es él realmente?

Encontré rápidamente la manera de averiguar si era él. Respondí el email pidiéndole que contestara mi celular a la primera llamada, di enviar e inmediatamente fui a la sala por el teléfono y esperé varios minutos para darme valor a marcar mi número.

Sonó unas cuatro veces y me contestó un hombre con voz adormilada.

—Buenos días —dije muy educada.

—Buenos días —respondió el hombre, alargando el saludo y como si estuviera batallando con algo.

Hubo silencio, estaba tratando de adivinar qué hacía esa persona con los pocos sonidos que me llegaban a través del auricular.

—¿Alexa?

—Sí, soy yo —dije dudando que fuera Nathan.

Su voz me sonaba ligeramente familiar a la de él, pero aun así no quise darle armas al hombre para que me engañara en su nombre.

—Tardaste en responder mi email —cambió drásticamente el tono de voz.

—Sí... tengo mis razones.

—Okay —dijo ignorando mi respuesta—. ¿A qué hora vienes por tu celular?

—¿Disculpa? ¿Ir?... ¿A dónde? —cuestioné asustada.

—A mi casa —respondió él con naturalidad.

—Sí, bueno... Prefiero que nos veamos en un lugar público.

—¿No confías en mí? —dijo con una risita indignada.

—La verdad es que no tengo idea de con quién estoy hablando —revelé finalmente.

—Soy Nathan... Nathan Bates —dijo como si ya me hubiera olvidado de él.

—Dices ser Nathan Bates...

—Okay, okay. Entiendo... Ponme a prueba —me interrumpió.

Guardé silencio en lo que pensaba algo que solo él y yo sabíamos.

—¿Cómo me ganaste? —pregunté crípticamente. Ni siquiera dije que juego para que la pregunta tuviera más dificultad.

—Fácil... La palabra fue “sexo” y recuerdo que te sonrojaste.

Sentí un bajón.

¡Era cierto que estaba hablando con Nathan! Nadie más podría saber de ese momento porque todo lo que nos dijimos entonces fue con gestos.

Recuerdo que Nathan contuvo una sonrisa a la vez que movía sus dos últimas fichas. Me entregó la Tablet para que viera como me había ganado.

Lo miré inmediatamente cuando vi la palabra SEXO en el tablero.

Su sonrisa incitativa me hizo sonrojar. Y para rematar el momento, marcó “Gané” con sus sensuales labios.

—Okay, sí eres tu —fue lo único que pude decir mientras me sentaba en el sofá para recuperarme de la sorpresa.

—Eres muy desconfiada, ¿lo sabías?

Iba a contestarle pero me volvió a preguntar a qué hora iría a recoger mi celular.

¿Por qué tanta insistencia con que fuera a su casa?

—¿Podríamos vernos en otro lado?

—No, preferiría hacerlo en privado.

—¿No quieres que te vean conmigo? —cuestioné dolida.

—No, no es eso... Es que...

—¿Entonces? —le interrumpí desesperada. Estaba dándole muchas vueltas a su respuesta.

—¡Paparazzi!

—¡Oh! Okay. Disculpa, por un momento olvidé quién eras.

Soltó una risita que no supe descifrar.

Nathan seguramente no quería que los medios hicieran toda una novela romántica de una simple entrega de celular.

—Te envió mi dirección por email. Por favor, bórrala tan pronto como puedas.

—¿No confías en mí?

—Mmm... Te recuerdo que olvidaste tu celular.

—¡Okay! La borro en cuanto llegue a tu casa.

—¡Genial! ¿A qué hora vienes?

Guardé silencio en lo que pensaba cuánto me tardaría en arreglarme.

—¿Te parece bien a las cuatro?

—Me parece perfecto. Entonces... te veo a las cuatro —concluyó.

Su voz me dijo que estaba sonriendo en ese momento, o eso quería creer.

—Nos vemos entonces —dije y colgué.

Contemplé el teléfono largamente, tratando de asimilar que no estuviese alucinando. Por alguna razón el destino me había puesto de nuevo en su camino. No creo que para hacer las cosas bien. Siendo honesta, creo que actué bien todo el tiempo a su lado, fui muy natural... muy yo. ¡Claro! Se me escapó uno que otro coqueteo pero no pude evitarlo y a él no pareció importarle.

Me apresuré a ir a revisar mi guardarropa.

Creo que vacié de nuevo mi closet al descartar cada atuendo que me sobreponía y me veía en el espejo.

Tras que me bañé, maquillé y peiné, finalmente tomé mis jeans skinny, una playera blanca de cuello en V y un cárdigan guinda. Tomé uno de mis bolsos que combinara y eché mis cosas de siempre.

Me gustó el resultado final. Muy casual.

Al final decidí decirle a Nathan con mi atuendo que no tenía esperanzas de conquistarlo, lo cual era cierto. No era una cita, sino un encuentro para regresarme algo que me pertenecía. Nada más. Además, Nathan podía tener a la mujer que quisiera, ¿por qué se fijaría en mí? Aunque sí me considero atractiva, a su lado soy una simple mortal que tuvo la suerte de que un guapísimo ángel le hablara.

Él solo estaba siendo un buen samaritano.

Hice la parada a un taxi y le pedí que esperara un momento en lo que mi Tablet terminaba de prenderse, quería aprovechar la señal de wi-fi. Revisé rápido mi email, mi estómago se revolvió alegremente al ver en mi inbox Nathan Bates resaltando sobre todo lo demás.

Bufé jocosamente al darme cuenta que ambos vivíamos en Chelsea, solo que él estaba más cerca de Kensington y yo de Fulham. No vivíamos muy lejos uno del otro.

Le di la dirección al taxista y guardé la Tablet. Necesitaba mis dedos libres para descargar todo mi nerviosismo y entusiasmo en ellos. No dejaron de tronar en todo el camino.

Me costó trabajo respirar cuando bajé del auto y vi la casa de ladrillos rojos de dos pisos, no tan grande como las de al lado. Adecuada para una persona que vivía sola.

Estaba aún nerviosa.

Toqué la puerta pero nadie respondió. De hecho, todo estaba muy callado.

Abrí mi bolso para sacar mi celular e enviarle un email pero recordé que él lo tenía. Entonces, saqué la Tablet con la esperanza de encontrarme una red libre.

Nada.

Suspiré pesadamente en lo que me sentaba en la escalinata. Revisé su último email para asegurarme de que estaba en la casa correcta.

—197... Es esta —murmuré mientras volteaba incómodamente a ver el número en la puerta blanca. Esperé. Tal vez había salido de urgencia a algún lado.

Vi mi reloj y ya eran las 4:10. Decidí darle hasta las 4:30 para que llegara. Nunca me ha gustado esperar, soy demasiado ansiosa para eso.

Apenas bajé la manga de mi cárdigan y un Audi gris se detuvo enfrente de la casa. Nathan bajó apresurado con una bolsa en la mano.

—¡Hola! ¿Ya comiste? —me preguntó sin disculparse por tenerme esperando. Trotó mirando a todos lados.

Me puse de pie para no estorbarle en su carrera.

—Hola... No.

—¡Bien! Espero que te guste la comida china —dijo abriendo apresuradamente la puerta, me ordenó con un cabeceo que entrara.

A diferencia de él, que parecía tener prisa, me tomé mi tiempo en pasar.

Aventó las llaves en la mesa de centro de su sala y se estiró, se vio mucho más relajado. En seguida fue a lo que supuse era la cocina; mientras tanto, caminé lentamente adentrándome en su mundo personal.

Me sentí como si estuviera en los departamentos de la Reina en el castillo de Windsor, todo era muy intimidante. A pesar de que la decoración era masculina e invitaba a tocar.

Los sillones de su sala eran grandes, de tela, y de color azul con cojines guindas. Tenía dos grandes libreros con muchos libros, caminé hacia ahí para ver los tomos, los más gastados pertenecían a las adaptaciones cinematográfica o teatral en donde había participado, también había otros que parecían ser libretos.

Tenía una pantalla con un bluray debajo.

Seguí rondando hasta que me detuve en un cuadro colgado en la pared. Lo conocía, era la Casa del Parlamento pintado por Monet. Seguramente era una copia porque, hasta donde sabía, el original estaba en algún museo de Francia. Era una buena copia, tal vez le costó algunos miles de libras.

La sala se veía tan cómoda que deduje que ese era el cuarto en donde Nathan pasaba más tiempo.

Nathan regresó con dos platos con la comida ya servida en ellos.

—Siéntate, por favor —dijo, poniendo los platos en la mesa del comedor, luego jaló una silla pero no esperó a que me sentara para acomodarla, solo me había indicado que me sentara ahí.

No es una cita, ¿okay?

—¿Cómo estás? —pregunté casualmente en lo que tomaba el tenedor frente a mí.

—Un poco cansado. ¿Y tú?

—Igual... A todo esto, ¿qué hacías en México? —le pregunté curiosa.

—Fui a la promoción de...

—¡Ah, sí! Tu última película: Dentro de tu mente —completé su respuesta antes de tiempo.

—Sí, solo falta Londres y ya soy totalmente libre... Bueno, eso creo. Mi representante no me da descanso, tan pronto termino un trabajo y ya me está enviando más libretos. Me sorprende no haber recibido uno hoy —dijo mirándome, torció sus labios en una sonrisa cansada.

Hablaba con tal naturalidad, como si tuviéramos años de conocernos.

—¿Y qué hacías allá? —me preguntó.

—Estudiar un semestre.

—¡Ah!... ¿Divertido?

—Bastante. Hay muchas cosas que hacer allá.

—Me hubiera gustado ver más de la ciudad —comentó.

—Si nos hubiéramos conocido antes, con gusto te la hubiera mostrado —respondí en un murmullo.

Silencio y miradas furtivas.

—¿Te gusta la comida? —preguntó señalando mi plato con su tenedor.

—Sí, gracias —dije tomando una posición totalmente refinada.

FANTASÍA VERSUS FANTASÍA

No me sentía cómoda. Estaba totalmente fuera de mi zona de confort, pero lo creí normal porque Nathan seguía intimidándome, a pesar de que me trataba con naturalidad.

Volvimos a hablar de cosas sin importancia.

Tras que terminamos de comer, se puso de pie y desapareció en las escaleras que subían al segundo piso. Regresó al poco rato arremangándose la sudadera azul marino, vi que traía mi celular en la mano.

Me puse de pie y fui apresurada a su encuentro para tomar mi celular.

—¡Hola, precioso! ¡No sabes cuánto te extrañé! —exclamé gustosa, y muy sincera, en lo que lo tomaba de su mano. Lo apretujé a mi pecho como si fuera un dulce cachorrito.

Nathan rió divertido.

—Bien —dije en lo que recobraba la compostura.

Fui a tomar mi bolso que había puesto sobre la mesa de centro. Nathan me siguió.

—Gracias por regresarme mi cel, y por la comida —dije en lo que echaba mi celular al bolso; cerciorándome que esta vez sí cayera dentro.

Nathan se acercó a mí para despedirse. Un adiós otra vez. Levanté la mano para estrechar la suya, pero entonces se siguió de filo hasta que sujetó mi cuello. Me paralicé a su toque y la respiración me falló cuando sus labios buscaron los míos sorprendentemente.

Fue un beso casto, como debe serlo un primer beso, incluso hasta dubitativo, pero yo pronto lo convertí en uno más íntimo y prohibitivo cuando solté la bolsa instintivamente y me aferré a él, atrayéndolo más a mí. Él hizo lo mismo con su otra mano que se ancló en mi cintura.

Sus labios... aquellos maravillosos labios que había acariciado solo en fotografías, imaginándome cómo sería sentir su devoción, se movían a la par de los míos. Me hablaban de un maravilloso mundo en donde sería idolatrada por ellos si así lo deseaba.

Mis rodillas flaquearon en el justo momento en que cortó el beso para tomar un respiro, sonreír tontamente e intercambiar miradas. Sus ojos me cautivaron tanto que fue fácil perderme en ellos y cegar todo pensamiento racional que me obligara a alejarme de él. Su pulgar recorrió mi mejilla delicadamente, en una caricia que electrificó todo a su paso.

¿Estoy despierta? ¿No fue un lapsus que me llevó a mi fantasía?

Volvió a besarme.

¡Dios, me va a ocasionar un ataque cardiaco!

Me puse de puntas para hacer el beso más demandante, pero él volvió a detener mi efusión.

—Ven —dijo retrocediendo.

Sonrió seductivamente y tomó mi mano, me jaló detrás de él en dirección de las escaleras. De inmediato adiviné a dónde quería llevarme y qué quería hacer conmigo.

¡Y no era jugar Scrabble!

Irónicamente quería hacer realidad la última palabra de su jugada: sexo.

Iba a tener sexo casual... ¡Sí, sexo casual con Nathan!

Por supuesto estaba temblando ante la idea de entregarme completamente a él como nunca lo he hecho con otro hombre. Temía amarlo tanto que después no pudiera amar a nadie más de igual forma.

Su delicado jalón me dijo que no temiera y que confiara en nuestros deseos. Lo seguí pensando durante todo el camino si estaba segura de lo que iba a hacer.

Aun no lo estaba realmente. E iba a soltarme de su mano para detener esto un poco porque, a mi parecer, estaba pasando demasiado rápido. Pero entonces Bart Simpson apareció en mi cabeza parado frente a una palanca con el letrero que decía “Resbaladilla súper divertida” y dijo con su inocente rostro:

—No, no debería... Bueno, ¿cuándo voy a volver a venir?

¡Exacto! ¿Cuándo iba a volver a venir a su casa y a estar en la misma situación?

No todos los días tenía a Nathan Bates besándome e invitándome a hacerle el amor.

Cierto, estaba rompiendo rotundamente mis reglas demasiado quisquillosas, según Layla, en relación a cuánto debía esperar para hacer el amor con alguien, pero... ¡por dios, era Nathan Bates! El hombre de mis sueños, mi fantasía constante.

¡El hombre que Miguel Ángel esculpió solo para mí!

Llegamos a la planta alta y su apretón se hizo más fuerte y demandante.

Entonces recordé cuando Layla me planteó una situación ficticia, durante una de nuestras muchas pláticas de hombres.

—¿A quién no le dirías “No”? —preguntó ella en ese entonces.

Por supuesto ella pensó que iba a responder Alan, el tipo que me traía loquita y que no me pelaba en esos días.

—A Nathan Bates —respondí sin dudar un segundo.

Cuando respondí eso, jamás me cruzó por la cabeza que lo iba a conocer. Que lo tendría enfrente, sujetándome fuertemente la mano para guiarme a su cuarto con una que otra mirada furtiva, cargada de deseo.

¡Dios mío! ¡Sí está pasando!

Mi respiración se aceleró silenciosamente cuando entramos a su cuarto. Mi corazón latió tan fuerte que lo escuchaba fácilmente, apenas pude coordinar el paso. Me llevó hasta muy cerca de su cama cubierta con un edredón color chocolate. No pude ver más del cuarto porque fue cuando se volvió hacia mí sin soltar mi mano, de hecho, la levantó mirándola hasta que nuestros dedos se entrelazaron sin dificultad.

Volví a suspirar y él lo notó. Su sonrisa a medias me dijo que le gustó que yo reaccionara así con solo tocarme. Pero en realidad mi suspiro fue anticipado y nervioso por lo que seguiría a continuación.

Me besó de nuevo, sin prisa. ¿Por qué apresurarse si me tenía toda para él? No escaparía, eso era seguro, él ya lo había deducido. Además, ya era muy tarde para hacerlo. Por eso él disfrutaba plenamente como yo respondía a sus besos y a sus súbitas caricias que sentía por todos lados. Excitando todo a su paso.

Era cierto lo que le dije a Layla, a Nathan no podía decirle “No”. Y la verdad es que ya no quería hacerlo. Por el contrario, quería disfrutar de toda su persona que estaba dispuesta a entregarse a mí en ese momento.

Él era la excusa perfecta, tal vez la única, por la que rompería esa regla.

Mi mente por fin se apagó y se entregó totalmente al momento cuando Nathan desvió sus besos a mi cuello en lo que poco a poco me empujaba a la cama. Caí de espaldas entre risitas traviesas cuando me hundí en el esponjoso edredón.

—Me encanta tu risa de niña divertida —dijo mientras sonreía traviesamente.

—Y a mí me encantan tus labios tan besables —respondí.

No comentó nada más y se quitó la sudadera, luego la playera.

—¡Wow! —se me escapó sin querer.

Me sonrió complacido por mi expresión honesta al ver su torso ligeramente marcado. No me defraudó en absoluto que se viera mejor en las fotografías que en la vida real. De hecho, y pensándolo mejor, esas fotografías arregladas eran las culpables de que lo viera como alguien inalcanzable. Me gustó más su “mortalidad”.

Se subió a la cama gateando en lo que yo me quitaba el sweater también, lo aventé al suelo. Me iba a quitar la playera pero me pidió si él lo podía hacer. No dije nada, solo me senté y retiré las manos en señal de que le daba permiso de desvestirme.

Sus dedos rozaron mi piel lentamente, expectantes, como si abrieran un regalo que lo tuvo en ansias por días y todavía quería deleitarse con esa sensación fascinante de ver algo maravilloso. Se mordió el labio inferior lleno de deseo cuando me vio semidesnuda, y un suspiro se le atoró en la garganta, tal vez su fantasía también estaba cumpliéndose: tener sexo con una admiradora. Esa reacción me entusiasmó tanto que le llamé con él dedo índice para que me besara de nuevo.

Orden que acató sujetando mi rostro arduamente para que no detuviera nuestro arrebató.

—Te deseo... He querido hacerte el amor desde que te vi durmiendo a mi lado, Alexa —me dijo, deteniendo sus besos para verme directamente a los ojos.

Otro suspiro se me escapó al escuchar que dijo: hacerte el amor, no acostarme contigo o cogerte. Conceptos totalmente diferentes para mí. Hacer el amor era más íntimo porque involucraba sentimientos puros que vienen del corazón y no de las hormonas.

Así que por eso puso SEXO en el tablero... ¡Por dios, cállate y disfruta!

Acarició mi mejilla a la vez que retiraba un mechón. Su admiración era desquiciante porque quería seguir. No quería que se tomara un segundo para recapacitar acerca de esto, de que estaba a punto de hacerme inmensamente feliz. Aunque... él seguramente no estaba analizando el momento, y solo se estaba dejando llevar por su deseo carnal.

Mis dedos acariciaron su pecho ligeramente velludo, desplazándose libremente hasta que pude sujetar la cintura de sus jeans. Ligeramente hiperventilada, lo jalé para encontrarme con sus labios apresuradamente.

Me dejé caer, llevándome a Nathan conmigo.

Sentí su piel ardiendo cuando cayó sobre mí sin hacerme daño. Se restregó deliciosamente contra mi cuerpo, logrando con cada uno de sus roces que me acoplara a él en cuerpo y alma hasta ser completamente suya.

El momento era perfecto, sus besos eran perfectos... ¡él era perfecto! ¡Por dios! Era tan bueno en esto que estaba a punto de llevarme al clímax sin siquiera hacerme el amor.

—Eres hermosa, Alexa... muy hermosa... y quiero sentirte completamente mía —murmuró mientras besaba mi hombro y retiraba los tirantes del bra.

Solté un gemido que lo cautivó tanto que lo apresuró a arrancarme los jeans y pantis. Hice lo mismo con él, pero lento y muy seducida por lo que veía.

A pesar de que tenía una imaginación muy vívida, mis fantasías eran mediocres en comparación a la realidad. A la forma cariñosa y sexy con la que Nathan se dedicó a mí, incitándome a que yo también me dedicara fervientemente a él.

Jamás me había sentido tan hermosa y completa estando con un hombre.

—¡Wow! Miguel Ángel hizo un buen trabajo contigo —murmuré sin querer tras terminado el *round one*. Cuando se recostó a mi lado exhausto.

Recuperó su aliento entre risitas apenadas. Me volteé hacia él para vernos cara a cara. Aun estábamos jadeantes y gozando esos electrizantes estremecimientos que uno despertó en el otro.

—Algún día tendrás que explicarme eso —dijo en lo que descansaba su cabeza sobre su brazo doblado para verme mejor.

Me sonrojé, pero aun así me atreví a acariciar su pecho tímidamente. La sensación de poder tocarlo era increíble. Al igual saber que mis caricias lo estremecían hasta el punto de poner una tonta sonrisa en su rostro.

¡No podía creer que fue mío!

—¿Tenías planeado esto? —pregunté señalando la cama con la mirada.

—No, pero cuando tomaste tu bolso me dije: ¡Hey, idiota, reacciona! ¡Ya se va! —reí entre dientes ante la representación de su yo interno, era algo agresivo—. No podía dejarte ir sin descubrir qué tal

besas.

—Pues no nada más eso descubriste —dije sarcásticamente sin pensar.

Nathan bufó sorprendido.

—Disculpa, mi humor sarcástico siempre brota cuando estoy muy nerviosa —me excusé apenada.

—Al igual que tu sinceridad —remató entre risitas.

Me jaló hacia él por la cintura.

—Quiero que te entregues a mí de nuevo, Alexa —susurró buscando mis labios con el mismo deseo de un principio.

Round two.

Cerca de las ocho de la noche, Nathan se levantó de la cama y se vistió con un pantalón de pants y una playera.

—¡Ejem! —le llamé falsamente para recordarle que yo no tenía nada que ponerme.

Nathan volteó y me miró confundido por mi llamada de atención.

—¿Podrías pasarme *algo* que ponerme?

Rió y fue a su cajonera, sacó una playera y me la aventó. Traía el escudo de algo.

—¿No crees que ya no deberías ser pudorosa conmigo? —dijo en lo que se recargaba en su cajonera.

Tomó una pose presuntuosa.

Después de ponerme la playera bajo la cobija, me asomé como niña que estaba construyendo un fuerte y se le había caído encima.

Su mirada me ordenaba que le deleitara la vista.

Me sonrojé y Nathan rió nuevamente entre dientes.

—Ya no lo sería, si no me vieras así —dije sin más, me estiré para tomar mis pantis.

—¿Nerviosa otra vez? —cuestionó divertido y sin ayudarme a alcanzarlas. De hecho, su pie quiso alejarlas más para que saliera de mi escondite, pero las tomé a tiempo.

—¡Hey, dejame en paz! —le espeté con trabajos, estaba regresando a mi cueva provisional—. ¡Bien! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Aventé las cobijas, sentí como parte de mi cabello persiguió el viento que lo acarició. Brinqué de la cama.

—No sé... Tengo hambre, pero no quiero cocinar —dijo haciendo pucheros.

Me acerqué a él inconscientemente. No nos tocamos, pero él me recorría de pies a cabeza con la mirada, su playera apenas cubría mi trasero, por lo que no dejaba mucho a la imaginación.

No sé él pero al menos yo estaba retardando el deseo de besarle.

—Pidamos algo de comer —dijo finalmente retirándose de mí.

Troté rápido para alcanzarlo y abrazarlo por detrás. Él se volteó y me empujó a la pared del pasillo, puso sus manos a cada lado de mi cabeza, acorralándome. Me miró fijamente y acercó sus labios a los míos que ya esperaban recibirlo con gusto, pero no me besó y los desvió hacia mi mejilla. Su embriagante aliento me acarició con una mezcla de ternura y deseo en su recorrido a mi cuello.

Hizo la finta de que iba a besarme ahí pero tampoco lo hizo, solo rozó mi piel con sus labios, incendiando cada milímetro de ella.

Me temblaron las rodillas cuando cerré los ojos para deleitarme más con el acto. Esperaba que me tomara entre sus brazos y me regresará a la cama pero tampoco lo hizo. De pronto, ya no lo sentí y escuché el crujir de la duela bajo el paso de alguien que se alejaba.

Abrí los ojos a tiempo para verlo bajando las escaleras.

Suspiré profundamente frustrada y lo seguí.

—Siéntate —dijo en lo que me señalaba con la cabeza el sillón más largo.

Tomó el teléfono y marcó. Escuché algunos bips y, mientras esperaba a que le contestaran, se sentó

junto a mí y tomó mis piernas desnudas para colocarlas encima de su regazo. Las acarició delicadamente, mandando oleadas de sensaciones gratificantes por todo mi cuerpo.

Sus fuertes manos eran expertas en ser delicadas.

Por fin le contestaron y pidió unos sándwiches, luego colgó y aventó el teléfono en la mesa de centro.

—¿Qué quieres hacer mientras llega la comida? —me consultó en lo que llevaba un mechón de mi cabello detrás de mí oreja, dejando mi cuello expuesto para que él hiciera lo que se le antojase conmigo.

—Si quieres, puedo besarte y besarte y besarte... —respondí en lo que mi dedo índice dibujaba delicadas figuras en su cuello.

—¿Hasta que te canses?

—Sí.

—Lo que me recuerda que tenía pensado tomar agua... ¿Gustas también?

Quería reclamarle que una vez más me había dado un cortón tras excitarme, pero me quedé callada y asentí varias veces. No quería verme como una rogoná.

Retiró mis piernas, fue a la cocina y regresó con dos vasos con agua simple.

Miré mi reloj, eran las 8:15.

—Creo que me retiraré tras comer ese sándwich que pediste para mí —comenté.

Tanto cortón me desanimó mucho.

—Quédate un rato más —sugirió como si nada.

—¿Quieres que me quede? —consulté dudosa de que en verdad quisiera eso.

Asintió sonriendo.

—Okay —dije igual de sonriente y lo jalé para besarlo.

No iba a hacerme del rogar.

Poco a poco, fui llevando mi cuerpo hasta quedar a horcajadas sobre él. Le cumplí mi plan de besarlo hasta que me cansara, solo que él tenía otros planes más sensuales, los cuales fueron detenidos por el timbre. Sus manos salieron de debajo de mi playera y gimoteó frustrado mientras me hacía a un lado para ir a recibir la comida. Me tapé las piernas con uno de los cojines, no quería darle un show al repartidor.

Todo se enfrió a partir de que se sentó. Prendió la televisión y comimos mientras la veíamos.

Al terminar, seguimos viendo una película que me llegó al corazón profundamente. No por ser romántica, sino porque trataba de la segunda guerra mundial. Me conmovió la falta de humanidad.

Generalmente no lloro con los finales tristes pero con ese no pude contener una lagrimita que rápidamente escondí.

No me gustaba que me vieran llorar.

Nathan ya no quiso iniciar nada. Creo que la película lo enfrió demasiado.

Cerca de las once de la noche le avisé que ya era momento de marcharme. No quería hacerlo pero ya estaba preguntándome qué significaba esa noche para él.

—Quédate. Ya es muy tarde para que andes sola en la calle —dijo apagando el televisor.

—¿No hay problema?

—No.

—Okay —respondí dudosa de que en verdad quisiera que me quedara.

Su voz no se escuchó muy entusiasta con la idea.

—Bien, entonces, vayamos a dormir.

Acepté. La verdad es que no quería separarme de él. Además estaba cansada, ya había empezado a bostezar cerca del final de la película.

Subimos a su cuarto, discutiendo la inocencia de los niños que murieron. Nathan aún estaba muy sobrecogido con ese final que nos dejó silenciosamente perplejos. O quizás no quería iniciar una plática que nos llevara a un beso.

Me acosté en su cama mientras que él fue a sacar su pijama de la cajonera, se cambió frente a mí sin ningún pudor. Lo contemplé deleitándome con el movimiento de sus músculos que curvaban su cuerpo hermosamente. No podía creer que mis labios y manos hicieron lo que quisieron con él.

Cuando sintió mi mirada, me hice la disimulada y le destendí su lado para que se acostara.

—Descansa —me dijo en lo que me dio un beso casto de buenas noches en la frente.

—Buenas noches —dije pausadamente y me dejé caer en la esponjosa almohada.

Estaba confundida por lo caballeroso que era.

Nathan se estiró a su lado derecho y apagó la lámpara de noche. Sentí el movimiento del edredón, estaba acomodándose para dormir. Me acerqué a él para buscar que me abrazara, pero me di cuenta que estaba boca abajo, así que iba a ser imposible que lo hiciera. Me acomodé de lado y pegué mí frente a su brazo. Mis dedos libres dibujaron una caricia en círculos en su espalda, quería sentirlo como diera lugar.

Escuché que suspiró placentemente, le agradó que lo hiciera.

Cerré los ojos y en minutos caí dormida.

Horas después, escuché el graznar de un cuervo. Desperté desorientándome por un segundo o dos. Afortunadamente, mis recuerdos se activaron antes de que brincara al ver a Nathan durmiendo plácidamente a mi lado, aun boca abajo y abrazando parte de su almohada como si esta fuera a escapar al menor descuido.

Ver su alejamiento me hizo pensar en su indiferencia tras que nos acostamos para dormir. Generalmente, los hombres con los que he dormido me acurrucaron entre sus brazos para recordarme una última vez por esa noche que estarían a mi lado a la mañana siguiente. Pero Nathan sencillamente irguió un muro que me prohibió el acceso a él.

¿Era posible que hubiere concluido durante la película que solo me entregué a él porque era *Nathan Bates*? Quizás pensó eso, porque solo una fan se entregaría así a la primera.

¿Solo me había invitado a quedar porque en verdad ya era muy tarde para andar en la calle sola? Por supuesto él no sabía que he andado sola más noche, y que vivía en el mismo distrito.

¿Se arrepentía de todo?

Mi corazón palpitó asustado ante ese pensamiento. Si era así, entonces, no quería esperar a que despertara para que me corriera de su lado indiferentemente. No podría soportarlo.

Una huida sonaba mejor para la situación.

Me sentía tan insegura, a diferencia de cuando estuvo bajo mis caricias.

Traté de salir de la cama con cuidado para no despertarlo, pero me di cuenta que no se movió de su lado. De seguro era uno de esos colchones que literalmente podía estar saltando de un lado y el otro apenas si se movía. Nathan no reaccionó.

Busqué mi ropa y me cambié apresurada con el menor ruido posible. Dedicué un minuto a doblar perfectamente la playera que me prestó y la coloqué sobre la almohada de mi lado. No fue necesario abrir la puerta del cuarto porque él no la cerró anoche, caminé con mucho cuidado por el pasillo para que la duela no revelara mi huida.

Bajé los escalones de dos en dos y troté de puntas a la sala para tomar mi bolso del suelo.

Di un último vistazo al lugar, imaginándome a Nathan de pie con esa fabulosa sonrisa en su rostro, y salí cerrando la puerta delicadamente.

Me dolió reconocer que solo tuve una noche de pasión con mi actor favorito. Una maravillosa experiencia que no tenía un futuro escrito, y que seguramente nadie me creerá.

No fue una buena idea haberme entregado a él, porque ya me sentía tan sola sin su presencia. La fantasía me había botado a una horrible realidad en donde quería a Nathan desesperadamente, aun cuando sabía perfectamente que nunca lo tendría porque, después de todo, yo solo fui una admiradora más en su vida.

Mis recuerdos del día anterior me acompañaron tristemente en mi regreso al departamento de Layla.

¿Cómo seguiría con mi vida tras haber estado con él? ¿Podría conocer a otro hombre que lo sobrepasara en todos los aspectos? ¿Podría volver a ver una de sus películas sin añorar lo que pudo haber sido?

El taxi se detuvo enfrente del departamento, pagué mi viaje totalmente desganada y bajé con kilos de peso sobre mis hombros.

—Buenos días —me saludó Layla tan pronto como entré al departamento. Iba hacia la cocina, aun arrastrando los pies y bostezando constantemente.

—No lo son, querida amiga —dije entristecida.

—¿Qué sucedió?... Por cierto, ¿dónde estuviste ayer? —me cuestionó. Me señaló con un cabeceo que la siguiera.

Aventé mi bolso al sillón y me quité las bailarinas de camino a la cocina.

—Estuve con Nathan —le confesé sin más.

—¿Qué?... ¿En serio? —inquirió ella deleitada.

—Sí. Y antes de que me preguntes, sí, me acosté con él.

Hubiera preferido decir “hice el amor con él” pero era engañarme. Estaba comprobado que para él los términos tenían el mismo significado.

La noticia la terminó de despertar, soltó la tapa de la tetera al escuchar mi revelación. En seguida rió nerviosamente en lo que me miraba completamente atónita. Sin embargo, se confundió cuando vio que mi expresión no era de dicha.

—¿No se supone que deberías estar brincando de felicidad?

—Sí, se supone. Pero creo que él se arrepintió de... ya sabes —respondí evadiendo el acto que me dolía mencionar.

Le platicué todo lo que pasó con demasiado lujo de detalles. Lo hice porque quería que me dijera, desde su punto de vista, si yo había pasado por alto un detalle o mal interpretado algo.

—Amiga, quisiera decirte algo que te dé un poco de esperanzas, pero es que no lo conozco. El concepto que tengo de él es gracias a lo que se dice en la tele y, para ser te honesta, siempre me ha parecido un presumido. Alguien que se creó demasiado bueno para mirarte.

“No me extraña que se haya comportado así contigo, una vez que logró meterte a su cama.

Sentí una punzada martirizante en el corazón al escucharla. No era lo que quería escuchar, pero tal vez era lo que necesitaba para guardar ese momento en el cajón de los recuerdos.

—¿Piensas lo mismo de Brad? —pregunté.

Layla adoraba a Brad Pitt.

—No. Brad se ha ganado el derecho de creerse demasiado bueno para cualquiera.

Me recargué en el mueble de la cocina, cerca del fregadero, para hundirme en mí pesar.

—No le des más importancia de lo que él se merece, amiga. Con tu huida le acabas de decir que él también fue una conquista de una noche. Y, creeme, eso va a lastimar su ego de estrellita de cine.

Solté una risita atorada en un bufido.

—Te cae muy mal, ¿verdad?

—Algo. No te dije lo que pensaba de él porque siempre supe que te encantaba físicamente y no quería discutir contigo, pero, ahora que te lastimó, lo he anotado en mi lista de bastardos.

—Va a ser muy difícil olvidarme de él —confesé sin querer.

—Lexy, en dos semanas iniciamos el semestre. ¡Creeme! Pronto se cruzará en tu camino alguien que

sí valga la pena y te olvidarás de tu desliz con ese tipo.

—Eso espero, porque empiezo a sentirme como Ícaro... Volé alto con la esperanza de que el sol me tomara entre sus brazos. Lo maravilloso es que lo hizo, y también me amó, pero me quemó las alas en el proceso.

—Lamento que te hayas desplomado al agua sin que alguien pudiera rescatarte —dijo Layla honestamente.

Era muy extraño hablar de Nathan como si fuera un tipo que conocí en un pub, alguien tan terrenal y que podía odiar por no haberse dejado hechizar por mí encanto. Intimidar con él había cambiado la forma en como ya lo veía.

Suspiré pesadamente, le sonreí forzosamente y fui a mi cuarto con el café que gentilmente me había preparado. Sin embargo, no lo bebí y solo lo puse sobre el escritorio. Me eché en mi cama, que de pronto no me pareció tan cómoda como la de Nathan. Abracé mi almohada, imaginándome por un momento que era él.

Su aroma impregnado en mi me llegó lastimosamente. Tuve que tomar un baño urgentemente, necesitaba arrancar su esencia que solo me recordaba cómo se había comportado mi cuerpo bajo el mando de sus manos.

Empecé a arrepentirme de haberme entregado a él.

Tras la ducha, decidí que así como me había lavado su aroma, también tenía que hacer una limpieza radical en mis cosas. Fui por mi bolso y saqué mi celular y Tablet, borré toda imagen que tuviera de él.

Quería olvidarme completamente de él, aunque iba a ser muy difícil porque él era una figura pública y tarde o temprano me toparía con una fotografía suya.

Regresé a mi cuarto y me puse mi pants más calentito para salir a correr. Antes de ponerme la gruesa sudadera, programé mi iPod con música movida. Nada de baladas. De hecho, estarían prohibidas por un tiempo, por lo menos hasta que alguien me pidiera permiso de entrar a mi corazón. Lo enfundé con trabajos en mi *armband*, lo amarré a mi brazo contorsionándome como siempre y terminé de vestirme.

Salí del departamento avisando antes a Layla a dónde iba.

Hacia bastante frío, pero aun así caminé hasta Hyde Park como calentamiento... Un calentamiento de media hora en donde solo pensé en él.

¡Cómo lamenté que mis pensamientos no fueran felices!

Ya en el parque, corrí hasta que agoté toda mi energía. Tuve que tomar el autobús de regreso al departamento, lo que fue peor porque esos minutos tranquilos fueron la puerta abierta para que él entrara de nuevo a mis pensamientos. Su aroma aún estaba impregnado en mis fosas nasales y no paraba de drogarme placenteramente.

Mis ojos se cerraron instintivamente para recordar sus labios marcando un camino en mi cuello que lo llevaba a los míos.

¡Argg! ¡Deja de recordar!

Bajé del autobús y entré al departamento con paso enfadado por no poder dejar de pensar en él.

El lugar estaba vacío, sin más fui directo a darme otro baño para asearme, pero sobre todo para despejar mi mente de su reminiscencia otra vez.

¡Demonios! Así iba a ser esto por un buen tiempo.

Fue el día más largo de mi vida, y lo pasé encerrada en mi cuarto leyendo y escuchando música, haciendo cualquier cosa que mantuviera mi mente ocupada.

El semestre en la universidad iniciaba a las dos semanas de conocerlo. La primera semana fue un constante martirio para Layla.

—¿Lo busco o no? —le preguntaba esperanzada.

Y ella siempre me aniquilaba con: “—Si quisiera verte de nuevo, ya te hubiera llamado, ¿no? Tuvo tu

cel todo un día, pudo averiguar tu número”.

Y era cierto, sin olvidar que también tenía mi email. La verdad era que Nathan no quería verme de nuevo.

La noche de año nuevo fue quizás la peor noche de esas dos semanas. Me hubiera encantado tanto que Nathan hubiere estado conmigo en la cuenta regresiva para besarlo e iniciar el año a su lado.

Desperté el primer día de clases más relajada y consiente que tenía que seguir con mi vida como si jamás lo hubiera conocido.

Me preparé para ir con Layla a la universidad en autobús. A mi amiga no le agradaba el transporte público pero tenía que aguantarse porque no podía gastar en estacionamiento diariamente.

—Primero que nada, te presentaré a mis nuevos amigos. Alguno de ellos servirá para olvidar al actorcito —planeó Layla con tal naturalidad que me hizo reír.

—Layla, no me estás llevando a una zapatería en donde puedo escoger el par de zapatos que más me agrade y me haga sentir cómoda... Te recuerdo que tus amigos son personas y tienen el derecho a no sentirse atraídos por mí —expliqué aun entre risitas.

—Sí, ¡cómo sea! —respondió sin dar importancia a mi regaño—. Creo que congeniarás mucho con Brayden. Es de tu tipo.

Suspiré pesadamente.

¡Nathan era mi tipo! No quería buscar un remplazo. No tan pronto.

Pero, por mucho que me resistiera, Layla tenía razón. ¡Odiaba que siempre la tuviera!

No podía pasar mis días revocando y fantaseando una relación que no debió ser desde un principio.

Si el estúpido de Bart Simpson no hubiera aparecido en mi cabeza, estaría lamentando no haberme quedado; que era mucho mejor porque pronto lo hubiera olvidado y no estaría todo el tiempo viéndolo por doquier, como en ese comercial de Armani Code en donde la modelo ve a Chris Pine en todos lados.

Tan pronto como entramos a la universidad nos topamos con su pequeño grupo de amigos. Todos eran compañeros de otras clases. Estuve muy atenta a cada uno de ellos, descartándolos irónicamente como si fueran zapatos, hasta que llegamos al que ella escogió para mí: Brayden Keats.

Mi amiga no se había equivocado, si no estuviera aun suspirando por Nathan, era seguro que hubiera notado ese clic que se tiene cuando se conoce a alguien que llena tus expectativas a primera vista.

Brayden tenía un porte algo alto, delgado, cabello castaño no tan oscuro, ojos verdes, pero de una tonalidad bastante oscura, y labios igual de besables que los de Nathan.

Layla platicó con sus amigos amablemente, haciéndose bromas y otros tontos comentarios. Efectivamente, Brayden llamó más mi atención con su carácter extrovertido. Sé que notó mi interés porque me veía de reojo con la sola finalidad de averiguar si yo aún seguía clavándole la mirada. Estaba algo embobada con él.

El grupo siguió platicando hasta que, de pronto, Layla miró su reloj. Ese simple gesto me recordó que tenía que ir a la oficina de admisiones a entregar los papeles que validaban mi semestre en el extranjero.

—Layla, tengo que irme... ¿Te veo entre clases? —le consulté en lo que buscaba hacia dónde tenía que ir.

—Sí, búscanos en la cafetería cuando quieras. Siempre estamos ahí —dijo uno de los amigos de Layla. No recuerdo su nombre.

—Bien, fue un placer —dije a todos, aunque mi mirada solo se enfocó en Brayden, era un indirecta solo para él.

Me alejé sintiendo una mirada clavada en mi espalda, bueno, en mi trasero, que no tenía nada de maravilloso. Deseé fervientemente que fuera Brayden el que no pudiera dejar de verme.

Ya en la oficina de admisiones, una asistente me invitó a sentarme en lo que se desocupaba la persona con la que tenía que hablar.

Tomé una revista de la universidad en lo que esperaba, fue tal mi sorpresa al ver a Nathan en un artículo en donde hablaba de su alma mater.

—¡Por dios santo! —exclamé en voz alta sin pensarlo.

Tan bien que iba mi día sin que él saliera a relucir. Ya había conocido al candidato perfecto que lo iba a sacar de mi cabeza y, con suerte, de mi corazón.

La asistente volteó a verme.

—¿Sucede algo?

Le volteé la revista para que viera la fotografía de Nathan.

—¿Es exalumno? —le pregunté.

—Sí. ¿No lo sabías?—respondió ella extrañada.

—No —respondí aventando la revista, castigándola con mi indiferencia como si Nathan pudiera sentirla a través de su fotografía.

Había entrado ya en la fase en donde ver su imagen me enojaba y maldecía su existencia.

Arreglé los papeles para retomar mis estudios en la universidad y fui a mi salón de clases literalmente corriendo. Llegué tarde pero no me preocupé, porque tenía una buena excusa. Aunque al profesor no le pareció y me amonestó enfrente de todos.

Durante ese día, no tuve tiempo para ir a la cafetería a reunirme con Layla y sus amigos porque solo tuve dos clases y el tiempo entre cada una fueron reducidos. Además, aun no estaba preparada para coquetear con Brayden. Lo haría poco a poco.

Al menos él ya se había dado cuenta de que no me era del todo indiferente como sus amigos.

Layla regresó al departamento ya entrada la tarde. Hablamos de nuestro día, manteniéndonos siempre alejadas del tema de los hombres. Lo que me pareció perfecto porque, a pesar de todo, sentía que mi vida estaba retomando su vía normal.

Así fue por los siguientes días, hasta que llegó la tarde del jueves. Layla llevó a sus amigos al departamento para hacer una presentación que tenían para el día siguiente de no sé qué clase. La verdad es que no me interesaba.

Me quedé en la sala viendo una película mientras escuchaba los comentarios que eran respondidos con una que otra risa. Me pareció que la presentación solo fue un pretexto para reunirse.

—¿No hay otra cosa que ver? —me preguntó Brayden sentándose muy cerca de mí. Me arrancó el control de la mano.

Brinqué, como era de esperarse. Sin embargo, le demostré con mis gestos que estaba un poco indignada por arrebatarle el control.

Brayden torció una sonrisa traviesa y cambió de canales hasta que una de sus amigas le gritó desde el comedor que regresara dos antes.

La respiración se me fue cuando vi a Nathan en primer plano, vistiendo traje y camisa negra, estaba desabotonada dando un toque casual. El color de sus ojos refulgían bastante y sus labios se veían deliciosamente sonrojados en contraste con su barba de media tarde.

Era una entrevista que le hicieron en la alfombra roja de su última película, en el cine Odeon de Leicester Square.

—Cambia de canal, Brayden —le ordenó Layla al verme perturbada por verlo de nuevo.

—¡No! —contraordenó su amiga Ivy—. Déjame admirarlo un rato más.

—Él está en mi lista de a quienes no les diría “No” —comentó Lisa, la otra amiga de Layla.

—¿Qué tiene de especial para que te acuestes con él a la primera, Lisa? —le preguntó Brayden curioso.

Fue una cuchillada en la espalda que me hizo voltear a ver a Layla, se me hizo un nudo en el

estómago.

—¿Estás ciego o qué?... ¡Velo! ¡Es guapo! —replicó Lisa.

—¡Muy guapo! —remató Ivy seductivamente.

—Sí, pero lo que tiene de guapo, seguramente lo tiene de imbécil —refutó Layla.

Palabras que dijo únicamente para recordarme que tenía que olvidarme de él.

—¡Por fin! Hasta que alguien está de acuerdo conmigo —dijo Brayden en lo que aplaudía las palabras de Layla.

—Sí que te cae mal —comentó Tim a Brayden cuando vio sus gestos de fastidio.

—¡Cómo no tienes idea! No sé por qué tanto alboroto por él —murmuró Brayden.

Me cerré a las bromas que hicieron el resto en relación a Nathan, porque la reportera le estaba preguntando si había asistido solo a la proyección.

Él sonrió y dirigió la mirada a su lado derecho, el camarógrafo no lo siguió con la cámara pero no fue necesario porque la reportera le preguntó si había llegado con una de sus coestelares: Ariadna McAllister, una joven actriz que actuaba más en películas independientes.

La reportera le preguntó si había un romance en puerta. Nathan volvió a sonreír en respuesta y bajó la mirada tímidamente. Mi corazón terminó de romperse. Acababa de perder a alguien quien realmente nunca fue mío.

Había tratado de hacerme la fuerte... indiferente a mi idilio, pero solo había llevado a cabo una soberbia actuación, engañándome a mí misma en el acto. Añoraba a Nathan.

Todo el tiempo no quise aceptar que lo que tuve con él había sido algo casual, maravilloso pero casual.

Quería regresar a la imagen que tenía de él antes de conocerlo, pero es que ya no recordaba cómo era idolatrarlo solamente. Desearlo a la distancia y seguir con mi vida.

La entrevista giró hacia la película.

Me puse de pie para ir a mi cuarto a lamentar la noticia. No quería que ninguno de los presentes me hiciera bromas como si yo fuera una fanática que se había desilusionado porque su actor favorito ya no era soltero.

Sentí que Brayden me siguió con la mirada pero no hizo nada para detenerme, o siquiera preguntarme por qué me marchaba desconsolada.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Layla la empujó. Entró y la cerró con cuidado.

—¿Qué esperabas, Lexy? ¿Realmente creíste que lo habías conquistado? —me sermoneó sin levantar la voz, aunque no redujo su tono categórico.

—No lo sé —le respondí en lo que me sentaba en la cama totalmente desganaada—. Así parecía.

—Solo fue actuación. Te recuerdo que de eso vive.

—Sí, lo sé, pero...

—¡Vamos, Lexy! Él está acostumbrado a que las mujeres se le avienten a los pies. Ya lo viste con Ivy y Lisa.

—¡Hey! —espeté molesta por el insulto.

—Sí. Caíste ciegamente en su telaraña, no hay marcha atrás en eso, pero... ¡puedes voltear la situación!

—No entiendo.

—Okay. Te acostaste con tu fantasía... ¿Cuántas mujeres pueden decir eso?

—Espero que no muchas —mi comentario fue sincero. No quería pensar en el número de mujeres que se le han aventado a Nathan.

—Sí, fue genial y todo eso, pero no es tu realidad. ¡Él no es real! Es momento de que lo dejes atrás y sigas con tu vida.

“Además no hubiera funcionado. Su vida glamorosa hubiera chocado mucho con tu vida sencilla.

Desvié la mirada, no quería seguir adelante. ¿Quién puede hacerlo cuando tuvo un vistazo de lo que podría ser la felicidad perfecta?

—Le gustas a Brayden —comentó Layla cuando vio que sus puntos de vista no me estaban animando, mucho menos haciéndome cambiar de parecer.

—¿En serio? —inquirí inconscientemente.

A mi corazón le gustó recibir esa noticia.

—Sí.

—¿Te dijo que yo le gustaba?

—No, pero ¿por qué tanto interés en saber algunas cosas de ti?

Sonreí sin querer.

—¡Ya ves! Se ha cerrado una puerta pero se ha abierto una ventana.

—Lo malo es que esa ventana es tan pequeña en comparación con la puerta. Estoy dudando caber por ahí.

—¿Te gusta Brayden? Porque si no, mejor nos olvidamos de él.

—¡No! —exclamé angustiada, como si me arrebataran algo que atesoraba—. Sí me gusta pero necesito un poco de tiempo para... ya sabes... olvidarme del “innombrable”.

Layla rió por lo alto.

—Okay. No apresuraré las cosas con Brayden.

Me sorprendió la angustia que me invadió cuando sentí que podía perderlo. No lo conocía pero era verdad lo que le decía a Layla: me gustaba y quería darme esa oportunidad con él.

—Gracias, Layla.

—Bien, te dejo. Tengo que regresar a parar la fiesta o no terminaremos la presentación —dijo mi amiga y se marchó de mi cuarto.

Tomé mi Tablet y revisé mi correo. Sus dos emails aún estaban ahí, marcados como importantes. Si iba a dar el primer paso para construir mi camino hacia Brayden, entonces, tenía que borrarlos.

Suspiré.

No pude hacerlo.

Era lo único que me quedaba de Nathan para certificarme que efectivamente había sido amada por él, aunque fuera por unas horas.

PRIMERAS CITAS

Ser la “nueva” del salón no fue nada agradable, mucho menos cuando faltaban meses para graduarme. Fue imposible que mis compañeros me aceptaran de nuevo en sus grupitos que se cerraban cual almeja al menor acercamiento de una extraña.

Los amigos que tenía antes de ir a México, bueno, ya no tenía conexión con ellos.

A decir verdad, todo el tiempo me sentí como una completa extraña. No fue raro que pronto prefiriera a la soledad, lo cual fue mejor porque así no tendría más distracciones. El recuerdo de Nathan ya era suficiente.

Lo único malo de estar en una carrera diferente a la de Layla era que no podía estar mucho tiempo con su grupo de amigos, quienes me caían muy bien. Así que la mayoría de mi tiempo me la pasaba pegada a los libros. Aunque, casualmente, había momentos en que me topaba con Brayden por todos lados.

Al principio eran sonrisitas con saludos inaudibles que fueron evolucionando a besos en la mejilla y sinceros “¿Cómo estás?”

A los dos meses de conocerlo, ya me buscaba para platicar.

—¡Estoy completamente molido! —exclamó Brayden, una mañana de viernes. Se dejó caer en la silla frente a mí.

Me sobresaltó un poco porque no lo había visto entrar a la cafetería.

—¡Hola Brayden! —le saludé, reclamándole con mi pausado saludo que no estaba siendo educado.

—Sí, sí... Hola —dijo irguiéndose entre quejidos para saludarme de beso en la mejilla.

Sonreí escondidamente y seguí con lo mío.

—¿Otra vez metida en los libros? —me preguntó en lo que levantaba un poco el libro que tenía en la mano para enterarse qué estaba leyendo.

—Sí, ya sé que soy todo un ratón de biblioteca —respondí como cantaleta.

Brayden rió entre dientes burlonamente.

—¡En serio me facilitas que me ría de ti! —comentó cruzando los brazos y los pies. Estaba en una posición muy vertical.

—Sí, fui creada especialmente para ser tu burla —dije indiferentemente.

Volteé la página para acentuar mis palabras, aunque por dentro estaba botada de la risa.

Me gustaba pasar el rato con Brayden. No sé qué le había dicho Layla acerca de mi pero estaba tomando su tiempo para conquistarme, si es que era cierto que yo le gustaba. Y por eso mismo me sentía cómoda con él, no estaba presionada en absoluto.

—¡Vamos, chiquilla! ¡Deja ya ese maldito libro y hazme caso! —me espetó en lo que arrancaba el libro de mis manos.

Brayden me llamaba chiquilla porque era la más pequeña del grupo de amigos. Solo por unos meses.

—¡Okay! Tienes toda mi atención —le dije en lo que le clavaba la mirada lo más inquisitivamente posible.

Trató de sostenerme la mirada pero no pudo por mucho tiempo. Sonrió nerviosamente y la desvió a la puerta con la excusa de averiguar quién había entrado.

—¿Qué vas a hacer hoy en la noche? —preguntó casualmente.

—Lo mismo que hago todos los viernes.

Brayden volteó a verme, enarcó las cejas en esperada que continuara con la revelación de mis planes.

—Nada.

—¿En serio? ¿No tienes que lavarte el cabello? —preguntó sentándose bien.

Creó una capsula invisible que dejó al mundo afuera. Ahí adentro, solo existía yo para él.

Me carcajeé.

—¿Realmente crees que soy el tipo de persona que daría esa excusa tan tonta?

—Bueno... supongamos que te invito a salir, y no quisieras estar conmigo, ¿qué excusa me darías?

—dijo apoyando su mejilla en su brazo doblado. Uno de sus dedos jugueteó con sus labios, su nervioso movimiento me hipnotizó. Se veía tan sexy.

—Planeta Brayden llamando al planeta Alexa —dijo.

No fue su movimiento de mano delante de mis ojos el que me sacó de mi admiración, sino el que me llamara Alexa. Esa era la primera vez que lo hacía, y no me gustó.

—Te agradecería que no me llames así.

—¿Te molesta?

—Sí... ¡mucho!

—¡No me lo hubieras dicho porque ya sabes cuánto me encanta molestarte! —dijo entre risitas.

—Okay, si me sigues llamando así, entonces... Brayden, fue un placer conocerte —respondí en lo que me ponía de pie y tomaba mis cosas.

Era cierto que me molestaba que me llamara así, porque me recordaba al “innombrable”.

—¡No, no! ¡Espera! —soltó tomándome del brazo—. Perdón, no vuelvo a llamarte así, ¿okay?

Dejé mis cosas y me volví a sentar muy seria.

—Entonces, Lexy, ¿qué me responderías si te digo que quiero salir hoy contigo? —rehízo su pregunta de diferente manera para olvidarnos de ese momento inoportuno.

—¿A dónde me llevarías? —pregunté con interés.

Le sonreí también para hacerle saber que ya tenía un mejor humor.

—Al cine.

—¡No! —espeté tan alto que lo hice brincar—. No me gusta ir al cine.

—¿En serio?

—Sí. No se puede platicar ahí. Además, tanta oscuridad me duerme —dije insulsamente.

Pensándolo bien, si sería capaz de dar la excusa de “lavarse el cabello”. Pero es que no quería que me llevara a ver la película de Nathan, era la única pasable en cartelera.

¡Maldita película! Parte de su éxito en taquilla se debió a que al público le gustó la química entre él y Ariadna.

—Tienes razón —concordó en lo que se rascaba la cabeza—. Entonces, ¿quieres ir a tomar un café?

Asentí sonriendo.

—Okay, entonces, paso por ti a las...

—¡Seis!

—A las seis será —se puso de pie, lo seguí con la mirada todo el tiempo—. Bien, nena, te dejo o llegaré tarde a mi clase.

Tomó sus cosas y se inclinó para besarme en la mejilla. Pero no fue un beso airado, sino bien dado, y demasiado cerca de la comisura de mis labios.

Lo vi marcharse. Disfrutando su andar desinteresado que atraía una que otra mirada femenina.

—¿Me llamó “Nena”? —pregunté a mi misma, muy incrédula de haberle escuchado bien. La punta de mis dedos acarició el lugar en donde aún ardía su beso.

—Sí, sí te llamó nena —dijo una estudiante que estaba cerca de mi mesa.

Volteé a verla y, de inmediato, las dos compartimos sonrisas. Yo de felicidad y ella de gracia.

No fue difícil vestirme para salir con Brayden. A él le gustaba que vistiera casual, ya me lo había dicho una vez. No directamente pero si comentó que me veía bien. Solo agregué botas de lluvia a mi

vestuario porque la tarde súbitamente se había puesto más gris de lo normal, y como era una tonta para caminar con agua, no quería terminar empapando mis jeans de abajo.

No le dije a Layla que saldría con Brayden, no quería hacer todo un show. No aún.

Brayden y yo estábamos en un estado amigos-que-se-coquetean-disimuladamente-de-vez-en-tanto, quería saltar al siguiente estado poco a poco.

Además, esta vez sí iba hacer efectiva mi reformada regla de no besar a un chico hasta la tercera cita.

Desde él, había hecho mis reglas más estrictas.

Así que si Brayden estaba realmente interesado en mí, tendría que esperar dos citas más para besarme... y aun no establecía cuánto para acostarse conmigo.

Estaba consciente de que mis reglas eran ya muy estrictas, pero las había modificado por el bien de ambos. Mi corazón aun lamentaba de vez en cuando que las cosas no funcionaran con Nathan, y quería darme tiempo para aceptar una relación poco a poco. Y de paso le daba la oportunidad a Brayden de pensar mejor las cosas.

Si nos divertíamos en la primera cita, tal vez lo haríamos en la segunda y así sucesivamente.

Brayden pasó por mí a las seis en punto. Dejó su coche frente a mi departamento y fuimos caminando al Starbucks más cerca.

Nos acercábamos uno al otro inconscientemente para que nuestros brazos se tocaran. Me encantó el cosquilleo en la espalda que me ocasionaba su roce.

Fue muy galante todo el tiempo: me abrió la puerta del lugar, me acompañó a sentarme a un sillón de dos personas, me preguntó qué deseaba y fue a comprar nuestros antojos.

—*¡Punto para Brayden! El actorcito sigue en menos uno* —escuché la voz de Layla en mi cabeza. Eso era lo que seguramente me diría si estuviera aquí.

Mi atención estuvo con él todo momento. Definitivamente era guapo, muy de mi tipo como dijo Layla, y simpático. Tanto que empezó a molestarme que la cajera y la chica detrás de él aprovecharan su carácter extrovertido para ligar con él.

No iba a dejar que se metieran en mis nuevos terrenos, por lo que le clavé la mirada hasta que la sintió y volteó a verme, me guiñó el ojo acompañado con una sonrisa coqueta. Con ese gesto, me sentí superior a ellas. Yo le gustaba.

Fue extraño, pero también fue la primera vez que quise besarlo. Estaba sorprendida por el avance rápido que estaba dando con él.

¡Qué más daba! Estaba viviendo la vida y en la realidad eso era lo que pasaba. Él me gustaba, yo le gustaba, ¿por qué no andar con él ya?

Mientras pensaba, vi que Brayden hizo malabarismos con los dos cafés y los platos con su rebanada de pastel y mi muffin de chocolate. Pegué una carrera para ayudarlo.

Nos sentamos en el sillón, preparé mi café y, cuando me dejé caer en el respaldo, acomodé mi cuerpo en dirección a él, quien ya también estaba con toda su atención en mí.

Platicamos de cosas sin importancia, como si fuéramos dos grandes amigos que se conocían muy bien. Me gustó esa sensación porque podía explayarme sin estar recordando que tenía que quedar bien con él. Creo que a él le pasó lo mismo porque me siguió tratando igual como siempre: aprovechando cada momento para “molestarme”. Incluso me agradó que sujetara mi mano más tiempo de lo normal una vez con la excusa de detener las cosquillas que le hice en su cintura.

Después de dos horas, regresamos al departamento. Brayden no dio pie a que lo invitara a pasar y solo se despidió como siempre lo hacía. Subió a su auto con la promesa de llamarme para ver si hacíamos algo juntos el fin de semana.

Pero no me llamó y lo volví a ver hasta el lunes. Su trato fue igual por esa semana, solo hasta que llegó el viernes volvió a preguntarme qué iba a hacer esa noche.

Mi respuesta fue la misma. Me invitó a salir sin tanto rodeo como la primera vez.

Me extrañó un poco que esperara hasta el viernes para invitarme a salir. Creo que sabía de antemano que no tenía nada planeado, o quizás no quería darme una oportunidad de pensar y cancelar la cita.

¡Cómo sea!, me emocioné por volver a salir con él.

—¿A dónde iremos esta vez? —le pregunté curiosa cuando me llamó cerca de las cinco de la tarde para decirme que me arreglara un poco más.

—Iremos a *The Gathering*.

—¿En serio? —estaba sorprendida—. ¿Tienes influencias para entrar?

—Sí. Además no iremos solos.

—¡Okay! —exclamé entusiasmada porque conocería el famoso lugar del que Layla hablaba siempre.

Pero también estaba desilusionada porque no estaríamos solos.

Me cambié por algo más acorde para una noche de juerga.

Estaba terminando de maquillarme cuando Layla llegó.

—¿Ya estás lista? —me inquirió en un grito desde su cuarto, en lo que se arreglaba.

—Ya me falta poco... ¡Apurate o te quedas! —amenacé en lo que leía el mensaje de Brayden que me decía que estaba esperándome afuera.

—No me esperes. Vete con Brayden... No quiero hacer mal tercio —dijo con tono picarón.

—Okay. Nos vemos allá en un rato.

—¡Bien!

—¡Wow! Tengo que invitarte a salir a bailar más seguido —exclamó Brayden al verme salir.

Descansaba sobre su auto, un discreto Volvo gris, en una pose demasiado relajada.

—Tú no estás nada mal tampoco —respondí coqueteándole.

De hecho, se veía muy bien. Lamenté que aun estuviéramos en la etapa del coqueteo porque me dieron muchas ganas de correr a besarlo.

Al menos no me defraudó su beso de saludo que fue muy efusivo.

—¿Esperaremos a Layla? —me consultó en lo que me abría la puerta.

—No, creo que aún le falta. Dijo que allá nos alcanzaba —respondí en lo que subía al auto.

Brayden cerró la puerta y cruzó por delante del auto. A penas podía verlo pero me hizo suspirar cuando noté que traía una barbita de media tarde muy sexy.

Antes de arrancar, despertó a su iPod.

Feeling a moment de The Feeder sonó tan pronto como avanzó el auto, la canción ya estaba avanzada pero aun así disfruté su ritmo encalmado.

Terminó la canción e inmediatamente tomé el iPod para buscar algo más animado, algo que me preparara para el lounge.

—¿Acaso no sabes que el que maneja tiene el control de la música? —me hizo saber con una sonrisa picarona, de vez en tanto volteaba a verme.

—Lo sé, Homero Simpson. ¿Por qué no te detienes y me dejas manejar entonces?

Brayden se carcajeó y, por un momento, me pareció escuchar a Nathan.

¡No, no, no ahora!... *Me estoy divirtiendo*, pensé sacudiendo la cabeza para correr a Nathan de mis pensamientos.

—¡Está bien! Te cedo el control —dijo tomando mi mano que descansaba en mi muslo.

Sentí un choque que me hizo soltar un suspiro cortado.

Sujetó mi mano hasta que tuvo que hacer el cambio de velocidad.

Empecé rápido a jugar nerviosamente con la música. Dejé que cada canción tocara algunos segundos y brincaba a la siguiente, buscando una que me inyectara adrenalina.

—Nena, ¿vamos a escuchar algo o no? —me preguntó entre risitas, tomó mi mano nuevamente y la besó.

Me estremecí de nuevo porque su caricia se sentía cada vez más correcta, como si ya lleváramos tiempo de novios. Brayden estaba tocando a mi corazón y yo estaba a punto de abrirle.

Aun no comprendía la rapidez con la que estaba aceptando a Brayden en mi vida. ¿Era posible que me gustara más de lo que quería admitir?

Finalmente seleccioné un cover de *Bizarre love triangle*. Se me escapó una risita irónica y cambié de nuevo cuando pensé en el fantasma de Nathan, Brayden y yo.

—¡Okay, te revoco el permiso! —dijo risiblemente fastidiado y me arrancó el iPod.

Puso *Madness* de Muse. Una buena elección.

Me gustaba tanto esa canción que no me cohibí al cantarla en un volumen tímido que poco a poco subió hasta un punto que pareció que le estaba dedicando la canción a Brayden —aunque la letra se refería más a mi situación con Nathan—, quien volteaba a verme de vez en tanto y me sonreía contenidamente por algo.

Desafortunadamente llegamos a *The Gathering* antes de que la canción llegara a su punto cumbre, el que siempre cantaba con tanto sentimiento.

Cuando bajé del auto, Brayden colocó su mano en mi espalda, a la altura de mi cintura, para guiarme al grupo de amigos que nos recibieron como si ellos ya tuvieran rato en la fiesta.

—¿Qué hay de nuevo, Brayden? —el portero lo saludó gustoso de verlo.

—Nada nuevo —respondió estrechando su mano firmemente—. Dos de mis amigos vienen retrasados, ¿te doy los nombres para que los dejes pasar?

El portero asintió y le pasó una Tablet. Brayden anotó rápidamente los nombres de quienes faltaban, Layla incluida, luego me pidió la mano para que entráramos juntos, se la di.

Recorrí el lugar con la mirada completamente fascinada. Era muy moderno y elegante, digno de que el Príncipe Harry fuera a divertirse ahí. Por eso el lugar era tan famoso.

Escogimos una mesa cercana a la barra y tratamos de contagiarnos con la gran fiesta que abrazaba al lugar.

Bailé muchas canciones con Brayden pero fueron totalmente inocentes, nunca buscó un avance en nuestro extraño inicio de relación.

—¿Sabes por qué Brayden está tan... pasivo? —le consulté a mi amiga cuando Brayden fue a bailar con Ivy.

—Está siguiendo tus reglas —respondió como si nada mientras bebía su cerveza.

—¿Cómo sabe él de mis reglas?

—Yo se las dije.

—¿Qué?

—Sí, también le dije que acababas de salir de una relación bastante seria y que aún no estabas completamente lista para seguir adelante.

Estaba atónita. ¡Brayden estaba esperando que yo estuviera lista para él!

—Así es. Brayden no está buscando un acostón, de hecho, quiere intentarlo contigo.

Se me escapó un bufido asombrado.

—¡Vaya diferencia, ¿no?!

Asentí con la boca abierta y volteé a la pista para ver a Brayden que estaba divirtiéndose mucho con Ivy y sus extraños pasos de baile.

Desde ese momento, lo vi de otra forma. Tan deseable que buscaba esos acercamientos casuales que nos permitieron abrazarnos o tomarnos de la mano.

—¿Te estás divirtiendo? —me preguntó Brayden cuando nos sentamos un momento para descansar. Me retiró un mechón de cabello y acarició mi mejilla.

—Contigo... ¡siempre! —respondí sonriente.

Me acomodé en dirección hacia él y dejé que mis brazos cayeran extendidos sobre sus hombros, en

un casual abrazo que esperaba se convirtiera en uno posesivo. Acercó su rostro al mío. Estaba a punto de besarme, pero Tim se interpuso entre los dos con una sonrisa alcoholizada.

—No vinimos a ligar, sino a divertirnos, Lexy... ¡A bailar! —dijo Tim jalándome de la mano.

Demandé a Brayden que me rescatara de su amigo pero él solo hizo una mueca de “Ni modo, a divertirse”.

Se perdió la oportunidad de nuestro primer beso. Él lo sabía, yo lo sabía, y no ocultamos nuestra frustración.

Creí que iba a salir del lugar ya siendo algo más para Brayden, pero no. Llegué a mi casa sin ser besada y más soltera que nunca.

Nuevamente no supe nada de él durante el fin de semana, y retomó su mismo trato para el lunes.

Sin embargo, ya para el miércoles estaba tan cansada de su pasividad que decidí no esperar a una tercera cita y besarlo en la primera oportunidad que estuviésemos a solas. ¡Había caído en mi propia telaraña!

El plan de Brayden, de darme entrada y luego tratarme como si nada, estaba funcionando perfectamente.

Esa tarde de miércoles estaba sentada frente al televisor, mareando los canales, cuando alcancé a ver a Nathan. No había visto nada relacionado a él desde ese día que huí tras saber que salía con esa actriz. Dejé la noticia para probar a mi corazón, para saber si ya podía dar ese paso que me llevaba a la ventana, o sea a Brayden.

Nathan había conseguido un papel estelar en una obra de teatro. Al parecer las negociaciones para tenerlo una corta temporada se habían llevado a cabo en secreto, los ensayos habían comenzado apresuradamente antes de que él se comprometiera con otra película.

Estaría en esa obra nada más por un mes y medio, después lo sustituiría otro actor.

Fui por mi laptop y busqué la obra de teatro para saber más acerca del papel que iba a interpretar. Como siempre, era una caracterización emocionalmente muy demandante. De inmediato concluí que esa podría ser la oportunidad que lo llevaría a algo más grande en el cine.

A pesar de que debía odiarlo, estaba orgullosa de él.

Navegué hasta la sección de fotos de los ensayos. Mi herida quiso reabrirse al verlo, supongo que me llevaría más tiempo sanar. Por lo menos hasta que por fin tuviera una respuesta a por qué no había funcionado.

Tenía la respuesta enfrente, solo que no quería aceptarla: él era famoso, yo no.

Tras varios segundos viendo una fotografía suya en blanco y negro, sentado en el borde del escenario mientras leía fervientemente su libreto, decidí comprar un boleto para la primera función. Esa sería la única oportunidad de volverlo a ver en carne y hueso, antes de dar mi corazón a Bray.

Mis decisiones enérgicas siempre serían débiles cuando se trataran de él.

La función sería el viernes. Lo que quería decir que tenía que buscar una excusa plausible para no ver a Brayden ese día.

SOBERBIA ACTUACIÓN

Me pareció infinita la cuenta regresiva al día de la función. Mi desespero por besar a Brayden se transformó en un nerviosismo por ver a Nate.

No comenté a nadie de mi escapada al teatro, ni siquiera a Layla porque sería capaz de arrebatarme el boleto y romperlo para que ya me dejara de idioteces.

Mi excusa para Brayden fue que una amiga de México estaba de visita y quería que le diera un recorrido rápido por la ciudad. No estaría disponible para salir con él.

Brayden aceptó mi excusa sin problema.

Me arreglé por la tarde del viernes lo mejor que pude. Estaba tan nerviosa que tuve que despintarme el rímel varias veces porque terminaba como mapache.

—¡Ni modo! ¡Ya no tengo tiempo! —concordé al verme en el espejo más o menos arreglada.

La función empezaba a las siete de la noche. Tomé un taxi para ir al teatro para no llegar tarde.

Lo cual no sucedió. Me senté en mi lugar cuando avisaron que la obra empezaría en 10 minutos.

Esperé ansiosa. Ahorqué el programa no sé cuántas veces y miré mi reloj otras tantas. La sala se llenó y escuché los murmullos de las jóvenes detrás de mí que habían pagado solo para ver a Nathan en persona.

Reí entre dientes cuando escuché a una decir que eso sería lo más cerca que estaría de él.

Y pensar que me fundí a su cuerpo por varias horas, pensé irónicamente.

La piel se me erizó al sentir el fantasma de sus labios recorriendo mi cuello.

Me hubieras hecho tan feliz, confesé a su fotografía que estaba en el *booklet* de la obra.

Las luces se apagaron y mi corazón palpitéó arrítmicamente nervioso. Traté de controlar mi respiración agitada pero me costaba hacerlo. Necesitaba verlo ¡ya!

Finalmente salió.

Volverlo a ver fue como recibir de nuevo esa dosis que me alcoholizaba hasta perderme en sus sonrisas actuadas.

A decir verdad, no sé de qué trató la obra porque no le despegué la vista todo el primer acto. Estuve en un sube y baja de emociones. Varias veces me petrifiqué cuando ponía la vista en el público, de inmediato gritaba a mis adentros una y otra vez: *¡Encuéntrame! Te lo suplico... ¡encuéntrame!*

Pero no lo hacía y, entonces, mi corazón se entristecía.

El primer acto terminó y estuve tentada a irme durante el intermedio, porque ya sentía que no saldría bien de esa experiencia tan frustrante.

Sin embargo, en lo que debatía qué hacer, notificaron que el segundo acto iba a comenzar.

—No, tengo que verlo de nuevo —susurré decididamente para mí.

Volví a tomar mi asiento y esperé escuchando a esas jóvenes nuevamente. Esta vez me molesté porque sus comentarios estaban bastante subidos de tono. Demasiado para decirlos en un lugar público.

Las luces se apagaron. Tardó algo en salir, pero cuando lo hizo fue como si ahora una bocanada de aire puro entrara a mis pulmones con la única finalidad de dar vida.

Mi mente divagó en un rencuentro posterior a la función, en donde era recibida por él con una sonrisa llena de felicidad por verme y un ardiente beso que me demandaba quedarme a su lado.

Por supuesto eso no iba a pasar. Yo solo fui un acostón, tenía que grabármelo en la cabeza.

La función terminó y el público aplaudió bastante. Algunos se pusieron de pie y exigían que los actores principales salieran a recibir los elogios. Fue entonces que me invadió la desesperación, Nathan podría descubrirme entre el público cuando las luces se encendieran.

El bullicio de los aplausos siguió mientras trataba de salir a fuerza de tropezos y malas caras.

Al estar a punto de dejar la sala, di un último vistazo. Mi doliente suspiro le dijo adiós.

Salí.

Estuve perdida en él durante todo el trayecto de regreso al departamento. Me dolía el corazón pero a la vez se sentía más ligero... hasta libre.

Ese era el final que necesitaba para seguir adelante.

Tan pronto como entré a mi cuarto, una nueva actitud me poseyó.

Lo nuestro no se consolidó. ¡Ni modo! Tengo que seguir adelante.

Tomé mi celular y llamé a Brayden. Finalmente sentí que Nathan se quedaba atrás y Brayden era mi nuevo camino a seguir.

—Hola —me respondió con tono alegre.

—Hola... ¿Qué haces?

—Nada... Bueno, lavándome el cabello —dijo entre risas tontas.

Me carcajeé.

—¿Cómo te fue? ¿Te divertiste con tu amiga? —preguntó realmente interesado.

—Sí. Oye, podemos vernos el lunes en los jardines de la universidad después de la primera clase, los que están cerca de las oficinas de admisión.

—Sí, claro. ¿Pasó algo?

—No, solo quiero hablar contigo de algo.

—Okay —aceptó con voz relajada—. Te veo ahí.

—Bien —dije e hice una larga pausa. Esperando que me dijera algo pero no lo hizo—. Entonces, te dejo... que descanses... y que sueñes con los angelitos.

Brayden rió entre dientes seductoramente.

—Hasta el lunes. Descansa también, nena.

Colgamos.

Pasé todo el fin de semana pensando en cómo hacerle para que Brayden me besara. No iba a ser nada fácil, teniendo en cuenta que él estaba esperando una tercera cita para eso.

Tal vez esa era la forma de llevarlo a mis labios, tenía que hacerle saber de alguna manera que ese encuentro en los jardines de la universidad era nuestra tercera cita.

LUNES

Al llegar a la universidad, recibí un mensaje de Brayden cambiando el plan un poco, lo había pospuesto a las once de la mañana. Es decir que tenía que pasar otra clase con los nervios de punta.

Al fin la hora llegó y fui a mi tercera cita. Estaba temblando literalmente.

Imaginé el momento en mi cabeza para que me fuera más fácil llevar el acto a la realidad. Para ser honesta, si Brayden besaba como en mi imaginación, entonces estaba condenada a enamorarme de él.

Por eso necesitaba besarlo. Un solo beso y mi corazón se entregaría a él definitivamente.

Llegué al lugar y Brayden no estaba ahí. No me importó esperar.

Cerca de diez minutos después, llegó apresurado y disculpándose por su tardanza. Dio una excusa que honestamente no me interesó.

—Y... ¿cómo estás? —me preguntó en lo que me besaba la mejilla.

Noté un ligero temblor en su mano cuando me tomó del brazo para acercarme.

—Bien... ¿y tú? —le regresé el saludo igual de temblorosa.

—Un poco cansado pero ya se me pasará —respondió con una sonrisa torcida que restaba importancia a su estado.

—Te extrañé el viernes —confesé sin más.

—Yo también. Lavarse el cabello no es tan entretenido como ustedes creen —dijo con tono burlón y se encorvó para evitar que le picara las costillas por su tonta broma.

—¿Cómo te fue con tu amiga? —preguntó en lo que tomaba mis cosas de la mano para dejarlas en una banca.

Se las entregué gustosa porque no quería que nada se interpusiera en mi camino a sus labios. Me acerqué también a la banca pero me quedé de pie, al igual que él.

—Bien. Solo vino de paso, su destino final era Bélgica.

—Supongo que quiere conocer Brujas.

—¡Sí! ¿Cómo supiste?

—¡Típico! Mujer... pueblo de cuento de hadas... Un destino obligatorio.

Sonreí.

—Me gustó que viniera a verme, porque pude platicar con alguien acerca de otro *alguien* de forma imparcial —hice énfasis en el segundo *alguien* para revelarle que hablamos de él.

Por supuesto era mentira pero bien pudo haber pasado. Esa pequeña mentira me pareció una buena forma de encauzar la conversación a nosotros.

Brayden rió nerviosamente entre dientes.

—¿Y de qué hablaron? —dijo dando un paso hacia mí.

Seguramente entendió mi indirecta, pero quería escucharlo de mis labios. Hacerlo real, por así decirlo.

—De todo y nada —me acerqué tanto a él que me tenía a plena disposición para besarme, si así lo deseaba.

—¡Ah! —exclamó llevando mi cabello hacia atrás para dejar mi cuello libre.

Mis dedos tocaron su pecho delicadamente por encima de su ropa.

—¿Esto podría considerarse como una tercera cita? —pregunté con la vista perdida en mi jugueteo que se acercaba cada vez más a su cuello.

Gimió seductivamente como un sí.

Ambos sabíamos lo que queríamos, y ambos fuimos por el beso.

Mi respiración se interrumpió por la emoción cuando sentí sus labios a escasos milímetros de hacer contacto con los míos.

Estaba a punto de dejarme llevar por mi deseo cuando súbitamente ya no los sentí. Abrí los ojos para averiguar si me había extralimitado en mi coqueteo, tal vez había malentendido su señal de besarnos.

Brayden estaba con la vista perdida por encima de mí y entrecerraba los ojos como si tratara de reconocer algo. Volteé a mis espaldas de inmediato.

Dejé de respirar cuando vi a Nathan caminando hacia nosotros con paso apresurado, traía puesto unas gafas graduadas y una gorra de beisbol.

Brayden bufó molesto a la par que soltaba una grosería.

Nathan se detuvo abruptamente en cuanto me vio.

—¿Vienes solo o traes a tus mosquitos contigo? —cuestionó Brayden mordazmente.

Estaba confundida. ¿Brayden conocía a Nathan?

Nathan retomó su andar desinteresado.

—Vengo solo, *hermanito* —respondió, haciendo caso omiso de la agresividad con la que fue recibido, pero poniendo mucho énfasis en la palabra *hermanito* para que me diera cuenta de a quién estuve a punto de besar.

Lógicamente me sorprendió la revelación. ¡Brayden era hermano de Nathan!

Nathan me miró y luego a Brayden, estaba confundido. Indudablemente trataba de descubrir qué había entre los dos. Tuve que esconder el rostro para no tener que dar explicaciones. Por el momento,

también estaba igual de confundida.

—¿Y a qué vienes? ¿Cómo me encontraste? —le preguntó Brayden molesto.

—Mi mamá... ¡Vine a averiguar por qué carajos no respondes mis llamadas!

—La respuesta es sencilla: porque no me da la pinche gana.

—¿No se te cruzó por la cabezota que tengo algo urgente que decirte? —le espetó Nathan.

Brayden no respondió.

Ya no soportaba las miradas furtivas de Nathan que me acribillaban sin piedad, ni la agresividad verbal de Brayden.

—Bray, será mejor que me vaya —dije mirándolo exclusivamente a él.

—Okay, nena, luego te hablo para organizar algo... Quiero continuar lo que interrumpimos —dijo con tono más afable.

Me besó en la mejilla, exageradamente cerca de mis labios, y fue a tomar mis cosas.

Mientras tanto, volteé a ver a Nathan sin querer. Sus gestos eran igual de desconocidos que esa sonrisa que descubrí cuando lo conocí: sus ojos radiaban coraje y sus labios apretados se contenían en decirme algo.

Brayden me entregó mis cosas e inmediatamente huí de ellos. Escuché reclamos y respuestas nada amables detrás de mí.

Apresuré mi paso. Ya no tenía clases, así que fue fácil huir hacia el departamento. No me permití pensar en lo ocurrido hasta que ya estuviera dentro de la seguridad de mi cuarto.

Cuando llegué, Layla estaba echada en la sala viendo la televisión con una bolsa de galletas. Había olvidado que los lunes solo tenía una clase.

—¿Sabías que Brayden es hermano de Nathan? —le pregunté sin más.

Aventé mi bolso a la mesa de centro.

—¿Qué? —exclamó irguiéndose por la sorpresa.

—¡Sí! ¿Lo sabías?

Mi preguntá tenía ese tono justo que le decía que si su respuesta era sí, no le iba a ir tan bien.

—¡No! ¡Por supuesto que no lo sabía!... Pero siempre le hemos bromeado diciéndole que tiene un aire de “Nathan Bates”.

—¿Cómo no me di cuenta de eso? —me pregunté en un murmullo.

—Creo que no lo viste porque, para ti, Nathan es único.

Me senté en el sofá con respiración desfallecida.

—¿En serio son hermanos? —preguntó aun incrédula.

Asentí con los ojos cerrados y largas respiraciones.

—¿Cómo lo supiste?

—Nathan fue a la universidad a buscarlo.

—¿Te vio con Brayden?

Asentí y abrí los ojos.

—Nos interrumpió...

—¡Se estaban besando! —exclamó emocionada.

—No, pero estábamos a punto.

—¿Cómo me hubiera encantado ver su cara de actorcito dejado! —espetó Layla con malicia.

—No fue un momento agradable, Layla... Brayden reclamándole a qué había ido, Nathan echándome una mirada que me decía todo y a la vez me trataba con la punta del pie. Yo tratando de evadir a los dos.

Suspiré pesadamente y me cubrí el rostro con las manos.

—¡Bah! ¡Qué importa lo que piense Nathan!

—La verdad es que sí me importa... ¡y mucho!

—¿Te sigue gustando?

—No solo me gusta, Layla. Nathan es y siempre será un residente permanente en mi corazón...

—¿Lo amas? —me interrumpió.

—¡No lo sé! —exclamé en lo que me dejaba caer pesadamente al respaldo, llevé las manos a la frente para cubrir mi confusión—. ¡Me encanta! —dije gimoteando al final porque no podía tenerlo.

—¿Ibas a usar a Brayden para olvidarlo?

—¡No, no, no! No me entiendes. Podré amar a otros hombres pero creo que nunca como pude amar a Nathan.

—¿Entonces eso de Miguel Ángel era cierto?

—¡Sí, tonta!

—¡Wow! Tu alma gemela... o al menos el que crees que es tu alma gemela.

Asentí.

—¿Entonces Brayden nunca tuvo oportunidad?

—Sí la tuvo. Pero ahora, por el bien de todos, me voy a alejar de él.

—No es bueno que estés enamorada de un hermano y te acuestes con el otro, ¿verdad?

—No —concordé dentro de un suspiro doloroso.

—Lo siento, Lexy —dijo Layla sinceramente—. Es verdad que no sabía que eran hermanos. De lo contrario, no te hubiera animado a hacerle caso a Brayden.

Traté de sonreír para aceptar su disculpa pero no pude.

—¿Qué sientes por Brayden?

—No lo sé, y la verdad es que ya no quiero analizar mis sentimientos por él. No quiero complicarme más la vida.

—Tal vez si no te hubieras acostado con Nathan podrías estar con Brayden.

—Tal vez.

—¿Por qué apareció hasta ahora? ¡No lo entiendo!

No le respondí porque recordé que supliqué a Nathan en mi mente que me encontrara cuando fui a verlo al teatro.

¿Acaso Nathan me vio cuando salió a recibir los aplausos con sus compañeros? Era lo más seguro, no estaba tan alejada del escenario y mi huida no había sido tan sigilosa como había deseado. Pero, en todo caso, ¿cómo supo en que universidad estudiaba?

No, solo era coincidencia... y mala suerte.

A menos de que el destino hiciera caso a mi súplica sincera. Si era así, ¿por qué hasta ahora? ¿Por qué espero a que conociera a Brayden y sintiera *algo* por él?

Le confesé a Layla que había ido a ver a Nathan al teatro.

—¡Lexy, llevaste al destino a tu puerta!

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya te lo dije: alejarme de Brayden. No sé por qué está tan enojado con su hermano pero eso me servirá para que no sepa nada de mí.

Mi celular sonó. Me estiré desganadamente hasta mi bolso para revisarlo.

—Apuesto diez libras a que es Brayden —dijo Layla.

Pero no era un mensaje de Brayden, sino un email de Nathan.

Le mostré a mi amiga mi inbox, aun con su nombre resaltando en negritas, se quedó con la boca abierta.

—Me debes diez libras —le dije mientras abría el email. Lo leí en silencio.

—¿Qué dice? —preguntó con tono chismoso.

—“Alexandra, tenemos que hablar. Nathan Bates” —leí a mi amiga en voz alta.

—¡Qué tipo!

—¡Lo sé!

—¿Vas a hablar con él?

—No.

Layla sonrió satisfecha con mi respuesta y tomó el control para buscar algo más ameno que ver. Dio por terminada esa conversación.

Me quedé a su lado en silencio y ahogada aun con el sin fin de preguntas que me seguía formulando.

El resto del día estuve completamente ida y encerrada en mi cuarto.

Nathan me había encontrado... ¡por casualidad!, pero lo había hecho. Nuestros caminos se habían vuelto a cruzar y, hasta cierto punto, estaba feliz por eso. Pero ¿por qué tenía que ser hermano de Brayden? ¿Por qué?

Cerca de la noche, escuché a Layla responder el teléfono. Era Brayden que me buscaba, había ignorado sus llamadas a mi celular. Mi amiga tuvo que usar la excusa de que estaba *indispuesta*. Tras risas tontas por parte de Layla, escuché que le decía que estaba en esos días de mes en que los hombres no estaban permitidos a mi lado.

Era una excusa parecida a la de “lavarse el cabello en viernes”, pero aún era muy efectiva con los hombres.

¡Benditas hormonas!

POSICIÓN CÓMODA

Pasé el resto de la semana evadiendo a Brayden, tanto sus llamadas como sus encuentros en la universidad. Apenas lo veía a lo lejos y huía a esconderme.

Con los días, empezó a darme mi espació. Se notó la intervención de Layla.

A diferencia de su hermano que no se cansaba de enviarme emails diariamente cada vez más demandantes. En el último me amenazó con contratar a un investigador para buscarme si no le respondía inmediatamente.

Por supuesto me reí cuando leí ese email, pero finalmente concluí que tenía que verlo. Quizás no sería capaz de contratar a un investigador, pero sí de ir con su hermano para sacarle dónde vivía. No quería que Brayden se enterara de mi idilio con su hermano.

Jamás pensé estar en esta situación... ¡con hermanos!

Ignorar el que me encantaba, y con quien quería compartir mi vida, y huir del que era el mejor para mí.

Respondí el último email lo más indiferente que pude.

Decidí ir a verlo el viernes, cuando Layla saliera con el grupo a divertirse a *The Gathering*. No le revelé mi decisión por miedo a que me hiciera cambiar de parecer.

VIERNES

Fui a casa de Nathan pero no había nadie. Se me había olvidado que tenía funciones de jueves a sábado. Pensé en darle una sorpresita pública fuera del teatro, como él me la dio en la universidad, pero decidí no hacerlo. No estaba segura de que lo hubiere hecho a propósito y tampoco quería demostrarle que me importaban sus acciones. Así que regresé a mi departamento y esperé que dieran las nueve y media de la noche.

Toqué a su puerta decidida. Su auto estaba estacionado enfrente y la luz de la sala estaba prendida.

Nathan abrió la puerta sin preguntar quién era.

No se sorprendió en verme, después de todo esperaba mi visita en cualquier momento, y me invitó a pasar con naturalidad. Me confundió su desinterés, no hubo un escrutinio rápido a la calle para ver si no había alguien vigilando sus movimientos.

—No hay nadie afuera —le comenté.

—Sí, lo sé. Mi vida se tranquiliza mucho cuando hago teatro. Creo que para *ellos* no es tan interesante como el cine.

Quise reír, pero me contuve. No estaba ahí para alabarlo por su comicidad.

—Bien, ¿de qué querías hablar conmigo? —inquirí.

Crucé los brazos para demostrarle que no tenía intención de quedarme mucho tiempo.

—De mi hermano. ¡Quiero que te alejes de él!

—Lo sabía —respondí con tono obvio tras escuchar ese énfasis amenazador en su orden—. Bien, mensaje recibido y entendido. Adiós.

Di la media vuelta para marcharme.

—Aún no hemos terminado —me dijo tan severamente que me sonó a una orden de que me quedara. Regresé entre un suspiro fastidiado.

—Bien... ¡Aquí me tienes! —dije en una pose desdeñosa.

—¿Sabías que era mi hermano? —me preguntó cruzando los brazos. Negué con la cabeza.

—¿Jamás te comentó que era mi hermano?

—No.

—Okay —dijo como si nada.

Creo que la reacción que tuve en la universidad le pareció muy real.

—¿Deseas algo de tomar? —me preguntó muy caballerosamente.

—Refresco —respondí confundida por el cambio de actitud.

—Voy por él. Siéntate, por favor.

—No, no me voy a quedar mucho tiempo.

—Okay, entonces ven.

Lo seguí hasta la cocina. Me gustó mucho, muy minimalista y pulcra.

—¿Qué relación tienes con mi hermano?

—Ninguna.

—¡Por favor, no juegues conmigo! —dijo después de bafear sarcásticamente. De seguro pensó que había interrumpido un beso.

—Es verdad, Nate, solo éramos... somos amigos.

—¿Y así tratas a tus amigos?

—No, solo aquellos con los que quiero una relación sentimental —respondí naturalmente.

—¿Estás nerviosa? —preguntó formando solo la mitad de una sonrisa llena de satisfacción.

—No. ¿Acaso tengo que estarlo? —rematé con total seriedad e indiferente a que recordó mi debilidad.

Se encogió de hombros y abrió el gabinete para sacar dos vasos, luego fue al refrigerador.

—¿Entonces quieres una relación con mi hermano? —preguntó contemplando dentro del refrigerador, supongo que buscaba las latas de refresco.

Me desconcertaba un poco la naturalidad de lo que hacía que chocaba contra lo que me decía.

—“Quería” una relación con tu hermano —corregí su observación.

Volteó a verme rápidamente y sonrió presuntuosamente.

—Me importa mucho *Brayden* para lastimarlo —agregué enfatizando que solo lo hacía por su hermano, no por él.

Siguió sonriendo, pero su expresión era extraña. ¿Sentía placer o qué? Reconocí que Nathan si era un buen actor, porque todos esos gestos que hacía en la pantalla eran tan diferentes a los de la vida real, estando conmigo. El problema era averiguar cuáles eran verdaderos y cuáles actuados.

Abrió las latas de Coca-Cola Zero y las sirvió en los vasos con calma, sin derramar una sola gota.

—¿Hielos?

—Sí, dos, por favor.

Regresó al refrigerador.

—¿Mi hermano sabe que te acostaste conmigo?

Bufé llena de indignación por lo directo que estaba siendo.

—¡Sí, claro! Saliste al tema cuando Ivy y Lisa le comentaron a quién no le dirían “No” —respondí

muy sarcástica para ocultarle que me había dolido que me recordara lo fácil que fui con él.

—¿Quiénes son Ivy y Lisa? —preguntó confundido. Volteó a verme.

—No importa quienes son —volteé los ojos y agregué—: No, no sabe nada.

—Eso supuse.

Me entregó el vaso con refresco. No agradecí, solo lo tomé.

—No entiendo.

—Me reclamó por otras cosas, pero nunca por haberte llevado a la cama... —guardó silencio para pensar en algo y prosiguió—: Lo que me dice que eres muy astuta o es cierto que no sabías que Bray era mi hermano.

Gemí y bebí mi refresco. El frío líquido se sintió maravilloso ante la alta temperatura que tenía tan solo por estar cerca de Nathan y recordar lo que era estar en la cama con él.

Estaba siendo ruda con él por todo lo que me decía, pero por dentro estaba derritiéndome por tenerlo tan cerca. No podía evitarlo.

—¿Le vas a decir de nosotros?

—No es de tu incumbencia cómo trato mis asuntos —dije enojada por su pregunta totalmente fuera de lugar. Sobre todo cuando él bien sabía la respuesta.

—Alexa, soy yo el que debería estar molesto, ¡no tú! —dijo enojado pero sin alzar la voz. Solo enfatizaba.

—Tengo razones de sobra para estar molesta. Después de todo solo soy un acostón más en tu vida de actor —respondí en lo que jugaba con el vaso indiferentemente.

—Creí que era al revés.

—¿Al revés? ¿Por qué debería ser al revés?

—Lograste acostarte con *Nathan Bates*, ¿no? Ya me imagino cuánto presumiste esa noche con tus amigas... Te acostaste con una celebridad —murmuró al final con el vaso en sus labios.

Me quedé en silencio. No podía creer que él pensara que yo fuera capaz de eso. Pero era lógico, no me conocía y solo era una admiradora con la que se había acostado.

Dejé el vaso sobre el mueble y me dirigí a la puerta de la calle con paso duro.

—¿A dónde vas?

—Ha arreglar las cosas con Brayden. Ahora veo porqué te trata así, eres un completo engreído... ¡e idiota! —dije en lo que tomaba mi bolso.

—¡Me dejaste como conquista de una noche! —me espetó siguiéndome, ahora sí alzando la voz.

Me detuve y volteé a verlo.

—¿Qué esperabas, Nate? ¡Me trataste como tal! —contradije en lo que me acercaba a él inconscientemente para intimidarlo, pero creo que fue al contrario porque tan pronto vi lo que me sacaba de altura, retrocedí medio paso.

—¿Cuándo te traté como tal? —me cuestionó sin alzar la voz, pero su entonación seguía siendo severa.

—¡Me hiciste a un lado cuando estábamos por dormir!

—Yo no te hice a un lado —cambió su tono a desconcierto.

—¿Estás seguro? Me acerqué a ti y tú solo abrazaste a tu estúpida almohada.

Frunció el ceño incrédulo y se rascó la frente varias veces.

—¿Te fuiste porque no te abracé?

Rió. Lo miré seriamente para que se diera cuenta que no me hacía gracia su reacción.

—Alexa, no te rechacé... Bueno, sí lo hice, pero solo fue en ese momento porque estaba realmente cansado, y si te abrazaba, no iba a poder contenerme en hacerte el amor de nuevo.

Hice gestos de que no le creía, esa era una excusa de las que a Brayden le chocaban. Ni siquiera me conmovió cuando dijo: hacer el amor.

—¡Por dios, Alexa! ¡Te pedí que te quedaras un rato más, y luego te invité a *dormir conmigo*! Eso debió decirte que me gustabas mucho y que quería tenerte a mi lado el más tiempo posible. ¿O acaso crees que dejo que todas mis conquistas se queden a dormir?

—¡Yo que sé!... “¿Qué hace *Nathan Bates* después de tener sexo?”, no es algo que puedas encontrar en Wikipedia.

Nathan rió entre dientes por mi graciosa respuesta.

—Pues no lo hago —confirmó retomando la seriedad.

—Esa es una actitud extraña para alguien que puede tener a la mujer que quiere.

—Alexa, no me educaron para que sea así con las mujeres. Aunque Brayden cree que así actúo siempre.

—Acabas de contradecirme —frunció el ceño confundido. Aclaré—: Primero dices que no dejas que tus conquistas se queden, luego que no eres de los que se acuestan con lo primero que se te ofrezca a los pies.

—No, no me contradije. Lo primero es cierto, y lo segundo... bueno, me he acostado con lo que yo cazo, no con lo que se me ofrece... ¿me explico?

—Sí, ¡cómo sea! La verdad me importa un carajo con quién te acuestas. Me voy —dije después de que se me retorciera el estómago al imaginármelo besando a desconocidas.

—Lo siento, pero tu querías saber —se excusó tras ver mi desagrado, me sujetó del brazo para que no me marchara.

Finalmente sentí ese choque eléctrico que había esperado desde que lo conocí. No era tan placentero como esa alcoholizada que me daba pero sí hizo estremecer hasta mi último huesito.

Al parecer aún tenía algo que recordarme, como: “Recuerda no meterte con mi hermano”.

—No te preocupes, tu hermano no va a saber lo que sucedió entre tú y yo —dije adelantándome a su advertencia, y olvidándome de lo que sentí.

Su silencio y mirada inquisidora me decían que solo me había detenido para recordarme que su hermano no debía saber de nosotros, la razón por la que estaba ahí. No tenía que recordármelo porque, sobre todas las cosas, no quería lastimar a Bray.

—¡Olvidate de mi hermano! ¿Estamos bien?... ¿Hemos aclarado este malentendido? —me jaló más hacia él.

—Hemos aclarado las cosas pero aun no...

Me calló dándome otro jalón sorpresivo para besarme atrabancadamente. Con ayuda de su mano que se atrancó entre mi cabello para asegurarse de que no escapara, sus labios me suplicaron que les correspondiera.

Lo hice, por supuesto.

Como vio que no lo rechacé, entonces su abrazo se hizo suave, protector, a diferencia de su beso que seguía invitándome a perderme completamente en él. No me quedó de otra que derretirme entre sus brazos.

—Por favor, quíereme a mí... no a mi hermano —me murmuró entre deseosos besos cortos.

Lo detuve para mirarlo directo a los ojos, estaba sorprendida porque estaba viviendo la fantasía que tuve desde que hui de su lado.

Nate literalmente me estaba rogando que lo escogiera.

Su mirada se hizo más profunda. Sentí que estaba viendo el centro de mi corazón, el lugar donde yacía el cuerpo de la fantasía siendo humillado por la realidad. Y debo decir que la realidad era hermosa, perfecta y, sobre todo, me hacía sentir viva.

¡Nate ya no era mi fantasía imposible!

—Te quiero a ti... solo a ti —le respondí buscando sus labios de nuevo.

Okay, había cedido a la reconciliación muy fácilmente. A otro hombre le hubiera costado un poco

más de tiempo, pero ese era el asunto. No era otro hombre, ¡sino Nathan! ¡Y me estaba rogando!

Además, yo también le había rogado a lo lejos que me encontrara, aun a sabiendas que seguramente me volvería a dejar. No tenía razón de rechazarlo, estaba obteniendo lo que quería de él.

Nate me alzó un poco para que brincara y envolviera su cintura con mis piernas. Me cargó hasta las escaleras, en donde me bajó y detuvo nuestros besos abruptamente. Temí que se hubiere arrepentido de haberme vuelto a besar.

—No quiero arruinar nuestra reconciliación con una caída —comentó en lo que me tomaba de la mano para subir las escaleras normalmente.

Pero me solté y subí corriendo. Reí traviesamente todo el camino. Nathan me siguió amenazándome con que podía correr pero nunca esconderme de él. Eso había quedado muy claro.

Ya en su cuarto, cerró la puerta detrás de sí y me clavó su mirada ávida. Su respiración estaba algo agitada. Caminó hacia mí, pero lo hizo tan lento que no pude esperar más y me abalancé sobre él para besarlo.

—No vuelvas a alejarte de mí —me ordenó después de interrumpir el beso.

Su mano anclada en mi cuello se movió un poco para que su pulgar pudiera acariciar mis labios que le exigían que siguiera adorándolos. Su mirada se fijó en la mía, esperaba ver en ellos una promesa proveniente de mi corazón.

—¡Jamás! —le aseguré acercando mis labios ansiosos por seguir sintiendo su fervor.

Me alzó un poco para llevarme a la cama en donde disfrutamos desnudarnos mutuamente.

—Creo que no estás consiente de que tu hermoso rostro confabuló con tu delicioso cuerpo para despertar mi deseo —acarició mi muslo—, pero nuestro primer beso despertó mi corazón y ahora solo late por ti, Alexa —confesó en su intermitente viaje entre mis labios, mi barbilla y mi cuello.

Gemí deleitada por sus palabras y tomé su rostro para atraerlo de nuevo a mis labios. Su respiración agitada chocó contra la mía, mientras que mis dedos iniciaron su deleitado camino por su torso.

—¡Oh! —exclamé con tristeza cuando mi caricia bajó por su abdomen, que no estaba tan esculpido como la última vez.

—Lamento decepcionarte pero estoy de vacaciones —dijo en lo que se alzó un poco para palpar sus abdominales—. ¿Rompí tu fantasía?

Negué con la cabeza traviesamente.

—Nate, mi fantasía es que me ames siempre.

—¡Hum! Puedo hacer eso —dijo sonriendo seductoramente al final.

—Entonces... ¡hazlo! —le ordené en lo que lo tomaba por la cintura para acostarlo de nuevo sobre mí e iniciar la segunda mejor experiencia de mi vida.

Mi cuerpo recordó todo el tiempo como debía moverse bajo su mando.

—Tengo que irme —avisé a Nathan tras que me entregó uno de los refrescos fríos que traía en las manos para hidratarnos.

Era un poco difícil agarrar la cobija para cubrir mis *boobies* y cuidar que no derramara ni una gota en su caro edredón.

—Quédate conmigo —dijo en lo que ponía su refresco sobre su escritorio.

Después no sé por qué se puso a recoger toda nuestra ropa tirada sobre el suelo, supongo que era uno de esos *freaks* del orden.

Aunque no me quejaba porque me estaba deleitando la vista. A pesar de que traía puestos su bóxer y sus abdominales estaban un poco flojos.

—Sabes que no puedo decirte “No”... Y creo que aprovechaste eso para que te eligiera —respondí.

Se detuvo abruptamente y me miró muy serio.

—No me gusta que me digas eso porque me hace pensar que solo estás conmigo porque soy *Nathan Bates* —dijo. Aunque no aclaró si me manipuló o no.

—Lo siento, pero es la verdad. Me gustas tanto que no puedo resistirme contigo —me excusé en lo que salía de la cama para tomar mi ropa que él había puesto sobre el sillón que tenía cerca de la ventana.

—¿Resistirte a *Nathan Bates*?

Caminé al sillón sintiendo un poco de frío, pero su mirada envolviendo mi cuerpo desnudo, lo entibió rápido.

—No, tonto... ¡A ti! —le espeté aventándole mi playera que cachó sonriendo.

Empecé a vestirme con su mirada aun seducida encima de mí. Me estaba costando mucho no ser recatada.

—¿Te espera alguien en casa? —se acercó para tomarme por la cintura, antes de ponerme la playera.

Su toque me estremeció pero no lo notó y solo bajó un poco su cuerpo para facilitarme verlo a los ojos.

—Sí, Layla.

—¿Y Layla es tu madre o algo por el estilo para que tengas que pedirle permiso si puedes dormir conmigo o no?

—No, es mi mejor amiga, pero quedamos en que si alguna de las dos no iba a pasar la noche en casa, entonces tenía que avisar —me miró confundido—. Cuestiones de seguridad.

—¡Oh!, muy inteligente. Entonces, avísale que te vas a quedar conmigo.

—¿Seguro quieres que me quede a dormir?

—Sí, pero eso es lo que vamos a hacer: dormir —dijo con una risita al final.

—Okay, me quedo. Pero al menos alimentame porque me estoy muriendo de hambre.

—Bien —me soltó y fue a su closet—. Desvístete y ponte esto —me ordenó en lo que me aventaba algo.

Salió.

Extendí lo que me dio: era la playera que me había prestado la primera vez. Vi que tenía el escudo de nuestra universidad.

No bajé inmediatamente detrás de él. Me tomé un tiempo a solas para aceptar que estaba de nuevo frente a esa “resbaladilla súper divertida” que me hacía sonreír como tonta enamorada.

Cuando bajé, después de enviar el mensaje a Layla de que no iba a pasar la noche en casa, Nathan ya estaba preparando unos hotcakes. Lo abracé por detrás y besé los músculos de su espalda desnuda. No podía dejar de tocarlo y sentirlo mío.

—Vas a hacer que me queme —me advirtió sobreponiendo sus manos en las mías, y las acompañó en el recorrido sensual que hice por su pecho. Una vez sentí que me soltó para acariciar mi *derrière*.

No me importó su advertencia y seguí rozando con mis labios sus músculos que se estremecían ante el deseo de más besos. Disfrutó mucho mi mimo.

Estuvimos así por unos segundos, hasta que no me aguanté y le di un mordisco que lo hizo quejarse con un exagerado “¡*Ouch!*”

Lo solté para que siguiera cocinando.

—No, no puedes excitarme y luego retirarte —dijo jalándome para besarme.

El olor a quemado fue nuestra señal para cortar el beso que rápidamente subía en intensidad.

Me mordió el labio antes de soltarme, pero lo hizo tan fuerte que me quejé. Él solo rió entre dientes vengativamente.

Fui a sentarme a la mesita. Nate no tardó en poner algunos hotcakes en un platón y me acompañó a devorarlos.

¡Estaban deliciosos!

Sonrió cuando se me escapó un honesto “¡*Mmm!*” al detectar un ligero toque a cocoa.

De pronto, su pulgar acarició debajo de mi labio inferior. Pensé que traía comida por lo que me limpié con la servilleta.

—Estás limpia —dijo.

—¿Entonces?

—Te mordí muy fuerte. Lo siento, es la primera vez que muerdo a alguien —se excusó bajando la mirada.

¡Se sonrojó!

Mi caricia en su mejilla hizo que levantara la mirada, nos sonreímos mutuamente y regresamos a comer.

—Okay, solo quiero aclarar algo... No quiero volver a huir por la mañana —le dije antes de beber mi té.

Nate asintió y esperó a que tuviera valor de hablar.

—¿Esto significa que estamos saliendo ya?

Nate estaba masticando pero aun así sonrió irónico.

—¿Me escogiste?

—Es obvio que sí.

—Estamos saliendo ya —dijo calmado y volvió a comer.

—Okay —hice una pausa de unos segundos y pregunté—: ¿Crees que alguna vez volveremos a tener un “desacuerdo”?

—Espero que sí.

—¿En serio?

—Sí —le hice gestos de que no entendía. Explicó—: No sería una relación sana si siempre estamos de acuerdo en todo, o si no hay un malentendido entre nosotros.

“Además, estar molesto contigo y luego aclarar todo, me hizo... desearte más.

Levantó la mirada para verme seductoramente.

Se me escapó un bufido risorio. No respondí nada a su comentario de que me cohibía muy rápido.

Pero es que no me había sonrojado porque le excitaban las reconciliaciones... bueno, sí, sí influyó, pero fue más porque me reconfirmó que yo no era un acostón más. Quería conocerme y estar conmigo.

Regresamos a la cena.

De vez en tanto nos echábamos miraditas incrédulas. Supongo que ninguno de los dos creía que estábamos juntos de nuevo. Yo al menos no podía creer aun que había destacado de entre todas las mujeres que ha conocido últimamente. Tanto como para querer estar conmigo.

Cerca de terminar la cena, Nate bostezó sin pudor.

—Lo siento, pero estoy cansado.

—No te preocupes, también se ha pasado mi hora de sueño —dije.

No era cierto, pero estaba en su casa y tenía que atenerme a sus horarios de sueño.

—Subamos.

Iba a recoger los trastos pero me ordenó que los dejara, alguien los lavaría por arte de magia.

Lo seguí, deleitándome con los músculos de sus brazos, esos no habían cambiado. Me dieron ganas de volver a besar cada centímetro de él.

Entró al cuarto a oscuras, yo esperé en la puerta. No quería pegarme con algo. Casi de inmediato, el cuarto se alumbró con la tímida lámpara de su buró. Corrí y brinqué a la cama. ¡Amaba ese edredón, en serio!

Se metió a la cama y se me quedó viendo.

—¿Cómo vamos a hacer esto?

—¿A qué te refieres?

—A dormir como te gusta, porque no quiero despertar y darme cuenta que me dejaste solo otra vez.

Reí nerviosa.

—No te rías y acuéstate como si ya fueras a dormir —me amonestó en lo que me aventaba uno de los cojines que estaba quitando para que no estorbaran más de lo que ya lo habían hecho cuando hicimos el amor.

Me acosté con la cara enterrada en la almohada.

—¿Así es como duermes? —preguntó riéndose.

—No, lo siento, estoy enamorada de tu cama —respondí en lo que me acomodaba en esa posición que me hacía dormir rápidamente.

—Primero mi hermano, ahora mi cama. No creí tener tanta competencia —comentó burlescamente.

Reí.

—Bien... dejame maniobrar un poco —murmuró en lo que se acomodaba boca abajo.

La posición que tomó era realmente aislada.

—Esto no va a funcionar —comenté.

No dijo nada, sin embargo, se acercó más a mí, tomó mi mano y la abrazó junto con la extensión de brazo.

Extrañamente le resultó cómodo, supongo porque le aseguraba que no me iba a escapar tan fácilmente.

—Por ahora tendrá que ser así —comentó viéndome a los ojos, su sonrisita linda estaba ahí también.

—Buenas noches —dije en lo que me acercaba a él para besar sus labios.

Se estiró después para apagar la lámpara. Volvió a acomodarse e instintivamente me arrimé más a él hasta que pude apoyar mi frente en su brazo. No soltó mi mano.

—¿Podrías hacerme esa caricia que me hiciste esa noche? —me preguntó entre la oscuridad.

La hice e inmediatamente gimió lleno de satisfacción.

Seguí hasta que caí dormida.

Mi descansó fue placentero porque sabía que Nate me quería a su lado. Por lo menos lo fue hasta que empecé a soñar que tenía una roca sobre el pecho que me dificultaba la respiración.

Desperté pero aun sentía esa opresión. Estaba boca arriba y Nathan me abrazaba, una cuarta parte de su cuerpo estaba sobre mí, literalmente. Me tenía totalmente inmovilizada.

Querías despertar con él abrazándote, ¿no? ¡Entonces no te quejes!, me amonesté a mis adentros.

Sí, era lo que quería pero yo pesaba 55 kilos y él tal vez 78, los 23 kilos de diferencia no eran cuidadosos. Quise moverme pero no quería despertarlo, aun había un poco de oscuridad.

Respiré profundo y algo sonoro.

De pronto, se movió un poco.

—Lo siento, en algún momento cambié la almohada por ti —dijo en lo que se “bajo” de mí.

—No hay problema. De todas maneras ya me arrancas el respiro sin siquiera tocarme —dije en lo que buscaba de nuevo su cercanía.

—Okay, okay, ven. Intentemos esto de nuevo —dijo con un adormilado murmullo.

Se puso de lado y me invitó a que me resguardara en sus brazos. Gimió deleitado e hizo más fuerte su abrazo. Se sintió tan bien. ¡Ese era el abrazo que tanto le había estado demandando!

Acaricié su pecho desnudo en lo que volvíamos a caer dormidos rápidamente. Ya no sentí que me ahogaba ni tampoco abandonada. Por el contrario, me sentía inmensamente feliz y protegida.

Cuando abrí los ojos de nuevo, ya con el sol colándose entre las persianas, él estaba boca arriba y ahora era yo la que estaba casi trepada en él, pero, como pesaba menos, él no tuvo molestia.

No soy de las personas que se quedan mirando a alguien mientras duerme, pero no pude dejar de verlo amorosamente, hasta que descubrí un lunar que tenía en el pecho ligeramente velludo, cerca de su clavícula, que no sabía que tenía. Seguramente se lo ocultaban con maquillaje. No sé por qué me pareció tan sexy y no pude resistir besarlo tímidamente.

Nate se movió un poco, pero no despertó.

Vi la hora en mi reloj, eran las nueve de la mañana. Me levanté y fui por mi ropa perfectamente doblada en el sillón.

—¿Vas a huir de nuevo? —me preguntó Nathan en el momento en que estaba por quitarme su playera, ya traía mis jeans puestos y mi bra. Volví a ponérmela y fui a sentarme en el lado donde dormí.

—No. Iba a avisarte que me tengo que ir después de vestirme. No quería despertarte aun.

—Estás huyendo de nuevo —dijo echándome una mirada obvia.

—No estoy huyendo. Solo tengo que hacer algo —respondí rápido, me incliné un poco para darle un picorete, luego me quedé hincada junto a él—. Tengo que ir a ver a tu hermano.

—Huyes para ir a verlo —comentó gimoteando.

Colocó su mano sobre mi muslo y lo acarició delicadamente, contrayendo mis músculos ante la oleada de excitación.

—Tengo que hacerlo, Nate. No quiero que se entere de nosotros por Layla.

—¿Tu amiga es lengua suelta?

—No, más bien es Pro-Brayden.

—¿Pro...? —sonrió sarcástico cuando entendió a qué me refería—. Elegante forma de decir que es una *Anti-Nathan-Bates*. ¡Nunca he entendido porque algunas personas me odian si no me conocen!

—Nate, la verdad es que a veces te ves muy presuntuoso —aclaré frunciendo todo el rostro en espera de que se enojara o algo por el estilo, pero solo rió entre dientes perezoso—. Además, también puede caerte mal alguien sin siquiera conocerlo o conocerla. Por ejemplo, yo no soporto a esa actriz con la que

te enredaste después de mí —agregué haciendo una mueca.

Entrecerró los ojos.

—No tuve nada con Ariadna. Es mi amiga, nada más —aclaró rápido—. En cuanto que soy alguien presumido, es porque me cierro cuando me hacen preguntas personales. Creo que hay cosas en mi vida que el público no tiene derecho a saber. En eso concuerdo con Pattinson.

“Sé que es un problema, por mi profesión. Por eso Dave me emparejó con ella, y otras anteriormente, para hacerme accesible... Bueno, también para desaparecer ese rumor de que yo era gay.

“Lo que me saca por salir de juerga con Pattinson en América. Ahí malinterpretan todo.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo, me desilusionó mucho saberlo. Por suerte, e irónicamente, tu siguiente conquista me regresó las esperanzas —comenté.

Ambos reímos

—¿Funcionó contigo?

—¿Enojarme con tu falsa relación?

—No... bueno, sí. ¿Te molestó?

Asentí y le dije que me caía peor después de eso.

Reprimió una sonrisa llena de satisfacción.

—¿Y lo de ser presumido?

—¡Doh! Obvio que no —exclamé poniendo los ojos en blanco—. De lo contrario, no estaría aquí.

—¡Obvio!... Okay, supongo que tengo que limpiar mi reputación con tu amiga —comentó y yo asentí varias veces.

—Bien. Luego platicamos de eso, tengo que irme ya —me aventé hacia atrás para salir de la cama.

—¿En serio huyes para ver a mi hermano? —volvió a preguntar. Se irguió un poco.

—¿Celoso? —pregunté con una sonrisa encantada.

—Mi hermanito va a disfrutar tanto esto —farfulló entre dientes, evadiendo mi pregunta.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicará —respondió haciendo otro gesto nuevo. Se acostó de nuevo.

Sonreí sin querer al descubrirlo.

—No. Dime —le pedí con tono infantil en lo que fui a sentarme a su lado, en la orilla de la cama.

Sin más, me platicó del problema con su hermano.

¡Pobre Brayden! La fama de su hermano no fue nada amable con él.

—Ahora si me voy —dije cuando terminó su relato.

No quise comentar nada a lo que me dijo, así que solo me incliné para besarlo bien. Por supuesto, me jaló hasta hacerme caer sobre él. Me quiso acorralar pero inmediatamente me levanté.

—¿Te veo al rato? —pregunté como si nada.

—No, no puedo verte después. Tengo que irme al teatro a eso de las cuatro, por eso quería pasar la mañana contigo.

Hice una mueca infantil.

—Si quieres, puedo pasar por ti a tu departamento después de la función —sugirió.

Asentí totalmente emocionada y me di la vuelta para irme.

—¡Alexa!

Volteé y le hice gestos de que tenía toda mi atención.

—¿No se te olvida algo?

—¡Ah, sí! —dije y regresé para volverlo a besar, solo que detuvo mi beso con solo un dedo y rió.

—Se te olvida darme tu dirección.

—¡Oh, qué tonta soy!

Busqué mi bolso para escribirle mi dirección en un post-it, pero recordé que estaba en la sala.

—Te envió un correo con mi dirección, ¿okay?

—Okay, pero también dame tu número porque odió estar comunicándome contigo por cartitas como si estuviéramos en el siglo antepasado.

—¿No lo apuntaste cuando tuviste mi celular?

—No, no vi la necesidad de hacerlo. No sospeché entonces que me ibas a batear así al día siguiente —dijo con gestos llenos de reproche.

—Okay, okay —dije y le dicté mi número.

Estaba a punto de dar la media vuelta para salir del cuarto cuando me dijo que esperara. Llevó el celular a su oído y esperó hasta que a lo lejos se escuchó mi celular sonando.

—Bien, ya tienes mi número también.

Reí burlonamente entre dientes.

—¿Qué? —preguntó curioso.

—Más bien verificaste que sí te hubiere dado mi número.

—No, verifiqué que sí haya ingresado bien tu número... ¡Es muy diferente!

—¡A-ha! —exclamé sarcástica y salí acompañada de sus risitas.

Fui a la sala en donde tomé mi bolso y salí de la casa.

Me sentía completamente diferente a la primera vez, cuando hui desesperanzada. Sonreía constantemente.

Mientras el taxi avanzaba por las calles algo vacías, le mandé el email a Nathan con mi dirección. Me respondió con un mensaje de una manita diciendo okay.

Iba a poner el cel en *stand by* cuando el timbre de mensajes volvió a sonar. Sonreí al ver su nombre de nuevo.

Contuve una sonrisa que quería restregar mi felicidad al taxista.

Realmente quería regresar a él y pasar el día entre sus brazos y besos... y demás, pero no podía esperar otro día para hablar con Brayden. Quería hacer las cosas bien.

Releí el mensaje cuando esperaba una respuesta, de inmediato quise borrarlo pero ya era demasiado tarde. Sin querer le había dicho que su hermano nunca dudó de mí.

Mi corazón palpitó agresivamente, regañándome que cuando se tratara de Nate, siempre tenía que revisar el mensaje antes de enviar.

Su respuesta llegó.

Suspiré relajadamente con su beso virtual. No había tomado mi mensaje como un reclamo.

Respondí su mensaje para asegurarle mi elección.

No esperé respuesta. Guardé el celular y disfruté del paisaje que me pareció diferente y lleno de colores.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Layla saliendo de la cocina con un tazón de cornflakes. Me

saludó con un cabeceo, fue a sentarse a la sala y prendió la tele para ver caricaturas como todas las mañanas siguientes a una noche pesada.

Fui a sentarme junto a ella.

—¿Te envolvió en su telaraña de nuevo? —preguntó indiferentemente.

—No.

Le relaté todo lo que pasó.

—Pues aun así no me cae bien —dijo cuando terminé.

—Sí, ya se lo comenté... Me dijo que te va a hacer cambiar de opinión.

Layla soltó una risita sarcástica.

—Solo me hará cambiar de opinión si me regala un auto o algo por el estilo —dijo muy bromista.

—Layla, dale una oportunidad, ¿okay?

Volteó a verme. Mis gestos le suplicaban que lo hiciera por mí.

—Está bien —dijo desganada.

—Gracias... Por cierto, podrías darme la dirección de Brayden.

—¿Para qué la quieres?

—Para ir a hablar con él. No quiero que odie más a su hermano por mi culpa.

—Busca su dirección en los contactos de mi celular —dijo como si nada.

Por la facilidad con que me dio el dato, deduje que también creía que tenía que hablar con él.

—Lexy, si vas a ir a verlo, date un baño primero —sugirió haciéndome ojitos de que olía a hombre.

—Okay —dije olfateándome. Era cierto, olía a Nathan.

Generalmente no me gustaba oler así, a hombre, porque sentía que decía a todo aquel que se acercaba a mí que acababa de tener sexo. Pero esta vez era diferente y si no tuviera que ir a ver a Brayden me quedaría así todo el día, marcada con su aroma. Pregonando que le pertenecía a Nate.

Fui a su cuarto y anoté la dirección de Brayden en mi celular, en su entrada, después fui al mío y saqué ropa limpia para darme una ducha rápida.

Toqué el timbre del edificio en donde vivía Brayden, quien no tardó en dejarme pasar.

Estaba por tocar la puerta de su departamento cuando la abrió.

—¿Dónde te has metido? —me preguntó algo demandante, aunque vi una sonrisita tratando de asomarse. Le dio gusto verme.

—¡Hola!... ¿Puedo pasar? —le pedí intimidada por lo que me esperaba tan pronto como entrara.

—Sí... pasa —dijo haciéndose a un lado.

Entré haciendo un análisis rápido del departamento, en busca de que no hubiere alguien más ahí.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no has respondido mis llamadas, mensajes...?

—Lo siento... Es que... Tengo... No te va... —balbuceé.

—Okay, primero organiza tus ideas —dijo muy bromista.

—Las tengo organizadas, es solo que no sé cómo iniciar esta conversación.

—Generalmente se empieza por el principio, nena —dijo entre risitas sarcásticas. Se me retorció un poco el estómago cuando me llamó *nena*—. ¿Quieres algo de tomar?

—Sí, un refresco, por favor —respondí olvidándome de su broma que solo dificultaba más mi revelación.

Fue y regresó con los vasos, luego me invitó a sentarme con un cabeceo; lo hice.

El momento tenía una perturbadora similitud con la conversación que tuve el día anterior con Nathan. Solo que con Brayden iba a terminar diferente.

—La razón por la que no has sabido nada de mí, es porque me he estado escondiendo de ti —dije directamente y muy envalentonada por la frescura del refresco.

Su sonrisa honesta se transformó atrabancadamente en confusión.

—Y ¿por qué te escondes de mí? ¿Te asustó el beso que te iba a dar?

—No. Por el contrario, estaba deseando que lo hicieras sin tanto rodeo.

—No lo hice porque Layla me dijo que...

—Eso ya no importa, Bray —le interrumpí para que no me explicara por qué fue muy lento conmigo. No obstante, pensándolo, creo que fue mejor no haberlo besado. Mi conciencia estaba limpia.

—Entonces... ¡no entiendo! —comentó haciendo los mismo gestos de Nathan cuando estaba confundido, incluso estaba ese rascado de frente.

En serio, ¿cómo no me di cuenta de ese parecido físico entre ambos hermanos? Tal vez la razón por la que me fijé en Brayden desde un inicio fue porque vi esos tímidos rasgos que compartía con Nathan.

—Dejé de verte por tu hermano —confesé sin más.

—¿Mi hermano? Pero si no lo... —dijo, llevando su confusión a un enojo—. ¡Ya estoy cansado que me haga siempre lo mismo! ¡Caen una tras otra!

Yo sabía a qué se refería: a que lo había cambiado por su hermano famoso.

—Bray, no te dejé porque él es famoso, sino porque tengo una conexión muy fuerte con él.

—¿Conexión? ¿De qué conexión hablas, si no lo conoces? —frunció el ceño confundido.

—Sí lo conozco... Además, te aclaro que tu hermano no es el que te ha bajado esas... mujeres, por no llamarlas de otra manera —le interrumpí para no dirigir la conversación aun por ahí.

—¿Ah, no? Hasta donde yo recuerdo me ha arrebatado a toda aquella mujer que me interesa... ¡Ve! ¡Lo ha hecho contigo!

—Okay, en un momento vamos con eso. Primero hablemos de que él te quita las *mujeres*.

Brayden puso los ojos en blanco.

—Sé que crees que tu hermano te las ha arrebatado, pero la verdad es que son ellas las que te han dejado para tener sus cinco minutos de fama. Tu hermano ha rechazado a todas, te quiere y no es tan ruin para lastimarte así. No te ha aclarado nada porque prefiere que tengas esa idea de que él es el malo de la película y no que tienes un mal tino para escoger mujeres —le dije lo que entendí de Nathan.

—¿Le creíste toda esa basura de hermano bueno? —preguntó cruzándose de brazos.

—Sí. Porque si alguien en verdad quisiera estar contigo, no te cambiaría por alguien famoso.

Brayden rió irónico.

—Creo que te estás describiendo.

—Lo que me lleva a lo que te puse hace un momento —cambié el tema al darme cuenta que tenía razón—. Crees que tu hermano te arrebató a tu nueva chica —dije señalándome—, pero la verdad es que fue al revés.

Brayden no dijo nada pero sí estaba confundido.

—Conocí a tu hermano antes que a ti.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Nathan fue mi compañero de vuelo de México a Londres. Esas horas juntos en el avión nos llevaron a platicar y, bueno, a conocernos.

—¿Te acostaste con él?

Me quedé callada, aunque las palabras atoradas en mis labios le dijeron que sí.

—Y te botó como es su costumbre.

—No, realmente. Tuvimos un mal entendido que me hizo huir de él la mañana siguiente, y a él lo hizo... bueno, sentirse utilizado.

Brayden rió entre dientes mordazmente al pensar que su hermano había recibido un poco de su propia medicina.

—Luego te conocí y... me caíste bien y... poco a poco me interesé en ti.

—Hasta que mi hermano fue a la universidad a buscarme.

“Y yo tan seguro que estaba de ti que no me fijé en la cara que seguramente ambos pusieron al

verse... ¡Ves! Caímos de nuevo en el problema. ¡Me quitó a la chica!

—No, porque no quise hacerte daño, principalmente, y por eso me alejé.

“Aunque tu hermano no me dejó en paz después de reencontrarnos. Quería hablar conmigo acerca de ti. Finalmente, ayer cedi y fui a verlo.

—Y tuvieron su reencuentrito, ¿no? —dijo mordaz.

Dejé que me hablara así, con ese humor de carajos que no le hubiera aguantado a nadie más, pero lo soporté precisamente porque era Brayden y por la situación en que estábamos los tres.

—Lo primero que me pidió cuando estuvimos cara a cara fue que me alejara de ti. Y yo le aseguré que no te diría lo que pasó entre nosotros... que me olvidaría de ti.

Brayden enarcó las cejas sorprendido.

—Una aclaración llevó a otra y, sí, nos reconciamos.

Brayden se quedó mudo, sin embargo, su mirada me decía que estaba desilusionado.

—No sé qué tipo de relación estoy teniendo con tu hermano, pero estoy consciente de que va a ser algo bastante difícil. Por eso quise aclarar esto contigo.

—¿Me usaste para olvidarte de él? ¿Él era tu relación seria que te había roto el corazón?

Suspiré pesadamente.

—No. Layla no te mintió. Mi novio rompió conmigo algunas semanas antes de salir de México. Me dolió mucho.

Esa fue una mentira. La verdad es que esa relación cayó en la rutina, ambos cortamos por lo sano. No me dolió ni nada por el estilo; de lo contrario no me hubiera acostado con Nate... Bueno, eso quería creer.

—Entonces mi hermano fue el desahogo —comentó algo mordaz.

—No. Y no creo que quieras saber qué estaba pensando cuando... estuve con tu hermano —respondí evadiendo su mirada.

Brayden guardó silencio y se inclinó hacia delante, usando sus brazos como escuadras para soportar todo el peso de lo que hemos hablado.

—¿Qué piensas? —pregunté buscando un poco su mirada.

—En que los problemas que tengo con mi hermano son asunto nuestro y no quiero que te metas —dijo severo, viéndome de reojo—. En cuanto a tu acostón con él, bueno, la verdad es tu problema si dejas que te use y bote como lo hace con todas —agregó ahora si viéndome completamente.

Sus ojos estaban tan verdes que brillaban como esmeraldas.

—Has arruinado... ¡olvidalo! —dijo entre gestos enojados.

—Solo quería decirte que lo que sentí por ti fue verdadero, aunque lo que siento por Nate es más fuerte —tomé mi bolso y me puse de pie—. Lamento que las cosas se hayan dado así.

Fui a la puerta y salí sin ser acompañada por Brayden o siquiera por alguna palabra suya.

Regresé al departamento aun lamentando que fui una mujer más que se interpuso entre los hermanos Keats... o Bates —tenía que averiguar cuál era su verdadero apellido.

No hablé con Nathan en todo el día, a pesar de que quería hacerlo. Aclarar las cosas con Brayden me había afectado tanto que empezaba a cuestionarme si sentía algo por él.

No dejé que ese pensamiento se arraigara, porque no quería confundir una amistad con amor.

Me había decidido por Nate y eso era todo. Confiaba en nosotros completamente.

Después de pasar tantas horas echada en la cama, decidí ir a correr al parque para despejar un poco la mente, y para ejercitarme. Con el problema Nathan/Brayden había dejado a un lado el ejercicio.

Me vestí para correr.

Recorrí todo el parque con la capucha puesta de la sudadera, con *Arms* de Feeder sonando fuertemente en mis oídos y una brisa fría acariciando mi rostro.

Estaba optimista, a pesar del clima nublado. Se sentía muy bien que Nathan visitara mis pensamientos de nuevo. Aunque Brayden también aparecía de vez en tanto; en su caso, deduje que era la culpabilidad por cómo se dieron las cosas.

Regresé al departamento casi a las siete de la noche. Layla no estaba, de seguro había salido con sus amigos. Me di un baño y me puse algo cómodo. Me eché en el sofá con mi laptop en las piernas y me puse a navegar en la red. No vi nada en especial, bueno, nada relacionado a Nathan. ¿Para qué hacerlo si podía ir con la fuente misma y conseguir información fidedigna y no algo basado en la observación, o sea chismes?

El timbre sonó y me levanté con las piernas adormiladas. Brinqué como niña para enviarles sangre en lo que iba al interfono para abrir la puerta de la calle, luego fui a la del departamento para abrirla. Nathan apareció en segundos.

—¡Hola! Pasa... Llegaste rápido —le recibí con una sonrisa de oreja a oreja.

Quise colgarme de su cuello para besarlo pero no me atreví. Al menos, todas mis dudas se disiparon al verlo, y las puertas de la felicidad me fueron abiertas de nuevo.

—Sí —dijo pausadamente en lo que revisaba el lugar.

—No hay nadie.

Entonces me jaló sorpresivamente por la cintura y me besó.

—¿Estás lista? —me preguntó besando intermitentemente mi cuello.

—Sí, solo voy por mi bolso —dije atontada.

Me dio un mordisco, esta vez fue cuidadoso, y me soltó. Pero me quedé con deseos de más.

—Lleva ropa para mañana —sugirió, como si no se hubiera portado como un niño travieso.

—¿Me voy a quedar contigo? —le consulté en lo que sacudía la cabeza para despabilarme de su beso.

Fui a mi cuarto seguida por él.

—Sí, tengo que recuperar todas esas semanas que no te tuve —dijo tan casualmente que me dejó muda.

¡Me esperaba mucha acción!

Recorrió mi cuarto, tomando cada cosa que llamaba su atención. Pronto se arrojó a mi cama, probando que tan cómoda era. De hecho era igual de agradable que la suya, la única diferencia era que yo no tenía tanto dinero para gastar en un esponjoso edredón.

Me apresuré a tomar una maleta pequeña y arrojé todo aquello que pudiera necesitar para un día.

—¡Lista! —exclamé emocionada cuando terminé de jalar el cierre.

—Bien... vámonos —dijo en lo que se levantaba de la cama y tomaba mi maleta.

Me siguió de nuevo.

Escribí una nota rápidamente, avisando a Layla a dónde iba, y la puse en la mesa del comedor.

Estuvimos en silencio todo el camino a su casa, pero nos veíamos de reojo y sonreíamos mucho.

Al llegar, Nathan abrió la puerta y me dejó pasar galantemente, una vez más sin importar si alguien lo veía entrando conmigo y maleta en mano.

Fue a dejar mi maleta a su cuarto y luego fue a la cocina. Mientras tanto, me senté, me quité los zapatos y me estiré por el control remoto. ¡Por fin pude disfrutar la comodidad de su sala!

Regresó con dos humeantes té Earl Gray, los puso en la mesa de centro y se quitó los zapatos también como pudo. Se echó en el sofá, no sin antes tomar un cojín, y se recostó sobre mi regazo.

—¿Qué tienes? —pregunté, animándome finalmente a acariciar su cabello.

—No fue una buena noche —respondió irguiéndose con trabajos para tomar de su té y volvió a dejarse caer pesadamente.

—¿Qué pasó?

—Fans.

—¿Fans? —pregunté confundida, por un momento se me olvidó quién era.

—Sí, de esas que no les importa interrumpir con tal de hacerte saber que están emocionadas por verte.

—¡Oh!

—Agradezco su apoyo, pero... —suspiró cansado— me costó mucho trabajo concentrarme y la función se me hizo más pesada de lo normal. Por eso te recogí antes, salí corriendo tan pronto como cayó el telón definitivamente.

—¿Por eso aun traes maquillaje? —pregunté entre risitas al notar que su piel se veía inmaculada y sus pestañas, que de por sí ya eran abundantes, estaban más oscuras y destacaban el color azul de sus ojos.

—Sí. Me desmaquillo antes de ir a la cama.

Me carcajeé, y me carcajeé bien. Nathan me miró confundido por mi júbilo.

—Lo siento, es que nunca creí que iba a salir con alguien que se maquille —dije aun entre risas.

Siguió mirándome desde abajo con una mueca reprensoria por burlarme de él.

—Espero que no empieces a usar mi maquillaje.

—Ja-ja-ja —espetó tratando de hacerme cosquillas, pero no pudo porque el cojín le tapaba mi cintura.

—Okay, ya no me burlo de ti —dije—. Entonces, ¿dejaste a tus fans colgadas?

—Sí. Que me disculpen en esta ocasión pero no estaba de ánimo para atenderlas.

—Sí, ya me di cuenta —murmuré—. ¿Estás muy cansado?

—Sí. Espero que no te moleste que hoy no hagamos nada.

¿Y qué pasó con eso de recuperar el tiempo perdido?

—No, no te preocupes. También estoy cansada.

—¿Cansada de estar echada en la cama? —inquirió burlón.

—No. Recuerda que fui a hablar con tu hermano...

—¡Ah, sí! ¿Qué te dijo? ¿Cómo te trató? —me interrumpió.

Tomó mi mano para jugar con ella, entrelazando nuestros dedos.

—Bueno, digamos que no supe manejar la conversación y terminé quedando como una de esas *mujeres* que los separaron.

—Sí, supuse que eso iba a pasar. Después de que te fuiste, estuve analizando toda la situación y me di cuenta que caímos en esa imagen.

—Creo que Brayden jamás me va a volver a hablar.

—Dale tiempo. Ya se le pasará el berrinche... ¿Luego que hiciste? —preguntó sonriente para cambiar

de tema.

—Me acosté casi todo el día...

—¡Ya ves como sí estás cansada de estar acostada!

Reí entre dientes.

—Pero en la tarde salí a correr casi por una hora.

—¡Ya decía que ese cuerpecito precioso no se obtenía echada en la cama! —comentó muy bromista.

—¡Claro que no! —dije sonrojada—. Por cierto, Nate, tengo una duda que me ha estado carcomiendo la cabeza desde que me enteré que Brayden era tu hermano.

—¡Y regresamos a mi hermanito! —exclamó algo molesto.

—¿Por qué tienen apellidos diferentes? —pregunté ignorando su comentario.

—Porque Bray se lo cambió.

—¿Tu apellido sí es Bates?

—Sí.

—¿Y por qué se lo cambió?

—Porque no quería que lo relacionaran conmigo. Keats es el apellido de mi madre.

—¡Ah!

—¿Otra duda?

—Sí, pero esta no es en relación a tu hermano —dije dudosa de hacer la pregunta, pero su mirada constante me obligó a hablar—. ¿Por qué te fijaste en mí? ¿Qué tengo yo de diferente a todas tus fans?

—No eres una fan —contradijo serio—. No sabías que Brayden era mi hermano. Una fan sabría eso —agregó burlón.

Le contradije que sí lo era. Entonces, se quedó pensativo un momento.

—No me pareció que lo fueras cuando te conocí. Por lo menos no del tipo del que estoy acostumbrado a tratar.

—Sí lo era —volví a asegurar—. Me gustaste desde el primer momento en que te vi en esa película independiente que hiciste, Marcado, y te seguí la pista desde entonces.

—Mmm, en mis inicios —murmuró—. ¿Coleccionabas fotos mías?

—Sí, algunas. La que me encanta de ti la tenía como *lock screen* en mi Tablet, pero la borré junto con las demás en un arranqué de desilusión, cuando tuvimos nuestro malentendido —confesé haciendo un gesto que me preparaba para un rechazo.

Reprimió una sonrisa.

—¿En serio no te molesta que te diga que fui tu fan antes de conocerte?

—No, porque aun creo que no entras en la categoría de fan, Alexa —dijo algo cansado de mi insistencia.

—¿No? ¿Por qué no? Eso hace una fan, ¿no?

—No. Actuaste como cualquier mujer que se topa con alguien que llena sus requisitos de hombre ideal. La única diferencia es que en lugar de conocernos en algún lugar o ser presentados por amigos mutuos, me viste en la pantalla... Algo parecido a lo que seguramente te pasó con Brayden. Quitando que con él pudiste hablar inmediatamente; tener una idea de si estaba interesado en ti o no.

—¡Ah!

—¿Le tomaste fotos?

—¿A Brayden? —asintió—. Sí, tengo algunas.

—Me gustaría que las borraras, por favor —dijo serio.

Sentí celos en su voz.

—Lo haré.

—Okay. ¿Entiendes ahora lo que quiero decir?

Asentí estando de acuerdo, pero no por su explicación enredada que finalmente no explicó mucho,

sino porque analicé rápidamente que cuando alguien te gusta, en cierta forma te conviertes en su admiradora, o admirador según sea el caso, luego en ferviente fan cuando te enamoras. Lo único que diferenciaba todo era que la otra persona te correspondiera.

El amor, en cierta forma, era un tipo de fanatismo.

—Ya conocerás a mis verdaderas fans —murmuró acomodándose en el sillón—. ¿Seguías siendo mi “fan” cuando bajamos del avión?

Analicé mi sentir de entonces.

—Bueno, me pusiste muy nerviosa, no puedo negarlo, pero esa idea de que eras *Nathan Bates* se rompió un poco cuando me ofreciste tu apoyo en el despegue. De ahí hasta la mañana en que huí, estuve en el limbo de *Nate-Nathan Bates*.

—¿Sigues ahí? —preguntó solo para reconfirmar algo que ya le había asegurado.

—No, no lo creo.

—Te creo.

—¿En serio?

—Sí, me di cuenta que dejé de ser definitivamente *Nathan Bates* para ti cuando empezaste a llamarme *Nate*... Solo los más cercanos me llaman así.

—Creo que el tiempo que estuvimos separados me hizo pensar en ti como alguien que me gustaba mucho pero que no me correspondía... Más que en que eras un actor.

“Y fue fácil pensarlo porque, desde que te conozco, te has comportado conmigo como una persona normal. Me has dejado en claro que *Nathan Bates* es solo tu trabajo.

—Y lo es... Un trabajo que me gusta hacer —aseguró.

—¡Okay, okay! Ya te confesé todo. ¡Ahora te toca a ti! —dije.

—Veamos, ¿qué vi en ti? —murmuró y luego hizo un tronido con la boca—. Bueno, eres tremendamente hermosa.

—¡No lo soy!

—Para mí, sí lo eres. Tienes todo lo que me gusta de una mujer —preparó su mano para un conteo—: labios besables, como dices; mirada cautivadora, nariz de botoncito —me dio un ligero golpecito en la punta de mi nariz con su dedo— y un cuerpecito que, a pesar de ser delgado, quiero tocar todo el tiempo.

Sonreí totalmente sonrojada.

—¡Ah! Se me olvidaba tu sonrisa de niña tímida. Me gusta reprimir el deseo de robarte un beso cada vez que sonrías así.

“Eso es físicamente. En cuanto a tu personalidad... Apenas estamos conociéndonos pero me gusta que tu carácter sea fuerte cuando no estás de acuerdo en algo; defiendes tu opinión. Que seas un ángel generalmente —calló para pensar—. También me atrae que seas sencilla y graciosa, que no te hayas deslumbrado por mi “fama”. Que estés igual de dispuesta a *jugar* conmigo o a pasar el rato inocentemente como ahora. Otra ya me estaría reclamando por qué no la deseo.

Tomó mi mano y besó el interior de mi muñeca mientras que yo seguía acariciando su cabello.

—Pero sobre todo, me vuelve loco cómo me miras. Aunque lo dudes, siempre me has querido... a *mí*, y no a *Nathan Bates* —hizo un silencio en donde sonrió tímidamente—. ¿Sabes lo que todo eso significa para mí?

Negué saberlo.

—Significa que, irónicamente, ya me convertí en tu ferviente fan... ¡Mmm! Quizás lo soy desde el momento en que te hice el amor por primera vez.

La timidez me atacó.

—Estoy ansioso por seguir conociéndote —murmuró.

—Igual yo —coincidí mientras me inclinaba para besarlo incómodamente.

Enterró sus dedos en mi cabello para retenerme y disfrutar el waltz en el que se sumergieron nuestras bocas.

Al poco rato, me sugirió que fuéramos a su cuarto, pero no para hacer el amor. Era cierto que ambos estábamos cansados y solo queríamos dormir juntos, disfrutar de la serenidad que ambos nos ofrecíamos con solo compartir una cama.

Nate tomó las tazas, pero tuve que arrebatársela la mía para al menos darle un sorbo al té. Sonrió cuando se la regresé y se dirigió a la cocina, antes me dijo que lo esperara en el cuarto.

El teléfono sonó cuando él desapareció en la cocina.

—¿Podrías contestar, por favor? —me gritó desde allá.

—Sí, claro.

Tomé el auricular y contesté muy nerviosa.

—¿Hablo a la casa de Nathan? —dijo una voz femenina muy formal, después de algunos gemidos dudosos.

—¿Quién le habla? —pregunté con tono nada educado, que se volvió más grosero cuando me dijo su nombre.

Nate salió de la cocina en ese preciso momento.

—Es para ti —le pasé el auricular.

—¡Obvio que es para mí! Nadie más vive aquí —dijo muy bromista, pero no me hizo reír.

Di la media vuelta y fui al cuarto. Quería quedarme a espiar la conversación pero, por el bienestar de mi cordura, decidí dejarlo solo.

Ya en su cuarto, fui a pararme junto a la ventana. No miré hacia afuera, sino a mi reflejo que seguía disgustado. Maldije que su voz no llegara hasta su cuarto.

En segundos, empecé a arrepentirme de no haberme quedado abajo, decirle a Nate con mis gestos que no me agradaba nada que Ariadna McAllister le hablara a esa hora de la noche.

—¿Celosa? —me preguntó Nate a mis espaldas.

Me encogí de hombros y escondí la cara porque no quería que viera que su simple pregunta me hizo darme cuenta que lo estaba totalmente.

Ariadna no era una desconocida que luchaba por atraer su atención, como una fan. Ella lo conocía más que yo y sabía cómo llegar a él. Tal vez Nate no se había dado cuenta pero era obvio que Ariadna estaba interesada en él, y aprovechaba esa falsa relación para ganárselo. Ariadna no era tan buena actriz para engañarme.

El sonido de sus pasos me avisó que estaba viniendo a mí, sus manos rodearon mi cintura y sus labios en mi cuello me hicieron voltear a verlo.

—Quería que saliéramos pero le dije que no podía porque tenía en casa a una linda chica de quien estoy muy interesado. Y espero hacerle el amor en cuanto no esté cansado.

Mi sonrisa traicionó mis celos.

—¿Le dijiste de nosotros?

Lo abracé por el cuello para ponerme de puntas y besar su barbilla.

—No todo —me separé y tensé la quijada—. Es mi amiga pero no tiene porqué saber todo de mi vida. Nuestra amistad no es tan antigua para tener esa confianza —dijo inclinándose para encontrarse con mis labios.

No podía pedir más por el momento. Era muy pronto para pregonar a los cuatro vientos que estábamos juntos, ni siquiera sabíamos si lo nuestro iba a funcionar o no.

Aun así, bye-bye Ariadna.

Al estar a punto de que nuestros labios se enfrascaran en demostrar lo deseosos que estaban por tocarse, se retiró diciendo que tenía que lavarse la cara.

Mi suspiro quejumbroso le dijo que me había incitado para nada.

Rió entre dientes traviesamente y salió del cuarto.

Mientras Nate se lavaba la cara para quitarse el maquillaje —aún me rio cuando pienso que el hombre que me gusta usa maquillaje—, me puse mi pijama que consistía en un camisón rosa pálido, tipo playera y algo entallado, con unos lindos changuitos con pijamas.

Nate hizo gesto tierno en cuanto me vio, luego fue a su cajonera en lo que se desnudaba frente a mí sin cohibirse, dejándose solo su bóxer. Miré su torso desnudo algo lasciva en lo que se vestía.

Tentación, ¡alejate!

Acomodó un cojín encima de su almohada y se acostó boca arriba. Yo me quedé boca abajo pero con mi rostro descansando sobre su torso desnudo, pude verlo sin interrupción.

—¿Qué pensaste de mi cuando nos conocimos? —le pregunté curiosa.

La punta de mis dedos jugueteó tímidamente con los vellos de su pecho.

—¡Wow! Es bonita... ¡Muy bonita! —respondió sonriendo tímidamente—. ¡Y tremendamente sexy! —agregó viendo mi trasero como pudo.

Lógicamente me sonrojé.

—La verdad es que fue extraño cómo llamaste mi atención... —dijo haciendo gestos confusos—. Cuando te vi de pies a cabeza, antes de que te sentaras, solo quería una cogida contigo.

Su confesión me desagradó porque me hizo sentir como un objeto sexual.

—Sí, sé que no es lo que esperabas escuchar pero, bueno, mi excusa es que soy un hombre y a veces pensamos en sexo antes de otra cosa... Te deseé mucho, por eso te cacé —se explicó algo apenado. Suspiró y prosiguió mirándome directamente a los ojos—. Pero después de que te traté un poco y te hice el amor, ya no quería que te separaras de mí. Quería seguir viéndote.

—¿Así de buena soy? —le cuestioné presumidamente como desquite.

Rió entre dientes.

—Así de buena eres para hacer sentir amada a la otra persona —acarició mi mejilla—. Mientras te amaba, solo quería más. Unirme a tu cuerpo hasta hacerte explotar en éxtasis, pero tus caricias me dijeron todo el tiempo que no tenía que saciarme de ti en ese momento porque serías mía... para siempre.

Me quedé en silencio, con el corazón totalmente atolondrado.

—Al final fui un suertudo porque me hiciste caso —dijo como si yo fuera la famosa y él el fan.

—¿Pensaste mal de mí porque me acosté contigo al día siguiente de conocerte? —pregunté después de unos segundos en silencio.

—No. Era el siguiente paso a dar contigo.

—¿Qué? ¿Ese *paso* lo das con todas al día de conocerlas?

—No vayas por ahí, Alexa —advirtió serio.

Bajé la mirada desilusionada.

—No te sientas mal —dijo más cariñoso. Levantó mi rostro—. Era el siguiente paso a dar porque tuvimos tres citas divertidas, dormimos y desayunamos juntos inocentemente.

—¿Estás considerando el vuelo como citas?

Nate asintió levantando su sonrisa de un solo lado, muy seductor.

—Bueno, si lo pones de esa manera, creo que tienes razón.

Al bajar la mirada creé un silencio algo incómodo.

—Necesitas tener una cita para justificar lo rápido que caímos en los brazos del otro, ¿verdad? —me preguntó levantando mi rostro de nuevo.

Asentí sin dudar. Tenía razón, necesitaba esa cita verdadera para no sentirme como alguien fácil.

Nate entrecerró los ojos en señal de estar pensando en algo. Sin embargo, no dijo nada y dejó que un bostezo lo interrumpiera.

—Durmamos ya —dijo para terminar la conversación que ya se estaba volviendo incómoda.

Tomó el cojín y lo aventó al sillón.

—Okay —respondí jalando el edredón.

Apagó la lámpara y tomamos la misma posición de la noche anterior. Incluso le hice la misma caricia que nos arrullaba a ambos.

—Me gusta mucho dormir a tu lado —comentó en un murmullo dentro de la oscuridad.

Detuve la caricia y levanté el rostro para verlo. Mis ojos ya acostumbrados a la oscuridad detectaron que se movió un poco hacia mí para que nuestros labios pudieran encontrarse fácilmente. Deshicimos nuestra posición para dormir y me acorraló para besarme un rato más.

—Extrañé besarte tanto como extrañé tu caricia antes de dormir... Bueno, tal vez más besarte —susurró a mi oído.

Tomé su rostro para besarlo de nuevo.

—Me encantas —susurré entre besos.

Escuché una risita cohibida.

—También *me encantas* mucho —respondió con un énfasis que me confundió.

Retomamos nuestra posición. Suspiró profundo en lo que reinicié la caricia, sonriendo dichosamente por los dos días que ya tenía viviendo en el paraíso.

Desperté por la mañana del domingo sin Nathan a mi lado.

Le llamé y no tuve respuesta.

Me levanté de la cama y salí del cuarto llamándolo aun. Nada.

Mi llamado se hizo cada vez más alto y demandante conforme me daba cuenta que estaba sola. Si no es porque estaba en *su* casa, hubiera pensado que ahora él fue el que huyó. Iba a llamarlo a su celular pero recordé que durante mi vistazo rápido al cuarto lo había visto descansando sobre su buró. Tendría que esperar a que regresara.

Después de pasar al baño, bajé a la cocina por un poco de café.

Estaba dormitando recargada en el mueble de la cocina, esperando a que la tetera silbara, cuando escuché la puerta abriéndose y a alguien tarareando *Arms* de Feeder. El sueño se me espantó con mi corrida urgente a averiguar si era Nate.

—¡Hola! ¡Buenos días! —dijo echándose para atrás la capucha de su sudadera guinda, retiró sus audífonos y sonrió de oreja a oreja.

Esa escena se me hizo tan sexy que solo quería arrancarle la ropa para que mis besos recorrieran su cuerpo hasta reencontrarme con ese lugar que lo volvía loco de deseo.

—Buenos días —dije en lo que me apresuraba a llegar a él, me puse de puntas y le di un beso rápido —. ¿A dónde fuiste?

—Fui a correr. Necesitaba pensar.

—¿Pensar... acerca de nosotros? —cuestioné temerosa.

No me respondió inmediatamente porque estaba entretenido quitándose la sudadera y... ¿mi iPod?

—No... Bueno, sí pensé en ti —me respondió finalmente cuando sintió mi mirada temerosa.

—¿En serio?

—Sí. Pensé en ti, esperándome desnuda en mi cama —respondió tomándome por la cintura.

—Te esperé... hasta ahí concuerda tu fantasía —dije mirando mi camisón de changuitos somnolientos.

—Pero estabas en mi cama, ¿no?

—Sí.

—Ya me tocará algún día encontrarte de la otra manera —dijo en lo que besaba mi cuello.

Gemí placentemente.

—Entonces, ¿qué tenías que pensar?

—Tenía que pensar qué quiero hacer después de que termine con la obra de teatro —respondió soltándose para ir a la cocina.

Lo seguí.

—¡Ah!

—Siempre tengo este... dilema existencial cuando termino algo. Decido mejor cuando corro en Hyde Park —reveló mientras abría el refrigerador para tomar un Gatorade.

—Yo también corro ahí... a veces. Si no me da flojera ir hasta allá.

—¿En serio?

—Sí, es posible que ya nos hayamos topado antes.

Se acercó a mí lentamente, sin dejar de beber su Gatorade.

—No, no lo creo. Me acordaría de este hermoso trasero —contradijo manoseándose.

Solté una risita nerviosa.

—¿Y qué decidiste? —retomé la conversación, ya seria.

—Nada. Imaginarte desnuda ocupó mi mente por completo —dijo retirando mi cabello para besar mi cuello.

Reí calladamente cuando me hizo cosquillas con su barba.

—¡Bien! —se separó de mí—. Espero que no te moleste que haya tomado tu iPod. Olvidé el mío en el camerino y siempre necesito escuchar música mientras corro y pienso —agregó en lo que me entregaba mi reproductor en la mano.

Me hubiera molestado, si hubiera sido otra persona, porque implicaba que había esculcado en mi bolso, pero no me importó y solo lo tomé, diciéndole que lo usara cuando quisiera.

Subió a su cuarto. En minutos, escuché el agua de la regadera corriendo. Como era seguro que iba a tardar, solo serví agua para mi café.

Me encontré una revista de curiosidades científicas e históricas y empecé a hojearla. Al poco rato, escuché sus pisadas en la escalera.

—¿Quieres café o té? ¿Y cómo te lo preparo? —grité desde la cocina, pero no tuve respuesta, por lo que salí extrañada de que quizás había escuchado mal.

Me sorprendí al ver a Nate con nada más que una toalla de baño cubriendo sus partes.

—Es a ti lo único que quiero ahora —dijo reprimiendo una sonrisa seducida y me mostró un sobrecito plateado.

Se me atoró un suspiro. Ningún hombre se había comportado así conmigo, tan sensual.

Todo era tan implícito que me sonrojé a más no poder y, sin embargo, me quité el camisón rápidamente mientras que él se arrancaba la toalla.

Jamás había tenido sexo mañanero, como se le dice. Tenía la idea de que hacerlo por la mañana solo era un desahogo, pero me pareció algo más profundo, maravilloso... muy espontáneo y divertido.

De la sala nos trasladamos a la cama y estuvimos ahí un buen rato *jugueteando*.

Fue una verdadera lástima que tuviera que regresar a mi departamento por la tarde para terminar un trabajo de la universidad.

ALGO VERDADERO

Mi celular sonó y sonreí de oreja a oreja cuando vi quién me hablaba.

—¡Hola! —saludé a Nathan con un exagerado buen humor.

Tomé mis cosas y salí del salón.

—Hola... ¿Estás ocupada?

—No. Voy a mi siguiente clase —dije aun sonriendo como tonta por escuchar su voz.

—¿Podemos vernos hoy? —preguntó sin rodeos.

—¿Quieres que nos veamos hoy?

—¿Así vas a responderme siempre... con otra pregunta? —inquirió entre risitas sarcásticas.

—Perdón —respondí con tono inocente—. Sí, quiero verte.

—Okay, ¿puedes venir a mi casa?

—Sí. Dime a qué hora quieres que esté ahí.

—Tengo que salir a hacer unas cosas y después tengo que ver a David.

—¿Quién es David? —pregunté muy curiosa.

—¡Ya ves como no eras mi fan! —comentó algo divertido—. David es mi mejor amigo, y también es mi representante.

—¡Ah!

—¿Te parece a las cuatro?

—Me parece genial —respondí algo exaltada por verlo.

—Bien, te veo a las cuatro.

—Bye —dije y colgué apresurada cuando vi a la profesora entrar al salón. Quería hablar con ella antes de que iniciara su clase.

Fui a mi departamento tras terminadas las clases.

Esperaba que Layla estuviera ya ahí para platicar un poco y pasar el tiempo rápido, pero no había llegado aún. Entonces me di un baño rápido y me arreglé para Nate.

Salí del departamento a eso de las tres y media para llegar justo a la hora.

Toqué la puerta.

Nate me recibió con una sonrisa feliz de verme. Le saludé nerviosa en lo que aceptaba su invitación a pasar. Cerró la puerta detrás de mí. Caminé dubitativamente a la sala para dejar mi bolso en el sillón más cerca.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Nate a mis espaldas.

Lo estaba, y me puse aún más cuando escuché sus pasos acercándose a mí. Me volví hacia él cuando lo sentí muy cerca, acarició mi mejilla y me besó tímidamente. Controlé magistralmente mi deseo de abrazarlo para acercarlo a mí y hacer de ese beso algo más intenso.

—Tengo algo para ti —dijo tomando mi mano para llevarme al comedor.

La mesa estaba puesta con dos servicios, también había un arreglo de orquídeas blancas.

—¿Son para mí? —pregunté muy dudosa.

—Sí.

Sonreí tanto que me dolieron las mejillas.

—¿Te gustan?

—¡Me encantan! —respondí tomándolo por la cintura para jalarlo y agradecerle con ese beso que había reprimido a mi llegada.

—Espera, voy por la comida —dijo cortando el beso abruptamente.

Me acerqué a las flores. El arregló era discreto pero muy hermoso y fino. Acaricié los delicados petalos con el corazón desbocado por el detalle. Era la primera vez que alguien me regalaba flores.

Nate regresó con una charola con dos recipientes: en uno había papas a la francesa y en el otro pescado frito.

—¿Fish & Chips? —pregunté riendo sin querer.

—¿Te gustan?

Asentí emocionada. Sin saberlo, había atinado a mi comida rápida favorita.

—Iba a traer comida china pero creo que no te gusta. No comiste mucho esa vez que viniste por tu celular.

—Sí me gusta, pero no comí mucho porque estaba muy nerviosa —confesé algo apenada.

Sonrió y luego fue a su iPod para poner música tranquila.

—Okay, sentémonos a comer —dijo.

Jaló mi silla y esperó a que me sentara para acomodarla. Estaba encantada con todas sus atenciones.

—¿Cómo te fue en la universidad? —preguntó mientras me servía la comida en el plato.

—Gracias —agradecí con una sonrisa y respondí—. Bien. Aunque fue un día solitario.

—¿No tienes amigos?

—Sí, pero no me atreví a buscarlos.

—¿Por qué no? —preguntó curioso.

—Porque también son amigos de tu hermano.

—¡Oh! —exclamó al entender el dilema.

Guardamos silencio, pero no fue nada incómodo, y seguimos comiendo mientras lo miraba con sonrisas escondidas.

—Háblame de ti —le pedí casualmente.

—¿Qué quieres saber? —preguntó mientras cortaba un pedazo de pescado frito.

—Algo que no encuentre en Wikipedia.

Frunció el rostro risiblemente, pensó un momento en mi petición.

—Okay... Mmm, nunca veo mis películas.

—¿En serio? —pregunté asombrada.

Asintió en lo que masticaba una papita.

—¡No te preocupes! Yo las he visto por ti —dije con seriedad sarcástica.

Sonrió. Podría pasarme todo el día mirando su sonrisa coqueta.

—¿Por qué no las has visto? —pregunté curiosa.

—No las veo para evitar mis propias críticas... Soy mi peor crítico.

“Marcado ha sido la única que he visto... y no me gustó.

—Okay —dije con una sonrisita—, ¿qué más?

—No me gustan las sesiones de entrevistas para promocionar una película. Es muy cansado y aburrido estar respondiendo lo mismo una y otra vez a diferentes personas en un solo día...

“No me gusta que las fans me desnuden en su cabeza cuando me ven. Siento que en verdad me están arrancando la ropa sin que yo me dé cuenta.

Bajé la mirada al sentir esa confesión como una indirecta.

—Tú puedes desnudarme en tu mente cuantas veces quieras. Yo lo hago contigo —dijo tomando mi barbilla para que mirara su deseo de besarme inocentemente.

Le correspondí pero interrumpí el beso en segundos.

—Me has dicho cosas acerca de tu carrera, pero nada acerca de ti —comenté regresando a la comida.

Tomé mi vaso de refresco. Él suspiró y se dejó caer en el respaldo de la silla.

—Soy un dormilón de primera.

Contuve una risita.

—Soy un maniático del orden y la limpieza.

—Eso ya lo sabía —comenté mirando su departamento demasiado pulcro y ordenado.

—Okay... Pero no sabías que esta es la primera cita verdadera que tengo desde que soy actor.

Me sorprendió su súbita revelación.

—¿Esto es una cita?

—¿No lo parece? —estaba muda—. Te di flores, estamos comiendo con música de fondo...

“No es lo que quería para ti, pero... Quería llevarte a un restaurante tranquilo pero... ¡Okay! La verdad es que quería que nuestra cita fuera íntima, estar concentrado en ti en un cien por ciento.

“Nunca he tenido intimidad en mis citas, ni siquiera en las falsas. Siempre hay alguien que se acerca para una foto o un autógrafo.

—Creí que ya habíamos tenido varias “citas” —comenté llevándome el cabello detrás de mi oreja.

Estaba tan sonrojada por lo que me decía. ¡Yo era especial para él!

—Sí, pero después de que conversamos antier, quise darte una verdadera.

Lo miré largamente y en silencio.

—¿Estás bien? —me preguntó algo preocupado por mi mutismo.

—¿Dónde diablos has estado toda mi vida? —pregunté en un murmullo.

Sonrió ruborizado y bajó la mirada. Sujeté su mano que descansaba junto a su plato.

—¿Quieres saber algo de mí? —le pregunté para seguir con la conversación.

Me confundió que dijera “No” con la cabeza.

—No entiendo. Creí que estábamos...

—Sí, lo estamos. Ya he descubierto cosas acerca de ti por mi cuenta, y deseo que el proceso siga así: conocerte día a día. Descubrir más virtudes... y defectos, si es que los tienes —terminó con una sonrisa fascinada por mí.

—Vuelvo a preguntar: ¿dónde estuviste toda mi vida?

—Construyendo el camino que me llevaría al tuyo —respondió en un murmullo, luego sonrió— ¿Ya terminaste? —preguntó apresurado mientras señalaba mi plato casi vacío con la mirada.

Lo noté nervioso.

—Sí.

Sonreí feliz porque el hombre que me gustaba se sonrojaba con mis coqueteos.

—Bien. Después de una comida, viene una película —dijo poniéndose de pie, después me ofreció su mano para que fuera con él a la sala.

Fuimos al librero y me invitó a agacharme con él, después de apagar la música. No había visto esa sección donde tenía toda una colección de películas.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté curiosa.

—No sé qué tipo de películas te gustan.

¡*Las tuyas!*, respondí en mi cabeza.

Me acerqué para ver la selección de películas que tenía.

—¡Sherlock Holmes: a game of shadows! —exclamé tomando el bluray que aún estaba envuelto con su plástico protector.

—¿En serio? Creí que ibas a elegir algo romántico.

Realmente le sorprendió mi selección.

Por supuesto me encantaría ver una película romántica con él, pero estaba demasiado excitable para ver algo que nos llevaría a la cama. Y, al parecer, él no quería que terminara así la cita.

—Jude Law es romántico —dije traviesamente.

—Okay, veamos a Sherlock —dijo entre risitas. Tomó la película de mi mano y arrancó el plástico.

—¿No la has visto? —pregunté curiosa.

—No. Estaba en cola para verla.

—¿No vas al cine?

—No.

Reí entre dientes sin querer.

—Eres el colmo de un actor —hizo gestos de que no entendía—. ¡Ya sabes!... ¿Cuál es el colmo de un actor? Que haga películas para entretener pero él no va al cine para entretenerse.

Se carcajeó sin querer por mi broma tonta.

—¡No te cuesta nada hacerme reír!

Fui a sentarme al sillón frente a la pantalla. Nate no tardó en sentarse a mi lado, lo más cerca que nuestro nerviosismo nos lo permitió.

—¡Espera! —exclamó asustándome—. ¡Falta la botana!

Fue a la cocina y, por el tronido lejano, estaba haciendo palomitas. Mientras tanto, fui al comedor por nuestros vasos y la botella de refresco.

Nate regresó con el bol de palomitas calientes; olían delicioso. Se sentó de nuevo con el bol en su regazo y, sin pensarlo, me dejé caer hacia el respaldo.

Inició la película.

Estaba teniendo la mejor cita de mi vida, a pesar de que Nate tuvo que adecuar muchas cosas de acuerdo a sus posibilidades de celebridad.

Los minutos corrieron con nosotros apenas tocándonos y risas tímidas ante las ocurrencias de Sherlock. Averigüé porque no me abrazó: no paró de comer palomitas.

De pronto, Nate puso pausa casi a la mitad de la película para dejar el bol vacío en la mesa de centro y servirse un poco de refresco; me sirvió también. Ambos bebimos hasta el fondo sin callar el típico sonidito refrescante, y después de dejar los vasos en la mesa, nos acomodamos de tal manera que él pudo abrazarme espontáneamente.

—Amo estar en tus brazos —susurré mientras me acomodaba en ellos. Un agradable escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

Nathan alcanzó a escucharme y besó mi sien sin dudar. Tomó el control e inició la película de nuevo.

Me distraje una vez más cuando subí la mirada para verlo y suspiré sin querer.

Me miró.

—Jude Law no resultó ser tan romántico como para captar tu interés —comentó muy presuntuoso tras reconocer que él me había arrancado ese suspiro.

—*Nadie* es tan romántico como tú —aclaré enfatizando con solo una palabra que él siempre ha sido el único que ha captado mi interés.

Mis constantes suspiros eran la prueba.

Me besó. Y fue tan tierno hasta el punto de hacerme dudar que tal felicidad pudiera existir en mi vida.

Terminamos de ver la película.

—Bueno... creo que es hora de que me vaya —avisé a Nate cuando se levantó para apagar la televisión y el bluray.

—¿Tan pronto? ¡A penas son las ocho!

—Sí, lo sé. No quiero irme pero tengo que prepararme para las clases de mañana —mascullé lamentando terminar nuestra maravillosa cita.

—Okay, no quiero ser una excusa para que vayas mal en la universidad.

Tomé mi bolso y luego mis flores; las olí instintivamente.

—¡Vamos, te llevo a tu casa! —sugirió arrancando el iPod de su bocina y agarró sus llaves de la mesa de centro de camino a la puerta.

Salimos y subimos a su auto en silencio. Conectó el iPod y dedicó unos segundos en buscar algo que escuchar. Alcancé a ver que puso *We used to wait* de Arcade Fire. Bajó un poco el volumen para que

pudiéramos platicar y arrancó el auto. Manejó a una velocidad tranquila.

—¿Te la pasaste bien? —me preguntó viéndome de reojo, tras un rato en silencio.

Asentí con una sonrisita.

—¿No te pareció un cliché? —negué con la cabeza—. David me comentó que sí lo era.

—No para mí. Nunca he tenido una cita así —bufé irónica—. Creo que he salido con hombres demasiado modernos para tener citas clichés.

Se carcajeó.

—Me encantó todo, Nate. ¡En serio!

—Me da gusto escucharlo.

—Gracias por ser tan lindo conmigo.

No comentó nada, solo tomó mi mano y la besó.

Apagó el motor cuando llegamos. Nos miramos con sonrisas que invitaban al otro a hablar.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó finalmente.

—¿Quieres que...?

—¡Alexa! —me interrumpió para reprenderme por algo, pero no supe por qué.

Mis gestos le dijeron que estaba confundida.

—Por favor, no me respondas con otra pregunta. Quiero saber lo que realmente opinas, aunque no me guste. Además, siento que estoy frente a mis padres, soportando su estúpido jueguito de “Preguntale a tu madre-preguntale a tu padre”. ¡Cómo me desquiciaban cuando hacían eso!

Reí sin querer.

—Lo siento. Sí, quiero verte mañana —respondí sonrojada.

—¡Mejor! —balbuceó con una sonrisa conforme.

—¿A qué hora nos vemos y dónde?

—¡Mmm! Tengo que ir al teatro en la mañana y luego a ver a David.

—¿No lo viste hoy?

—No. Él era mi cubierta para que no te enteraras de la cita.

—¡Ah!

Pensó en silencio.

—¿Te parece a las cuatro? —sugerí esa hora para no estar a la carrera al salir de la universidad.

—Sí. No comas, prepararé algo mañana.

Asentí y luego me atreví a inclinarme hacia él para despedirme con un beso. Entendió rápido mi movimiento y se sujetó de mi cuello.

Tuve que cortar el besó forzosamente en segundos, o si no nunca me bajaría de su auto.

—Tengo que irme.

—Okay, okay. Dos besos más y te bajas —dijo jalándome de nuevo para atraparme con sus labios.

Entré al departamento y explayé sin pudor la emoción que había reprimido desde que vi las flores.

Layla salió de su cuarto muy inquieta, pero se tranquilizó después de ver que nada había pasado y que solo estaba yo muy emocionada.

—¿Quién te dio las flores?

—Nate. Tuve una cita con él —respondí yendo hacia mi cuarto. Layla me siguió.

—¿Cita? Pero si ya se acostaron...

—Sí, pero se dio cuenta de que me sentía mal por haberme acostado con él fácilmente y planeó una cita inocente para mí esta tarde... Me dio las flores, comimos y vimos una película... ¡Todo en su casa!

—aclaré buscando un lugar en mi pequeño escritorio para poner el arreglo.

—¿La cita no incluyó un acostón?

—No, fue una cita inocente... ¡Una primera cita real! —mi entonación contradujo su pensamiento

negativo.

—Estoy sorprendida —comentó con gestos muy abiertos—. Brayden está perdido.

—¿Lo viste hoy? —pregunté casualmente.

—Sí, estaba muy enojado cuando me encontré con él. Te acababa de ver saliendo del salón con una estúpida sonrisa feliz.

—Seguramente fue cuando estaba hablando con Nate.

—Sí, fue lo que me dijo. Que de seguro estabas hablando con su “maldito” hermano... —Layla siempre usaba *maldito* para no decir una grosería más fuerte—. Creo que tenía la esperanza de que cambiaras de parecer y regresaras con él.

—No, no va a pasar. No después de cómo Nate es conmigo.

—Eres feliz con él, ¿verdad? —me preguntó maravillada por mis gestos que le delataban mi dicha.

Asentí con una tonta sonrisa en el rostro.

—¡Mmm! Entonces me espera un montón de conversaciones en donde hablará muy mal de ti y de su hermano —comentó Layla con muecas resignadas.

Torcí los labios en un gesto que le decía que no la compadecía.

—Me alegra que seas feliz... Te dejo. Tengo que terminar un reporte —dijo dando por terminada la conversación.

—Okay.

Cuando salió de mi cuarto, entrecerrando la puerta detrás de ella, tomé mis libros y me dejé caer en la cama para estudiar. Hice muchas pausas para sonreír y suspirar por Nate.

Después del repaso, y ya en pijama, tomé el celular y envié un mensaje a Nate.

Suspiré feliz e hice a un lado el celular para acomodarme y dormir.

Los siguientes días fueron igual de interesantes, aunque rutinarios. Por supuesto amé cada uno.

Despertaba y Nate era mi primer pensamiento feliz que me motivaba a levantarme de la cama con una sonrisa tonta en mi rostro.

Todos los días vi a Brayden en la universidad, me topaba con él entre clase y clase. Las primeras veces fue muy incómodo y notorio que nos evitábamos, después sencillamente seguíamos con nuestro camino. Aunque siempre estuvo presente su mirada que me reprochaba todo y a la vez nada.

Era muy frustrante verlo porque lo extrañaba mucho.

Extrañaba sus bromas y esa unión natural que tenía con él. Por lo menos en la universidad, porque una vez fuera, y ya con Nate, desaparecía de mi mente mágicamente.

Sí, era mencionado por su hermano algunas veces pero ya no causaba una tribulación en mi corazón.

¿Me seguía gustando? Creo que siempre lo haría, por lo menos hasta que Nathan siguiera gustándome. Compartían los mismos genes que los hacía guapos para mí.

Con el paso de las semanas empecé a cuestionarme qué tipo de relación tenía con Nate. ¿Qué seguía de “salir con alguien” para él?

Muchas veces quise hablar con él de nuestro estatus sentimental, pero me daba miedo hacerlo. No quería forzar una relación seria para la que tal vez aún no estaba listo.

Al menos no podía quejarme de nuestra convivencia.

Nos llevábamos muy bien, nuestros caracteres parecían embonar perfectamente. Él era paciente conmigo y yo, bueno, aún estaba de luna de miel, así que no veía ningún defecto en él.

Me gustaba que todos los días trataba de conquistarme un poco más con sus detalles espontáneos, como cuando preparaba hotcakes —que le encantaban y podía comerlos todas las mañanas—, me hacía uno con forma de corazón. No lo hacía siempre, por lo que me tenía a la expectativa cada vez que decía que iba a preparar hotcakes.

Cuando jugábamos Scrabble, a veces colocaba mensajes crípticos en el tablero como: Hermosa. Muchos. Besos. Cama. Ahora. Sexo. Tú. Yo. Feliz. Obviamente no terminábamos la partida.

Por mencionar los más importantes.

Yo también tenía mi detallito con él.

Cada sábado le llevaba un cappuccino de Starbucks en la mañana, generalmente lo despertaba al llegar. Le gustaba más su café de Costa Coffee pero no había uno cerca de su casa, así que tenía que conformarse con Starbucks. Le pedía a la barista su plumín cuando me entregaban los cafés y le escribía mensajitos usando mi nombre ya escrito, como: Alexa + Nate (corazoncitos); vale por un beso, Alexa; Alexa solo suspira por ti; etcétera.

Mensajitos que él esperaba gustosamente y lo hacían sonreír.

Llegué un martes a su casa cerca de las dos de la tarde. Me abrió la puerta mientras conversaba con alguien en el teléfono. No me dijo nada y solo me invitó a pasar con un cabeceo.

Aventé mis cosas en el sofá y, como siempre, Nate las tomó y metió en el pequeño cuarto que tenía en el pasillo del hall para guardar abrigos, sombrillas, etcétera. Me regañó con una mueca porque aún no recordaba que tenía que guardar mis cosas ahí. No le gustaba ver su casa desordenada.

Me excusé con una sonrisa infantil en lo que me alzaba de puntas para darle un besito rápido en los labios. Él sonrió, rindiéndose a que yo era algo olvidadiza.

Siguió hablando.

Me eché en el sofá y prendí el televisor, bajando el volumen para no molestarlo. Cambié de canales hasta que encontré una película infantil.

—¿Quién te arruinó el día? —me consultó mientras colgaba la llamada.

—Ivy y Lisa —respondí desinteresada de la pregunta.

Siempre veía caricaturas cuando estaba molesta, un hábito que Layla me pegó. Mi amiga tenía razón, las caricaturas siempre hacen sonreír, aun si uno se está consumiendo por la ira.

—Aun no conozco a esas dos y ya me están cayendo mal —comentó en lo que se sentaba junto a mí. Me jaló para acurrucarme dentro de su abrazo.

Reí irónica.

—¡Ya ves! Y aun no comprendes porque caes mal a algunos.

Rió entre dientes.

—¿Qué te hicieron?

—Nada, realmente. Son sus comentarios acerca de ti los que me molestan.

—¿Qué dicen de mí para que te molestes tanto?

—Tengo que lidiar con sus fantasías tontas.

—¡Oh! ¡Olvidalas ya! —exclamó al imaginarse qué habrían dicho acerca de él para que me molestara.

Asentí acurrucándome más en sus brazos.

¡Dios! Era lo mejor del mundo: su corazón palpitando atrabancadamente por mí, su aroma despidiendo siempre esa frescura, y sus labios besando mi frente incesantemente, mientras que su mano me frotaba el muslo consoladoramente. Nathan me demostraba así, sencillamente, que yo era la única que existía para él en ese momento.

—Tengo algo que preguntarte —dijo, interrumpiendo mi sueño de seguir en sus brazos.

Me puse nerviosa porque, aunque ya teníamos un mes juntos, no me había pedido formalmente ser su novia.

Levanté el rostro un poco para verlo mejor.

—Mañana tengo una premier y me gustaría que fueras conmigo.

—¿Premier? —cuestioné dudosa. Nathan no había hecho una película últimamente.

—Sí, no sé qué película es pero sé que va a ir Angelina Jolie —respondió enarcando las cejas sexualmente.

No me molesté por el gesto. Incluso yo consideraba que Angelina era muy guapa.

—¿Quieres ir?

—Quiero acompañarte, pero mejor no.

—¿Por qué no?

—Porque... no sé... me siento incómoda...

—¿Aun es muy pronto para ti?

—La verdad es que sí. Quiero apoyarte en todo lo que haces pero...

—No estás lista para decirle al mundo que eres mi novia.

—¿Novia? ¿Soy tu novia? —cuestioné separándome un momento de él para ver en sus ojos la honestidad de su respuesta.

—Sí.

Mis latidos se desbocaron un poco.

—Me has de tener siempre muy embobada, o el oxígeno que me quitas cuando me besas ya mató parte de mi cerebro, porque no recuerdo que me lo hayas pedido —comenté algo divertida.

Nathan hizo esa sonrisa que al parecer era exclusiva para mí. Era tímida, amorosa... ¡todo-en-una!

—Te considero mi novia desde nuestra primera cita verdadera pero, okay, ¿quieres ser mi novia?

—No sé. Dejame pensarlo —le respondí indiferente.

—Por eso no te había preguntado si querías serlo. Sabía que me ibas a dar largas —comentó siguiendo mi broma.

Puse cara risiblemente pensativa.

—Okay, ya lo pensé... ¡Sí! —respondí sin dudar y luego lo besé.

¡Uff! ¡Aclarada nuestra relación!

—Entonces, ¿no me vas a acompañar?

—Nate, por favor, no me presiones —Nate hizo una mueca triste—. Además, creo que es mejor que no te acompañe a ninguna.

—¿Ni siquiera a las mías?... Me atrevería a ver la película si estuvieras a mi lado.

—No lo sé. Si voy y me presentas como tu novia, vas a abrir la puerta a tu vida. Y por lo que he visto con otros artistas que han cometido el error, es imposible volver a cerrarla.

“Hazles saber que tu vida fuera de cámaras es privada y no tiene nada que ver con la pública... y ya veremos si te acompaño o no.

—Tengo esa sensación de que no me apoyas —murmuró.

—¡Sí te apoyo!.. Es que... —callé.

¿Cómo decirle que me intimidaba ser la novia de *Nathan Bates* ante los medios? Temía a la crítica. Pensó en silencio sin dejar de verme.

—¿Cómo quieras! Tarde o temprano irás conmigo... Okay, seguiré siendo un *lonely-heart* ante los medios —dijo entre risitas.

—¡Pero que sea en serio! No quiero prender el televisor y cambiarle a E! y enterarme de que fulanita-de-tal fue contigo a la premier.

—¡Claro que no! Soy bastante fiel a mis novias, por si no lo sabías.

—¿Novias? ¿Tienes más de una? —espeté picándole las costillas.

Rió.

—¡Uy, sí! Tengo como cinco, si no cuento mal... Tú eres la nueva adquisición.

—¡Ja-ja-ja!

Me tomó del rostro y me plantó un beso impulsivo para callarme. Me arrancó el aire.

—Eres la única —dijo al final, muy serio y con toda la honestidad del mundo.

No vi a Nate al día siguiente.

Llegué al departamento y puse el canal de E! todo el día. Esperando que transmitieran en vivo la premier.

Cerca de las tres y media, Layla llegó con Lisa e Ivy. Refunfuñé a mis adentros porque no iba a poder explayar mi emoción al ver a Nathan. Iba a ser una larga tarde tragándome mi coraje y escuchando sus comentarios sexuales.

Fui a la cocina para ayudarles a preparar algo de comer.

Cerca de las cinco de la tarde, uno de los reporteros inició su primera entrevista. Ivy tomó el control remoto y subió el volumen.

—¿Esperan ver a Brad Pitt? —preguntó Layla en lo que tomaba la charola y ponía los vasos para rellenarlos de refresco en la cocina. Había una sonrisa enorme en su rostro y los ojitos le brillaron.

—Sí —dijo Ivy.

—Pero también a Nathan Bates —agregó Lisa.

—¿Va ir? —preguntó Layla mirándome de reojo.

—¡Sí! —respondió Lisa emocionada.

—¿Cómo te enteraste que iba a ir? —pregunté sin querer.

—Por sus páginas de fans —respondió Ivy.

Layla me preguntó en silencio si era cierto que iba a asistir.

Apenas asentí.

Vi la premier en silencio, volteando a ver a Lisa e Ivy cada vez que creían ver a Brad Pitt y a Nathan.

Aun no llegaban.

¡Sí que estaban obsesionadas con ellos!

Entonces, comenzaron a hablar de Brayden. Por como Lisa se expresaba de él, no le era indiferente.

—¿Por qué tanto interés por Brayden? —pregunté a Layla cuando Lisa y Ivy fueron a la cocina por más botana.

—Brayden ha estado coqueteando con ella.

—¡¿Qué?!

Mi exclamación enojada salió sin control.

—¿Estás coqueteando con Brayden? —inquirí a Lisa en cuanto regresó con Ivy, exigí una explicación inmediata.

—Él está coqueteando conmigo —rebatió Lisa.

—¿Te gusta? —le preguntó Layla.

—Sí. Me fascina que tenga ese aire de Nathan Bates, y ya que no puedo tener al original, al menos puedo andar con alguien que se le parezca.

—¿En serio solo por eso le estás haciendo caso? —le cuestionó Layla.

—Hum, sí, en parte. Ya sabes que siempre he sido mega-fan de Nathan Bates. Si lo tuviera enfrente, le robaría un beso.

—Si es que él te dejara —le supuso Ivy entre risas que le decían que alucinaba.

—Si no, entonces lo raptaría hasta que me diera uno. No hay hombre que se me resista —dijo Lisa entre risas, pero no tardó en ponerse seria—. ¡Nadie me dice *no!* —ultimó en un murmullo tajante que no quería que escucháramos.

Sentí celos. Tanto que quise gritarle en la cara que primero tendría que pasar sobre mi cadáver para besarlo.

Layla me ordenó silenciosamente que me tranquilizara, pero no podía hacerlo, porque también se aunó mi indignación de que Brayden estaba a punto de caer en otra situación que lo llevaría a odiar más a su hermano.

Lisa aun no lo sabía, y ni siquiera lo sospechaba, pero estaba tan cerca de conocer a su ídolo y de lastimar a un buen amigo.

—Mmm, regresando a *Nathan Bates 2*, o sea Brayden, no hice ningún movimiento con él porque no quería perder nuestra amistad si no funcionaban las cosas. Pero, Lexy, me dieron celos cuando apareciste en nuestras vidas y él no ocultó su interés por ti. Simplemente cambié de parecer... ¿Te molesta que me esté coqueteando? —me preguntó Lisa muy segura de que esa era la explicación a mis muecas escondidas.

¿*Nathan Bates 2?*, mascullé indignada en mi cabeza.

—No. Estoy saliendo con alguien —respondí seria.

—Sí, eso fue lo que me dijo Brayden cuando le pregunté por ti. Dijo que lo habías dejado por alguien más —comentó Ivy.

—Para poder dejarlo por alguien más, primero tuve que haber andado con él, y nunca fuimos más allá de simples coqueteos —aseguré.

—¡Shhh! ¡Silencio! —exclamó Lisa—. ¡Es Nathan!

Todas, menos Layla, nos acomodamos para ver a Nate.

La respiración se me fue cuando lo vi vistiendo su traje Hugo Boss gris Oxford —el que había visto en su perchero para trajes el día anterior, listo para usarse—, traía una camisa gris claro, sin corbata y con el cuello abierto. Por la obra, traía una barbita de media tarde, sus ojos se veían tan azules que por un momento pensé que traía maquillaje, pero cuando le hicieron un close-up me di cuenta que no. Así de guapo se veía ese día.

Mi ego subió hasta las nubes al reconocer que ese hombre, que Lisa jamás tendrá, ¡era mi novio!

Sus besos, sus caricias, sus abrazos, sus suspiros, sus latidos, sus fantasías y deseos eran solo para mí. ¡Cuánto deseé estar con él en ese momento para apoyarlo... y besarlo!

—Se ve guapo —comentó Layla como si nada.

Todas volteamos a verla porque sabíamos que no era de su agrado.

—¡Hey! Me cae mal el tipo pero puedo reconocer que se ve bien, ¿no? —dijo entre risitas, y me guiñó el ojo una vez que Ivy y Lisa pusieron su atención de nuevo al televisor. Me dijo con ese gesto que Nathan ya no le caía tan mal.

Layla ya había tenido la oportunidad de platicar con él dos veces, cuando vino a recogerme. Nate había sido tan directo con ella, en relación a por qué le caía mal, que Layla se sorprendió pero terminó riendo. Así, Nate rompió el hielo con ella y hablaron de otras cosas amigablemente.

Poco a poco, se llevaban bien.

Nate se detuvo con la reportera de E!

—¡Nathan! —le llamó ella extasiada.

Nate se acercó con una sonrisa amigable mientras saludaba a algunas admiradoras que gritaban emocionadas por tenerlo cerca.

Saludó a la reportera familiarmente.

—¿Cómo has estado? —Nate le respondió que muy bien—. ¿Vienes con Ariadna McAllister?

Me recliné inconscientemente hacia el televisor, atenta a su respuesta.

Nate trató de desviar la pregunta pero la reportera insistió.

—No. Solo somos amigos, muy buenos amigos —respondió serio.

¡Pobre Ariadna! Ha de estar muy desilusionada... o muriéndose de coraje porque él no está interesado en ella.

—¿Alguna chica nueva en puerta?

Nate sonrió sin querer, pero no era su sonrisa clásica, la que usa públicamente, sino la todo-en-una.

—No que yo sepa —dijo muy bromista.

Sonreí inconscientemente.

—Creí que una novia era la que te tenía aislado —Nate rió traviesamente—, ya que hace tiempo que no te hemos visto...

—Porque he estado escondido en el teatro —interrumpió a la reportera que rió exageradamente por su broma.

—¿Y has tenido éxito?

—Supongo que sí. Lleno dos filas al menos —bromeó Nate.

La reportera rió tontamente.

—La verdad es que la obra ha tenido buena recepción. Me ha desafiado mucho como actor. Mi personaje es increíblemente astuto en todos los sentidos. Sobre todo en manipular a los otros personajes.

—¿Te agrada ser el bueno, que en secreto es el malo de la historia? —preguntó la reportera.

Nate rió algo exagerado.

—Acabas de dar un *spoiler*, pero, ¡sí!, por eso acepté hacer la obra. Bueno, también por otra razón... —ocultó su súbito nerviosismo con una sonrisa conquistadora. Continuó—: Lo que quiero decir es que no muchos personajes principales tienen esa doble personalidad.

—No, no muchos.

—Sí, es una lástima que solo esté contratado por una pequeña temporada. Me hubiera gustado seguir explorando el personaje —dijo Nate con una sonrisa casual.

—¿Y cuándo terminas tu temporada?

—En una semana. Así que a todos los que les gusta como actúo, compren sus boletos cuanto antes —dijo guiñando coquetamente a la cámara.

—¿Y te veremos haciendo algo nuevo pronto?

—No sé aun. Como has de saber, no soy dueño de mi carrera, sino David, mi representante, por lo que él podría contestar mejor esa pregunta —respondió volteando hacia un lado suyo.

La cámara se movió hacia ese lugar y David apenas sonrió.

—¿Tu representante es un poco serio? —le preguntó la reportera en pleno ligue con David.

—Es porque yo no soy la estrella —dijo David cordialmente.

Layla rió sin querer.

—Muy bien, Nathan. Te dejo seguir con tu recorrido, me están diciendo que mi tiempo contigo se ha acabado... Esperamos verte pronto en un papel ya protagónico.

—Sí, sí, claro.

—Gracias y te veo después —dijo ella.

—Nos vemos —se despidió sonriendo y siguió el empujón que le dieron para ir con otro reportero.

La reportera se emocionó, otra vez exageradamente, cuando se corrió la voz de que Angelina había

llegado. Todas las cámaras se fueron hacia ella.

—Se veía muy guapo. Lo que daría por besarlo y decirle que me vería genial en su cama...

Completamente desnuda —comentó Lisa suspirando y agarrando su corazón como si se le fuera a salir.

—¿Serías capaz de vender tu alma al diablo? —le inquirió Ivy entre risas.

—Mi alma... ¡Toda mi persona! ¡Sería la esclava sexual de Nathan, si él lo quisiera! —respondió Lisa muy segura.

Me levanté en silencio. Quise reírme de Lisa en su cara pero para qué romperle su estúpida fantasía que jamás se cumplirá.

Fui a la cocina y Layla me siguió.

—Te negó —comentó Layla.

—No, no lo hizo.

—Pero si dijo...

—Okay, lo hizo en cámaras pero porque yo le dije que no estaba lista para que todo mundo se enterara. Esa sonrisita fue mi mensaje secreto de que estaba pensando en mí.

—¡Ah! Creo que fue lo mejor. No sé qué hubiera pasado si hubiera dicho que eres su novia con Lisa frente a ti.

—¿En serio es una mega-fan de él?

Layla asintió segura en lo que tomaba una botella de refresco. Esperé a que saliera de la cocina para sacar mi celular.

Tenía que advertir a Nate de que un nubarrón estaba acercándose a él. Tarde o temprano, Lisa iba a enterarse acerca de los hermanos.

Como no recibí respuesta inmediata, regresé a la sala.

Era seguro que Nathan ya no saliera, entonces Ivy apagó el televisor y conectó su celular a la bocina de Layla. Ni se acordaron de Brad Pitt.

Platicaron de otros actores que les gustaban mientras comían la botana, bebían los refrescos y escuchaban música.

Mientras tanto, pensé en lo extraño que me pareció ver a Nate en televisión. Todas aquellas cosas que nadie sabía de él, aparecieron en mi cabeza para certificarme que ahora era tan real para mí que veía a *Nathan Bates* solo como un falso dios que a veces poseía a Nate para cumplir un contrato.

Al poco rato sonó el timbre y fui a abrir ya que ninguna tuvo la intención de hacerlo.

Eran los otros amigos de Layla. Me quedé boquiabierta cuando vi a Brayden entre ellos.

—Pasen —dije sin quitarle la vista.

Por supuesto me evitó todo el tiempo.

Mi celular sonó a media escalera y me detuve. De reojo vi que Brayden volteó a verme, pero siguió su camino cuando vio que sonreí sin querer al escuchar la voz de Nate.

—¿Qué sucede con él? —preguntó.

—Está aquí.

—Espera —dijo tras que suspiró pesadamente. Tapó el micrófono para hablar con alguien.

Tras algunos balbuceos hacia la otra persona, me dijo que luego me hablaba y colgó.

Me confundió un poco su cortón pero, como estaba “trabajando”, no lo tomé personal.

Subí al departamento.

Brayden estaba con Lisa, quien buscaba constantemente la excusa de acariciar su brazo. Brayden se dio cuenta que los estaba observando y sonrió maléficamente a la par que respondió a la caricia.

Su intención era darme celos, pero yo estaba más interesada en el debate que se llevaba en mi cabeza, acerca de si debía decirle a Brayden de Lisa o no.

—¿Te molesta verlos juntos? —me preguntó Layla casi al oído.

—No sé —respondí encogiéndome de hombros.

—¿No sabes o no quieres saber?

Medité a velocidad luz si mi malestar eran celos o preocupación.

—No, no me molesta —respondí finalmente.

Desvié mi atención al celular que me vibró en la mano, junto con unas campanitas.

Fui a mi cuarto para seguir chateando con él en privado.

Esperé un buen rato.

Volví a esperar. Nada.

Nada, de nuevo.

Hice a un lado mi celular, de seguro David le había pedido que dejara de enviar mensajes mientras “trabajaba”.

Me acomodé en la cama y escuché música tranquila. Pero a la segunda canción, un grito en la sala me levantó como de rayo.

Salí corriendo del cuarto, asustada de encontrarme con un accidente.

—¿Qué carajos haces aquí? —escuché a Brayden gritando muy iracundo.

Llegué a la sala y vi a Nathan. Lisa estaba a su lado, viéndolo totalmente embobada, Brayden estaba plantado cerca del televisor y los demás empezaban a dispersarse en el comedor con la boca totalmente abierta.

Nathan volteó a verme.

—¡Claro! Vienes a ver a tu noviecita —espetó Brayden mordazmente en lo que me señalaba con la mano.

Nate iba contestarle pero algo llamó su atención en el comedor, vi de reojo que uno de los amigos de Layla, Neville, sacó su celular para filmar.

—¡Nada de cámaras! —ordené a Neville.

Caminé hacia él amenazadoramente en lo que le ordenaba que me entregara el celular.

Layla les susurró que no complicaran más la situación a su amigo y les pidió que regresaran a la cocina, que los dejáramos solos. Fui con ellos, no quería ser un recordatorio para Brayden.

—¿Tú eres Lisa? —escuchamos que Nate preguntó calmadamente.

Ella no respondió por lo que supusimos que asintió con la cabeza.

—¿Vienes a hablar conmigo o a conquistar? —le espetó Brayden.

—¡Cállate, imbécil! No estoy aquí por ti —refutó Nate muy autoritario.

—¿Qué hace Nathan Bates aquí? —preguntó Neville a Layla.

—Es hermano de Brayden.

Todos exclamaron su sorpresa en silencio.

—¿Y cómo supo dónde encontrarlo? —preguntó Ivy.

Layla volteó a verme.

—¿Qué? ¿Por qué no nos dijiste que conocías a Nathan Bates? —preguntó Ivy de nuevo.

—¡Shhh! —la calló Tim. Quería seguir chismeando la conversación en la sala.

—¿Por qué no me dijiste que eras hermano de Nathan Bates? —reclamó Lisa a Brayden algo enojada.

—¿Para qué te arrojaras a sus pies como lo hizo Alexandra?

Sentí las miradas de todos sobre mí.

—Entiende de una vez que la conocí antes que tu —espetó Nate, perdiendo un poco la paciencia.

—¿Él era el otro por el que dejaste a Brayden? —me preguntó Ivy.

Iba a responder pero Neville nos calló.

—Eso dicen ustedes —respondió Bray.

—¡Por dios, hermanito! ¿Cuándo vas a dejar de plantarte en tu maldita terquedad?

—Cuando tu...

—¡Ya sé que nunca! —espetó Nate, callándolo agresivamente—. No estoy aquí para discutir acerca de quién conoció a Alexandra primero.

“Es más, no sigas metiéndote con ella porque te la vas a ver conmigo.

—¡Entonces ya puedes largarte!

—No. Si te molesta mi presencia, entonces lárgate tú. Estoy aquí por Lisa.

—Por... mi —dijo Lisa con una nerviosa pausa, de hecho se escuchó entusiasmada.

Lógicamente me confundí.

—Sí. Querías conocerme, ¿no?... Y meterte en mi cama para no sé qué tantas cosas hacerme. Bien, aquí me tienes. ¡Hazlas!... ¿Sabes qué? No hay que desplazarnos mucho, el sillón se ve cómodo —dijo Nathan con tono burlón.

—¡Eres un maldito cabrón! —espetó Brayden, se escuchó que corrió atrabancado hacia Nate.

Mi reacción fue correr hacia la puerta para detenerlos pero me detuve en seco cuando Nate le recordó que aun sabía cómo someterlo.

—¿Por qué le faltas el respeto? —espetó Brayden.

—No se lo faltó. Solo le estoy evitando la molestia de aparecerse en mi casa para una cogida con ella, después de todo lo iba a hacer en cuanto supiera que eras mi hermano... Eso es lo que siempre has creído que hacen tus “conquistas” cuando me conocen, ¿no?

—¿Cómo supo que...? ¿Le chismeaste nuestra conversación a Nathan? —me reclamó Ivy.

—Fui yo —dijo Layla, sorprendiéndome completamente.

—¿Por qué lo hiciste? —le demandó Ivy.

—Porque no quiero perder la amistad de Brayden por las burradas de Lisa.

—¡Shhh! Luego discuten —volvió a callarlas Tim.

—¡Solo estaba blufando, Brayden! —se excusó Lisa con voz tan indefensa e infantil.

Brayden no respondió.

—¿No hubieras tenido la intensión de dejarlo tras enterarte de que era mi hermano? —interrogó Nathan a Lisa.

—¡Claro que no! No soy una cualquiera —respondió Lisa indignada. Aunque percibí algo de duda en

su voz.

—Eso espero —murmuró Nathan. Hubo un silencio de segundos y prosiguió—: Esta es la última vez que aclaro esto contigo, Bray. NUNCA me he acostado con tus... novias.

Brayden bafeó sarcástico.

—¡Maldita sea, Bray, eres mi hermano! JAMÁS te haría eso.

—¿Ah, no?

—¡No!

—¿Entonces por qué hiciste...? —espetó Brayden.

—¡Para que supieras que te iban a volver a lastimar y que, como siempre, iba a rechazarla! —le interrumpió Nate para asegurarle una vez más que nunca ha sido su intención lastimarlo.

—¡No estoy hablando de Lisa, imbécil!

Las miradas a mí alrededor me revelaron que Brayden seguía interesado en mí.

Nathan guardó silencio esta vez.

Salí de la cocina.

—¡Claro, vienes a evitar que hable! —me soltó Brayden.

—¡No mientas! ¡Bien sabes que no hubo nada entre tú y yo! Solo un coqueteo que ahora me arrepiento de haber tenido —corregí a Brayden indignada porque estaba a punto de inventar *algo* que jamás sucedió.

Volteé a ver a Nate, suplicándole que no le creyera nada de lo que dijera.

—Por si no lo sabías, me contó todo lo sucedido contigo. Y a diferencia de ti, hermanito, yo si confío en ella —aseguró Nate.

Mintió porque nunca me ha preguntado si besé a Brayden o no. Creo que nunca quiso saberlo.

—Sí, créele todo ciegamente, pero la verdad es otra.

—¡Te lo advertí! —espetó Nate apretando los dientes.

—¡Basta! —grité.

Fui hacia Nate y lo tomé de la mano para sacarlo del departamento. Brayden no iba a parar de sembrar profundamente una de sus semillas llenas de mentira.

—¡Que te aproveche bien tu *Nathan Bates 2*! —comenté a Lisa cuando pasé junto a ella.

Por su culpa, Nate y Bray tardarían más en solucionar sus problemas.

Di una última mirada desdeñosa a Brayden y salimos del departamento.

Nate me ordenó que subiera al BMW negro que esperaba enfrente. Lo obedecí sin dudar.

Quitando el mal momento, me gustó que Nate le pusiera un alto a Brayden respecto a mí. Su protección se extendió fuera de su departamento. No iba a permitir que alguien me lastimara en cualquier sentido.

Fue en ese preciso momento que me di cuenta que lo amaba verdaderamente.

—Hola —me saludó un sonriente hombre, posiblemente un año mayor que Nathan.

Lo desconocí al principio, pero era David.

De tez ligeramente bronceada, cabello oscuro y ojos coquetos, a David le sentaba su traje negro. Lo hacía ver como todo un ejecutivo.

—Hola —respondí extrañada de verlo.

—Espera, me paso adelante —sugirió al ver que íbamos a estar muy apretados los tres en el asiento trasero.

Me recorrí cuando bajó del auto y Nate se acomodó mejor.

David le indicó al chofer que nos llevara a la dirección en donde los había recogido.

—¿Solucionaste todo? —preguntó David con calma, seguramente a Nate.

—No.

—¿Sigue igual de terco?

—Es Brayden, ya lo conoces. Nunca va a cambiar... A veces creo que es caso perdido.

—¿Por qué no me avisaste que ibas a venir? —demandé a Nathan una explicación sin sonar tan exigente.

—Porque no iba a venir, pero David creyó que era una buena oportunidad para hablar con él... de nuevo. Demostrarle cara a cara que rechazo a sus novias.

“Fui rudo con ella pero era necesario.

—¿Por eso no me respondías los mensajes? ¿Estabas planeando cómo desenmascarar a Lisa?

—Sí. Y no estabas hablando conmigo, sino con David.

—¿Qué? ¿Lo pusiste a que me entretuviera? —espeté molesta.

—Sí, y fue difícil cortarte cuando la conversación se estaba poniendo súper-mega-ultra-interesante —comentó David con tono sexy. Incluso me guiñó un ojo.

Nathan rió entre dientes.

—Son unos idiotas... ¡En serio! —dije cruzándome de brazos y haciendo pucheros.

—Bien, pasando al trabajo —dijo David—. Hablé con Sam mientras estabas con tu hermano —Nathan emitió un a-ha—. Quieren extenderte dos semanas más. Tu suplente aún no está listo.

—Okay, no hay problema. Lo haré, solo porque es Sam.

—Alexandra, ¿quieres que te pida un boleto para la última función? —me consultó David.

—Ya vi la obra —respondí haciendo aun mi pequeño berrinche que no era serenado por nadie.

—¿Ah, sí? —preguntó Nate curioso.

—¿Y qué te pareció? —me inquirió David, volteó hacia atrás para verme mejor.

Traté de inventar algo pero era obvio que se iban a dar cuenta que no recordaba nada de la trama.

—Mientes. No la viste —aseguró Nate ante mi largo silencio.

—¡No miento! Fui a la primera función y, bueno, decir que la vi es un decir, porque no estaba poniendo atención a la trama, sino a ti —confesé a Nate.

—Me buscaste —murmuró Nate complacido.

Asentí.

—Tu plan funcionó a la perfección, Nate —comentó David.

—Cállate, David —advirtió Nate algo severo. Su amigo lo estaba poniendo en evidencia conmigo.

—¿Cuál plan? —pregunté inocentemente.

—Nate aceptó hacer la obra de teatro por ti —respondió David sin dar mucha importancia al hecho.

—¡Dave!

—¿En serio? —pregunté a Nate con una sonrisa de oreja a oreja.

Eso era lo que lo había puesto nervioso durante la entrevista, cuando habló de su personaje. Nate había revelado información de nosotros crípticamente.

—¡Okay! Chismea todo, niñita —le ordenó Nate. Hizo una mueca enojada.

David rió entre dientes.

—Decidió aceptar el contrato de la obra a los pocos días de conocerte. Quería hacer algo que lo mantuviera en Londres por un tiempo, y que pudiera reunirlos de nuevo. Tenía la esperanza de que fueras a verlo —confesó David.

Mi sonrisa se hizo más expresiva, tanto que Nate tomó mi mano fuertemente y sonrió también. Deseé que David no estuviera haciendo mal tercio.

Me hizo feliz saber que Nate sobornó al destino para que nos uniera de nuevo de alguna manera.

—Okay, te daré un boleto para la última función —comentó David para romper con su incomodidad. Sacó su celular.

—¿Cuándo es? —pregunté.

—El sábado dentro de tres semanas —respondió David, mientras que hacia no sé qué en su celular.

—¿El 15? —pregunté.

—Sí —dijo David.

—No puedo ese día.

—¿Por qué no? ¿Acaso tienes una cita con alguien? —me preguntó Nathan con gestos entrometidos.

—No, voy a estar en Madrid ese día.

—¿Por qué no me habías dicho que ibas a viajar?

—¿Ahora entiendes qué se siente que te oculten cosas? —respondí con sonrisa vengativa, pero Nathan me hizo un puchero de que no era lo mismo.

—Me cae bien tu novia. Te pone en tu lugar —murmuró David entre risitas.

—No te dije nada porque no lo sabía hasta esta mañana —expliqué.

—¿Vas a visitar a tus padres? —consultó Nate.

—No, a mi guapísimo novio español que si me dice las cosas —respondí sarcástica.

—Ja-ja-ja —refunfuñó Nate.

—Sí, ya me cae bien —remató David riendo entre dientes muy burlón.

—Mi mamá me envió el boleto esta mañana —terminé explicando a Nate.

—¿No puedes cambiarlo?

—No.

—Okay —murmuró Nathan resignado a mis planes.

—Pero estarás un viernes antes, ¿no? —me consultó David.

—Sí.

—Bien, entonces te aparto un boleto para ese día.

—Gracias —dije a David con una sonrisa honesta que fue respondida con una igual.

Llegamos a la casa de Nathan.

David se bajó y se despidió de los dos.

—Te veo mañana —le avisó a Nathan antes de subirse al asiento trasero.

—Gracias por todo.

—No, no creas que mi apoyo fue gratis. En compensación quiero que leas unos libretos que me

parecen perfectos para ti.

—Okay, okay. Enviámelos y los leeré. Pero recuerda que eso no significa que voy a aceptar a hacer casting —dijo Nathan.

—Ya veremos... Descansa, Alexandra.

—Igualmente, David —le dije en lo que me abrazaba a mí misma, el clima estaba frío.

Nathan abrió la puerta de su casa rápido y me dejó pasar primero. Lo abracé tan pronto como la cerró.

—Necesitaba uno desde hace rato —comentó en lo que besaba el tope de mi cabeza.

—Sí, lo sé.

Suspiré profundamente para que supiera que me alegraba estar en sus brazos.

Me soltó dentro de una risita nerviosa.

—¡Espera! —le dije deteniéndolo del brazo. Lo miré excitada de pies a cabeza mientras me mordía el labio inferior. ¡Se veía guapísimo en persona!

Su sonrisa apenada me dijo que entendió mi silencioso piropo.

—¿Viste la transmisión de la alfombra roja? —preguntó ruborizado. De seguro recordó que estuvo a punto de revelar nuestra relación a la reportera.

Asentí con una sonrisa coqueta.

—Te acompañaré a la siguiente. A parte de querer besarte cuando te vi tan guapo, también sentí que no te estaba apoyando —bajé la mirada en lo que me acercaba más a él—. Nate, estoy contigo en todo —agregué acariciando la solapa de su saco.

Su mano levantó mi rostro tiernamente para que viera en sus ojos cuán feliz estaba por mi cambio de opinión.

—También te extrañé... ¡Bien! Pidamos algo y veamos un rato la televisión. Luego ya veremos qué hacer antes de dormir —sugirió sonriendo y arqueando las cejas sexualmente.

—Bien —dije en lo que lo besaba rápido.

Fui a echarme al sofá de siempre. Nathan pidió una pizza y luego fue a su cuarto a cambiarse. Regresó con un pants azul marino y una playera guinda.

Secreto: Nate siempre vestía desaliñadamente en casa. El glamour lo dejaba para la calle.

Se sentó junto a mí y nos besamos hasta que llegó la pizza que comimos rápidamente. Luego fuimos a su cuarto a seguir la sesión de besos en la cama.

—¿Puedo quedarme? —le consulté cuando tomamos un descanso.

—Ese era el plan, ¿no? ¿O qué tenías pensado hacer cuando me sacaste de tu departamento?

—Mi plan original era alejarte de tu hermanito pero no sé por qué obedecí tu orden de subirme al auto.

—Bueno, ya sabes que siempre eres bienvenida en mi cama —dijo besando mi cuello.

Reí cohibida.

—¿Quieres mi playera?

Asentí como niña, totalmente emocionada por ponerme esa playera que me hacía sentir tan cerca de él. Siempre abrazada por su aroma. Bueno, ya no por el suyo porque la lavaba para que estuviese disponible cada vez que quisiera utilizarla, pero ya reconocía el aroma del suavizante como suyo.

—Por cierto, ya que saliste sin nada contigo, te voy a dar un cepillo de dientes nuevo para que puedas usarlo cuando te quedes aquí.

—Gracias —dije.

A penas terminé de quitarme la playera y Nate se abalanzó sobre mí sorpresivamente para tomarme entre sus brazos. Me llevó a la cama sin dejar de besarme y decirme que había pensado en mí todo el día.

Me hizo el amor muy sexy y algo desesperado.

Nathan me llevó a la universidad al día siguiente, pero no para asistir a mis clases, sino para recoger mis llaves que le había pedido a Layla que llevara en la mañana.

—Te espero aquí. No estoy de humor para discutir con Bray —dijo mientras apagaba el auto.

—Okay. No tardo.

Bajé apresurada y entré a la universidad en un trote para ir a la cafetería, en donde me había quedado de ver con Layla.

No tardó en llegar sola.

—¿Cuál es el recuento de los daños? —pregunté mientras la saludaba de beso.

—Brayden y Lisa enojados... y el resto asombrados.

—¿No filmaron nada?

—No.

Se me escapó un suspiro lleno de alivio.

—¿Brayden te habla?

—Sí, la que no me habla es Lisa. Está molesta porque le hice quedar en ridículo frente a Nathan. Pero no importa. Lo que seguramente iba a hacer era demasiado.

—¿Crees que lo hubiera hecho?

—¡Es Lisa! —exclamó con obviedad—. A veces es una niña caprichosa... Es obvio que lo iba a hacer.

No conocía a Lisa lo suficiente para coincidir con su aseguración.

—Hablando de eso, ¿cómo le avisaste a Nathan de Lisa?

—Intercambiamos números la última vez que te fue a ver.

Mis gestos le reclamaron.

—¡No pienses mal! —dijo con una risita atorada—. Solo nos dimos nuestros números para en caso de emergencia.

—¡Ah! Okay.

—Te quiere mucho, Lexy —comentó Layla en lo que tomaba una servilleta. Su voz sonó casual.

—No lo creo. Aun no me lo ha dicho.

—Yo creo que no ha de tardar en hacerlo porque, cuando me dio el número, me dijo que no quería imaginarse siquiera que algo malo pudiera pasarte.

Sonreí felizmente.

—Estás loca por él, ¿verdad?

—No usaría “estar loca por él” porque describe lo que siente Lisa. Estoy enamorada de él. Tanto que no sé qué va a ser de mi si él se desenamora de mí.

—Es lo mismo —dijo Layla entre risas.

—Tal vez no para Nathan. Uno le describe una fan y el otro la persona que lo ama.

Layla se carcajeó, alcancé a entenderle que seguía siendo lo mismo.

Sí, sabía que era confusa la línea entre ambos tipos de amor. Ya le explicaría después como diferenciarlos.

—Te dejo. Nate está esperándome en su auto.

Le extendí la mano en señal de que me diera mis llaves.

—¿Miedo a Brayden? —me preguntó en lo que me las entregaba.

—No, cansado de pelear con él. Pero yo creo que si tiene miedo a tener otra pelea en público.

Layla rió entre dientes.

—Nos vemos en la tarde —dije y salí jugueteando con mis llaves.

Crucé la universidad apresurada para no toparme con nadie del grupo.

Nathan me llevó a mi departamento, en donde pasamos la mañana en mi cuarto, haciendo el amor

lenta y muy tiernamente.

Los días siguieron corriendo con su habitual lentitud.

Ojala así pasara el tiempo siempre porque disfrutaba cada segundo con él. A pesar de que la vida a su lado era realmente ordinaria.

Una verdadera fan, de esas que gritan al verlo, se hubiera decepcionado mucho por lo terrenal que serían sus días a lado de él.

Una vez me pregunté si su vida era realmente así, tan mundana. Tal vez no. Si no recordaba mal, Nate me había dicho que su vida se tranquilizaba bastante cuando hacía teatro.

Agradecí haberlo conocido en ese momento tranquilo, porque me estaba permitiendo conocerlo mejor. Sin medios o loquitas acosándolo.

Junto con el sábado, llegó un día soleado.

Tras salir a correr, fui a donde Nate, eran cerca de las diez de la mañana. No disfrutamos el inusual día soleado y nos quedamos encerrados en la casa, como siempre.

Ya habíamos creado una rutina de pareja.

Generalmente, en nuestros momentos inocentes, como él les llamaba, hacíamos cosas que cualquier pareja haría estando en casa.

A Nate le gustaba cocinar, y a mí me encantaba verlo desde la pequeña mesa para dos personas que tenía en la cocina. A veces, platicábamos de nuestras horas separados. En otras prendía la radio y llevaba el ritmo secretamente de alguna canción que le gustara.

Una vez me dijo que si no hubiera sido actor, y corredor de bolsa, le hubiera gustado ser Chef.

Definitivamente hubiera opacado a Jamie Oliver.

También tocaba mucho la guitarra mientras que yo leía mi revista *Cosmopolitan* o un libro. A veces yo tarareaba la letra de lo que estuviera tocando, y él siempre me invitaba con su sonrisita a medias a que me animara a cantar en voz alta. Nunca lo hice, porque me daba pena. No era lo mismo cantar a capella que junto a Matt Bellamy, como lo hice esa vez en el auto de Bray.

Si alguien viera como nos acoplábamos perfectamente, diría que fuimos creados para estar juntos. No solo éramos igual de ajenos al mundo exterior, sino que lo disfrutábamos.

Cerca de las cuatro de la tarde se despidió de mí y me dejó en la cama, como todos los sábados.

Tras que se marchó, me di un baño caliente y fui al comedor a hacer mi tarea de la universidad. Generalmente adelantaba mis deberes el jueves y viernes, días que no veía a Nate, pero esta vez estaba un poco atrasada porque no había asistido a clases el jueves.

A los quince minutos de aburrimiento, fui a la bocina y desperté el iPod de Nathan. No tardé en descubrir un playlist dedicado a mí: *Pensando en Alexa*.

Mi corazón danzó felizmente. Ninguno de mis exnovios tuvo un detalle conmigo como ese, tan sencillo y eficaz. Tal vez el detalle era más importante porque venían de alguien que me atraía tanto y que no necesitaba ganarme porque ya me tenía completamente.

Sí, a veces tenía mis destellos de incredulidad. De que Nate fuera así de lindo conmigo.

Inicié con *True love* de Coldplay. Mi nueva canción favorita.

No regresé al comedor a seguir con mi trabajo, sino que me eché en el sofá de siempre y abracé el cojín con la esencia de Nathan impregnada ya en la tela.

Canción tras canción, imaginé a Nate cantándome mientras me besaba por doquier.

—¡Oh-oh! Estoy perdidamente enamorada de él —confesé en voz alta.

Y lo estaba. Lo quería a mi lado tanto en ese momento que tuve que ir a poner algo más movido para

distraerme de él o jamás terminaría mi trabajo, y acabaría dejándole un mensaje de voz erótico.

Una hora después, finalmente terminé mi tarea y regresé al sofá con el libro que tenía que leer para entregar un reporte en una semana. Fue una bendición traer ese libro conmigo, porque si no hubiera tenido que tomar uno de los que están en el librero de Nathan y, a decir verdad, teníamos gustos diferentes de lectura. Él era fanático de los clásicos y yo del género fantástico.

Después de un largo rato leyendo, y una corta siesta, escuché que alguien abría la puerta; por supuesto era Nathan. Corrí hacia él tan pronto como lo vi entrar, brinqué para que me cargara, abracé su cintura con mis piernas, y lo besé gustosamente. Como un pulpo que había atrapado su comida del día.

Casi nos caímos.

—¿Por qué tanta efusión? —me preguntó felizmente confundido.

—No sé —respondí inocentemente.

Me bajé para que terminara de llegar.

Dejó sus llaves en la mesa de centro y vio hacia el iPod.

—Encontraste el playlist, ¿no?

—¿Cuál playlist? —inquirí aun con actitud inocente.

Fui a sentarme al sofá y abracé mis piernas para acentuar mi inocencia.

—El que te animó a recibirme así —respondió con una sonrisita conquistadora.

No se acercó a mi cuando le sonreí cohibida, solo fue a bajar un poco el volumen.

—¿Quieres que te cree una en tu iPod? —preguntó mirándome.

Asentí emocionada.

Rió entre dientes y se sentó a mi lado. Posó su mano en mis piernas, que ya estaban abajo, y las acarició delicadamente.

Poco a poco, inicié una sesión de besos que no rechazó hasta que sacó mis manos de su playera. Lo miré sin ser tan inquisitiva.

—¿Huiste de nuevo? —le pregunté en cuanto noté sus pestañas perfectamente maquilladas.

Me bajé de él para sentarme a su lado.

Asintió restregándose los ojos.

—Otra vez tuve admiradoras alocadas.

—¿Por qué haces teatro si te agota tanto?

—Porque lo amo. La reacción inmediata del público es como una droga que me motiva a actuar mejor. El problema es que mi carrera en el cine ha complicado la del teatro... Es una lástima que el teatro no deje tanto.

Jugueteé con un mechón de su cabello.

—No sabes cuánto trabajo me cuesta concentrarme cuando tengo enfrente a un puñado de niñas suspirando, aullando o riendo como chiquillas —hizo un tronido quejumbroso con la boca—. No me quejaba antes del cine... —bufó—. Y no debería hacerlo, pero es que mi número de fans está creciendo con cada película que hago, y me está costando aceptarlo... Ya sabes, ser famoso. Empiezo a sentirme enjaulado... ¡Ve! No pude siquiera llevarte a algún lado en nuestra primera cita —dijo dentro de un suspiro cansado.

Era la primera vez que lo escuchaba quejarse de su carrera.

—Eso se escuchó muy presuntuoso, Nate —le hice saber mientras acariciaba su mejilla. Quería aligerar su contradicción.

Rió cansadamente y cerró los ojos, disfrutaba mi caricia.

—¿Has notado que todos los sábados sales huyendo del teatro?

—Esa pregunta sonó como una indirecta para decirme que no es cierto lo de las fans y que salgo huyendo del teatro los sábados para estar contigo.

Reí traviesa. Eso era precisamente lo que quería decir con mi pregunta.

—Se escuchó muy presuntuoso, Alexa —dijo vengativamente.

—Okay. ¿Quieres cenar algo o irte directo a la cama?

—Quiero hacer ambas... ¿No te molesta que otra vez solo quiera dormir?

—No, porque siempre me recompensas al día siguiente de alguna forma —respondí.

Le di un beso casto y fui a la cocina para prepararle algo.

Ya cenados, nos fuimos a la cama. Ya éramos unos expertos en acomodarnos para dormir.

Un rayo de sol me despertó de mi plácido sueño.

Suspiré feliz cuando vi a Nathan en una variación de la posición que yo usaba para dormir: con la frente pegada en mi brazo y su mano descansando sobre mi abdomen.

Nathan rompía poco a poco con su almohada y me buscaba.

Besé su cabeza y me levanté. Fui a la ventana que daba hacia el bien cuidado jardín trasero. Algo debía estar pasando con el clima mundial porque era el segundo día con un sol maravilloso. Todo se veía hermoso y perfecto. Incluso escuché un pajarito cantando alegremente a lo lejos. O también podría ser que mi perfecta felicidad me hacía ver todo más bonito.

—Regresa a la cama —escuché el murmullo de Nate a mis espaldas.

—No, quiero salir a disfrutar el día.

—¿Qué hay allá afuera que sea mejor que lo que hay en esta cama? —me preguntó con un tono que me hizo voltear a verlo.

Su cabeza usaba su brazo doblado como almohada, destapó su torso desnudo hasta el abdomen, exhibiendo magistralmente su sexy lunar... y algo más.

—¿Me estás seduciendo? —pregunté asombrada por su soborno.

Se mordió el labio inferior en respuesta y gimió muy sugestivo.

Volteé a ver hacia fuera de la ventana, luego a Nate. Era una decisión difícil.

—No, gracias. Quiero salir —dije tras un largo debate interno.

Necesitaba salir, ver otros escenarios.

—¿En serio me cambias por esa cosa? —señaló al sol.

—Nate, tengo más de un mes que me la he pasado de la universidad a aquí, de aquí a mi casa, y así continuamente cinco días a la semana.

“Me encanta tu cama pero me van a salir llagas si no hago algo más que besarte y besarte y... ver televisión —expliqué con una sonrisa seductora al final.

—Te aburre estar conmigo —murmuró dolido.

—¡No! ¡Nunca! —exclamé en lo que corrí y me eché a su lado, acaricié su pecho delicadamente—. Solo quiero respirar un poco de aire puro.

—Sales a correr —observó.

—Sí, cuando me dejas.

—No —dijo con una sonrisa desconfiada—. Tú esperabas una vida glamorosa a mi lado.

Me disgusté por lo que dijo. Por supuesto estaba fingiendo, tanto como él fingía su desconfianza.

—¡Ja! Si así fuera, ya hubiera roto contigo desde el primer fin de semana que pasamos juntos.

“No he conocido a nadie famoso, aparte de ti. No he sido perseguida por un paparazzi ni he sido enfrentada por una fan celosa. Lamento decirte que eres muy ordinario, cariño —bromeé.

Nate sonrió a mi ocurrencia y me jaló para que me acostara en su abrazo.

—Ya hablando en serio —dijo cambiando su actitud—. ¿Te gusta la vida que tienes conmigo?

—La amo. Como te dije, me encanta pasar cada segundo de mi vida a tu lado, pero a veces necesito... —dije igual de seria mientras volteaba a ver el sol.

Suspiró entre pucheros que me decían que no le apetecía salir.

—Okay, no hay problema —dije dándole un beso rápido. Me impulsé para salir de la cama e ir a mi pequeña maleta para sacar mis jeans, una playera rosa pálido y tenis—. Quédate en la cama. Yo si voy a salir a dar una vuelta... Regreso en dos o tres horas.

Fui al baño a cambiarme. No quería que Nate me asaltara tan pronto como me viera solo en pantis.

Cuando regresé, ya estaba levantado y buscando ropa en su closet.

—¿Qué haces?

—Iré contigo.

—No, no es necesario. Quédate a descansar, a ver televisión o lo que te apetezca.

Dejó su búsqueda para tomarme por la cintura.

—No, iré contigo. Quiero ver cómo es salir contigo en público... Quiero caminar contigo de la mano...

—¿Y si alguien te reconoce? —le interrumpí.

—Hermosa —dijo, y me encantó. Era la primera vez que me llamaba así en voz alta, siempre lo escribía en el Scrabble—, llevamos saliendo más de un mes, has entrado y salido de esta casa a placer, tuvimos un escándalo en público... Las aguas están tan tranquilas que realmente estoy sorprendido.

—Brayden tiene buenos amigos.

—Y me alegra que los tenga. Al menos sabe escoger bien en eso.

—Está bien. ¿Vamos al parque?... El día está bonito y ahí no te topará con gente cara a cara.

—¿Un picnic?

Asentí emocionada.

—Okay —dijo regresando a su búsqueda.

—Prepararé todo en lo que te bañas y vistes. Aun traes maquillaje, guapo —le dije deslizando mi mano por su espalda desnuda, se retorció cuando me acerqué a su trasero, pero no lo toqué. Me retiré y salí del cuarto para ir a la cocina a preparar sándwiches.

Merodeando por la cocina, encontré una canastita de mimbre y eché los sándwiches, refrescos y una bolsa de papas.

Nate entró vistiendo sus jeans azul oscuro, playera blanca y Converse azul clásico. También traía sus gafas oscuras Ray-Ban en mano.

—Esa canasta la dejó aquí una de mis ex, ¿no te molesta usarla? —dijo haciendo gestos prevenidos para algo.

—No.

—¿En serio?

—No, porque ella ya no está aquí y yo sí —respondí guiñándole un ojo.

—Okay —dijo con una sonrisita aliviada.

Tomó la canasta y me señaló con un cabeceó que saliéramos.

En el camino a la puerta, echó a la canasta un paquete tamaño carta color mostaza.

Nos pusimos las gafas oscuras al salir. El sol estaba más brillante de lo que se veía adentro y, con todo, el ambiente estaba algo frío.

Lo miré y... ¡Por dios, se veía guapísimo!

Estuve a punto de preguntarle si le parecería mejor que hiciéramos el picnic adentro, preferentemente desnudos. Pero agarró mi mano y la besó dulcemente, y así desvaneció mi pensamiento lujurioso.

Caminamos casualmente hasta Hyde Park. Nos tomó llegar unos quince minutos más o menos... ¡veinticinco! hasta el lugar donde Nate escogió.

Extendí una manta que encontré en la canasta. Nate se sentó de inmediato y me extendió la mano para que me sentara junto a él. Se acomodó de tal manera que pudo entretenerse un rato retirando mechoncitos de cabello que le estorbaban para acariciarme. De vez en tanto me besaba el cuello hasta encogerme de cosquillas.

Me dejé caer sobre él para que me abrazara. Estábamos pasando un momento muy tierno.

—¿Tienes hambre? —le pregunté cuando mi estómago rezongó. Me incliné a la canasta.

—Sí.

Le pasé un sándwich y su lata de refresco. Se retiró un poco de mí para comer cómodamente.

—Esto es agradable —comentó entre mordidas y viendo a su alrededor.

Concordé con él. Muchos habían salido a disfrutar el día soleado también. Se escuchaban risas de niños, conversaciones amenas y se sentía la diversión en el ambiente.

Estaba disfrutando mucho el cambio de escenario. Me encantó sentir los rayos del sol bañando mi nivea piel y la fría brisa manoseándome por todos lados. Cerré los ojos y respiré lentamente. La felicidad pura olía maravilloso.

—¡No te muevas! —dijo Nate, interrumpiendo mi experiencia cósmica.

En el momento justo en que volteé a verlo, me tomó una foto.

—Quise conservar el momento. Te veías preciosa con el sol en tu rostro —dijo inclinándose para besarme rápido.

—¿Me veía?

—¡Siempre te ves!

Me sonrojé.

—No es justo. No tengo una foto tuya.

—Baja una del internet —dijo muy práctico.

—¡No quiero una arreglada con el Photoshop! Quiero una totalmente natural.

—Entonces, tomala —dijo muy sonriente.

Saqué mi celular y cuadré la imagen hasta concordar que él se veía bien.

—Ahora una juntos —sugerí en lo que gateaba para llegar a él.

—No vas a publicarla en la red, ¿verdad? —preguntó algo bromista.

—No, cancelé todas mis redes sociales desde que estoy contigo... No quiero que me acosen tus admiradoras.

—Son capaz de hacerlo —comentó riendo entre dientes.

No solo nos tomamos una foto, nos tomamos varias jugueteando, besándonos y haciendo caras graciosas.

—Eso fue divertido —comenté guardando mi celular.

—Bastante... Sigamos comiendo —dijo.

Guardé silencio en lo que veía a mí alrededor y daba mordidas a mi sándwich.

—¿Desde cuándo no ves a tus padres? —me preguntó en lo que se inclinó a la canasta y sacó servilletas, me dio una que tuve que atorar con mi pierna para que la fresca brisa no se la llevara.

—Desde hace un año.

—¿De veras no puedes posponer tu viaje?

—No, mis padres pagaron el boleto... ¿Por qué quieres que lo posponga?

—Porque quería ir contigo para que me conocieran —respondió encogiéndose de hombros para hacer casual ese deseo de conocerlos.

Me sorprendió.

Nuestra relación era más seria cada día. Ya quería dar el paso de conocer a los padres.

—¡Ah! Bueno, puedes alcanzarme allá —sugerí, brincando y gritando de felicidad en mis adentros.

—¿Te gustaría que fuera?

—Sí. Eres mi novio, ¿no? —respondí casualmente igual que él. Le quité una migajita de pan que se le ató en la comisura de los labios.

Sonrió algo cohibido.

—Okay. Te alcanzaré el domingo. Así tendrás un día para prepararlos de mi visita.

—No es necesario. Ya saben que salgo contigo... Por supuesto no me creyeron.

Nate rió discretamente.

—Espero caerles bien —murmuró.

—Te van a amar —le aseguré muy sonriente—. Por cierto, ¿cuándo conoceré a los tuyos?

—Cuando quieras. Ya saben de ti... —comentó aun en pose casual—. Mi mamá me habló cuando se enteró por Brayden de que le había quitado de nuevo a su novia.

—¡Ay no! No quiero conocerlos aun. No quiero que tus papás me rechacen por haberme entrometido entre tú y Brayden.

Rió entre dientes.

—No temas. Ya le expliqué a mi mamá todo el asunto.

—¿Me quieren conocer?

Asintió.

—Me gustaría que primero conocieras a los míos y luego conozco a los tuyos, ¿okay?

—Como te sientas cómoda —dijo antes de beber su refresco. Se limpió la boca con la servilleta y luego se sacudió las manos.

—Por cierto, te advierto de una vez que no solo vas a conocer a mis padres, sino a mi hermanita también.

—No sabía que tuvieras una.

—Sí, acaba de cumplir 18 años... No eres el único que batalla con los hermanitos.

—¿Fan?

—No, no lo creo. Pero es seguro que ya presumió con sus amigas que su hermana mayor sale contigo. Así que lo más probable es que vayas a tener un *Meet&Greet*.

Rió.

—Okay. Lo haré, solo por complacer a mi pequeña cuñada.

—Gracias —le dije haciendo a un lado mi sándwich, me incliné para besarlo. Pero él sujetó mi rostro con sus manos y me obligó a acostarme. Nos besamos hasta que supongo que el sol le caló en la espalda, porque me sugirió que nos fuéramos a la sombra.

Nos movimos de lugar.

El árbol que escogió permitió que el sol se colara tímidamente entre sus hojas. Nate descansó su espalda sobre el tronco, y yo me acosté con mi cabeza sobre su regazo. Los interrumpidos rayos de sol cayeron sobre toda su persona maravillosamente.

Se inclinó y sacó el sobre de la canasta.

—¿Qué es? —pregunté curiosa.

—Son dos libretos que me envió Dave.

—¿Puedo leer uno? —le pregunté sentándome.

—Sí.

Abrió el sobre y me pasó uno.

—Adiós Berlín —leí el título en voz alta—. Me suena a que es una historia de la segunda guerra mundial.

—Es lo más seguro. Dave sabe que me gusta interpretar soldados.

—Y a mí me encanta verte de uniforme —dije en lo que le quitaba el libreto para besarlo.

Pronto interrumpió el beso cuando tuve ansias de sentarme sobre él a ahorcajadas para enterrar mis dedos entre su cabello y demostrarle que lo deseaba desesperadamente.

—Querías salir de picnic, ¿no? Atente a tus decisiones —dijo deteniendo mis labios con su dedo índice.

Retiré su mano para volver a besarlo pero desvió sus labios de los míos que se estamparon en su barbita de media tarde.

Refunfuñé e hice una mueca de que no me gustaba que me rechazara. Me volví a acostar en su regazo totalmente frustrada.

No sé qué pasaba conmigo. ¿Por qué me comportaba así? Yo no era el tipo de mujer que le gusta dar demostraciones de afecto en público, pero en ese momento solo quería besarlo y manosearlo un poco.

Creo que era porque Nate despedía un aire de prohibido estando en público, y quería sentirlo mío.

—Bien, empecemos —dijo entre risitas mordaces.

Inicié la lectura.

Leer un libreto era muy diferente a leer un libro. Me era muy difícil adentrarme en el escenario que describía las escasas líneas que abrían la escena en cuestión. Sin embargo, tenía razón, era una historia de la segunda guerra mundial en donde el hijo de una pareja británica, nacido en Berlín, era reclutado por la SS.

Todo un drama.

—Escucha esto. Tal vez te guste —interrumpió Nate mi lectura que me parecía que sería un buen libro.

—Dime —bajé el libreto.

—“¿Crees que tu amor tiene validez para mí? Confieso que lo tuvo en un principio, cuando te entregaste a mí sin cadenas, sin remordimientos... Completamente. Cuando por solo una fracción de segundo sentí que me salvabas del infierno al que me condenaste. Cuando arrancaste de mis entrañas el odio que se suponía debía sentir por ti eternamente. ¡Hubiera dado la vida por ti sin dudarlo!

“Pero tu amor fue solo una ilusión. Un estúpido oasis en medio del desierto que me esperaba con más dolor.

“No volveré a cometer el mismo error, y ahora vivirás con la tortura de...

—¡Qué escena tan intensa! —le interrumpí asombrada por el reclamo de ese personaje.

—Es una historia paranormal. Estaría bien hacer algo diferente, ¿no?

—Sí... Oye, ¿termina en algo tanto reproche? —pregunté levantándome hasta quedar sentada.

—Sí. Según esta parte que te leí, que es la del personaje principal y es el malo de la película, toma a la chica y se la coge como jamás lo han hecho.

—No. ¡Descartado! —dije resueltamente. Le arrebaté el libreto y lo aventé a la canasta para hacer más seguro mi rechazo.

Nate se quedó con la boca abierta.

—Nada de sexo en pantalla —le advertí seria.

—Algún día tendré que hacerlo.

—Como dice el personaje de esta historia —le señalé el libreto que yo estaba leyendo—: “¡No durante mi guardia!”

Rió deleitado por mis celos.

—Es solo actuación, hermosa —dijo retirando algunos cabellos de mi rostro.

—Cariño, creeme que lo sé perfectamente, pero tengo esa sensación de que vas a perder la línea entre la realidad y la ficción y me engañes... Sé que eso viene con tu trabajo pero... —bajé la mirada—. Tengo miedo de que tu compañera te mueva el tapete con sus besos “falsos” y...

—No va a pasar. Te lo prometo —dijo sinceramente mientras acariciaba mi mejilla.

—¿Seguro?

—¡Sí! Nunca me he excitado en el trabajo.

Le di un manotazo.

Aun no me convencía.

—¡Ven, flaquita hermosa! —dijo jalándome. Me hizo sonreír momentáneamente con su nuevo apelativo—. Recuerda que soy tu más grande fan.

—Ya me lo habías dicho pero... —hice un puchero.

—Okay, okay. Nada de sexo en pantalla —me interrumpió para consolar mi contrariedad.

Nate no lo sabía pero cuando empezamos a andar, vi una de sus películas en donde besó a su protagonista. El estómago se me retorció de celos, porque ya desde entonces no veía a Nate como un actor en rápido ascenso, sino como un atractivo hombre que se fijó en mí. ¡Lógicamente no quería ver a

mi novio poniéndome los cuernos en alta definición!

Me acerqué a él para buscar que me acurrucara en sus brazos.

Así estuvimos por un largo rato.

—¡Oh-oh! —exclamó de pronto.

—¿Qué sucede?

—Alerta fan.

—¿Disculpa?

—Una admiradora se acerca —dijo señalándome con un cabeceo hacia el claro soleado.

Una joven se acercaba a nosotros.

Me alejé de su abrazo para ver a la joven en cuestión.

—¿Cómo sabes que es una admiradora?

—Se delatan solas... El andar miedoso, celular en mano y sonrisa tonta.

—¡Estás alucinando! —exclamé entre risas.

La joven finalmente llegó a nosotros. Tenía un atractivo sencillo pero agradable a la vista, de larga melena oscura y ondulada; era alta y casi igual de delgada que yo; sus ojos eran de un color café intenso, adornados con maquilladas pestañas.

—¡Hola! —dijo con entusiasmo nervioso—. Eres Nathan Bates, ¿verdad?

—¡Ah, sí! —respondió Nate. Dudó si fue correcto haber confirmado su identidad.

—¿Puedo tomarme una foto contigo?

—Sí, claro —contestó en lo que me hacía a un lado delicadamente para levantarse con trabajos.

—Gracias —dijo ella muy feliz y se puso en pose para tomarse una foto muy junto a él.

Estaba toqueteándolo tanto, en busca de una pose cómoda para tomar la foto, que me desesperé más que darme celos.

—¿Quieren que se las tome? —pregunté.

Me levanté y caminé hasta quedar frente a ellos.

—Tardaste en ofrecerte —comentó Nate burlón.

—¡Cállate y abrázala bien! —dije en lo que le pedía el celular a la admiradora.

Nate me obedeció y la abrazó, noté que se sentía incómodo abrazando a alguien más frente a mí.

—Nathan, creo que saldrías mejor si te quitaras los lentes. ¿O cómo va a presumir ella que eres tú el de la foto?

Nate apretó una sonrisa reprensoria pero hizo caso de mi sugerencia.

Sonreí traviesamente.

Tan pronto como tomé la foto, Nate la soltó.

—Gracias —dijo la joven muy sonriente.

Nate le regresó una sonrisa actuada.

—¿Puedo besarte? —le pidió ella apresurada, como si no hubiere tenido control de esa petición.

—Lo siento, pero no —respondió Nate algo severo. Se puso las gafas oscuras para enfatizar su rechazo.

—¿Por qué no?

Debí decirle a la admiradora que Nate era mi novio, pero estaba tan divertida viendo como trataba de deshacerse de ella lo más cortés que podía.

—Por ella —me señaló con un cabeceo y una sonrisa torcida.

—¡Oh! —exclamó. Volteó a verme y luego escondió el rostro desilusionada—. Okay, no me culpes por intentarlo.

Nate sonrió apenado por no cumplir su deseo, pero me di cuenta que no era sincero, de hecho, tenía la sonrisa falsa.

—Entonces... gracias por la foto.

—Fue un placer —dijo Nate cortésmente.

—Gracias y hasta luego —dijo ella y se retiró tan apresurada como había llegado.

Nate le clavó la mirada mientras se marchaba. Incluso retiró un poco sus gafas para verla mejor.

—¡Hey, estoy aquí! —le di un manotazo cuando me di cuenta que estaba viendo su trasero.

Nate rió vengativamente, solo lo había hecho para hacerme enojar.

—No debiste haberte comportado así —me reprendió cuando consideró que ya se había retirado lo suficiente para que no nos escuchara.

—¿Cómo?

—Tan accedida con sus peticiones.

—Es tu admiradora, Nate —dije en lo que me acercaba a él para abrazarlo, entrelacé mis dedos detrás de su cuello.

No me abrazó pero me miró. Aunque no veía sus ojos, su sonrisa estaba muy contenida.

—Mmm, creo que hiciste todo ese show de amabilidad porque no quieres que te odie por ser mi novia —refutó.

—Quizás... Y no ayuda a mi imagen que te esté rogando un beso en este momento y tú me estés ignorando —me puse de puntas para besar su cuello.

—¿Me estás rogando? —cuestionó entre gemidos.

Se quitó las gafas para verme mejor y las aventó a la canasta, luego me abrazó por la cintura, atrayéndome tanto a él que me costó un poco respirar, y clavó su beso en mi cuello.

Me torcí un poco para buscar sus labios y nos fundimos en un beso nada casto.

Por esa forma de besarme, no me daban celos con sus admiradoras. Nate me garantizaba arduamente que él me pertenecía completamente.

—Regresemos a la casa... Quiero *jugar* contigo —me suplicó al oído. Sentí su respiración agitada.

—No —me liberé de su abrazo.

—¿Por qué no? —me preguntó confundido.

Seguramente había sentido en mi beso que también quería estar con él en un lugar más privado.

—Aun no quiero regresar a la cueva —expliqué.

—Okay.

Se sentó indiferentemente y tomó el libreto que yo había descartado.

—Solo te advierto que tienes que compensarme esta vez por tu cortón —dijo.

—¡Está bien! Nos vamos, pero solo si me prometes que no vas a hacer esa película —le dije señalándole el libreto en sus manos.

—Lo prometo —dijo levantándose muy entusiasmado.

Nos pusimos a recoger todo y, ya con las cosas en la canasta, me tomó la mano.

—De todas maneras iba a rechazar esa película —confesó.

—¡Eres un manipulador! —le espeté en lo que me soltaba de su mano para picarle las costillas como castigo.

Pero solo logré que riera como infante, completamente divertido.

Regresamos a su casa en taxi.

Mi experiencia con su fan había sido tranquila, incluso divertida, pero aún no estaba preparada para otra en el mismo día. Aun cuando Nate me venía diciendo que esa había sido una fan tranquila, no quería tomarme con el tipo “loco”.

NO ABRAS LA PUERTA

Gracias a la fan, la noticia de que Nathan Bates salía con una desconocida se regó por el internet tan rápido que me asustó. Nate era popular, pero no lo era tanto para que su vida fuera noticia de primera plana.

¿Cómo será todo cuando se haga más famoso?

La noticia también trajo de vuelta a su paparazzi de cabecera. Nos vigiló diariamente, pero no con el ímpetu que esperaba. Era discreto al tomarnos fotos, no nos acosaba con sus flashes cuando salíamos a la calle a caminar o de compras.

Aun así, tenía presente que nuestros pasos eran seguidos, y era incómodo. Me volvía alguien muy seco con Nate cuando estábamos en público. Siempre tomaba esa actitud de que solo éramos amigos que habían salido a distraerse juntos.

No me gustaba actuar así con él. No quería que sintiera que estaba perdiendo el interés.

Mi decisión de separar su vida privada y la pública se hizo más segura. Más que nunca, le pedí que no hablara de nosotros. Que evadiera la pregunta siempre que alguien se la hiciera. Que, por lo que más quisiera en este mundo, no abriera esa puerta a su vida privada.

—Tu petición es inútil, hermosa, porque siempre he protegido mi vida privada —dijo cuándo le pedí eso mientras estábamos acurrucados en el sillón de su jardín—. Recuerda que esa es la razón por la que caigo mal a algunos, porque no quiero hablar de mi vida fuera de cámaras.

Tenía razón. Últimamente salía en programas nocturnos, promocionando aun la obra, y era todo un derroche de encanto y diversión. Muy natural, de hecho. Pero cuando le preguntaban de nosotros, bajaba su encanto un poco y evadía responder con algún comentario tonto que era acompañado con una sonrisa traviesa, muy actuada por supuesto.

No había nada que pudiera hacer para seguir disfrutando de nuestro romance secreto, más que aguantarme y esperar a que nuestra relación aburriera al público.

Por fin experimenté el lado negativo de amar a un actor.

Pronto llegó la función a la que iba asistir.

Nate salió hacia el teatro a la misma hora de siempre, yo llegaría a la hora de la función.

Dave ya me esperaba cuando llegué junto con Layla.

Layla me había pedido un boleto extra para apoyar a su “nuevo” amigo.

Al final, Nathan no hizo nada para ganarse a mi amiga. Su naturalidad fue suficiente para que Layla se diera cuenta que no era la típica estrella que se creía tocada por Dios.

—Dave, te presento a mi amiga Layla.

—Mucho gusto —dijo él tomando su mano, luego le dio un jalón para saludarla de beso. Movimiento que confundió mucho a mi amiga.

—¿Listas?

Asentí nerviosa.

—Entremos —nos cedió el paso.

Nos sentamos en nuestros lugares, creo que eran los mejores del teatro: tres filas adelante del escenario, en medio. Tenía una vista perfecta hacia Nate.

—Si llega a localizarte, no lo saludes o hagas algo que lo distraiga —me advirtió Dave.

—No le hubieras dicho eso —comentó Layla.

—¿Por qué no? —preguntó Dave, inclinándose delante de mí para hablar en voz baja con Layla.

—Porque ahora es seguro que le va a ganar la risa en cuanto él la vea.

—Tiene razón —concordé con mi amiga.

David soltó una risita callada.

—Me caes bien, Layla —comentó como si nada, mientras regresaba a su respaldo. Su atención se quedó en el *booklet* que revisaba casualmente.

—Tú también, David —respondió mi amiga viéndolo de reojo y con una sonrisita apenada.

—¡Por favor, luego se dicen qué tan bien se caen! —exclamé volteando los ojos.

Era incómodo estar en medio de un coqueteo.

Las luces se apagaron y el telón subió.

La obra fue llevada a cabo sin interrupción.

Nate no me buscó entre el público en ningún momento, estaba demasiado compenetrado con su personaje. No hubo fans que nos distrajeran y pasamos un rato agradable.

El único momento entusiasta que tuve fue cuando aplaudí al terminar la obra, cuando mi lado que idolatraba a *Nathan Bates* resurgió de su exilio.

—Fue una noche tranquila —comentó Dave.

El elenco salió a agradecer el reconocimiento. Solo entonces Nate me buscó entre el público, calmé un poco mi aplauso para que no me viera como fan desquiciada, y le sonreí cuando me encontró.

Contuvo su sonrisa.

—¿Quieres ir a verlo? —me preguntó Dave cuando el telón bajó y el público se disponía a marcharse.

—¿Puedo?

—Sí, no te preocupes por tu amiga. Yo la llevo a *The Gathering* —sugirió Dave sonriendo a Layla.

Los cuatro íbamos a celebrar que Nate terminaba su temporada de teatro con éxito. Algunos amigos suyos nos iban a alcanzar allá.

—Sí, Lexy, estaré en buenas manos —aseguró Layla en lo que posaba su mano sobre el brazo de Dave.

Él sonrió satisfecho por el toque.

—Okay... —dije echándoles una miradita de que ya había descubierto que se gustaban—. ¿Y cómo voy a los camerinos?

—¡Ah! Te llevo. ¿Me esperas en el lobby, Layla? —le preguntó guiñándole el ojo.

—Sí, claro.

Seguí a Dave hasta una puerta en donde había un hombre haciendo guardia, Dave le pidió que me dejara pasar.

—Sigue el camino hasta que encuentres una puerta con su nombre —me dijo el hombre muy sonriente.

—Gracias.

—Alexandra, no tarden mucho, ¿okay?

—No.

Caminé por ese largo pasillo topándome con una que otra persona que me seguía con mirada curiosa por conocer a “Jane Smith” —como la prensa me llamaba—. Los ignoré lo más que pude.

Encontré la dichosa puerta y toqué tímidamente.

—¡Adelante!

Abrí y vi a una mujer. Nate no me prestó atención al momento y siguió hablando con esa mujer acerca de algunos fallos en la función.

—Dile a Sam que tendrá que discutir esos cambios con mi sustituto. No tiene caso que altere lo que he estado haciendo desde los ensayos.

—Fue lo que le dije. Que no tenía caso pero, ya sabes, es el director y si quiere esos cambios... —

dijo ella encogiéndose de hombros, estando de acuerdo con Nate.

—Okay, okay... Mañana lo ensayamos así, ¿te parece?

—Bien —dijo ella asintiendo.

Me sonrió al momento que tomó su Tablet que estaba sobre un sillón cerca de mí, le regresé la sonrisa cordialmente.

Nate tomó una toalla y caminó hacia una puerta, supuse que era un baño.

—¡Ah, por cierto! Hay fans esperándote ya en la puerta de actores. ¿Vas a huir otra vez? —le preguntó la mujer antes de tomar el picaporte de la puerta.

Nate me miró.

—Para decirles que ya te fuiste y no esperen.

Nate se rascó la barba, pensando qué hacer.

—Son como unas cinco... tranquilas.

—Okay —dijo encogiéndose de hombros, como si le diera lo mismo que fuera una o veinte.

—Hasta luego —se despidió dirigiéndose a los dos.

—Hasta luego —respondimos ambos al unísono.

Ya solos, Nate entró al baño y escuché la llave del grifo abriéndose. Mientras tanto, admiré su camerino pintado totalmente de beige, con un espejo grande sobre un tocador. Me desilusionó ver que no tenía esos focos alrededor como se veían en las películas, solo una barra de luz alumbraba desde arriba.

Había maquillaje en el tocador de una marca desconocida, supuse que era para profesionales del teatro. También había botellas de agua y cajas de chocolates. Seguramente eran regalos de admiradoras.

Alguna vez leí en una entrevista que a Nate le gustaban los chocolates. Ya cuando empecé a andar con él me comentó que no debió haber confesado eso porque ahora todo mundo le regalaba chocolates. Y como no podía comerlos todos, muchos fueron a parar al bote de la basura. Nada más se quedaba con aquellos que le olían deliciosos.

—¿Puedo tomar un chocolate? —le pregunté a Nate casi en un grito.

—Toma todos los que quieras. Es más, llévate una caja —me respondió graciosamente, su voz era ahogada a momentos.

Tomé una hermosa caja de chocolates belgas, tenía una tarjeta con un corazón dibujado a mano y era firmada por “L”.

—Gracias, L —murmuré en lo que abrí la caja. Olía delicioso.

Comí un chocolate.

—¡Dios! —exclamé cuando el sabor saturó mis papilas gustativas al segundo chocolate. Fue como recibir un orgasmo inmediato.

Fui a sentarme en el sofá, aun extasiada por el chocolate.

—¿Qué te sucede? —me preguntó Nate al ver que estaba volando de placer.

—Este es el mejor chocolate que he probado en toda mi vida —dije aun masticando.

—¿En serio? ¿Tan bueno es? —preguntó curioso.

Aventó la toalla a un bote y caminó rápido hacia mí.

—Sí —respondí en lo que me metía otro chocolate completo a la boca.

—Déjame probar.

Le pasé la caja, pero en lugar de tomar uno, la hizo a un lado y se inclinó para besarme sorpresivamente.

Sus labios me obligaron a responderle un beso lleno de chocolate. Sentí una oleada de excitación como nunca la había sentido.

Iba a jalarlo para besuquearnos un rato más pero se alejó antes de que me sujetara de su camisa.

—Delicioso —comentó cuando me liberó. Pasó su lengua deliciosamente por sus labios para retirar

los restos de chocolate.

Estaba ya fuera de este mundo, tan relajada por la experiencia que dejé caer la cabeza en el respaldo. Estaba hiperventilando.

Más... por favor... más.

—Alexa, ten —me llamó Nate, interrumpiendo mi viaje—. Limpíate la boca, estás batida de chocolate —agregó entre risitas encantadas.

Tomé la servilleta y me limpié la boca, pero volví a comer otro chocolate.

—¿Puedo llevarme esta caja?

—Solo si la compartes conmigo —dijo seductivamente.

Asentí y me puse de pie. Seguí comiendo.

—¿Dave y Layla?

—Ya se fueron a *The Gathering*.

—Okay.

Se desvistió frente a mí y lo devoré con la mirada, mientras comía un último chocolate.

Nathan había incrementado sus sesiones de jogging y empezaba a notarse en su cuerpo. Me pasé la lengua por los labios, completamente excitada por besar todo su cuerpo. Sería maravilloso si pudiera embarrarlo con esos exquisitos chocolates.

—Por lo que veo esos chocolates te saturaron muy rápido de teobromina, triptófano y feniletilamina —dijo ignorando mis suspiros sin mucho éxito.

—No sé qué es lo que me dijiste pero se escuchó tan sexy —dije mientras ponía ojitos de borrego enamorado.

—¡En serio! ¿Qué tienen esos chocolates que estás como... drogada?

—No son los chocolates, fuiste tú el que me drogó con ese beso.

¡Dios! Quería que me volviera a besar así. Fue tan sorpresivo y extremadamente sexy.

Rió picaronamente y terminó de vestirse.

No soporté más. Lo jalé del brazo, sujeté su rostro con ambas manos fuertemente y lo besé tan profundo, diciéndole con cada movimiento de mis labios que me hiciera el amor ahí mismo. Pero ignoró mi ruego, y me empujó delicadamente mientras reía entre dientes deleitado porque no podía resistirme a él.

—Okay, vámonos —indicó.

Lo solté, farfullé que no era justo su cortón. Tomé la caja de chocolates y la metí a mi bolso.

Le robé una botella de agua que bebí con desesperación.

Salimos del camerino. Aun había personas en el pasillo. Nate se despidió de ellos apresuradamente y, en lugar de salir por la puerta principal, nos dirigimos a otro pasillo más oscuro y algo solitario que daba a una puerta parecida a las de salida de emergencia. Todo el camino me la pasé deseando que aprovechara ese pasillo oscuro.

—Nate —le llamé en un murmullo.

—¿Sí?

—¿No te incita a *algo* este pasillo?

Rió entre dientes.

—Este no, pero sí el de mi casa.

Gemí al recordar esa vez que me acorraló.

—Cariño, no es el momento para excitarme con tus gemidos.

—¡Oh! —exclamé desilusionada.

Nate me abrió la puerta galantemente y salió detrás de mí. El aire despejó un poco mi calentura.

Las fans estaban aún ahí, esperando poder verlo.

Me hice a un lado para que él hiciera su *Meet&Greet* improvisado. Me recargué en un auto para que

el aire me siguiera despabilando.

Hubo flashes, sonrisas, abrazos y ligeros manoseos.

¡En serio! ¿Cómo podía Nate soportar que lo tocaran tanto?

—Bien. Tengo que retirarme, pero muchísimas gracias por haber venido —les dijo Nate con esa sonrisa actuada.

—Gracias por atendernos. Fuiste muy lindo con nosotras —le dijo una de ellas entre risas nerviosas. Las demás estuvieron de acuerdo con ella.

—Fue un placer... Además, se los debo. No estaría aquí si no fuera por ustedes —dijo Nate.

Honestamente, su comentario me hizo voltear los ojos. Clásica respuesta de premiación.

—Hasta luego —se despidió de ellas, aun con esa sonrisa falsa.

Las fans no dejaron de decirle adiós con la mano.

A penas se dio la vuelta Nate, me señaló con un cabeceo que lo siguiera a su auto, y los gritos emocionados de las fans se dejaron escuchar.

Me encogí de hombros cuando me asustaron. Nate rió entre dientes por mi reacción.

Caminamos unos pasos más en silencio.

—Y el BAFTA es para... ¡Nathan Bates! —dije burlándome de su agradecimiento. Incluso hice una callada ovación de la audiencia.

—¡Ven acá, lindura! —me ordenó pasando su brazo por detrás de mi cuello para abrazarme, me plantó un beso en la sien sin perder el paso y me murmuró que no me burlara de él.

Reí traviesa en señal de que no iba a hacer caso de su advertencia.

—¿Has hecho esto todas las noches? —le pregunté entrelazando mi mano con la suya.

Asintió con una sonrisa hastiada.

—Con razón llegas cansado a la casa.

—Y estas fueron las tranquilas.

—¿En serio?

—Sí. Las alocadas gritan y corren a ti en cuanto te ven. Creen que tienen derecho a manosearte y robarte besos. Te dejan ciego con sus cámaras y te atosigan con que les firmes... ¡lo que sea!

Suspiró cansado.

No comenté ya nada. Ser famoso no era tan glamoroso como se nos hacía ver. Ha de ser algo terrorífico que un puñado de mujeres se desquicie por ti.

Llegamos a su Audi y me abrió la puerta.

—Hola —le saludó el portero que vigilaba el lounge.

—¿Cómo estás? —regresó Nate el saludo estrechando su mano.

—Bien... Él ya está aquí —le avisó el portero.

Miré a los de la fila que se asomaban para ver a Nate.

Las mujeres cuchicheaban, seguramente de mí. Sus barridas de miradas decían que yo no era digna de estar con él.

Lógicamente, me sentí mal. Pero en eso Nate me jaló por la cintura para informar a todos que yo le pertenecía.

—Espero que no se moleste porque llegamos tarde.

¿Brayden está aquí?, pregunté mirando hacia adentro nerviosamente, como si pudiera ver dentro de la oscuridad que se veía tras la puerta.

—No, está de buen humor.

—Okay. Nos vemos después —le estrechó Nate la mano de nuevo, muy efusivamente. Luego tomó mi mano con una sonrisa coqueta y me jaló para entrar juntos.

Ya había ido a ese lugar antes, con Brayden.

¡Ahora entiendo por qué lo dejaron pasar tan fácilmente! Era el hermano de Nathan Bates, dilucidé en mi cabeza.

Nadie volteó a ver a Nathan, lo cual me pareció excelente porque estaba ya hecha un manojo de nervios, buscando a Brayden escondidamente.

A Nathan parecía no importarle que su hermano estuviera aquí. ¿A caso no le importaba que él le hiciera otro “reclamito” público?

Finalmente llegamos a la mesa en donde estaban Dave, Layla y otros amigos de Nathan.

Los saludó y me presentó como su novia.

Suspiré muy sonriente porque hacía nuestra relación oficial con sus amigos.

Layla vino a mí con una sonrisa deleitada, como si quisiera decirme algo pero no se atrevía a hacerlo.

Supuse que le daba gusto que Nate me diera mi lugar.

—¡Bates! —escuché un hombre llamando a Nate a mis espaldas.

Me petrifiqué por un momento al pensar que era Brayden, solo que me extrañó que el tono fuera muy amigable.

Volteé y vi al Príncipe Harry frente a mí.

—¿Cómo estás, *Spike*? —le saludó Nate efusivamente.

Ambos estrecharon manos y se dieron un abrazo fraternal.

Estaba paralizada e intimidada, por no decir más.

—Bien. Hace mucho tiempo que no te veía —respondió el Príncipe mirándome de reojo.

Se veía incómodo por mi estupefacción. Pero es que no podía evitarlo. ¡Él si era alguien famoso!

—¡Ya ves! Uno que sí tiene que trabajar.

El Príncipe Harry rió.

—¿Y qué crees que estoy haciendo? ¿Jugando al soldadito? —respondió el Príncipe sarcásticamente.

—Okay. ¡Ganaste esta! —respondió Nate riendo.

—¡Siempre!... Entonces, ¿ya terminaste o esta celebración es solo una excusa para festejar?

—Terminó mañana, pero como... —calló Nate cuando volteó a verme—. ¡Ah! Dejame presentarte a mi novia... Alexandra Radcliffe —dijo, posando su mano sobre mi hombro para que reaccionara.

—Un placer —dijo el Príncipe.

¿Cómo debía saludarlo? ¿Con una reverencia? ¿Con un apretón de manos?... ¿Cómo?

Finalmente fue el Príncipe quien dio pauta a que estrechara su mano.

—Mucho gusto... —dije, tratando de sonar natural.

—Llamame Harry.

—Okay... Mucho gusto, Harry —dije, pero me sentí incómoda.

Nate siguió conversando con Harry. Los dejé para ir con Layla.

—¿Puedes creerlo? —le pregunté aun incrédula.

Tuve que voltear a ver a Harry de nuevo para certificar que en realidad Nate lo conocía.

—No, aun no lo creo. Hubieras visto el ridículo que hice cuando vi que se acercó a la mesa. Creí que venía a sacarme a bailar. ¡Como si un Príncipe fuera a fijarse en mí! —dijo sarcástica. Continuó—: Afortunadamente Dave actuó rápido y me salvó del ridículo.

—Sí, él ya está en las grandes ligas de la fama. Por cierto, ¿qué te parece David? —pregunté a mi amiga muy confabuladora.

—Es guapo en persona —respondió seria, no quería dar importancia a su encanto. A pesar de que su corto comentario me dijo que le había echado el ojo desde que lo vio en la tele.

Miré a David, quien hablaba acaloradamente con una de sus amigas, supongo.

—¿Es soltero? —me preguntó ya con tono de complicidad.

—No lo sé... Le gustas, ¿no?

—¿Honestamente?... ¡No sé! Hace tanto tiempo que no me fijo en alguien que ya no sé distinguir si

les gusto o no.

Me carcajeé sin querer.

—Layla, has estado soltera por un año. ¡No exageres!

—Okay, a ese año agrégale los dos que anduve con Ian y ya son tres que no he experimentado lo que es que alguien flirteé conmigo.

—Mmm, tienes razón.

Volteé a ver a Dave nuevamente.

—Pues si te gusta, lanza tu carnada... Me encantaría que salieras con él, así no estaría molestando tanto a Nathan con los libretos.

—Creo que eso ni yo lo podría evitar, Lexy. Si no lo hace, no come... al igual que Nathan.

No seguimos hablando porque Dave se acercó a nosotros y preguntó a Layla si le gustaría bailar con él. Ella aceptó sin dudar.

Me quedé un rato a solas, mirando a todos convivir.

Disfruté estar con Nate en público, a pesar de que él se había olvidado de mí en ese momento porque estaba enfrascado en una conversación con dos amigos suyos. Bebía, reía y discutía sin cesar.

—¿Tienes mucho saliendo con Nathan? —escuché a alguien preguntándome a mi lado.

Tuve un ligero sobresalto cuando vi que era el Príncipe el que estaba hablándome.

—Vamos a cumplir dos meses —respondí lo más natural que pude.

—¡Dos meses! Ya ha durado contigo... ¿Cómo has soportado?

—¿Soportado qué?

—El acoso.

—No lo he experimentado todavía. Nuestra relación aun es un rumor.

Harry asintió a no sé qué.

—¿Puedo darte un consejo? —se sentó en una de las altas sillas junto a mí.

Tomó su vaso y jugó con el girando su base sobre la mesa, todo en una pose muy cómoda y desinteresada.

Asentí.

Tenía miedo de acercarme más a él para escucharlo mejor. No quería que alguien malinterpretara nuestra conversación. No quería leer en los encabezados del día siguiente: Jane Smith, la novia no oficial de Nathan Bates, ahora sale con el Príncipe Harry.

—No dejes que confirme a los medios que tiene novia.

—¿Por qué? —pregunté curiosa.

Quería cerciorarme de que mi deducción era verdadera: acerca de que todo mundo se sentiría con derecho a inmiscuirse en su vida si me mencionaba.

—Solo no dejes que lo haga... A menos que quieras que tu vida se convierta en un caos y que se hable de su vida privada y no de su trabajo.

Me decepcionó que dijera algo que yo sola llegué a la conclusión desde un principio. Al parecer no había sabiduría en cómo tratar la fama, solo se lidiaba con ella.

—Harry, Nathan no es un Príncipe. Él pasará al olvido en cuanto decida dejar la actuación. Tú, por otro lado, eres tan público que solo dejando el planeta, o muriendo, serías libre —hice gestos que le decían que estaba totalmente fregado a no tener una vida normal.

A penas sonrió y perdió la mirada en el vaso.

—Lo siento, no quise... —me excusé tras escuchar lo que escapó de mi gran bocota.

Tal vez recordó a su madre. De cómo fue acosada por la prensa hasta que la pusieron en el camino de su muerte, literalmente. Y todo por permitir el acceso de los medios a su vida.

La prensa era poderosa. Podía elevarte al nivel de un dios, pero también podía destruirte en segundos.

—No, no te preocupes —me interrumpió con una sonrisa que me decía que no me martirizara por mi impertinencia.

—Es que olvidé quién eras —comenté mirándolo.

—¿En serio?

Asentí.

—Entonces me vas a caer bien rápido —dijo viéndome de reojo, después saboreó su bebida.

Sonreí.

—¿También eres alérgico a las fans?

Harry trató de contener su risa.

—No, es solo que no me gusta estar perdiendo el tiempo averiguando si alguien se acerca a mí por quién soy, o por cómo soy... ¿Me entiendes?

—Sí. Nathan tuvo el mismo conflicto cuando me conoció... creo. No me lo dijo pero es lo más seguro.

—¿Eres fan?

—¡No! —respondí de inmediato.

Era verdad, nunca me ha interesado la familia Real.

—¿Qué tanto platican? —preguntó Nathan a nuestras espaldas.

Se paró en medio de los dos.

—De la fama —respondió Harry como si nada, después de tomar otro sorbo.

—¿Analizando otra vez quién está más fregado: tú o yo? —le cuestionó Nate, le dio unas palmaditas en su espalda, en señal de que él era el ganador en ese análisis.

—No. Ya sé que tengo todas las de perder, pero... —hizo una pausa para ponerse de pie, se estiró un poco y continuó—: algún día probarás la verdadera fama, amigo, y entonces, cuando la sufras, estarán abiertas las puertas del castillo para que compartamos impresiones.

Se me escapó una risita al reconocer que eso del castillo se escuchó muy presuntuoso.

Ambos voltearon a verme. Harry estaba hablando seriamente y yo había tenido una explosión fuera de lugar.

—Lo siento, se me olvidó de nuevo quién eras.

—¿Le pasa muy seguido? —preguntó Harry a Nate.

—No, ya no, pero supongo que contigo es diferente, así que dale tiempo para que te vea como alguien común y corriente.

—Algo que jamás seré... —balbuceó Harry—. A menos de que me vaya del planeta —completó mirándome sarcásticamente.

Reí entre dientes.

Harry bebió rápido su bebida. En eso le llamó una amiga del grupo, volteamos a verla. Quería bailar con él.

—¡Si, claro! —respondió, dejando su vaso en la mesa—. Los veo en un rato.

Fue a ella mucho más animado.

Nate se sentó en la silla que había ocupado su amigo.

—Metí la pata con él a lo grande—le confesé.

—¿Hablaste de su madre?

—No directamente, pero si hice que se acordara de ella.

—Creo que siempre se acuerda de ella cuando habla de la fama.

Guardamos silencio por un momento.

—Creí que era un real fiestero, por lo menos así lo pinta la prensa.

—No creas todo lo que dicen. Es fiestero pero lo es igual que todos nosotros —señaló con su dedo índice a todo el grupo que se divertía pero no al nivel de una orgia o algo por el estilo.

—¿Quieres decir que la prensa exagera el momento en que pierde... el decoro?

Asintió con una sonrisa torcida.

Estaba sorprendida. Si la fama era peligrosa, ¿por qué la buscábamos como si fuera el oxígeno? Al parecer solo arruinaba vidas si la tenías en exceso.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Nate, sacándome de mis pensamientos filosóficos.

Asentí muy sonriente.

Nos divertimos mucho. Nos abrazábamos y besábamos sin pudor en todo momento, incluso cuando bailábamos. Al principio me preocupé por las posibles fotos que nos tomaban, pero Nate se comportaba tan natural que pronto se me olvidaron.

Harry era realmente gracioso y muy abierto, y me gustaba como se llevaba con Nate.

Dave y Layla estuvieron muy ausentes. Cada vez que volteaba a verlos estaban platicando amablemente o bailando.

Cerca de la una y media de la madrugada, Nate me preguntó si podíamos marcharnos a descansar. Ya estaba agotado.

Nathan se levantó a las ocho de la mañana del día siguiente para llevarme al aeropuerto. Le dije que no era necesario, que se quedara a descansar. Se veía aun agotado. Además no quería que lo reconocieran, pero me dijo que no me preocupara.

Solucionó el problema usando sus gafas.

Secreto: Nathan Bates estaba un poco ciego.

—¿En serio crees que no te van a reconocer, Clark Kent? —le dije en el auto de camino al aeropuerto.

Soltó una risita avergonzada por mi apodo.

—No lo vas a creer pero nunca me reconocen cuando las uso —respondió sin despegar la vista del camino.

—No lo creo.

—Tú fuiste testigo de eso. Crucé toda una universidad como si nada.

—¡Tienes razón!

Lo miré largamente.

—Te sientan bien —comenté en pleno coqueteo.

Le hice una pequeña caricia en su cuello.

—¿En serio? —preguntó sin verme, en lo que daba la vuelta para entrar al estacionamiento del aeropuerto.

—Sí. Me gustan porque rompen con esa imagen de galán de cine.

Bufó irónico.

Encontró donde estacionarse rápidamente.

Bajó mi maleta y la jaló detrás de sí. Agarré su mano para aprovechar su cercanía un rato más. Me estaba acostumbrando poco a poco a ser cariñosa con él en público.

Caminamos sin prisa, teníamos tiempo de sobra para registrar mi equipaje.

—No sé cómo voy a soportar estar sin ti cuando te vayas a filmar —le comenté ya en la zona de check-in de British.

—Siempre puedes acompañarme.

—No siempre podré hacerlo —dije deteniéndome para hacer fila.

—No te preocupes por eso. Ya veremos cómo solucionamos el problema —dijo llevando mi mano a sus labios para besarla, luego se inclinó a mi oído—. Las gafas no funcionan si tu conversación revela mi identidad —agregó con un beso al final.

—Lo siento, Superman... perdón, Clark Kent.

Nate rió calladamente para no llamar la atención.

La fila avanzó rápido y pronto ya estaba registrando mi equipaje. Mientras tanto, Nate me esperó a un lado, perdido en su celular para ocultar su rostro de las miradas femeninas. Tal vez no lo reconocían pero aun así una que otra mujer volteaba a verlo al descubrir un hombre atractivo. Medio ciego pero apetecible.

—¡Listo!

—Bien, aún tenemos una hora. Quieres ir a tomar algo o vamos al carro a... ya sabes... besarnos —sugirió sujetándome de la cintura, bajó un poco su cuerpo para que viera sus gestos pícaros.

—Sí, vamos al auto para que nos multen por hacer “actos indecorosos” en la vía pública.

—Okay, okay... Entonces vamos a Caffè Nero —dijo tras un gemido fastidioso. Echó un vistazo al área, buscando seguramente la cafetería.

—Te compensaré cuando te vea de nuevo —prometí jalándolo de la ropa para llamar su atención. Le sonreí seducida por sus ojos azules que me veían sorprendidos por cuán cerca estábamos.

—Te lo recordaré —advirtió reteniendo su sonrisa seductora lo más que pudo.

Me mordí el labio inferior y no pudo contenerse en besarme castamente. Sentí que estaba molesto por estar en público y no poder explayarse en sus caricias.

Fuimos a la cafetería.

Nos sentamos en un sofá para dos personas, estábamos tan juntitos que pude poner una pierna encima de las suyas, su mano la acarició gustosamente. Era una posición cómoda, tanto que pude darle picoretos de vez en tanto.

Iba a retirarle las gafas, porque aún no me acostumbraba a verlo con ellas, pero me detuvo.

—Lo siento, se me olvidó que hay gente alrededor —le dije.

Me acomodé para platicar con él acerca de David y Layla por un buen rato. Él también había notado que se atraían.

Hubo un momento en donde me llamó la atención la joven que se sentó frente a nosotros, me enfadó un poco que nos hiciera mal tercio.

—Entonces... ¿cuándo llegas? —consulté a Nate olvidándome de la joven que si a penas nos vio.

—El lunes. Mismo vuelo, misma hora a la que vas a llegar. Dave ya compró mi boleto —dijo entrelazando su mano con la mía.

—¿Por qué hasta el lunes? Habíamos quedado que mañana.

—Porque quiero que tengas un día exclusivo para tu familia.

—Okay... ¿Te puedo llamar?

—Sí. ¿Alguien te lo impide? —cuestionó extrañado.

Descansó su cabeza sobre su brazo doblado que estaba en el respaldo, y se rascó la barbita con el pulgar.

Reí entre dientes. No quería llamar la atención de la joven que nos veía de vez en tanto furtivamente.

Callé de pronto y lo miré largamente.

—¿Qué sucede? —cortó nuestra conexión y volteó hacia atrás algo paranoico.

Quizás creyó que había algún paparazzi o algo por el estilo. Quería decirle que lo amaba, pero no me atreví. Aún era muy pronto.

¿Cuánto se tenía que esperar para decir tales palabras para no sonar como una fan?

—Nada. Solo estaba haciendo una fotografía mental de ti... ¡En verdad me encantas con esas gafas!

Rió callado pero muy cohibido.

—Mujer anticuada. ¡Saca tu celular y tomame una foto! —me regañó burlonamente.

Hice caso a su sugerencia, le tomé la foto y luego me dejé caer en él. Su brazo extendido en el respaldo, su cuerpo acunado en la esquina, sirvieron para que su torso me recibiera cómodamente.

Revisé la fotografía con él figoneando sobre mi hombro. Me encantaba estar así con él porque disfrutaba la idea de recibir un beso en mi cuello en cualquier momento.

Se veía tan bien en la foto que la puse en su entrada de contacto.

Se retorció un poco, sacó su celular y nos tomó una fotografía juntos en esa posición, la puso como *lock screen*. Guardó su celular y luego su mano hizo a un lado mi cabello para exponer mi cuello, sus labios jugaron con esa idea del beso.

—Debí haberme levantado más temprano para... *hacerte feliz* —me susurró al oído.

Nate siempre jugaba con las palabras para decirme que me deseaba.

Me estremecí y me torcí para alcanzar sus labios.

Me dio un picorete que fue terminado con una sonrisa. Regresé a mi posición.

—Por cierto, hermosa, ¿qué vas a hacer en el despegue? —me retorcí más para verlo mejor.

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a pedirle a tu compañero de viaje que tome tu mano durante el despegue?

Reí sin querer. La joven de enfrente levantó la mirada al escuchar mi júbilo.

—No. Tengo un método para sobrellevar ese momento.

—Entonces, ¿todo fue actuación cuando demandaste mi apoyo?

—No. Y yo no te pedí ayuda. Fuiste tú el que quiso ser mi caballero andante.

Nate torció sus labios en una sonrisa irónica.

—Bueno, ¿cómo le vas a hacer?

—Canto en mi cabeza.

—¿Lo que sea o tienes una canción en especial? —frunció los ojos expectante a mi respuesta.

—Canto *Thousands tree* de Stereophonics.

Rió sin querer.

—¿Siempre?

—Siempre —respondí.

Me abrazó y besó mi mejilla, activé rápido la cámara para tomarnos una fotografía así, con él besándome y yo sonriendo llena de felicidad.

—Luego me pasas una copia —me pidió con un último apretón.

Rompimos con nuestro momento tras escuchar el anuncio de mi vuelo.

Me levanté y él me siguió con fastidio, llamando así la atención de la joven. Le sonrió amigablemente.

La sonrisa de la joven se transformó en sorpresa y siguió cada uno de sus movimientos con la boca abierta.

—Acabas de revelarte con ella —murmuré a Nate cuando levantó el asa de mi maleta.

—Actúa normal. Seguramente está confundida por las gafas —me susurró.

Ignoramos a la joven y fuimos hacia la sala de salidas.

—Sigue actuando normal. No voltees a todos lados como si nos estuvieran siguiendo —me recomendó Nate con naturalidad.

Estuve paranoica después de que lo reconocieron. Esperaba a la fan gritando como loca en cualquier momento.

—Lo siento.

Me sonrió.

—Entonces... —puso la maleta delante de mí—, te veo el lunes, hermosa —me dijo abrazándome fuertemente.

Me apretujé tanto a él para que algo de su aroma se me impregnara, luego nos dimos un beso casto.

Saqué mi boleto y pasaporte.

—Te llamo cuando llegue, Clark.

Nate asintió con una sonrisa.

Di la media vuelta y avancé unos pasos, pero me detuve y volví hacia él. Lo besé más apasionadamente, importándome poco que la gente nos viera.

—No quiero dejarte —le susurré aun cerca de sus labios.

—Solo son dos días —dijo con una sonrisa deleitada porque no quería separarme de él.

Suspiré resignada y deshice mi abrazo.

Volví a tomar la maleta y fui hacia la revisión de equipaje. Esperé un poco, siguiendo las órdenes del policía. Ya pasada el sistema de seguridad, volteé con la esperanza de ver a Nate.

Ahí estaba.

Le mandé un beso, que recibió con su sonrisa conquistadora y me dijo adiós.

Toqué mis labios para que viera que aun revocaba su beso.

Negó con la cabeza, diciéndome que yo no tenía remedio.

Sonreí y me alejé de ahí ya sin verlo, o si no nunca me iría.

Abordé el avión.

Al sentarme en mi lugar, recordé cuando conocí a Nathan. Era increíble como una sola decisión hecha por un tercero, me hubiere llevado a él. Tenía tanto que agradecer al destino.

Perdí la mirada en la ventanilla.

Nate era increíble como persona. Romántico, gracioso, muy inteligente y talentoso en ¡todo!... La fama no le afectaba en lo absoluto, más que en quejarse por no poder hacer teatro tranquilamente. A lo mejor el problema con Brayden le recordaba constantemente lo que podría perder si se dejaba llevar por la fama. Quizás también ayudaba que todo aquel que era cercano a él lo trataba como alguien “X”.

Tal vez por eso no le gustaba lidiar con las fans a veces. No entendía por qué tanto alboroto por él.

Irónicamente, al fin tenía algo en común con su hermano.

Sonreí.

De pronto el aviso de ponerse el cinturón se apagó.

Me sorprendí porque no sentí el despegue. Suspiré tan audiblemente que la mujer a mi lado volteó a verme, le sonreí tímidamente pero sencillamente me ignoró y regresó a lo suyo.

¡Vaya diferencia de compañero!, pensé mientras tomaba mi Tablet para leer un eBook.

La fotografía que antes cuidaba mi información fue remplazada por una foto que nos tomamos en el parque. Aproveché la desactivación como una excusa para acariciar su imagen.

¡Dios! Apenas tengo unos minutos lejos de ti y ya te extraño.

El vuelo fue rápido, afortunadamente. Y lo fue aún más llegar a la sala de espera en donde mis padres y mi hermana ya me esperaban desesperados por verme.

—¡Hija! ¡Dios mío, qué delgada estás! —exclamó mi mamá abrazándome fuertemente.

No respondí nada y correspondí el abrazo de cada uno.

Caminamos al estacionamiento dentro de una cálida conversación relacionada a cómo me había ido en México.

—Creímos que ibas a venir acompañada —comentó mi mamá, me vio de reojo.

—Llega el lunes —respondí con una sonrisita.

—Y el lunes se va a convertir en martes, y el martes en miércoles... así hasta que nos digas que no puede venir y regreses a Londres —balbuceó mi hermana.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté frunciendo el ceño muy confundida por su comentario... sarcástico.

—¡Que no andas con *Nathan Bates!* —aseguró con una cantaleta al final.

—¡Evelyn! —le llamó la atención mi papá, alzando su voz solo una cuarta.

Sonreí irónica, saqué mi celular y abrí la carpeta en donde tenía guardadas todas mis fotos con Nathan. Le pasé el celular con una sonrisa contenida, expectante a restregarle una mirada que la callaba.

Evelyn no tardó en mostrarme su sorpresa.

—¡Mamá, sí anda con él! —le dijo incrédula, le mostró la última foto que nos tomamos en el aeropuerto.

Mi madre se la enseñó a mi padre, quien a su vez la vio intermitentemente, no quería desviar su atención completamente del camino.

—¿Usa lentes? —me preguntó mi papá curioso.

—Sí.

—¿En serio va a venir el lunes? —me preguntó Evelyn, hiperventilando por la emoción de conocerlo.

—Sí. Y está advertido que seguramente vas a organizar un *Meet&Greet* con tus amigas.

—¿Y qué dijo? ¿Le parece bien? —preguntó extasiada.

—“Lo haré, solo por complacer a mi pequeña cuñada”, fue lo que dijo cuándo le comenté que ibas a llevar “casualmente” a tus amigas a la casa.

Evelyn gritó entusiasmada.

Mi padre no pudo evitar reír.

—Solo te pido que no invites a cualquiera, solo lleva a las que son realmente tus amigas. Es más, solo cítalas. No les digas que van a conocerlo, ¿okay?

—¡Claro, hermanita, lo prometo!

Vi a mi padre por el retrovisor que me veía muy sonriente.

Tenía una extraña relación con mi hermana. A veces me molestaba tanto que fuera mi hermana, pero también la consentía mucho y agradecía que estuviera en mi vida. Era amor-odio lo que sentía por ella.

—Oye, hija, ¿entonces no es gay? —preguntó mi papá realmente curioso.

—¡No, papá! —gritamos Evelyn y yo al mismo tiempo.

Mi papá se sobresaltó por el regaño atrabancado que le dimos. Seguramente recordó el drama que hice cuando salió el rumor de que Nate posiblemente era gay.

Mi madre rió.

—No lo es, ¿verdad? —me consultó Evelyn marcando la pregunta solo con sus labios.

—¡No! —respondí segura y con gestos pícaros.

—Entonces dormirán en cuartos separados —aseguró mi papá.

Evelyn y yo reímos traviesamente.

—Amor, no creo que ella duerma en otro cuarto cuando se queda en su casa —dijo mi madre con tono condescendiente.

—¡Mamá! —le espeté por su comentario indirecto.

—Además, papá, ¿dónde lo vas a acostar? ¿Con Winston?

Winston era el welsh corgi de la familia. Mi madre se lo había regalado a Evelyn cuando cumplió 14 años.

Mi padre gimió en señal de que no le parecía mala idea.

—¡No va a dormir con el perro! —espeté.

—Está bien, puede quedarse en tu cuarto.

Hubo silencio.

—Espero que me caiga bien el muchachito porque ya necesito que haya otro hombre en la familia. Necesito otra voz masculina que me apoye —comentó mi papá.

Todas reímos.

Al llegar a la casa, fui recibida por desesperantes ladridos. Winston no me conocía, era un cachorrito cuando me marché a Londres para hacer mis estudios allá.

Evelyn lo cargó y tranquilizó, luego me lo acercó para que lo acariciara. Tuve que hablarle tan amorosamente para que me aceptara en su territorio.

Creo que le caí bien porque al rato ya me brincaba juguetonamente para que lo acariciara.

En lo que mi papá llevaba mi maleta a mi cuarto, llamé a Nate.

—Hola, guapo —dije tímidamente.

Evelyn estaba haciéndose tonta a mí alrededor, tal vez aun quería comprobar que verdaderamente era novia de Nate.

—Hola, hermosa. Llegaste rápido.

—Sí, bueno, no viajé al otro lado del mundo. Hubiera sido más rápido si me hubieras traído, Superman —respondí sarcásticamente.

Nate rió.

—¿Ya estás en tu casa? —preguntó.

—Sí, ya les avisé que vas a alcanzarme el lunes.

—Okay... ¿Y qué dicen de mí?

—Bueno, creo que nunca me creyeron que eras mi novio, pero después de mostrarles las pruebas de que sí lo eres, me dijeron que puedes quedarte en mi cuarto. Siempre y cuando te portes como todo un caballero.

Nate se carcajeó a más no poder.

—Va ser muy difícil que cumpla, ya extraño besarte y abrazarte y... lo primero que voy a hacer cuando te vea es hacerte el amor —dijo seductoramente.

—Tendrás que hacerlo, cariño, porque de lo contrario mi papá es capaz de mandarte a un hotel. ¿O prefieres quedarte con Winston?

—¿Aun creen que soy gay?

Me carcajeé.

—Winston es el perro de Evelyn —aclaré aun entre risas.

Nate rió también.

—¡Es capaz de hacerlo! —le aseguró Evelyn en un grito.

—¿Es tu hermana?

—Sí.

—Dale mis saludos.

—Te manda saludos —le dije a Evelyn, quien de inmediato fue a la sala con la cabeza baja, apenas porque Nate le mandaba saludos.

Prendió el televisor y buscó algo que ver. Al parecer, mi hermana sí era su admiradora.

—Espérame —dije a Nate.

Salí al jardín para hablar a solas con él.

Me senté en la banca que teníamos para tomar el fresco.

—¡Te extraño! —le confesé dentro de un suspiro.

Nate rió feliz entre dientes.

—También ya te extraño. Hermosa, quedé de ir a donde Dave. ¿Hablamos antes de irme al teatro?

—Sí... Te mando muchos besos.

—Mmm, mejor guardámelos y me los das en persona. Es en serio la promesa de sexo.

—Tendremos que ser muy silenciosos —sugerí algo traviesa.

—Pero me encanta que digas mi nombre —dijo gimoteando.

—Okay, puedo susurrarlo —prometí.

Nate gimió de nuevo pero ahora totalmente satisfecho con la sugerencia.

—Bien —dije entre risitas controladas—. Hablamos al rato.

—Okay... Bye —dijo él y colgó.

Suspiré frustrada. Esta era la segunda vez que quería decirle que lo amaba.

Me desperté sumamente ansiosa porque era el día que vería a Nathan.

—Papá, ¿puedes prestarme tu auto para ir por Nate? —le pregunté en el desayuno.

—Sí, solo échale gasolina. Recuerda que tu madre siempre deja el tanque vacío. No sé para qué tiene ese coche tan caro si solo quiere usar el mío —farfulló y yo sonreí al darme cuenta que mi mamá aun le demostraba su amor con detallitos que él no entendía.

A mi mamá le gustaba molestar un poco a mi papá para tener la excusa de una reconciliación juvenil.

—Bien.

Tomé las llaves del bol en donde siempre se dejaban todas las llaves. Di un último sorbo al café de grano y salí con una sonrisa de oreja a oreja. Iba a ver a Nate en un rato.

Manejé hacia el aeropuerto de Barajas con *Stockholm syndrome* de Muse a todo volumen y haciendo planes para pasar el día juntos lo más inocente que pudiéramos. La noche sería la protectora de nuestro deseo de amarnos.

Esperé en la sala de llegadas muy nerviosa, me mordía las uñas y me tronaba los dedos cada vez que veía hacia la pantalla y decía que el vuelo ya había arribado.

Algunos viajeros empezaron a salir.

—Disculpa, ¿de dónde vienes? —pregunté a una joven que tenía pinta de ser española.

—De Londres.

Sentí un bajón en el estómago cuando me dijo su procedencia. Era el vuelo de Nate.

Me arreglé un poco el cabello a ciegas y me puse en un lugar en donde pudiera verme rápido. Iba a recibirlo con una carrera desesperada, un abrazo y un beso de esos que le hacían perder el control.

Esperé y esperé... y esperé.

Los viajeros dejaron de salir.

Vi la pantalla de vuelos y el procedente de Londres ya había desaparecido.

Le llamé por el celular pero de inmediato me mandaron a la grabación que decía que el celular estaba fuera de área o apagado.

Quizás habían perdido su equipaje y estaba buscándolo.

Esperé quince minutos más.

Nada.

Volví a llamarle y me contestó la misma grabación.

Me preocupé.

Fui a información y me dijeron que todos los pasajeros ya habían salido.

Me preocupé más.

Fui al mostrador de British Airways para que me informaran si había subido al avión. Lógicamente me dijeron que era información que no podían dar.

Le expliqué al joven mi situación con todo el carisma y coqueteo que pude explayar sin que fuera muy notorio y, finalmente, me dijo que Nate no había abordado el avión.

Agradecí al joven su ayuda con una sonrisa rápida.

Me alejé y temblé sin control. Mi corazón se aceleró porque no sabía qué carajos estaba pasando.

Volví a marcar a Nate.

La grabación de nuevo.

Revisé mi correo.

Nada.

Le escribí.

Decidí esperar su respuesta. Tal vez había perdido el vuelo y tomó otro. Si ese era el caso, lo esperarí.

Esperé.

Nada.

Y esperé.

Nada.

Para la segunda hora esperando, ya me había acabado las uñas y empezado con los pellejitos de la cutícula.

Volví a marcarle.

Nada.

Estaba a punto de regresar a casa, a seguir esperando noticias de él, cuando mi celular sonó.

—¿Nate? —respondí atrabancadamente sin ver quién era.

—No, hija —era mi madre—. ¿Aun estás en el aeropuerto?

—Sí, mamá. Ya voy de regreso a la casa. Te platico allá qué pasó.

—Bien, aquí te esperamos. Tu hermana y sus amigas ya están desesperadas.

—Sí... Mamá, dile a Evelyn que despida a sus amigas.

—¿Sucede algo?

—Ya te explicaré. No tardo en llegar.

—Está bien, hija, como tú digas.

—Besos —dije y colgué.

Tragué saliva pesadamente. Lo que me esperaba al llegar.

¡Evelyn va a odiarme!

De regreso apagué la música. Mi ánimo estaba por el suelo. Estaba tan confundida porque no sabía por qué no había venido, cuando ya tenía boleto y todo.

Llegué a la casa y Evelyn bajó corriendo las escaleras para, seguramente, conocer a Nate.

—¿Por qué vienes sola? ¿Dónde está él?

—No subió al avión —respondí en dirección a la cocina.

Escuché movimiento ahí.

—¿Mamá?

Mi madre se volteó y quitó el delantal esperando ver a Nate a mi lado.

—¿Y tu novio?

—No vino —dijo Evelyn con un tono que decía que estaba comprobado que Nate no era mi novio.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—No lo sé. He estado hablándole y su teléfono está apagado. Le envié un correo y no me ha respondido.

—¿Es normal que haga eso?

—No, mamá. Por eso estoy preocupada, no he sabido nada de él desde el sábado en la tarde.

—¿Por qué no llamas a alguno de sus amigos?

—El único teléfono que tengo es el de su hermano.

—¡Háblale! —sugirió Evelyn con obviedad.

—No me va a servir de nada. No se hablan.

Evelyn gimió.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó mi mamá.

—Esperar. Estoy atada de manos.

Evelyn volvió a gemir y se retiró, segundos después escuché la televisión en el fondo. No me agradó su gesto porque ya tenía un tono bastante mordaz. No ayudaba en nada a calmar mi preocupación.

—¿Quieres comer? —me preguntó mi madre, poniéndose el delantal de nuevo.

—No. Tengo el estómago revuelto.

—Aunque sea come sopa.

—No, gracias, mami.

Fui al refrigerador y saqué un jugo de manzana. Me recargué en el mueble y mi madre me hizo la plática no sé de qué. Estaba abstraída completamente en todas esas preguntas que se apilaban en mi cabeza poco a poco, en relación a por qué había cancelado el viaje.

Estaba por terminar mi jugo cuando mi celular sonó. Dejé el bote sobre el mueble y me apresuré a contestarlo sin volver a ver quién llamaba.

—¿Bueno?

Mi corazón agitado rogó que fuera Nate.

—Lexy, ¿está Nate contigo?

No reconocí la voz.

—¿Quién habla?

—¡Brayden! —respondió exasperado.

—No, no está conmigo, Bray. Fui a recogerlo al aeropuerto pero no llegó.

Estaba sorprendida por su llamada. ¿Acaso ya quería hacer las paces con su hermano?

—¿No llegó?... ¡¿Dónde estás?! —preguntó en un grito que me asustó.

—En Madrid.

—¡Carajos! —exclamó, pero su entonación fue extraña. Hizo una pausa dramática—: Lexy, ¡por favor no me mientas y dime que él está contigo! —suplicó con voz quebrada.

—No te estoy mintiendo —respondí con una sonrisa atorada.

Hubo un silencio funesto.

—¿Qué sucede, Brayden? —pregunté.

Su silencio y súbita búsqueda de su hermano, me dijeron algo que me daba miedo confirmar: algo le había sucedido a Nate.

—Nate ha desaparecido —respondió sin más.

Todo mi cuerpo se descompuso en cadena en milésimas de segundo, como si me hubieran quitado un tornillo fundamental que me mantenía funcionando correctamente.

—¿Desapareció? —dije en lo que me deslicé hacia el suelo.

—¡Hija! —gritó mi madre asustada cuando vio que caí los últimos centímetros agresivamente.

Evelyn entró a la cocina corriendo.

—¿Qué sucede, mamá? —espetó mi hermana asustada.

—¡Por favor dime que está bien! —demandé a Brayden con lágrimas en los ojos, dejándome caer en la histeria sin reservas.

—¡No lo sé! —respondió Bray con voz quebrada. Estaba ya asustado.

Mi celular pitó.

—Tengo una llamada entrante —avisé a Brayden—. ¡No cuelgues, puede ser él!

—Okay, espero.

Hice el cambio de llamada.

—¿Nate?

—No, soy Dave.

—¡Dave, ¿dónde diablos está Nate?! —me puse de pie rápido, dejando a mi mamá y Evelyn hincadas.

Caminé por la cocina expectante.

—¿No está contigo? —preguntó preocupado.

Me detuve para gritarle un “¡No!” que me dolió mucho en el corazón.

—¡Carajos! —espetó Dave furibundo—. Esperaba que estuviera contigo.

—¿Sí desapareció? —pregunté sintiendo como mi cuerpo volvía a debilitarse. Logré detenerme del mueble de la cocina.

Evelyn se paró como de rayo y salió de la cocina. Mi mamá esperó a mi lado sin moverse.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Dave.

—Acaba de decirme Brayden, lo tengo en espera.

—Sí, es cierto. Nadie lo ha visto desde el sábado.

Tapé mi boca para mitigar mi susto.

—¡Regreso a Londres! —dije tanto a Dave como a mi madre—. Okay, reservaré...

—¡No! Arregla tu maleta y yo lo reservo —me interrumpió David—. Reservaré en el vuelo más pronto a salir. Ve al aeropuerto y te envío los datos de tu vuelo a tu email.

—Okay —dije asintiendo y le di mi email.

Colgué la llamada y cambié a Brayden.

—Era Dave, y tampoco sabe dónde está tu hermano... Regreso a Londres en el primer vuelo que salga.

—Bien, dame los datos y voy a recogerte.

—Aun no los tengo. Dave va a reservarme el vuelo, pero te envío un mensaje antes de partir.

—Bien.

Hubo silencio... muy tétrico. ¿Qué podíamos decirnos que nos animara? ¡Nada!

—Te veo en un rato —dijo Brayden finalmente y colgó.

Mi mamá y mi hermana me veían ansiosas por información.

—No saben dónde está Nate.

—Espera a tu papá, él sabrá que hacer —sugirió mi mamá.

Negué con la cabeza repetidamente en lo que me dirigía a mi cuarto seguida por ellas.

—Mi papá no puede hacer nada, mamá —dijo mi hermana.

Empecé a juntar mis cosas, mientras que mi hermana puso mi maleta sobre la cama y la abrió para que empezara a echar todo.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó mi mamá.

—No, mami. La verdad es que...

—Le vas a estorbar, mamá —completó Evelyn mi pensamiento.

—Mami, te quiero mucho pero no tengo cabeza para otra cosa más que para saber dónde chingados está Nate.

—Cuida tu lenguaje —me reprendió mi madre.

Nunca le ha gustado que usemos malas palabras frente a ella, pero es que estaba tan... bueno, ya ni sé cómo estaba. Solo quería tomar ese maldito avión y saber qué carajos le había pasado a Nate.

—Mamá, ya no la entretengas... ¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

—¿Ya manejas?

Evelyn asintió sonriente.

Terminé de arrumbar todo en mi maleta diez minutos después. Mi celular sonó y Evelyn lo revisó.

—Es el email que esperas —me dijo en lo que me entregaba el celular.

—Bien.

Envié los datos a Brayden y le dije con un cabeceo a mi hermana que saliéramos.

Ya en la puerta, mi madre me dio un abrazo. Uno de esos que dan las mamás que desaparece todo lo malo en tu vida por arte de magia. Aunque volví a sentirme fatal cuando subí al auto.

Evelyn era muy atrabancada para manejar, hasta dudé por un momento que hubiere sido buena idea que ella me trajera.

Pero al final me dio lo que necesitaba: rapidez para llegar a la solución de un problema. Me dejó en la puerta con la promesa de que les hablara para lo que fuera necesario, y que los mantuviera al tanto.

Era una promesa que seguramente no iba a cumplir.

Le di un abrazo torcido.

—Lo vas a encontrar, hermanita. Lo sé... Ten esperanza —dijo a mi oído muy optimista.

Mi corazón latió agradablemente a sus palabras.

—Maneja con cuidado —le recomendé antes de cerrar la puerta del auto.

Tomé la maleta y la jalé atrabancadamente detrás de mí hasta el mostrador de Iberia. Mi boleto ya había sido pagado por Dave, según me dijo el joven del mostrador. Registré mi maleta y fui a la sala corriendo, literalmente, porque el avión estaba por salir.

Me sentí un poco aliviada ya en mi asiento. Ni siquiera sentí el despegue porque todos mis pensamientos estaban completamente con Nate.

INTERROGATORIO

—¡Brayden! —le llamé en un grito entre la gente que le tapaba mi salida.

Troté hacia él.

Me recibió con un abrazo llenó de ansiedad por su hermano. Fue tanto el sentimiento que me transmitió que mis lágrimas brotaron, las limpié rápidamente cuando me soltó y tomó mi maleta sin verme.

Caminamos rápidamente a su auto, arrastrando mi maleta ruidosamente por el lugar.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunté ya en el auto.

Brayden veía el camino sin interrupción.

—No sabemos nada de él desde el sábado en la noche.

—Sí, sí, eso me dijo David, pero ¿cómo? ¡Cuéntame todo! —cuestioné llevando mi cuerpo hacia él.

—Okay —respiró profundo para iniciar su recuento—. Mis padres fueron a verlo al teatro. Pasaron al camerino después de la función para felicitarlo. Sus compañeros lo invitaron a salir para festejar su último día en la obra, y él aceptó. O al menos eso fue lo que escucharon mis padres. Antes de irse, mi madre lo invitó a almorzar a la mañana siguiente con ellos.

“Mis padres se marcharon.

“A la mañana siguiente, cerca de las 10:30, mi mamá llamó a Nathan para saber a qué hora llegaría. Él sabe que mis padres almuerzan siempre a las diez de la mañana. Nunca contestó, por lo que mi mamá le dejó un mensaje. Dieron las once, las doce, la una y nada de él. Mi mamá volvió a llamarle y una vez más entró su buzón de voz tras muchos timbrazos.

“Fue entonces que me llamó.

“Mi mamá estaba preocupada. Nathan *siempre* —enfaticó la última palabra— contesta sus llamadas, así esté con alguien a la mitad de algo. Me pidió que fuera a su casa a buscarlo, averiguar por qué no respondía sus llamadas.

“Fui a su casa a regañadientes; estaba haciendo algo importante —hizo una pausa para rascarse la barbilla y suspiró cansadamente—. Llegué y toqué como desquiciado.

“Si no lo sabías, le choca que la gente toqué el timbre así. Dice que no está parado en la puerta como portero al servicio de la gente —comentó entre una sonrisita burlona—. ¡En fin! No me respondió. Seguí insistiendo y nada. Busqué su auto pero no lo vi por ningún lado. Entonces llamé a mi mamá y le dije que no estaba, que seguramente estaba contigo.

“Me pidió que les llamara, pero le dije que no lo iba a buscar contigo —volteó a verme, diciéndome con los ojos que aún le dolía que yo estuviera con su hermano.

Bajé la mirada.

—Le dije que esperara, que ya se comunicaría con ella.

“Regresé a mi casa e hice lo que siempre hago los domingos.

“Hoy... creo que eran las diez de la mañana, el llamado de mi mamá me despertó. Me había desvelado viendo una película. Ya estaba muy preocupada, había pasado todo el día de ayer llamándolo y no podía localizarlo. Entonces me preocupé, porque aunque estuviera contigo, tarde o temprano se hubiera cansado de que el celular sonara constantemente y hubiera contestado.

“Le dije que yo lo llamaría. Supuse que no me cancelaría la llamada, ya que está muy ansioso de que arreglemos nuestra... desavenencia —sonreí sin querer al escuchar la última palabra. Así era como Nate se refería al problema de faldas con su hermano—. Mi llamada entró directo a la grabación de que estaba fuera de área o estaba apagado el celular.

“Fue cuando sentí una opresión en el estómago que me enfermó. Ya era demasiado esconderse.

“No llamé a mi madre y me vestí para ir a su casa de nuevo.

“Llegué y nada.

“Llamé a David y le pregunté si sabía dónde estaba, que no lo encontrábamos. Me dijo que seguramente estaba contigo, y que también le había estado llamando desde el domingo a mediodía. Que intentara llamarte.

“Te llamé pero me decía que estabas fuera de área también.

“Me enojé... ¡bastante! Ustedes estaban juntos, haciendo no sé qué desde el sábado y el mundo les importaba un carajo que no respondían las llamadas.

“Regresé a mi departamento y me olvidé de ustedes... Hasta que mi mamá me volvió a llamar.

“Estaba aún tan molesto por ustedes dos que le dije que te llamaría de nuevo, solo para arruinarles el momento. Fue cuando te llamé y esta vez sí me contestaste.

“Tu voz apresurada al contestar y que me dijeras que él no estaba contigo... bueno, me hundió en la sospecha que no quería aceptar desde que mi madre me llamó para que lo buscara.

“Mi hermano desapareció —dijo volteándome a ver finalmente.

Vi que sus ojos se nublaron ligeramente por las lágrimas contenidas, ya no podía con la incertidumbre de no saber dónde estaba su hermano.

Tomé su mano por instinto.

—¿Tu madre ya sabe que no está conmigo?

Asintió retirando su mano delicadamente de la mía.

—David fue por ellos para ir a la policía y reportarlo como desaparecido.

Escuchar a Brayden decir eso descompensó los latidos de mi corazón. Quise llorar.

¿Nate desaparecido?

—¿A dónde vamos? ¿A dónde tus padres?

—No, a la policía. De seguro van a querer el recuento de los hechos, saber quién lo vio por última vez y empezar su búsqueda desde ahí.

Asentí, guardé silencio y perdí la vista en la ventana. El camino a la ciudad se me estaba haciendo pesado y tan largo, como si alguien agregara kilómetros extras para evitar que ayudara a Nathan de la única manera en que podía hacerlo: abriendo la puerta de nuestra vida juntos a un tercero.

Llegamos a la estación de policía. Bajamos del auto como si la vida se nos fuera en eso.

—¡Mamá! ¡Papá! —llamó Brayden a una pareja de edad no muy avanzada, calculé que estaban en sus cincuentas.

David estaba a su lado.

Me detuve a escasos metros de ellos, estaba temblando, pero David, al ver que me detuve, fue por mí y me jaló.

—Ella es Alexandra —dijo Brayden a sus padres.

No era precisamente la introducción que me había imaginado, ni siquiera la estaba llevando acabo el hombre que amaba.

No supe cómo saludarlos, pero finalmente acepté la mano extendida que me dio el señor Bates. Saludé a su esposa de igual manera.

Era mal momento pero reconocí que Nate y Bray se parecían a su madre, excepto la mirada, esa era de su padre.

—¿Qué saben? —les preguntó Brayden.

—Ya han levantado el reporte y hemos dado nuestro recuento de cuándo fue la última vez que lo vimos... Solo faltan ustedes —respondió David.

—Bien. Que pase Lexy, ella es la que más ha estado con él en estos días —dijo Brayden volteándome a ver, su mano se posó en mi brazo, en señal de que no tuviera miedo.

Asentí.

David llamó al detective que tomó el caso.

Me pasaron a una sala, supuse que de interrogatorio porque tenía la pinta de eso. No quería tener miedo para poder relatar con lujos de detalles la última vez que lo vi y los planes que teníamos, pero fue imposible. Las cuatro paredes grises gritaban culpable incluso no siéndolo.

El detective Albarn era un hombre a finales de sus treintas, de atractivo discreto, vestía traje gris no muy fino, y traía un bloc de notas amarillo en la mano. Me señaló que me sentara frente a él.

—Tranquila. Solo cuéntame todo lo que recuerdas desde la última vez que supiste de él.

Le relaté primero los planes que teníamos para la semana de vacaciones. Que la última vez que lo vi fue cuando me llevó al aeropuerto. Por supuesto no le relaté lo de nuestros arrumacos y palabras cariñosas, pero sí que había hablado con él llegando a Madrid y que habíamos quedado para hablarnos antes de que fuera al teatro.

—¿Hablaste con él a la hora que quedaron? —me preguntó el detective sin dejar de tomar notas.

—No. Llegaron mis amigas, pero le mandé un mensaje disculpándome por no poder llamarle —respondí.

—Bien, continúa.

Seguí con que ya no le hablé el domingo porque pasé el día con mis padres. Habían hecho una pequeña parrillada con sus amigos. Algunas de mis amigas asistieron y una vez más no tuve tiempo para hablarle. Pero que le había enviado otro mensaje diciéndole que lo vería el lunes en el aeropuerto.

—¿Te respondió?

—No.

—¿Te extrañó que no lo hiciera?

Me quedé pensando unos segundos.

—No, porque habíamos salido el viernes, llegamos algo tarde a su casa y nos tuvimos que levantar temprano para ir al aeropuerto. Además, tenía su última función y siempre terminaba muy cansado los sábados, tanto que solo quería ver un poco de televisión y dormir.

“El domingo supuse que lo dedicó para dormir porque volaría a Madrid al día siguiente.

“Yo quería que me alcanzara el domingo pero me dijo que preferiría que se lo dedicara a mi familia. No lo pensé en ese momento pero creo que sí quería descansar.

El detective asintió y terminó de escribir.

—¿Algo más que agregar?

Pensé si había algo que se me escapara pero no, no lo había.

—Bien. Vamos —dijo sin ningún gesto y se puso de pie.

Me cedió el paso galantemente y me señaló que fuera con los demás. Vi que Brayden se puso de pie y fue hacia el detective. Cuando cruzó conmigo, me miró con un gesto temeroso como si fuera a la oficina del director.

El señor Bates tenía abrazada a su esposa, quien estaba con la vista perdida en el suelo. Vi su rostro cansado... además de preocupado.

Me senté junto a Dave que suspiró pesadamente y se dejó caer hacia delante, sus brazos doblados apoyaron el peso de su intranquilidad.

Esperamos en silencio. Nadie sabía qué decir.

Toda la situación me parecía tan irreal. Su desaparición era como un ser burlón que disfrutaba nuestra angustia.

Finalmente, tras quince minutos, Brayden salió con el detective y nos llamó a todos. Lo seguimos a lo que supuse era su oficina. Era pequeña.

El detective se sentó y restregó sus ojos. Al parecer ya tenía demasiadas horas trabajando, lo que no me dio muchas esperanzas porque quería decir que no estaba en un cien por ciento para llevar el caso.

—He tomado sus declaraciones y tengo tres conclusiones de acuerdo a ellas.

“La primera, la que pensé en cuanto me reportaron su desaparición, que está en una escapada sexual con alguna admiradora.

Levanté la mirada que tenía clavada en el botecito de plumas del detective, estaba indignada por la simple teoría. Pero, teniendo en cuenta que Nate era un actor conocido, era la conclusión más lógica.

—La segunda teoría que tengo es que fue secuestrado. Si ese es el caso, tenemos que esperar que los secuestradores se comuniquen con alguno de ustedes —nos señaló con su dedo índice rápidamente—. Y la tercera teoría es que tuvo un accidente y está en algún hospital bajo el nombre de John Smith.

Nos miramos sin dudar. Ninguna de sus teorías era buena. Cada una era igual de siniestra, por lo menos para mí. Pero David comentó que preferiría que todo esto fuera una escapada sexual.

—Mi hijo no es de ese tipo —le refutó la señora Bates indignada.

La verdad es que concordaba con David, prefería que me engañara a que estuviera bajo las manos de alguien que lo estuviera torturando por una suma de dinero, o que estuviera conectado a máquinas en una solitaria cama de hospital sin nadie a su lado que tranquilizara su dolor.

—¿Qué procede ahora, detective? —preguntó el señor Bates, olvidándose de su esposa un momento.

—Iniciaremos la investigación con la información que nos han dado y los mantendremos informados cuando haya algo nuevo.

Sacó unas tarjetas de presentación y nos entregó una a cada uno. Tomé la mía, saqué mi celular y le tomé una fotografía, para en caso de que la perdiera.

Estaba cuerda por el momento. Era seguro que conforme pasaran las horas sin Nate, no sabría dónde tendría la cabeza.

—No duden en comunicarse si recuerdan algo que pueda ayudar a la investigación —nos pidió el detective poniéndose de pie para mostrarnos la salida.

Todos asentimos y caminamos en fila india, totalmente en silencio.

—Vamos, Lexy, te llevo a casa —me sugirió Brayden posando su mano en mi cintura, ya cuando estábamos afuera de la estación de policías.

No reaccioné a su gesto porque estaba aún ida en esas teorías del detective.

—No, yo la llevo —le objetó David—. Tu ve con tus padres, creo que te necesitan más que ella —agregó jalándome del codo.

Me dejé guiar por David que, a diferencia de Brayden, posó su mano en mi espalda alta.

Brayden sacó mi maleta de su auto y se la entregó a David.

—Llamame si me necesitas, Lexy —dijo Brayden atrabancadamente.

Solo asentí y me despedí de sus padres con una sonrisa forzada.

Me subí al auto de David y me puse el cinturón en silencio.

Antes de arrancar, me dijo que le recordara dónde vivía. Le di mi dirección desganada.

Manejó tranquilamente.

—No tienes porqué cuidarme —le dije después de darme cuenta que tuvo un displaye de no-te acerques-a-ella con Brayden.

—Por el contrario, me di cuenta de cómo te ve Brayden y no quiero que aproveche esta... situación para bajarle la novia a su hermano —dijo mirándome de reojo.

—¿En serio crees que voy a engañar a Nate con su hermano? —le pregunté llevando todo mi cuerpo a su dirección, totalmente indignada.

—Los dos están muy... frágiles en este momento. Una cosa puede llevar a otra, o tropezar y caer en los labios del otro.

—¡Por dios, Dave! ¡Amo a Nate! ¡Jamás voy a dejar que “un momento lleve a otro”!

Al fin había dicho en voz alta las palabras que mi corazón ya no podía contener. Desafortunadamente

las dije a su mejor amigo.

—¿En serio lo amas? —me preguntó volteándome a ver intermitentemente, esperando una respuesta rápida, que por supuesto recibió sin dudar—. ¿Nate lo sabe?

—No. Esperaba decírselo esta semana —respondí bajando la mirada entristecida.

—Lamento que él no lo supiera. Tal vez eso le hubiere recordado que alguien lo espera.

¿El detective podría estar en lo cierto respecto a que me dejó por otra mujer? ¿Podría haber estado tan cegada por la felicidad que no vi la verdad de que él ya no me quería a su lado y esta fue la única opción que encontró para desaparecer de todo? ¿Nate no me amaba?

—¿Crees que me está engañando?

—No. Le importas demasiado para meterse en otras faldas —respondió decididamente.

La confianza debió hacerme feliz, pero solo hizo que no sintiera mi corazón latiendo. Tal vez porque fue cubierto por esa tristeza que dolía horriblemente hasta el punto de querer llorar sin control.

Esa tristeza me decía que Nate, el hombre a quien yo le importaba demasiado, no estaba a salvo.

Respiré profundo para no desahogarme frente a David.

Ya no hablamos. David había puesto en claro que no quería que me dejara llevar por el momento con Brayden, por supuesto no lo iba a hacer pero no podía alejarme de él. No ahora que necesitaba a un Bates a mi lado.

David se detuvo frente al edificio de mi departamento.

Apagó el auto en señal de que iba a hablar conmigo.

—Es seguro que la noticia de su desaparición se dé a conocer en estos días. Su relación contigo será confirmada, lo que quiere decir que vas a tener a algunos paparazzi cazándote.

“No des ningún comentario. Y, por el amor de dios, no te dejes ver con Brayden. ¡No propicies chismes!

—¿No puedes detener esa noticia?

David sonrió irónico ante mi ingenuidad.

—Soy bueno en mi trabajo pero no hago milagros, Lexy.

—Okay, me mantendré en bajo perfil.

—Bien... Si me necesitas, háblame. Aunque sea para conversar... No acudas a Bray, ¿okay?

Asentí, dando por entendido su advertencia.

Bajó del auto y me dio mi equipaje. Mandó sus saludos a Layla y se despidió de mí con un amigable beso en la mejilla.

Subí a la banqueta y lo vi marcharse.

Suspiré pesadamente y entré al edificio arrastrando mi maleta desganadamente.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Layla saliendo de su cuarto con un trote asustado.

Le relaté todo lo que sucedió con pesar. Hasta el momento, aun sentía que la desaparición de Nate era una pesadilla que me había resistido a aceptar, porque tarde o temprano despertaría de ella. Pero al relatarlo a mi amiga se convirtió en una terrorífica realidad.

—Por favor, no comentes nada a Ivy y Lisa.

—¡Claro que no!

Me senté en el sillón y Layla me acompañó.

—Has de estar destrozada.

Solo necesité que mi amiga dijera eso para explotar en lágrimas.

Layla me abrazó y mis lágrimas se convirtieron en un llanto que me cortaba la respiración. Poco a poco me fui desplazando hasta acostarme con mi cabeza descansando en su regazo.

Lloré... y lloré por no sé cuánto. Layla se quedó a mi lado, aguantando mi dolor mientras me acariciaba el cabello consoladoramente.

Finalmente el cansancio me hizo caer dormida.

Sentí entre sueños que Layla movió mi cabeza que descansaba en su regazo y la puso sobre un cojín. Me echó una manta tibia encima.

No quise despertar.

No quise regresar a la realidad que me desgarraba el corazón sin piedad. Quería dormir hasta que Nate fuera el que me despertara con su dulce voz a mi oído.

Escuché ruido en la cocina.

Desperté y el vacío en mi corazón me recordó la desaparición de Nate. Me levanté para ir a comer algo. No había probado bocado desde el día anterior en Madrid, cuando desayuné con mis padres.

Entré a la cocina.

—Tu papá habló hace rato. Quería hablar contigo pero le dije que estabas perdida —dijo Layla poniendo cosas en la charola para llevarlas al comedor y desayunar.

Asentí con una sonrisa tan actuada que Nate me hubiera dicho que era digna de un Oscar.

—Me dijo que no dudarás en hablarle si lo necesitabas.

—Me alegra que todo mundo esté dispuesto a escucharme, ¡pero no se dan cuenta que lo único que quiero es a Nate aquí! —dije. Mi voz se fue transformando en un iracundo reproche.

—Tranquila, Lexy. Solo estamos apoyándote.

Apreté los puños para ahogar ese súbito enojo.

—Lo siento. Tengo todos mis sentimientos patas para arriba.

—Estás al borde de todo y a la vez de nada —comentó Layla comprensivamente.

Asentí.

Layla fue hacia el comedor con la charola y la seguí.

—Es comprensible. No vas a estar tranquila hasta que sepas qué le sucedió a Nathan realmente.

—Ni aun entonces estaré tranquila. No hasta tenerlo en mis brazos —refuté controlando la ira de nuevo.

Me senté a desayunar con Layla. No trató de platicar de nuevo porque se dio cuenta que explotaba a la menor palabra optimista.

Al terminar, me levanté y llevé mis trastos a la cocina.

—No te preocupes, yo los lavo.

Me pareció bien.

Fui a la sala y me eché en el sofá de siempre. Me quedé ahí por horas, tendida como si estuviera enferma. Turnaba la vista perdida en todos lados, hasta que prendí la tele solo para marearla. Y para escuchar otro sonido que no fuera el de mi corazón preocupado.

Era desesperante estar sin hacer nada. Esperar a que alguien más, sin la motivación necesaria, me diera noticias de que mi ser querido estaba a salvo.

De vez en tanto sentía ese hormigueo en todos lados por falta de sangre que me obligaba a caminar.

Ya cansada del sofá, fui a mi cuarto. Tomé mi celular y me eché a la cama en un brinco en lo que buscaba las fotografías de Nate. Una a una, las analicé a detalle, recordando el momento captado. Había regresado a los días en que me conformaba con solo acariciar una imagen.

Llegué a un video, le di *play*.

—*Bien, estoy filmando este video como prueba de que Nate ¡ronca!* —dijo mi yo filmado en un murmullo—. *¡Quién lo diría! El sueño de muchas mujeres tiene un defecto a la hora de dormir. Bueno, dos. Aún está enamorado de su almohada.*

La imagen se movió hacia Nate que dormía con el torso desnudo. Estaba boca arriba, con la boca ligeramente abierta y se escuchaba un casi perceptible ronquido.

Volví a aparecer en el video.

—*Ves, Nate, ¡no estoy mintiendo!... ¡Roncas!* —dije con voz baja que remontó al último.

—*¡Yo no ronco!* —se escuchó su voz en el fondo, muy adormilada.

Mi corazón dio una palpitación de más al escuchar su voz grabada, reconoció a su dueño. Una

sonrisa feliz nació innatamente.

—*¡Claro que roncas! Y tengo la prueba grabada* —contradijo mi yo ya no en un cuchicheo.

La imagen regresó a Nate, estaba sonriendo dentro de su somnolencia.

—*Mmm, me parece más que querías hacer un video sexual que otra cosa... y para eso tienes que regresar a la cama* —dijo restregándose los ojos para despertarlos bien.

Reí tímidamente junto con mi otra yo. El video se zangoloteó. Recuerdo que regresé a la cama en un brinco, la cámara grabó a Nate irguiéndose para recibirme en sus brazos. La imagen se congeló en las sabanas pero se escuchó que nos estábamos besando.

—*Es mejor que apagues eso* —sugirió Nate en un susurro.

—*No* —dijo mi otra yo y volvió a filmarlo.

—*¿Me vas a delatar ante todos?* —cuestionó Nate. No veía hacia la cámara, sino a mí.

Se escuchó mi risa traviesa.

—*Okay, entonces también tengo algo que revelar a la cámara.*

—*¿Ah, sí? ¿Qué?*

—*Hablas dormida* —reveló con una sonrisa vengativa.

—*¡Yo no hablo dormida!*

—*Sí lo haces.*

—*¿Qué es lo que he dicho, según tú?*

Nate bajó la mirada, sonrió y se sonrojó.

—*Estoy esperando* —dijo mi yo.

Levantó la mirada seductoramente, se mordió el labio inferior y pestañeó como invitación a que fuera a él.

—*Okay* —aparecí en la imagen—. *Prueba: ¡Nate sí ronca!, ha terminado.*

El video se detuvo y recordé con añoranza lo que siguió a continuación.

—*¡Lexy, ven rápido!* —gritó Layla desde la sala.

Brinqué de la cama como gato asustado y salí corriendo con el celular en una mano y la otra agarrando mi corazón, esperanzado a recibir buenas noticias.

BBC News, del canal uno, estaba dando la noticia de la desaparición de Nate.

—*Los medio ya saben* —comenté a Layla.

La noticia decía que habían encontrado el auto de Nate abandonado a unas calles del teatro y que la policía seguía haciendo pesquisas.

Mi celular sonó en mi mano, brinqué por el susto, pero lo respondí sin dejar de ver la imagen de su Audi acordonado.

—*¿Bueno?*

—*¿Estás viendo las noticias?* —me preguntó David angustiado.

—*Sí* —respondí sentándome en el sofá sin ver.

Si hubiera estado un paso más adelante, hubiera caído al suelo de sentaderas.

Se escuchó el timbre y Layla fue al intercomunicador para ver quién era, después fue a la puerta y la abrió para alguien.

—*¿Esto es una buena o mala noticia?* —pregunté a David, me levanté y caminé alrededor del sillón en lo que me mordía las uñas.

—*Creo que es mala, Lexy* —respondió con tono apesadumbrado.

—*¿Sus padres ya saben que encontraron su auto?* —pregunté.

—*No sé. Supongo que sí, el detective dijo que les avisaría en cuanto tuvieran algo nuevo.*

—*¿Tu soltaste la noticia?*

—*No, debió ser la policía. A lo mejor piensan que así lo obligarán a aparecer, o que los secuestradores hagan algo.*

—Sin importar que ponen en peligro la vida de Nate. ¿Qué esperan? ¿Encontrar su cuerpo para ya no ser una lata para ellos? —comenté enojada.

La puerta se abrió, llamando mi atención, y Brayden entró. Nuestras miradas se encontraron, aunque rápidamente la desvié al televisor.

—Dave, tengo que colgar.

—Sí. Hablaré con Brayden.

—Okay.

Colgué.

—Dave te va a llamar —comuniqué a Bray.

Asintió en respuesta.

No le dije a David que Brayden acababa de llegar porque me hubiera regañado y yo necesitaba información de alguien quien seguramente estaba al tanto de todo lo que sucedía en segundos.

—Veo que ya te enteraste —dijo cuándo volteé hacia él.

—¿A qué hora lo encontraron? —le preguntó Layla sentada en el sillón. Bajó el volumen porque ya estaba una noticia que no me importaba en absoluto.

—En la mañana.

—¿Por qué no me avisaste? —le demandé casi en un grito desesperado.

—Porque no he tenido tiempo. No han dejado de ir parientes y amigos a la casa a... estorbar, ¡porque eso es lo que están haciendo! —dijo enojado al final.

Volteé a ver a Layla al darme cuenta que Brayden también tenía el humor desequilibrado.

—¿Qué ha dicho la policía? —pregunté.

Brayden soltó un suspiro desalentador y se dejó caer en el sofá más cercano. Se restregó los ojos fuertemente.

Me senté también.

—Están interrogando a los del teatro, investigan quién fue el último que lo vio. Tal vez alguien notó algo raro que no lo haya parecido entonces.

—¿Entonces la teoría del accidente queda descartada totalmente? —pregunté temerosa.

Brayden asintió.

Sentí como algo me abandonó súbitamente, enfermando mi corazón durante su lejanía, y debilitándome tanto que me desplomé hacia el respaldo del sofá. La vista se me nubló y no supe nada de mí.

Sentí un frío extremo calándome por completo. Era aterrador, como si la vida se me escapara sin control.

Abrí los ojos atrabancadamente cuando un aroma penetrante lastimó mis fosas nasales.

Vi a Brayden primeramente, sentado a mi lado; mi mano era abrazada por las suyas. Layla me pasaba algo por la nariz.

—¿Qué me pasó? —pregunté zafándome de las manos de Brayden para alejar ese aroma que Layla seguía pasándome por la cara.

Me senté, pero tuve que apoyar mi espalda en la pared. Me sentía aún débil.

—Te desmayaste —me comunicó Layla.

—¡Ah! Eso fue —dije como si nada.

Ya me había desmayado una vez, años atrás en Madrid, cuando enfermé de estrés por los exámenes finales de la preparatoria.

El doctor me recomendó en esa ocasión que buscara alguna actividad que me relajara, que estaba muy joven para enfermar de estrés. Esa era la razón por la que salía a correr a Hyde Park cada vez que sentía que el mundo sobre mis hombros aumentaba un kilito sin avisar.

—Te traeré un refresco —dijo Layla y salió del cuarto.

Brayden me acompañó en silencio.

—Me siento inútil —comentó bajando la mirada.

Sujeté su mano fuertemente.

—No estás solo en ese departamento —le comenté.

Brayden suspiró y sonrió sin ganas.

—¿Puedo quedarme contigo un rato? —me pidió temeroso de que mi respuesta fuera negativa.

Asentí con la primer sonrisa honesta de... no sé cuándo.

Se echó a la cama, brincándome para caer al otro lado. Se acomodó y gimió deleitado. Layla regresó con el vaso de refresco, inmediatamente me miró cuestionándome por qué había dejado que él se acostara a mi lado.

No le respondí nada y solo le pedí el vaso. Volteé a ver a Brayden y tenía los ojos cerrados, se movía como si tratara de acomodarse.

—Creo que se va a quedar a comer, ¿verdad? —me preguntó tomando la manta de la silla y se la echó encima—. Será mejor que vaya a comprar víveres para cocinar.

—Sí.

Iba a ponerme de pie para acompañarla pero me sentí algo débil.

—No, quédate y descansa. Tal vez con él a tu lado puedas conseguir dormir mejor.

Supongo que dijo eso porque, después de todo, Brayden era un Bates que podría ofrecerme un poco de paz. Aunque, por supuesto, jamás se compararía con Nate.

—Está bien. Despiértame cuando llegues para ayudarte a cocinar.

—Sí. Te veo en un rato.

Layla salió del cuarto cerrando la puerta con cuidado para no despertar a Brayden. Me recosté nuevamente y busqué una posición cómoda.

Casi a punto de caer dormida, apoyé mi frente en el brazo de Nate... ¡perdón!, Brayden.

—Lexy —me llamó el tímido murmullo de Layla. Zangoloteó un poco mi hombro para hacer más clara su orden de despertar.

Aún estaba en esa posición que usaba para conciliar el sueño junto a Nate. Me desilusioné cuando vi que tenía a Brayden a mi lado, durmiendo boca abajo. Suspiré con lamento y me levanté de la cama con cuidado, seguí a Layla hasta la cocina.

—¿Se va a quedar Brayden aquí... contigo de ahora en adelante?

—No, no lo creo.

—Debería estar con sus padres, apoyándolos.

—Sí, debería. Pero creo que todo esto está sobrepasando su límite de aguante. Quizás se siente culpable frente a ellos por no haber solucionado las cosas con Nate.

Layla gimió sarcástica mientras arrancaba las hojas de una lechuga con esmero para lavarlas. Mientras tanto, yo usaba la medida del espagueti para empezarlo a cocinar en agua hirviendo.

La vida era una ironía andante. Nate tuvo que desaparecer para que Brayden se diera cuenta cuán importante era su hermano para él. Tanto para olvidarse del ridículo problema de faldas.

—Hay algo que no me cuadra de todo esto —comentó Layla, llamando mi atención. Continuó—: Encontraron el auto de Nate pero ¿sin ninguna señal de que fue raptado?

—El carro estaba cerrado, sin forcejeo de ningún tipo —dijo Brayden a nuestras espaldas.

Se estiró para despertarse completamente, luego fue al refrigerador, sacó una Coca-Cola y bebió con nuestras miradas puestas en él.

—Tal vez ni siquiera llegó al auto cuando lo agarraron —comenté, regresando a lo mío.

—No, sí llegó al carro. Las cosas que tenía en el camerino estaban en el asiento de atrás. Los del teatro lo confirmaron.

Hubo un silencio creado por nuestros pensamientos.

—Lexy, sé que te va a doler lo que voy a especular, pero a lo mejor se fue con alguien más. Quizás sí está en una escapada sexual y se ha olvidado de que dejó el auto en el teatro —comentó Layla.

Por supuesto me dolió el corazón al escucharla.

—Eso aún cree la policía, por la incomunicación del secuestrador. Además, esa teoría es apoyada por la declaración de un escenógrafo. Dijo a la policía que lo vio conversando con alguien cuando se dirigía a su auto. El hombre creyó que eras tú, Lexy, porque Nate se veía muy cómodo conversando con esa persona —respondió Bray.

—¿Ese hombre fue el último que lo vio? —pregunté ansiosa.

Brayden asintió. Se recargó en el refrigerador.

—¿Entonces por qué la policía soltó la noticia? —cuestionó Layla a Brayden tomando una posición confundida.

—Porque creen que si hacen un poco de alboroto él regresará o se comunicará con nosotros.

—Lo que me quieres decir es que ¡no están haciendo nada! —espeté de nuevo con ese súbito cambio de humor.

Brayden no dijo nada, pero bajó la mirada. Concordaba conmigo.

—¿Y tus padres qué dicen de esto? —pregunté indignada por la pasividad de todo el mundo.

—Mis padres no saben qué pensar. Un momento creen que su hijo está perdido, otro que está secuestrado y otro en lo que dice la policía. ¡Están muy confundidos!

—Recuerda lo que dice tu papá, Lexy: entre más tardes en buscarlo, más te será imposible encontrarlo —murmuró Layla.

Volteé de inmediato al escucharla. Esa era la frase que mi padre me decía siempre que perdía algo y me hacia la tonta en buscarlo. Siempre le decía que las cosas reaparecen por si solas, tarde o temprano.

—¿Por eso estás aquí, Bray? ¿Sospechas que alguien tiene a tu hermano? —le preguntó Layla.

—Sí. Y estoy de acuerdo con tu padre, Lexy. Voy a buscarlo. Solo que no sé por dónde empezar. Creí que estando contigo se me revelaría algo por arte de magia pero solo me confundo más.

No dije nada. Seguramente David tenía razón y Brayden seguía interesado en mí. A lo mejor tenía una batalla interna contra sus sentimientos.

Seguimos cocinando.

Brayden, al ver que estábamos concentradas en la comida, tomó otra Coca-Cola del refrigerador y fue a la sala. Escuchamos la televisión a lo lejos.

No seguimos hablando del tema durante la comida. Brayden nos dijo que se quedaría en su departamento por si lo necesitábamos, agradeció que le haya dejado descansar a mi lado y me preguntó si podía regresar al día siguiente. Por supuesto le dije que sí. Me sentía tranquila a su lado. Además, al parecer éramos los únicos, incluyendo Layla ahora, que creíamos que Nate no estaba en una escapada sexual.

—¿Aun no sabes por dónde empezar? —preguntó Layla a Brayden que ya llevaba día y medio pasando el rato con nosotras.

No decía nada, solo se echaba en el sofá y veía la televisión con sus pensamientos en otro lado mientras que su mano jugaba con el control.

—No —respondió volteando a ver a Layla como si hubiera despertado de un sueño, tratando de carburar de nuevo.

Layla suspiró desalentada, se puso de pie y dijo que saldría a ver a Lisa e Ivy, que regresaría durante la tarde. Ya estaba cansada de estar encerrada, viéndonos con las miradas perdidas.

Era lo único que podíamos hacer: esperar.

No estaba nerviosa por estar a solas con Brayden. De hecho, me sentía acompañada.

Luego de una hora, más o menos, me levanté del sillón con flojera y fui a mi cuarto por mi celular. Quizás no era correcto ver mis fotografías con Nate, estando Brayden presente, pero ya empezaba a sentirlo lejos de mí.

Tomé el celular y la caja de chocolates que me había robado del camerino. Comí uno antes de salir del cuarto.

—¡Dios! Siguen estando buenos —murmuré.

Regresé a la sala.

Le ofrecí un chocolate a Brayden pero lo rechazó, me dijo que no eran de su total agrado.

—¡Raro! ¡Tu hermano los ama!

—Sí, lo sé.

Noté un poco de celos en su respuesta. Creo que le molestó que le haya demostrado que conocía las debilidades de su hermano. Eso le decía que nuestra relación no era solo sexual, si no que en verdad queríamos estar juntos.

Brayden negó algo y rascó su frente extrañado, como si buscara una explicación lógica a ese *algo* que lo confundió. Ojalá que no se tratara de mí.

Me eché en el sillón con los pies arriba y seguí comiendo los chocolates. Con cada uno que comía me sentía relajada, podía sentir como todos esos químicos que nombró Nate empezaban a funcionar en mi cuerpo. Dejé caer la cabeza hacia atrás cuando mi mente recordó sus labios probando el chocolate de mi boca.

Estaba tan lánguida por la visita fantasmal de las caricias de Nate, pero aun así me las arreglé para mirar a Brayden y, de pronto, noté ese parecido con su hermano. Me puse de pie y fui a sentarme junto a él. Su sonrisa me dio la bienvenida y fingió poner atención a la película de Pixar.

Lo recorrí con la mirada. Mi respiración se hizo larga y lenta, mientras que mis latidos rápidos y ansiosos. Me mordí el labio cuando Brayden humedeció lentamente sus delgados labios.

—¡Por favor, besame! —le dije sin control de mis pensamientos.

Brayden volteó a verme y me le arrojé.

Pero sus labios no me recibieron porque sus manos me detuvieron primero.

—¿Qué te pasa? —preguntó confundido por el súbito deseo que había reprimido desde nuestras citas.

—¡Quiero besarte! —le respondí haciendo a un lado sus manos que me tomaron por las muñecas como grilletes para detenerme otra vez.

Mordí mis labios ansiosos por ser besados. Noté que su respiración se agitó, estaba debatiéndose si era buena idea dejarse guiar por mis deseos, y quizás los suyos. Sus manos me empujaron hasta que él pudo tomar una posición cómoda. Me liberó, pero solo para tomar mi rostro con sus manos. Me excitó reconocer en sus movimientos que iba a corresponderme.

Me sujeté de su playera para que no escapara.

—¡Por favor, hazlo! —supliqué inconscientemente.

Sus labios se acercaron y nuestros alientos a penas se encontraron. Sin embargo, mi suspiro emocionado lo detuvo un segundo, de seguro para rectificar una vez más mi deseo de ser besada.

Se retiró.

¡Demonios! Estaba malgastando tiempo precioso que podíamos usar en besarnos.

—¡Hazlo de una vez, Bates! —exclamé desesperada por la espera.

Me acerqué más para acortar el encuentro con su beso. Necesitaba sacar ese deseo como diera lugar. Mi corazón estaba a punto de explotar por tanta excitación.

—¿Estás drogada? —me preguntó indignado.

—¡No! ¡Quiero qué...! —callé cuando Brayden siguió analizando mis ojos.

Me mordisqueé el labio inferior otra vez para incitarlo a besarme ¡ya!

—¡Traes las pupilas dilatadas, Alexandra! —dijo.

Sus manos me alejaron y se puso de pie, arrancó mi mano de su playera en el proceso. Lo seguí con la mirada hasta el apagador. Aunque la sala no estaba totalmente oscura, me lastimó la tenue luz que prendió.

Cerré los ojos y escondí la cabeza por el dolor.

Brayden la apagó y luego regresó. Se sentó y tocó mi carótida, mientras veía como mi pecho se movía agresivamente al compás de mis jadeos.

—¡Con un demonio! ¡Bésame y punto! —espeté ofreciéndome de nuevo.

—¡Estás drogada! —exclamó como si me regañara.

—¡Ya te dije que no! ¡Yo no tomo drogas!

La puerta se abrió y entró Layla.

—No están —dijo quitándose los zapatos— y no me contestan la llamada. Supongo que siguen molestas conmigo. Creí que ya habíamos arreglado todo, pero veo que no. ¡Vaya niñas que son!

Layla se dejó caer en el sofá. Nuestras miradas estaban fijas en ella.

—¿Qué sucede?

—¡Alexandra se drogó!

Layla rió a más no poder, pero calló atrabancadamente al ver a Brayden serio y a mi agitada y en pose rogona.

—No, ella no puede tomar drogas. ¿Sabes lo que le pasa solo por tomarse una pastilla para la gripa? —contradijo Layla.

—¡Velá! ¡Está drogada! —espetó Brayden poniéndose de pie, su mano me señaló agresivamente.

—¡Por favor, no me dejes, Nate! —le supliqué con súbitas lágrimas en los ojos.

Estaba alucinando. Nate se convertía en Brayden y viceversa.

Layla y el cambiante Brayden discutieron por algo. No podía asimilar lo que decían, porque ya estaba en un punto en donde mi cuerpo no tenía ánimos de nada, ni siquiera de sostenerme. Aunque haría una excepción si Brayden me correspondiera ya.

Me recosté pesadamente. Sentía los latidos de mi corazón en mi cabeza, mis pulmones dolían de tanto aire que no podían asimilar, y mis ojos luchaban por mantenerse abiertos.

Brayden me tomó entre sus brazos y me llevó a mi cuarto. Aún estaba lánguida pero mis labios se las arreglaron para besar su cuello tímidamente cuando lo abracé para no caer. Brayden se estremeció, pero no aprovechó la oportunidad para besarme.

Me depositó en la cama con gentileza y siguió discutiendo con Layla.

Los dos me dejaron sola.

Sentí que mi cuarto estaba sobre una plataforma que lo hacía girar varias veces. Tenía calor, por lo que traté de quitarme las ropas, pero estaba tan débil que mi movimiento torpe me dejó en una posición toda torcida.

Al poco rato entró Brayden y me acomodó. Dijo algo que sonó como si me estuviera hablando bajo el agua. Reí tontamente, pero finalmente mis ojos se cerraron al sentir plácidamente cómo su caricia me abrazó por completo.

Cuando abrí los ojos, Brayden estaba sentado en la silla de mi escritorio. Leía uno de mis libros de la universidad.

—¿Qué pasó? —pregunté con trabajos.

Brayden despegó la vista del libro.

Sentí la boca tan seca, como si tuviera una resaca de días de tomar. Bueno, supuse que así se sentiría una.

El asunto es que estaba tan sedienta que fácil pude haber tomado litros de agua.

—Te drogaste —respondió Brayden, cerrando el libro. Fue a dejarlo al escritorio.

—¡Yo no me drogo!

—Sí, es lo que dice Layla, pero lo hiciste.

—¡Estoy triste, Brayden, pero jamás recurriría a las drogas para callar ese sufrimiento!

—Pero lo hiciste.

—¡No! —espeté molesta porque seguía creyendo que era capaz de hacerlo—. ¿De dónde podría yo conseguirlas?

—No lo sé. De algún contacto de Nate.

—¡Nate no se droga tampoco!

—Mmm, la verdad es que ya no puedo decir si lo hace o no.

—¡Pues no lo hace!

—Yo te creo, Lexy —dijo Layla desde la puerta. Nos sobresaltamos un poco al verla recargada en el marco—. Le he dicho a Bray como te pones con solo tomar pastillas para la gripa.

—Me afectan mucho, Bray. Se podría decir que llevan mi cuerpo al borde de la muerte.

—¡Eso es exagerado! —dijo Bray con una sonrisa sarcástica.

—Yo no diría al borde de la muerte pero si se pone mal. Al parecer su cuerpo es intolerante a todo ese tipo de medicamentos —aclaró Layla.

—Pues de alguna forma te drogaste, Lexy.

—¿La viste comer algo? —le consultó Layla.

—Solo unos chocolates.

Su respuesta encontró un recuerdo en especial y le ordenó aparecer.

—*¡En serio! ¿Qué tienen esos chocolates que estás como... drogada?*

—¡Los chocolates! —dije brincando de la cama súbitamente.

Casi caigo sobre Brayden cuando perdí el equilibrio, mis piernas aun no terminaban de despertar.

—Los chocolates tienen algo —dije a Brayden.

—¡Trae la caja, Layla! —ordenó a mi amiga.

Brayden me sentó en la cama, me dijo que me tranquilizara.

Layla regresó con la caja y se la entregó. Tomó un chocolate, lo olió, lo revisó y, al no encontrar nada, lo regresó a su lugar en la caja.

—Comí unos pocos enfrente de tu hermano y la experiencia que tuve fue casi orgásmica... El efecto pasó rápido.

—¿Ya no volviste a comerlos? —inquirió Layla.

Negué con la cabeza.

—Si te comiste unos pocos esa vez, no me extraña que estuvieras volando con más de media caja —dijo Brayden.

—¡Dios! No voy a volver a comer chocolates después de esto —comenté.

—¿Quién es “L”?” —me preguntó Layla cuando vio la tarjeta que aun colgaba del moño que estaba pegado fuertemente en la tapa.

—No lo sé. Estos chocolates eran de Nate, se los “robé” del camerino.

—Querían drogar a mi hermano —elucidó Brayden.

—¿Entonces sí lo secuestraron y no está revolcándose con alguien más? —consultó Layla.

—¡Dios! —exclamé con un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza cuando me di cuenta de algo.

—¿Qué sucede? —me inquirió Brayden, hizo a un lado mi cabello que cubrió mi rostro al exclamar mi preocupación.

—Tuve la advertencia de que lo querían secuestrar desde hace tiempo y no me di cuenta.

—Esto es demasiado confuso... —murmuró Brayden. Tras un silencio pensando en algo, se puso de pie y dijo—: Voy ir a su departamento.

—¿Tienes llaves? —le consultó Layla tapando con calma la caja de chocolates.

—No la toques mucho —le advertí—. Voy a llevarla con la policía. Tal vez con esto si se ponen a investigar.

Layla tomó la caja como si fuera radiactiva y la sacó del cuarto. No tardó en regresar con ella dentro de una bolsa y la puso en mi escritorio. Mientras tanto, ya estaba poniéndome de pie con la ayuda de Brayden.

—Voy con mis padres por la llave...

—Yo tengo llave de su departamento —le interrumpí.

Al tercer sábado de esperar a Nate en su casa, mientras él iba a su función, me dio una copia de su llave para que pudiera entrar y salir a placer.

—¿Quieres ir? ¿Te sientes ya bien? —me preguntó Brayden cuando vio que fui por mis tenis.

Asentí muy decidida.

—Es mejor que vayan primero con la policía —sugirió Layla.

—¿Para qué nos digan que estamos alucinando? —refutó Brayden.

—Van a decir que no acepto que me haya dejado.

—Así es. Necesitamos algo más... Espero encontrar algo en su departamento que apoye esa caja con droga —agregó Brayden.

—Entonces vámonos, no perdamos más tiempo —animé más a Brayden a salir.

—Okay, me quedo para cocinar algo... David me habló para decirme que venía a vernos. Lo invité a comer.

—Bien. No le comentes aun lo que pasó y a dónde fuimos —dije a Layla.

Asintió.

Brayden y yo salimos del departamento sin perder más tiempo. Afortunadamente el cielo estaba un poco nublado, por lo que no lastimó mucho mi vista aun débil.

Subí al auto de Brayden sin esperar su gesto galante.

—¿Qué droga crees que le pusieron a los chocolates?

—No lo sé. Layla y yo buscamos en Wikipedia la droga que pudiste haber consumido, pero fue un callejón sin salida. Tus síntomas pudieron crealos el éctasis... No sé. Tal vez fue algo ligero que solo era para relejar a Nate y a ti te llevó al cielo.

Guardé silencio, pensando que mente tan maquiavélica pudo haber hecho eso.

Llegamos a la casa de Nate. Al ver la construcción de ladrillos rojos y acabados blancos, se me olvidó lo que había pasado con él.

Fuerza de la costumbre, volteé a todos lados.

—Los medios están en casa de mis padres —comentó Brayden al ver mi extrañeza por la soledad de la calle.

Esperaba verlos ahí, atacando a cuanta persona se acercara a esa casa. Pero no, no había nadie,

excepto su paparazzi que estaba postrado en un auto. Solo nos veía sin ningún lente a la mano.

¿Por qué estaba ahí? Se estaba perdiendo la exclusiva en casa de los Bates.

Saqué la llave y entré sigilosamente junto con Brayden.

El lugar estaba callado, se percibía un abandono perturbador. Ausente de vida.

—Algo no está bien —comenté a Brayden sin dejar de ver la sala.

Estaba tal y como lo dejó Nate, supongo, pero a la vez se sentía algo incorrecto. No descubría aun qué era.

Caminé lentamente hasta su cuarto. Mi acelerado corazón deseó tanto ver a Nate ahí, recostado con su celular en mano.

A penas tuve un vistazo y me detuve abruptamente. Brayden se estampó conmigo.

—No entres —ordené.

—¿Por qué no? —fisgoneó sobre mi hombro, temiendo ver algo muy malo.

—Porque alguien más estuvo aquí... y no fue tu hermano.

Me hice a un lado y lo dejé ver mejor.

Brayden recorrió el cuarto con la boca abierta.

—Si aún recuerdas a tu hermano, sabes que él...

—Es un *freak* del orden —me arrancó Brayden la idea.

El cuarto estaba desordenado para los estándares de cualquiera. Ropa suya en el suelo, junto con ropa interior femenina que no era mía. ¡Yo jamás usaría una tanga de hilo de encaje negro! Se me hacían vulgares.

Incluso Nate las odiaba, decía que no dejaban nada a la imaginación.

Vi tres condones usados en el buró de noche, pero no del lado de donde duerme Nate, sino del mío.

Secreto: Nate siempre era muy cuidadoso a la hora de desecharlos. Creo que le daba pena o algo así. Además era zurdo, hubiera sido más fácil para él tirarlos del lado izquierdo. Aunque, para empezar, no los hubiera puesto sobre el buró.

Petalos de rosas dispersos en la cama.

Una botella de vino blanco a medio tomar con dos copas usadas. Obviamente plantadas porque Nate odiaba ese tipo de vino. Le enfermaba el estómago hasta el punto de hacerlo vomitar.

Toda esa escena estaba molestándome. ¿Acaso el que la plantó creía que Nate hacía el amor como se hace en las películas?

—Hay una carta en el buró —dijo Brayden, señalándola.

Entré de puntas, teniendo cuidado de no pisar nada.

—Leela en voz alta —me pidió Brayden desde la puerta.

Tuve que inclinarme un poco para ver la pequeña letra.

Volteé a ver a Brayden tras terminar, buscando su opinión.

—¿Está escrita con su puño y letra? —me preguntó.

—No. Está impresa.

—Él no escribió esa carta —dijo seguro.

—¡Por supuesto que no lo hizo! —rematé en lo que regresaba a la puerta—. Primero, Nate no me llama “Alexy”, sino Alexa. Le encanta ser el único que me llama así.

—¿Por eso te molestaba que te llamara Alexa?

—Sí, me recordabas a él... ¡Pero eso no importa ahora!

“Segundo...

—¿Nat? Odia que lo llamen así... Es el apodo que yo usaba con él de niños para molestarlo. Un día me gritó que ese apodo era para un viejo cascarrabias. Jamás firmaría algo así —dijo Brayden.

—Y tercero... Nate hubiera roto conmigo cara a cara. ¡Odia las cartitas! Se le hacen del siglo antepasado.

—¿Entonces concuerdas conmigo que toda esta escena... —señaló Brayden con su mano todo el desorden, hizo muecas de desagrado— sacada de una película porno, fue plantada?

Asentí.

—Vamos con la policía.

—Bien.

Fuimos a la sala. Entonces descubrí que me había parecido raro cuando entré, había plantas.

—Esas plantas también las pusieron. Un día le pregunté porque no tenía aunque fuera una para que le diera un poco de vida a su casa, y me dijo que no tenía tiempo de cuidarla.

—Hicieron el lugar femenino.

—Sí.

Brayden se retorció.

—Todo esto ya me está dando escalofríos.

—A mí también —concordé.

Salimos. El paparazzi estaba fuera de su auto, recargado en él como si esperara a alguien. Demasiado casual para pasar desapercibido. Si no se me hubiera parado enfrente un día para tomarme una foto, ni siquiera lo hubiera reconocido.

Una vez más nos miró sin hacer nada.

Subimos rápidamente al auto y Brayden regresó al departamento de Layla por la caja de chocolates.

David ya estaba ahí y me reclamó frente a Brayden por qué estaba engañando a Nate.

Le vociferé que no lo estaba haciendo.

—Según Nate, Lexy lo engaña contigo. No conmigo —bromeó Bray.

—¿De qué hablas? —cuestionó Layla moleestamente sorprendida.

Brayden, ya serio, les explicó todo lo que descubrimos. Afortunadamente Layla estuvo presente durante el momento en que me drogué, así que pudo certificar que todo ese asunto del súbito abandono de Nate había sido planeado desde hace tiempo por alguien más.

Fui por la caja de chocolates protegida por la bolsa de plástico y ordené a Brayden que fuéramos a la policía. No tenía tiempo para escuchar los reclamos de David.

Brayden explicó al detective Albarn lo que habíamos descubierto.

No dijo si seguirían esa línea de investigación y solo me pidió hablar a solas conmigo. Me llevó de nuevo a esa sala de interrogatorio.

—¿Desde cuándo conoce al hermano de la víctima? —me preguntó sin verme, estaba anotando algo en su libreta.

—Desde hace algunos meses.

—¿Y a la víctima?

—Igual, solo que a Nathan lo conocí primero.

—¿En dónde?

—¿Eso importa ahora?

—Por favor, responda la pregunta.

—En el avión. En el vuelo de regreso de México, fue mi compañero de asiento.

—¿Lo acosó?

—¡Por supuesto que no! —respondí enfadada. ¿A dónde quería llegar el detective?

—¿Y cuál es su relación con el hermano de la víctima?

—Somos amigos.

—¿Solo amigos?

—¡Sí! —respondí casi en un grito desesperante.

—¿No es mucha coincidencia que primero conoce a la víctima y luego a su hermano que, de acuerdo a lo que hemos investigado, estaba saliendo con usted?

—Sí, es coincidencia. Y cuando conocí a Brayden no sabía que era hermano de Nathan.

—También nos han dicho que los hermanos pelearon por usted.

—¡No! Ellos ya tenían problemas desde antes de conocerme. ¿Quién dijo eso?

No respondió y solo volvió a anotar.

Entonces me di cuenta de lo que estaba pasando.

—No seguiré hablando a menos de que esté mi abogado presente —dije.

El detective paró de escribir y levantó su mirada inquisitiva.

—¿Necesita uno?

—No, pero creo que usted me está culpando de algo que no hice. Cuando vine a darle información de que Nathan no me dejó, sino que fue secuestrado.

El detective regresó la mirada a su bloc de notas.

—¿Qué no se da cuenta que cada minuto que gasta en mí, es uno que le resta a Nathan?

El detective no dijo nada.

—Hablar con usted es caso perdido —susurré—... ¡Bien! A menos de que vaya a arrestarme por sospechosa, no tengo porqué seguir respondiendo sus estúpidas preguntas —ultimé poniéndome de pie.

Salí de ahí.

Brayden me esperaba sentado en una pequeña sala.

—¡Vámonos! ¡Estos ineptos no encontrarían ni a una prostituta en un burdel! —revelé en voz alta, tan alta que algunos policías voltearon a vernos.

—Está bromeando —les dijo con tono animado y risitas nerviosas.

Tomé a Brayden del brazo y lo jalé detrás de mí, balbuceando preguntas que no se atrevía a hacer frente a la ley.

No hablamos hasta que llegamos al departamento.

Entré con deseos de romper todo.

Estaba hecha una furia.

Layla y David salieron del cuarto al escuchar mis gruñidos.

—¿Qué pasó? ¿Van a buscarlo? —preguntó David a Brayden muy ansioso.

—No sé qué pasó. Les dimos la caja y metieron a Lexy a la sala de interrogación —respondió él mirándome.

—¡Esos estúpidos policías no van a hacer nada! ¡Están plantados en su idiotez! —espeté jalándome el cabello llena de frustración.

Siempre que veía una película de acción, me reía del estereotipo del departamento de policía, siempre ciego e inútil. La realidad es que así eran.

—¿Qué sucedió? —me preguntó Layla. Vino a mí para tranquilizarme.

—¡Creen que Brayden y yo le hicimos algo para estar juntos!

—¿Qué? ¿De dónde sacaron semejante estupidez? —espetó Brayden encrespado.

—Seguramente de los interrogatorios que han hecho —respondí.

Brayden llevó la mano a su frente en señal de que el mundo ya era demasiado pesado para sus hombros, fue a sentarse al sofá más cercano.

—Voy a encontrarlo. Así tenga que levantar cada maldita piedra de Londres —dije decidida.

—¿Y cómo le vas a hacer Scully? —me preguntó David con tono sarcástico.

—No sé, pero Mulder tendrá que ayudarme —respondí viendo a Brayden, quien tenía la mirada perdida en el suelo.

—¿Es en serio lo de salir a buscarlo? —me preguntó Layla.

—Sí. Por eso me recordaste el dicho de mi papá, ¿no? —Layla no dijo nada—. La policía no está haciendo nada y ya no puedo quedarme acostada viendo el techo —concluí.

Nadie habló.

Miré a Brayden con la esperanza de que me ayudara.

—Te ayudaré... Veamos lo que tenemos —dijo regresándome la mirada. Se veía más optimista ahora que había decidido también que no íbamos a sentarnos hasta recibir una noticia mala. Preparó su mano para un conteo y dijo—: Auto abandonado. Escenografía de una película porno. Nathan hablando con alguien que al parecer conoce... y chocolates contaminados.

—¡Chocolates contaminados! —espetó Layla. Su sorpresa de haber dado con algo la dejó con la boca abierta—. ¡La tarjeta! ¡L!.. ¡Lisa!

—¿Quién es Lisa? —preguntó David confundido, se sentó en el respaldo del sillón cercano.

—La chica con la que estoy saliendo desde hace unas semanas —respondió Brayden casi en un hilo de voz.

—¿Y por qué drogaría a Nathan? ¿Lo conoce? —volvió a preguntar David.

Todos asentimos.

—¿Crees que fue ella? —pregunté a Layla.

—“Lo raptaría hasta que me diera uno” —respondió Layla imitando la voz de Lisa—. Es capaz de eso y más por él. Te lo dije.

—Nadie me dice “no” —repetí en un murmullo lo que escuché de Lisa.

Mi estómago enfermó por el remordimiento de no haberle puesto un alto en ese momento.

—No, Layla, conozco a Lisa y no lo haría —refutó Brayden. No quería creer que otra mujer lo había utilizado para llegar a su hermano.

—Pues a mí me parece que sí es capaz de hacerlo —contradijo Layla—. Además, no te es extraño que no la haya podido localizar, ni a Ivy desde hace días.

—Nathan se hubiera parado a conversar con ella —comenté a Brayden.

—¡No es ella! ¡Punto! —dijo Brayden. Alzó la voz para terminar con la sospecha.

—¿Por qué estás tan seguro que no fue ella, Bray? —inquirió David cruzando los brazos sobre su pecho para acentuar su pose curiosa.

—¡Porque me ama, ¿okay?!

—Sé que tu no la amas, o no hubieras estado a punto de besarme ayer —contradije su suposición sin querer.

—¿Qué? —espetó David poniéndose de pie en un brinco.

—¿En serio tenías que sacar eso frente al chismoso? —me inquirió Brayden, señaló a David con un cabeceo.

—De ahora en adelante...

—David, no tienes que advertir nada. Nathan sabrá todo lo que hice en su ausencia... ¡por mí, ¿okay?! —lo interrumpí agresivamente para que no siguiera en su rol de guardián de mi reputación.

—¡Buena, ya dejen de pelear! —detuvo Layla esa discusión que ni al caso—. Bray, el que ella diga que te ama no es una garantía de que no sería capaz de secuestrarlo.

—No fue ella porque estuvo conmigo todo el fin de semana.

—Me dijiste que... —reclamé su mentira.

—¡Sí, te mentí! ¿Qué querías que te dijera? ¿Qué me estoy cogiendo a la mujer que mi hermano humilló enfrente de mí? ¿Que tuve que dejarla desnuda en mi cama para hacer los encargos de mi mamá?

—Eso sería algo —respondió David sin levantar la voz. De hecho tomó una pose algo desinteresada.

—¡Cállate, Dave! —le espetó Brayden con gestos de que no se metiera.

—Pues yo no voy a dejar de culpar a Lisa hasta que alguien me demuestre que ella no fue —dije—. Lo siento, Bray, pero todas las pruebas apuntan a ella.

“Seguramente estuvo contigo para tener una coartada, pero Ivy pudo ayudarla.

—Estás cometiendo el mismo error que la policía —comentó Brayden entre dientes.

—Pues entonces demuéstreme que ella no fue. ¡Ayúdame a encontrar a Nate!... ¡Hemos llegado a un maldito callejón sin salida! —dije cubriendo mi frente con la mano.

Hubo silencio. Uno tan pesado que difícilmente era cortado por las miradas que nos echábamos unos a otros. Decíamos todo y a la vez nada.

Reclamos. Acusaciones...

Finalmente Dave cortó la lucha de miradas y sacó su celular.

—¿A quién vas a llamar? —le inquirió Layla con tono celoso.

Él escondió una sonrisa llena de satisfacción.

No sabía qué se traían esos dos, pero seguramente estaban saliendo a escondidas. Quise aclarar mis dudas pero lo haría después. En ese momento todo mi cuerpo funcionaba con el solo objetivo de regresar a Nate a mi lado lo más pronto posible.

Dave esperó pacientemente a que su llamada fuera respondida. Caminó en círculos con aire superior.

—Hola... ¿Cómo estás? —sonrió—. Sí, es una lástima... No, no están haciendo nada... ¿Te extraña?

—rió entre dientes—. Sí, es irónico... Esta vez haré valer tu palabra en su nombre... Bien... Bien... ¿Cuándo quieras! Aunque entre más pronto, mejor... Sí... ¿Alguna palabra clave?... ¿En serio?... Sí, supongo que tienes razón... ¡Okay, entonces te veo en una hora o dos!... ¡Por dios, dile que espere!... Okay, okay, perdón. Estoy muy tenso... Bien, te veo en un rato.

—¿Con quién demonios hablabas? —cuestionó Brayden a Dave tan pronto como colgó.

—Con Harry —respondió Layla por David.

—¿Cómo sabes que estaba hablando con él? —le pregunté curiosa.

—Siempre lee entre líneas, Lexy.

Recordé la conversación clave de David. La verdad es que no encontré algo que me dijera que Harry era su interlocutor.

—¿Quién es Harry? —preguntó Bray confundido.

—El Príncipe Harry —respondí.

—¿Lo conocen? —inquirió asombrado.

Todos asentimos.

—¿Le vas a pedir su ayuda? —preguntó Brayden a David con una actitud más amigable.

David asintió.

—¿Por qué no fuimos con él desde un principio? —reprochó Bray.

—No recordé que era amigo de Nate —murmuré regañándome por olvidar tan importante amistad.

—Porque no quería inmiscuirlo, pero ya estamos en un punto en donde lo necesitamos... Tal vez él puede jalar los hilos a la policía para que se pongan a trabajar y no a pensar en estupideces.

“Quiere que vayamos a verlo —respondió David.

—¿A Buckingham? —preguntó Bray nervioso.

—No, a Nottingham Cottage.

—Okay, vayan. Yo me quedaré aquí por si se les ofrece algo. Seré el centro de comunicaciones —comentó Layla con tono risible al final.

Salimos del departamento.

—Alerta paparazzi —dijo Brayden casi a mi oído.

Volteé a todos lados disimuladamente. El hombre que literalmente acosaba a Nathan estaba de nuevo cerca de su auto, haciendo obvia su presencia. Nos había seguido.

—No entiendo por qué no está tomando fotos —comenté.

—Olvídense de él —dijo David abriendo su Alfa Romeo con el control a distancia.

Me subí atrás.

David manejó hasta el palacio de Kensington sin llamar mucho la atención.

Llegamos a la verja que era fielmente custodiada por guardias.

—Viva Las Vegas —dijo David al guardia, quien nos dejó pasar sin dudar.

—¿Viva Las Vegas? —dijo Brayden viendo a David totalmente confundido.

—¿Recuerdan el escándalo que tuvo Harry en Las Vegas? —preguntó David, avanzando lentamente por la vereda que llevaba al departamento de Harry.

Contestamos sí.

—Bueno, Harry nunca se había divertido tanto como lo hizo ahí —dijo, luego sonrió con añoranza—. ¡Viva Las Vegas!

—¿Nate fue parte de ese escándalo? —cuestioné disgustada.

Todo el mundo se enteró de esa escapada que tuvo el Príncipe con amigos.

Borracheras, desnudos, fiesta de un fin de semana. Un escándalo tan fuerte que Harry tuvo que disculparse con el pueblo por su comportamiento.

—No, estaba filmando. Pero yo si estuve con él... Y en todo caso que hubiere estado ahí, fue antes de conocerte —me dijo David.

Detuvo el auto y bajamos.

Así que no todo lo que se dice de Harry es mentira, pensé mientras caminaba detrás de David y Brayden.

Fuimos recibidos por un mayordomo que nos llevó a una gran sala de juegos. Llamar ese lugar departamento era tonto. Si ese era un departamento, entonces el que compartía con Layla era una pocilga.

El mayordomo nos dejó solos, nos invitó a esperar sentados.

Segundos después, Harry entró caminando apresurado.

—Bien, denme la versión rápida de lo que ha pasado desde que me enteré que Nate se fue persiguiendo una falda —dijo Harry, se sentó y tomó una posición cómoda para escuchar una larga historia. Con todo y que nos advirtió que quería la versión corta de los hechos.

Brayden se inclinó tomando una pose de narrador.

—¿Y tú quién eres? —le cuestionó Harry.

—Es Brayden, el hermano de Nate —respondí.

—¿Tú eres el terco? —le inquirió Harry sorprendido de por fin conocer el pequeño hermano del que Nate tanto se quejaba.

—Sí. Ya me imagino lo que Nate dijo de mí.

Harry rió entre dientes.

—Bien... empieza —dijo Harry con una sonrisa cálida.

Todos escuchamos el recuento de los hechos con atención.

—Sé que no estás engañando a Nate con él —me comentó Harry señalando a Brayden con la mano.

—¿Cómo lo sabes? —le cuestionó David.

—Su mirada dice que su mundo gira alrededor de Nate —respondió Harry, señalándome con un tímido cabeceo.

Todos pusieron atención a mi nerviosismo.

—¿Por eso me preguntaste si era una fan?

—Sí. Me refería a él, pero tú pensaste otra cosa.

—Okay, okay. Ya sabemos que se aman y que todo su mundo es lindo y lleno de flores —interrumpió Brayden molesto.

Harry rió entre dientes. Por supuesto ninguno supo qué carajos le dio tanta risa, quizás recordó algo que Nate le platicó de Brayden.

—Dejémonos de rodeos... Sé por qué están aquí y, sí, quiero ayudarlos —dijo tras una pausa que llevó a su mano a jugar con su barbilla.

—¿Obligarás a la policía a dejar esa estúpida línea de investigación y enfocarse en que fue secuestrado? —preguntó David esperanzado.

—No, no puedo hacer eso. Mi abuela me mataría si se entera que estoy ayudando a uno de mis amigos de “juerga”. Además, debemos mostrar ante todo que confiamos en nuestra policía —dijo Harry.

—¿Entonces? —pregunté desesperanzada.

—¿Recuerdas que te dije que me era difícil saber quién se acercaba a mí por quién soy o por cómo soy? —me preguntó Harry.

Asentí.

—La única manera que tengo de saberlo es investigando a esa persona. Y para eso debo tener...

—Un investigador —completé.

—¿Él lo encontrará? —consultó Brayden aun esperanzado.

—No, no puedo dejar que esté preguntando acerca de Nate por todos lados. No tienen idea de cuán rápido llegan los rumores a los medios de lo que hace mi familia... Además, por lo que han dicho, ustedes podrían encontrarlo más rápido. Mi investigador les ayudará a validar todas esas pruebas que ustedes descubran. Las llevará con su contacto en la policía —respondió Harry.

—No hay tiempo para eso —dije.

—Creo saber por dónde vas, Harry.

“Lexy, tú y Brayden siguen siendo sospechosos. Ya lo has dicho, la policía creé que ustedes están fabricando esas pruebas. Desgraciadamente necesitamos a la policía, por seguridad. No sabemos realmente quién o quiénes tienen a Nate. La situación puede ser peligrosa —dijo David.

—Así que los aplausos se los llevará la policía —concluyó Bray.

Harry y David asintieron.

—Okay, ¡cómo sea! Siempre y cuando hagan algo —dije.

—Bien —Harry se puso de pie y fue hacia un escritorio, sacó algo de ahí—. Llamen a este número y den mi palabra clave.

—¿Viva Las Vegas? —le cuestioné sarcástica.

Harry solo levantó la mitad de su sonrisa, haciéndolo ver como un niño travieso. Sus pecas y cabello rojo potenciaban más esa pose.

—Nate no estuvo conmigo en ese viaje. Estaba filmando —lo excusó sin entender que no era un reclamo, sino una inoportuna broma.

Sonreí.

—Bien, si no les molesta que los corra, tengo que irme. Cena con mi abuela —dijo Harry poniéndose de pie.

Entregó a Brayden la tarjeta del investigador.

—Gracias, Harry. En verdad muchas gracias —le agradecí mientras me despedía de él de beso en cada mejilla.

Olvidé el protocolo Real.

—Espero que lo encuentres pronto —dijo.

Brayden estrechó su mano amigablemente.

—Termina tu berrinche y arregla los problemas con tu hermano —le recomendó Harry.

Brayden solo sonrió tímidamente. Después de todo, ¿qué podía decirle al Príncipe de su nación?

—Te hablo después —le dijo David. Su despedida fue más de amigos.

—Bien. Mantenme informado.

Salimos de la sala de juegos. Harry se desvió a unas escaleras y las subió en un trote.

Ya en el auto, de regreso al departamento, Brayden contemplaba la tarjeta como si fuera un superhéroe. Que en cierta forma sí lo era.

No decidió esperar y llamó al investigador.

Alcancé a escuchar el murmullo de un hombre que contestaba la llamada, así de silencioso estaba el auto.

—Viva Las Vegas —dijo Brayden.

Hubo un largo silencio.

David me vio por el retrovisor, cuestionándome qué estaba pasando. Me encogí de hombros respondiéndole que no tenía idea.

—Bien, entendido... Necesito su ayuda —dijo Brayden.

Entonces supimos que el investigador ya le estaba hablando de nuevo. Le relató una versión muy corta de lo que había sucedido con Nate, de lo que habíamos encontrado y de que su “Real majestad” nos había enviado con él.

Seguramente el investigador daba instrucciones a Brayden porque respondía con puros “A-ha”.

No tardó en decir un “Bien” finalmente y colgó.

—¿Qué dijo? —le inquirí asomándome en medio de los dos asientos.

David lo miró intermitentemente.

—Dijo que Harry ya le había hablado para ordenarle que nos ayudara. Que le enviemos todo lo que consigamos de ahora en adelante, que no lo llevemos a la policía. Él se encargará del resto.

—¿Enfrentaremos a Lisa? —consulté a Brayden.

—Ya te dije que ella no es.

—Bray, no podemos dejar ninguna pista sin verificar —dijo David.

—Si creen que fue ella por esa tarjeta, les recuerdo que Layla también pudo darle esos chocolates... ¡o tú, Lexy!

“Después de todo, sus nombres también empiezan con “L”.

—¿Por qué sería Layla sospechosa? —cuestionó David.

—Todo su desprecio hacia Nate puede ser una treta para despistar que está obsesionada con él... ¿No se les hace raro que solo quiere quedarse en el departamento? —comentó Bray.

Reí sin querer.

—O la policía tiene razón, Lexy. Nate te dejó y no aceptas un “No” por respuesta. Algo le hiciste y, para cubrirte, nos estás haciendo creer que eres inocente.

Callé cuando David me vio sospechosamente por el retrovisor. De inmediato le negué en silencio esa teoría.

—Creería eso, si no es porque Nate no para de hablar de ti, Lexy. Es algo cansado estar escuchando cuán maravillosa eres —comentó David—. Igualmente, no tiene sentido. ¿Para qué lo secuestrarías, si lo has tenido desde que lo conociste?

“En cuanto a Layla...

—Ella no fue, David. No desconfíes de ella —aseguré.

Conocía muy bien a Layla. Ella no era del tipo obsesivo con nada.

—Entonces no repartan culpas sin tener pruebas antes —concluyó Bray serio.

Llegamos a mi departamento y el paparazzi seguía ahí.

—¡Carajo! ¿Este hombre va a esperarnos todo el tiempo? —espetó David.

Bajó del auto molesto.

—¿Supongo que es tu trabajo que no me esté asediando la prensa?

David asintió mientras caminaba rápido hacia el paparazzi.

Después de todo, sí puedes hacer milagros.

El hombre temió la decisión con la que David iba hacia él.

—Mi intención no es molestar —dijo el hombre, pero su vista se posó solo en mí.

—¿No te parece que tu “intención” es muy vaga? —remató Brayden cruzándose de brazos.

Tenía a cada uno a mi lado, como fieles caballeros medievales que me protegerían del brujo malvado.

—He querido hablar contigo, pero... —calló el hombre, metió sus manos a los bolsillos de sus jeans y se encorvó en una posición que demostraba sumisión a David y Brayden.

Brayden bufó sarcástico, desairando al tipo, y me tomó del brazo para obligarme a regresar a la casa, pero no me moví de mi lugar, de hecho, hasta retiré su agarre de una sacudida.

—¿Qué es lo que querías decirme? —pregunté al hombre, demostrándole que tenía toda mi atención que, después de todo, eso había estado buscando desde el día anterior.

—Quizás pueda ayudarte a descubrir quién secuestró a Nathan... No creo que se haya ido con otra mujer —respondió.

¡Increíble! Incluso el paparazzi cree en la honorabilidad de Nate.

—¿Un secuestro te deja más dinero que una escapada? —le preguntó Brayden sarcástico.

El hombre negó con la cabeza decididamente.

—No. No estoy aquí por dinero, sino porque Nathan ha sido amable conmigo. Me ha facilitado mi trabajo —respondió el hombre sin dejarse intimidar por la miradita que le echaba.

—¿Y cómo puedes ayudarnos? —pregunté curiosa.

—Mis fotos... Les he tomado fotos desde que se filtró que eras su novia, Alexandra —me respondió ignorando a mis guardianes. Calló e hizo gestos indecisos—. A lo mejor fotografié al secuestrador.

No vi la reacción de David y Brayden pero supongo que fue exactamente igual que la mía: mi respiración se detuvo súbitamente y mi corazón dio un golpeteo fuera de ritmo. Era la esperanza que le regresaba un poco de vida.

—¿Por qué no has ido a la policía? —le preguntó Brayden.

—Porque soy un “acosador”, ¿recuerdan? —respondió el hombre con una sonrisa sarcástica.

—Okay. ¿Puedes mostrarnos tus fotografías? —le pidió David, ya con un tono más amigable.

—Vamos a mi casa —dijo el hombre después de asentir. Abrió la puerta de su coche, pero antes de subir se presentó como Donald Wilkinson.

Por supuesto no nos subimos a su auto, regresamos al de David y lo seguimos.

—¿Estamos siguiendo a un paparazzi para que nos muestre las pruebas de que los ha acosado? —preguntó Brayden al aire.

Su duda era lógica. Incluso yo sentía que todo esto era una treta para tener una exclusiva.

—Tampoco me gusta pero es ver esas fotografías o encarar a tu “vieja” —respondió David echándole una miradita a Brayden que no supe descifrar.

El paparazzi... Donald nos guió hasta Battersea. Vivía a solo unas cuadras de la estación Clapham Junction.

Bajamos e intercambiamos miradas, buscamos que alguno de los tres tomara el rol de líder y nos guiara hacia dentro de la casa de Donald.

—Pasen, pasen... ¿Gustan algo de beber? —nos preguntó Donald. Recogió cosas tiradas en el suelo.

—No, gracias —respondió David por los tres.

Entré admirando su pequeño departamento. En el primer cuarto, al que nos invitó a pasar y el que se suponía debería ser la sala, había un escritorio con dos Macs encendidas. Había tres impresoras de fotografías en lo que era un librero. También había flashes y cámaras arrumbados en otra mesa muy cerca de la pared.

Las paredes llamaron mi atención. Las adornaban fotografías enmarcadas formando un perfecto rectángulo —este hombre era igual de quisquilloso que Nathan con la simetría—. Eran hermosas, y todas tenían a la misma modelo en varias situaciones artísticas o cotidianas.

Su trabajo era muy bueno.

—No toda mi vida he sido un paparazzi —comentó Donald cuando me vio con la boca abierta.

—Te estás desperdiciando en esa horrible carrera —respondí mirándolo de reojo—. Esto es hermoso.

Donald me sonrió agradecido por el alago.

—Bien... —dijo David atrayendo nuestra atención—. Enséñanos.

—¡Oh, sí!

Donald pasó entre nosotros y se sentó frente a las dos Macs. Movi6 el mouse con velocidad y busc6 una carpeta que decía Nathan Bates, que a su vez tenía otras que estaban etiquetadas por mes y año.

Abrió la del último mes.

Un sinfín de fotografías en miniaturas apareció e inició con la primera.

—Nathan —susurré al verlo.

Mi reacción inmediata fue querer llorar. Verlo captado en algo tan cotidiano como saliendo de su casa, me recordó que no lo tenía a mi lado.

Me tapé la boca para ahogar esa tristeza. Respiré pesadamente para reprimir las lágrimas.

—¿Estás bien? —me preguntó David posando su mano sobre mi hombro en señal de apoyo.

Asentí con los labios apretados, forzando una sonrisa.

Donald siguió cambiando de fotografías que me dio la apariencia de ver un video, si es que su clic fuera más rápido.

—¿Hay alguna que no sea de él caminando? —preguntó Brayden a Donald con tono burlón.

—¡Oh, sí! Lo siento, tengo que tomar todas las que pueda para entregar las más claras.

—Okay —dijo Brayden pausadamente con tono aburrido.

Fue a otra carpeta y la flecha del mouse parecía buscar la foto adecuada.

Finalmente la encontró.

—Esta la tomé antes de entrar al teatro... el día de su primera función.

—Admiradoras —murmuro David, se inclinó un poco al monitor para ver mejor.

—Sí —concordó Donald, dejó esa fotografía y giró su silla hacia nosotros.

Se puso de pie y fue a buscar una cámara.

—Diferentes admiradoras buscando su propio recuerdo... —comentó en lo que retiraba la memoria —. O eso creí.

Regresó y metió la memoria en un lector de tarjetas.

—Me di cuenta que de entre todas las fans, una volvía siempre.

—¿Lisa? —exclamé por instinto.

Donald volteó a verme por encima de su hombro, curioso por lo que dije.

—Muéstranos —le ordenó David.

De inmediato regresó a la computadora y abrió la primera fotografía.

Nate firmaba algo a una fan que estaba de espaldas a la cámara. Aunque Brayden comentó que no era Lisa, a mi si me lo pareció.

Donald siguió pasando las fotos rápidamente hasta que tomó la velocidad de un video mal grabado.

Vimos en secuencia temblorosa como Nate sonreía mientras firmaba el papel que la fan le sostenía. Algo le decía ella, algo que le hizo mostrar su sonrisa actuada. Finalmente Nate le regresó la pluma y se despidió de ella. La fan miró un rato a Nate, que no volteó a verla en ningún momento. Tal vez desesperanzada dio la cara a la cámara.

¡No era Lisa!

—¡Ven! ¡Se los dije! —exclamó Brayden aliviado realmente de que no fuera ella.

Por mi parte, me desilusioné. Seguíamos en el callejón, buscando una salida. Ya me había hecho a la idea de que Lisa era la culpable.

—Dices que siempre regresaba —le comentó David a Donald.

—¡Ah, sí! —respondió con un asentamiento y fue a otro folder. Buscó una fotografía en especial y la amplió—. En un principio me pareció normal... Otra fan obsesionada, pero empezó a actuar sospechosamente. Miren.

Amplió la foto. Misma joven pero ahora con lentes graduados.

Luego fue a otra carpeta y mostró otra fotografía. Misma joven pero ahora con el cabello de diferente color, más oscuro.

Así nos siguió enseñando fotografías hasta que llegó a una que reconocí inmediatamente.

—¡Es la fan del parque! —exclamé.

La reconocí porque yo estaba en la fotografía. Era muy mala para recordar rostros de personas que no me interesaban mucho.

—Sí, fue cuando Nathan por fin te mostró al mundo —comentó Donald.

Ese hombre debió ser de la S.A.S. antes de ser fotógrafo porque Nate y yo nunca sentimos que estuviésemos siendo vigilados ese día. O tal vez Nate sí se dio cuenta y no le importó.

Retrocedí mientras recordaba todo el momento.

—¡Soy una estúpida! ¡Fui amable con ella! —dije ahogadamente con las manos en la frente.

—Okay, nos has demostrado que es una acosadora —dijo David—. No es una prueba de que ella lo secuestró.

—Eso concluí también —concordó Donald—, pero entonces descubrí esto cuando vi la noticia de que habían encontrado su auto abandonado.

Fue a otra carpeta y seleccionó una fotografía que, si bien fue tomada algo lejos, mostraba a la fan con una caja de chocolates.

—Por alguna razón ella cuidaba mucho esa caja ese día —comentó Donald.

Tenía razón, la fan sujetaba la caja como si fuera de oro.

Volteé a ver a Brayden inmediatamente.

—¿Cuándo tomaste esa fotografía? —preguntó David a Donald exasperado.

—La tarde del sábado, su última función... Creo que es mucha coincidencia que el mismo día que él desapareció, ella lo acosó por un buen rato.

¡Esa era la prueba que nos certificaba que ella era “L”, y era la maldita mujer que lo había raptado!

—Necesitamos que nos des copias de todas esas fotografías para llevarlas a la policía.

Donald no respondió y solo apagó el monitor de la computadora. Giró la silla, se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—¿Qué esperas? ¡No podemos seguir perdiendo tiempo! ¡Quién sabe qué le está haciendo esa desquiciada a mi hermano! —espetó Brayden.

—Se las daré con una condición —dijo Donald.

—¡Dijiste que no querías dinero! ¡Que querías ayudarnos a encontrar a Nathan! —grité ya impaciente.

—Pero entonces dijiste que mi trabajo era bueno, y pensé... ¿por qué no? —dijo Donald. Le hicimos gestos de que no entendíamos—. Lo único que quiero es que Nathan me haga su fotógrafo personal y les daré las fotos —expuso con mucha calma.

—¡Carajo! ¡Ya lo eres! —gritó Brayden también ya con los nervios de puntas.

—No, ya no quiero seguir siendo su *paparazzi*.

—¿Quieres contactos? —preguntó David tranquilo.

No comprendí cómo podía mantener esa calma.

Donald asintió.

—Okay, llámame en unos días —dijo David, le extendió la mano para cerrar el trato.

Donald la estrechó decididamente y luego le pasó un papel y pluma para que anotara el número. Tan pronto como David le entregó el papel, Donald caminó rápidamente a la computadora y empezó a copiar todas las fotografías relacionadas a Nate y esa fan.

Al igual que Dave, una recomendación me pareció un precio bajísimo a pagar por la libertad de Nate.

Donald me dio la USB, la tomé temblando de nervios. Esa era la prueba final para que la policía se pusiera ya a buscarlo.

¡Era el santo grial que le daría libertad al amor de mi vida!

—Gracias —dije a Donald.

No tenía que darle las gracias. Bien pudimos haber ido con el investigador de Harry, decirle que el paparazzi que perseguía a Nate tenía las fotos de la secuestradora y asunto arreglado.

Pero comprendí que Donald me había buscado para que reconociera a esa mujer y certificara que era ella quién lo tenía. Sin mí “careo” virtual, sería otra sospechosa que estaba en los últimos lugares de la lista.

Salimos de la casa de Donald y Brayden de inmediato llamó al investigador. Le relató lo que acabamos de descubrir.

Brayden se iba a encontrar con él en una hora. Pero antes David me llevó al departamento; concluyó con mis retorcciones y tronidos de huesos que el mundo sobre mis hombros ya pesaba toneladas.

HORRIBLE ESPERA

—¡No puedo creerlo! —exclamó Layla cuando le relatamos lo de las fotos.

—Yo quería ir a la policía, terminar con esto de una vez... Rogar al detective que por favor lo buscara, que no perdiera más tiempo... —comenté.

—Lexy, ya han hecho suficiente. ¡Dieron con su secuestradora en casi tres días! ¡Ustedes solos! —me interrumpió Layla realmente sorprendida.

—Debo aceptar que Mulder y Scully trabajan muy bien juntos —comentó David. Se dejó caer cansadamente en el sillón, se quitó los zapatos y se retorció para deshacerse del estrés acumulado.

—“Entre más tardes en buscarlo, más te será imposible encontrarlo” —les recordé las palabras de mi padre.

—Solo nosotros podíamos encontrarlo, Layla. Nadie lo conoce tan bien como nosotros para ver que los detalles que dejó esta mujer regados por todos lados no cuadraban con la vida de Nate... Y también nadie más tenía la determinación necesaria para encontrarlo lo más pronto posible... Excepto sus padres, por supuesto —explicó David.

—¿Ahora qué van a hacer?

—Esperar —respondió David en lo que tomaba el control remoto.

Hasta ahí terminaba nuestra intervención. No teníamos los medios para saber el nombre completo de esa maldita tipa.

Layla fue a sentarse a su lado y se echaron miraditas alentadoras.

Esa era mi señal para que me retirara a mi cuarto.

Aproveché para llamar a mis padres. Les relaté todo lo que pasó, por supuesto no les dije que pasé los últimos días buscándolo, que por eso no me había comunicado con ellos, y solo escuché sus palabras optimistas en silencio.

También quise llamar a los padres de Nate, Brayden me había dado el teléfono de sus padres antes de marcharse el día que me desmayé, pero decidí no hacerlo porque lo más seguro era que iba a revelarles todo a la menor pregunta de por qué le había sucedido esto a su hijo.

Me eché en mi cama, cada musculo de mi cuerpo agradeció el descanso.

Ahora venía lo más estresante de todo.

Esperar.

Me sentí de nuevo inútil mientras contemplaba el techo. El tiempo corría a mí alrededor haciendo mi ansiedad más latente y pesada.

Finalmente me levanté de la cama cuando Brayden regresó cerca de las dos horas de que se fue.

—¿Qué sucedió? ¿Qué dijo? —le demandé apenas si entró al departamento.

—Fue a reunirse con su contacto en la policía. Si siembra la semilla perfecta, quizás tendremos a Nate de nuevo con nosotros en tres días a lo mucho.

Sonreí de oreja a oreja y me arrojé a Brayden para abrazarlo.

Y luego lloré.

Pero fueron lágrimas llenas de optimismo.

—Iré a ver a mis padres. Es seguro que ellos van a ser los primeros a los que les informen si lo encontraron —nos avisó Brayden después de que me tranquilizó.

Asentí limpiando mis lágrimas cuidadosamente.

—¿Les dirás que dimos con ella? —le preguntó David.

—No. Son capaces de ir a la policía a acelerar las cosas. No nos conviene que la policía crea de nuevo que Lexy y yo fabricamos esa nueva pista... Ya veré si les digo después, cuando Nate ya esté con nosotros —respondió Brayden.

Se despidió y se marchó.

—Tu mundo acaba de iluminarse, ¿verdad, Lexy? —comentó Layla cuando me llevé la mano al pecho, el suspiro me dolió en el corazón.

—Aun no.

Fui a mi cuarto.

Cuando tomé mi iPod para relajarme a fuerzas, recordé que Nate me había prometido hacerme una copia de su playlist que me dedicó.

Pero no había nada.

Me hubiera gustado mucho escucharlo en ese momento que necesitaba sentirlo cerca de mí, aunque fuera en mi imaginación.

Me resigné y seleccioné cualquier canción.

Horas pasaron y ninguna noticia aun.

Un día pasó y nada.

Empecé a dudar que la policía hiciera algo.

Mi sollozo de optimismo se transformó de nuevo en uno de desespero y dolor para la tarde del segundo día esperando.

—Lexy —me llamó Layla antes de empujar la puerta entreabierta de mi cuarto.

—¿Qué sucede?

—Ven a comer.

—No tengo hambre.

—No has probado nada desde antier.

—No tengo hambre —volví a decir con la vista perdida en la ventana.

—No tienes hambre, no has dormido... —escuché su voz que seguramente acompañaba a su mano contando.

—No...

—¡No me mientas! Te he escuchado danzando en la madrugada. Así que vienes a comer inmediatamente. ¡Sin más excusas! —me interrumpió con tono mandón.

—Lo siento, Layla, pero ya no funciono —me excusé dándole la cara.

Mi fortaleza ya se había rendido ante el dolor de mi corazón.

—Lo sé, y eso me preocupa porque vas a enfermarte antes de que lo encuentren... ¿No te has visto en el espejo? ¡Estás lista para una película de vampiros!... O zombis, lo que más te guste.

Reí sin querer.

—Vamos, amiga, come algo.

Suspiré e hice caso de su suplica.

Me senté a la mesa. David, que estaba ya comiendo, me recibió con una sonrisa atorada entre masticadas.

Comí todo lo que me sirvió Layla.

Tal vez mi cerebro decía que no tenía hambre pero mi estómago opinaba diferente porque recibió el alimento muy gustoso.

Después vi un rato una película con ellos. Me retiré a dormir cerca de las nueve de la noche.

Okay, esa inutilidad ya era demasiado. Si no tenía noticias para el día siguiente, entonces saldría a

hacer un escándalo en la estación de policía. O les levantaría una demanda por ineptitud. Algo tenía que hacer para matar la angustia que ya me enfermaba físicamente.

No sé cómo lo hice pero no tardé en caer dormida tan pronto como decidí que ya no iba a estar de nuevo a la espera de que algo pasara.

Quisiera decir que estaba soñando con Nate, pero no.

Era un sueño raro en donde Miguel Ángel —sí, el artista renacentista. Dije que era un sueño raro, ¿no?— se acercaba a mí en lo que me pareció una enorme biblioteca muy antigua. Llena con todos los libros que Nate tenía en su librero. Se repetían sin fin.

—¿Lo has encontrado? —me inquirió, pero su pregunta sonaba más a un reproche.

—No, aun no —le respondí bajando la cabeza.

—Tienes que hacerlo o desaparecerá.

—¿Crees que no lo sé? —proferí exasperada—. Pero a menos de que le hayas puesto un localizador a tu obra de arte, no tengo otra manera de encontrarlo.

—No estás entendiendo —dijo poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza. Todo en una posición que me gritaba que no estaba a la altura de su genialidad.

—¡Genios! Solo ustedes se entienden —dije mientras desviaba la mirada a un librero de donde salía una melodía con campanas. Calló cuando tuvo toda mi atención.

Regresé a Miguel Ángel y ya no estaba.

Vagué un poco por el lugar, buscándolo de nuevo para que me explicara qué quiso decir, cuando otra vez esa melodía se escuchó. El lugar empezó a ser engullido por la oscuridad. Me asusté tanto que empecé a correr entre los pasillos de la biblioteca que poco a poco tomaron la forma de un laberinto.

Me desesperé al no encontrar una salida que me alejara de esa melodía que aumentaba su volumen hasta el punto de torturarme los oídos.

—¡Despierta! —me gritaron junto con un zangoloteó muy agresivo.

Di un brinco que casi me hizo caer de la cama.

Layla estaba de pie, a un lado de la cama, con la luz de la lámpara prendida y mi celular en la mano.

La miré aun desorientada.

—Ha estado sonando. Es Brayden —dijo extendiéndome el celular.

Lo tomé en lo que carraspeaba para despertar mis cuerdas vocales.

—¿Brayden?

—¡Lo encontraron, Lexy! ¡Lo encontraron!

El celular se me cayó de las manos, mi respiración se atoró en una titubeante inhalación, mi corazón se aceleró lo más que pudo.

Vi que Layla tomó el celular.

—¿Qué le dijiste que la dejaste helada? —le preguntó angustiada por una mala noticia.

La miré, quería cerciorarme con sus gestos que había escuchado bien.

Todo su rostro estaba atónito.

Dijo varios “Sí” y colgó.

—Lo encontraron... Está en casa de sus padres, un doctor lo está revisando —dijo Layla calmada.

—¡Quiero ir! —dije decidida, salí de la cama a la velocidad de la luz.

Me vestí atrabancadamente mientras que escuchaba a Layla hablando con alguien.

—David pasará por ti —me avisó.

Asentí y fui a la cocina por un botecito de leche. Según mi cuerpo ya le estaba exigiendo demasiado, me sentía algo débil.

David me recogió a los quince minutos.

—¿Dónde estaba? —le pregunté desesperada mientras manejaba a altísima velocidad por las calles desiertas de la ciudad.

—No lo sé, Lexy. También acabo de enterarme.

Me troné los dedos, completamente nerviosa.

¿En qué condiciones estaba que necesitaba un doctor? ¿Le dará gusto verme?... ¡Por dios, lo encontraron! ¡No podía creerlo!

Llegamos a la casa de los señores Bates. Había dos patrullas estacionadas afuera vigilando. Supongo que la prensa llegaría tan pronto como se diera a conocer la noticia.

David tocó el timbre nervioso.

Brayden fue quien abrió la puerta.

Entramos y vi primero al detective Albarn hablando por su celular.

Abrazamos a Brayden por turnos.

—¿Cómo está? —le preguntó David.

Brayden respondió sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Me asusté.

—Físicamente... más o menos. Mentalmente... no está bien —respondió Brayden cuando vio que mis ojos se entristecieron.

—Es lógico —comentó David.

—No importa, siempre estaré a su lado para ayudarlo a superar esto... ¿Puedo verlo? —pregunté ansiosa.

—No, Lexy. Solo quiere a mis padres a su lado... Ni siquiera quiere verme.

—Está bien —dije resignada.

De seguro Nate se sentía tan indefenso que solo sus padres podían darle esa sensación de protección que necesitaba.

—Iba a la cocina por una taza de café, ¿quieren uno? —nos consultó Brayden encaminados a donde supuse estaba la cocina.

Asentimos.

No sé David, pero yo sí necesitaba algo que me mantuviera despierta en este mundo.

—¿Dónde estaba? —le preguntó David.

Brayden no respondió y solo vio a uno de los policías que había entrado a la cocina a rellenar su taza de café que, al parecer, había preparado la señora Bates exclusivamente para ellos.

—¿No puedes hablar? —le pregunté.

Brayden susurró que no.

—Bueno, al menos ya está a salvo —comentó David.

No sé si mi cuerpo agradecía mucho la cafeína, o era el simple conocimiento de que Nate estaba un piso arriba, muy cerca de mí, pero sentí que me devolvieron un poco de la vida que me fue arrebatada por una desconocida.

Pasamos el resto de la madrugada en la sala.

David se durmió con la cabeza incómodamente acomodada en el borde del respaldo, y yo usando su brazo como apoyo. Brayden en un sofá, abrazándose a sí mismo y con los pies encima de la mesa de centro.

Dentro de mí inexistente sueño, sentí la fuerte presencia de Nate, como si yo fuera la luna y el mi maravilloso planeta tierra. Recordándome con su fuerte gravedad que no debía alejarme, porque si no, perdería la hermosa vida a su lado. Me desperté rápido y lo vi cruzando el pasillo que llevaba a la cocina. Fue como ver un furtivo fantasma. Su presencia se sentía tan irreal.

Me puse de pie como pude, despertando a David y a Brayden en el proceso.

Ya no había policías en la casa.

Caminé apresurada a la cocina a la par que llamaba a Nate desesperada.

Tan pronto como lo vi parado en medio de la cocina, corrí a abrazarlo.

No me respondió. De hecho, estaba tan tieso que sentí que estaba abrazando a un frío poste de concreto. Aun así, sonreí llena de felicidad al sentirlo y escuchar su corazón latiendo rápidamente.

Pero no latía por mí, sino de miedo.

Sus brazos me alejaron agresivamente.

—¡No, no... no! ¡No quiero verla! —pidió a su padre. Nate estaba aterrado y molesto al mismo tiempo.

—¿Pero Nate? —le demandé una explicación totalmente dolida porque me rechazaba.

—¡Aléjenla de mí!... ¡No quiero verla! —gruñó tan fuerte que me hizo brincar del susto.

Nadie se movió. Estaban sorprendidos por cómo me trataba.

Retrocedí unas pasos para verlo bien. Para verificar que efectivamente era desprecio lo que me despedía. Lo desconocí completamente.

Su rostro contorsionado por el rencor era algo que jamás olvidaré, y que por lo tanto no quería seguir recibiendo. Hui de la cocina empujando a Brayden y David en el camino.

Mi respiración agitada evitaba que mis lágrimas salieran libremente.

Salí corriendo de la casa, los rayos del sol mañanero me deslumbraron un poco. Mi huida alertó a los policías que aún estaban vigilando. Llegué a la banqueta en donde iba a dejarme caer en el suelo, pero Brayden me alcanzó, me tomó de la mano para voltearme a él y me abrazó fuertemente. Escuché que les dijo a los policías que todo estaba bien.

Lloré.

Lloré con el corazón en la mano, quería que dejara de latir para terminar con ese dolor que me prometía estar a mi lado por siempre.

—Dale tiempo, Lexy —me susurró.

No respondí y solo terminé de sacar mi sufrimiento.

—¿Te llevo a tu departamento? —me preguntó en un momento en que el llanto se detuvo.

—No, quédate con él. Tomaré un taxi a la estación del metro más cercana —respondí mientras retenía el llanto.

—¿Segura?

Asentí. Aunque no lo estaba.

Esa estúpida fan me había arrancado todo sin contemplación. El hombre que amaba no podía siquiera verme. No soportaba que lo tocara. ¡Me odiaba!

Porque, después de esto, Nate odiaba a las fans, y yo era la más grande de todas.

Brayden me soltó y regresó a su casa, pero en el camino se topó con David, quien le reclamó por dejarme sola.

Discutieron y, al final, David me llevó a mi departamento.

No hablé en todo el camino, venía como zombi.

Tras que Nate me corrió de su lado, no volví a verlo.

Los primeros días le hablé a casa de sus padres, pero siempre recibí la misma “cordial” respuesta de labios de su madre: aún no estaba listo para verme. Que por favor le diera su espacio. Pero es que ella no sabía cuán difícil me era estar separada de él.

A veces estaba tan desesperada que no quería hacer caso a ese “no está listo para verte” e ir a donde los Bates con la decisión de no irme hasta hablar con él. Pero Layla me detenía recordándome que había dos paparazzi vigilando mis pasos todo el tiempo. Listos para cualquier cosa. Mi terquedad solo iba a avispar más la noticia de su rapto.

La información que se reveló a los medios fue prácticamente filtrada por David. No quería que su amigo tuviera que lidiar con el circo mediático y que recibiera ofertas de trabajo solo por lo que le había pasado. Los medios especulaban con lo poco que tenían.

Con el paso de las semanas dejé de molestarlo, ya dolía demasiado. Además, no quería que me viera como una fan acosadora.

Para no seguir pensando en Nate —que era imposible—, me enfoqué en mis estudios. Era mi último semestre y no quería ni podía retrasarme. Al menos la meta de terminar la universidad era un punto seguro en mi futuro.

No fue difícil realmente, tenía tiempo libre de sobra. Sin embargo, sí lo fue volver a ser una solitaria en el salón. Mis antiguos “amigos” trataron de reintegrarme a su grupito. Yo sabía que su amistad no era sincera, solo tenían esa curiosidad morbosa por saber qué había pasado en verdad con Nate.

Lógicamente ignoré a esos “amigos”.

Al fin estaba experimentando lo que Brayden y Harry odiaban de la fama: que la gente se acercara a mí por conveniencia.

Al menos tenía tres verdaderos amigos en quien confiar.

David fue una figura casi paterna, protectora. Layla fue mi voz de la razón, la que me detenía de actuar imprudentemente; y Brayden fue un verdadero apoyo en mis tristes días. Alguien con quien hablar.

Él fue el que me dijo un par de semanas después de encontrar a Nate lo que realmente le pasó.

Al principio atosigué a David para que me contara todo, pero él se limitó a decirme que estaba siguiendo las órdenes de su amigo de no involucrarme ya en su vida. Que ya no siguiera martirizándome.

Sentí que Nate apuñaló mi corazón desde lejos cuando David me dijo eso.

—Su nombre es Laura Williams —dijo Brayden mientras estábamos sentados en la banca en donde estuvimos a punto de besarnos— y es muy inteligente... casi cayendo en la genialidad.

“Se graduó de la universidad de Oxford a los 20 años.

“Cuando no está secuestrando hermanos, trabaja como investigadora en una farmacéutica.

“Le gustó Nathan desde su primera película.

Volteé a ver a Brayden atónita, pero él siguió con la mirada perdida en los estudiantes que iban y venían. No podía creer que las dos nos hubiéramos interesado por Nate al mismo tiempo.

—Ha seguido la carrera de Nate desde entonces —suspiró—. Con cada año que pasaba, se “enamorado” más de él. Fue hasta que ya no soportó más y decidió que era hora de conocerlo, de conquistarlo.

“Lo siguió en la gira por América con la esperanza de que hubiera un clic entre los dos. Pero ya estando ahí se dio cuenta que iba a ser imposible acercarse a él, ya que los actores principales iban con

él y la seguridad alrededor de ellos era fuerte.

“Entonces planeó conocerlo en México, creyó que ahí la seguridad sería más ligera. Pero sucedió lo mismo que en América, no pudo verlo porque su estadía fue corta y su agenda completamente saturada. Como fue el único actor de la película que aceptó visitar ese país.

“De alguna manera se enteró en qué vuelo regresaría a Londres. Su plan era sentarse junto a él, pero alguien se le adelantó y le quitó el asiento que según ella le pertenecía —Brayden volteó a verme con una sonrisa sutil.

—Yo no le quité nada. No tengo la culpa de haber llegado al aeropuerto antes que ella y de que el empleado de la aerolínea me promoviera el lugar sin que yo se lo pidiera... Además ni siquiera sabía que él iba en ese vuelo.

—Ella no lo vio así.

“Trató de hacerse la encontradiza con él en el avión pero las asistentes de vuelo no le permitieron el paso. Entonces cambió el plan para chocar con él en la banda de equipaje, pero que cuando lo encontró, vio que estaba acompañado.

Mi bufido salió con rastros de una risa irónica. ¿Habría sido ella la que prácticamente me atropelló cuando caminaba a lado de Nate?

—Regresó a trabajar... y pensó otra manera de poder acercarse a él.

“Entonces supo que Nate iba a hacer una obra de teatro. ¡Esa era su oportunidad!

“Lo conoció por fin después de la primera función, cuando Nate salía del teatro. Pero había otras admiradoras rogonas que no dejaban de manosearlo...

Reí sin querer.

—Así dijo ella —suspiró para retomar su relato—. No pudo hablar con él, por lo menos no lo suficiente para que él la viera realmente.

“Por su trabajo, solo podía ir los sábados a esperarlo fuera del teatro. Pero en esos días Nate no salía a saludar a sus admiradoras.

—No, porque era cuando nos veíamos —comenté.

—Pues ella no sabía eso. Empezó a enojarse, se sentía defraudada.

“Fue cuando su genialidad se volvió oscura. Si Nate la seguía viendo como una fan, y no como una mujer que lo amaba, entonces le abriría los ojos por otros medios.

—¿Cómo? —pregunté curiosa.

—Bueno, suma esto: genio más conocimientos en química, y quizás medicina, más todo un arsenal de drogas a la mano, igual a chocolates contaminados.

Estaba boquiabierta.

—Sabía que a él le gustaban los chocolates, por lo que compró los mejores en el mercado para que él no se pudiera resistir, y les puso ese químico cuya funcionalidad era desinhibirlo. Algo como una droga de amor. Ella casualmente estaría a la mano cuando le hicieran efecto.

“Pero una vez más su plan falló...

—Y los chocolates cayeron en mis manos —comenté—. Con razón tenía esa urgencia de... bueno, ya sabes qué.

Brayden rió entre dientes irónico.

La única vez que me le ofrecí directamente y fue bajo la influencia de una droga.

—Entonces descubrió la razón por la que Nate estaba tan distante con las fans y los medios últimamente —dijo echándome una miradita acusadora—. Quiso conocerte para medir con qué tenía que competir. Siguió a Nate a su casa un viernes, después de la obra, y los cazó hasta que salieron al parque.

“Desde ese momento te odió porque le quitaste la vida que le pertenecía— iba a rezongar pero Bray continuó—. Se les puso enfrente para que él comparara a ambas. Dijo que descubrió tus celos cuando

les ofreciste su ayuda, que por eso hipócritamente la trataste amablemente para sobresalir con Nate.

Me quedé boquiabierta.

—Que le hiciste una escenita a Nate cuando él le miró el trasero. La había elegido y tú estabas de rogona.

Seguía boquiabierta. Le había advertido a Nate que su actitud indiferente me hacía ver mal.

—Sabes que todos los villanos de los comics son genios pero son buenos hasta que les sucede algo catastrófico, ¿verdad?

“Generalmente un accidente.

Asentí.

—Bueno, tú fuiste su “accidente”.

“Tú eras el problema. La que se interponía entre ellos dos.

“Empezó a buscar la forma de deshacerse de ti.

No oculté mi miedo. ¿Qué tenía planeado para mí? ¿Matarme?

—Creo que tuvo un momento lúcido porque dijo que se dio cuenta que solo tenía que atraer la atención de Nate, hacerle saber que era suya.

“Pero tú estabas en todos lados con él, o había fans. La única manera de tenerlo a solas para ella, era...

—¡Raptándolo!

Brayden asintió lentamente.

—¿Cómo lo hizo ella sola? —pregunté.

—Siguió vigilándolos hasta que de la nada salieron con dirección al aeropuerto. Creyó que Nate era el que se iba pero escuchó que pasarías unos días en Madrid.

Recordé el momento.

—¡Dios mío! ¡Era ella! —exclamé al recordar a la joven que se sentó frente a nosotros. Usó el mismo disfraz que Nate: unas malditas gafas graduadas.

—Dijo que Nate le sonrió cuando la reconoció. Qué él le murmuró que quería hablar con ella pero que no podía porque estabas tú como perro guardián. Que lo buscara después.

—¿Qué? ¿En qué maldita dimensión ha estado viviendo esa tipa? —espeté crispada.

—Yo creo que para ese entonces ya había perdido la diferencia entre la realidad y la fantasía.

“Okay... —inhaló profundamente—. Libre de ti, tenía todo el tiempo para convencerlo de quedarse con ella.

“Lo vio antes de la función, como vimos en las fotos. Él la reconoció del parque. Platicaron un rato y ya cuando se iba le dio la caja de chocolates como agradecimiento por ser tan amable ese día. Por supuesto, esos chocolates tenían una dosis más fuerte.

“Pero una vez más las cosas no salieron como ella lo planeó.

“Lo esperó.

“Y aquí es donde viene lo más terrorífico —dijo Brayden. La piel se me erizó—. Nate terminó de atender a sus fans, su asistente en el teatro ya había llevado sus cosas al auto y sus compañeros ya lo esperaban en el pub más cercano. Lo vio acercarse, era “ahora o nunca”. Pensó rápido y ponchó la llanta de su auto. Iba a usar la carta del buen samaritano.

“Mi hermano, educado como un caballero, se ofreció a ayudarla cuando vio que estaba batallando al cambiar la llanta.

—¿No la reconoció?

—Sí. Dijo que Nate sospechó que todo había sido planeado pero que ella rápidamente le dijo que no lo estaba acosando. Que había ido a ver la obra con unas amigas y que después fueron a cenar, dejó el auto ahí, y que cuando regresó ya tenía la pinchadura.

“Ella aun empecinada en su plan, porque ya no se conformaba con que él platicara con ella, le ofreció

una botella de agua mientras cambiaba la llanta, con la misma dosis de los nuevos chocolates.

“Nate la bebió confiado y, en minutos, la vio con *otros ojos*.

“Ella lo besó y él no se resistió.

Mi estómago enfermó.

—De ahí en adelante mi hermano estuvo tan dócil como un tierno gatito bajo sus caricias.

—No compares ese raptó... y violación con algo tierno —dije ya con nauseas. Quería vomitar.

Porque eso fue lo que pasó, la tipa le había dado una nueva versión de Rohipnol o Special K para tener sexo con él.

—Lo llevó a su casa. No sé a dónde, ni quise saber —dijo Brayden con una sonrisa torcida. Continuó

—. Se dio cuenta que la droga no duraba tanto como ella deseaba. Necesitaba más tiempo para que él quedara totalmente hechizado por ella.

“Pero eso era lo que menos tenía: tiempo. Regresarías pronto. Entonces fue a la casa de Nate a plantar todo lo que nos encontramos. La idea era que creyeras que estaba harto de todo y por eso había huido con su nueva conquista.

Ya no soporté más y me paré de prisa para correr a un bote de basura a volver el estómago.

Brayden me alcanzó.

—¡Tranquila! —dijo.

Su mano sobre mi espalda me dio su apoyo mientras yo terminaba de volver todo lo que había comido en la mañana.

—Terminemos aquí.

—¡No! Continúa —dije en lo que regresábamos a donde estábamos sentados.

Tomé mi botella de agua y di un largo sorbo. Se sintió bien el líquido frío tranquilizando los ácidos del estómago.

Necesitaba saber todo. Descubrir el motivo de su rechazo.

—Nate se ponía violento cada vez que empezaba a salir del letargo de la droga.

—Al menos se defendió.

—No completamente —contradijo Brayden—. Recuerda que ella es una genio psicótica.

—¿Qué le hizo?

—Adelantar el horario de las dosis de la droga y hacerle creer que estaba contigo.

—¿Qué?... ¿Cómo?

—No lo sé, pero alcancé a escuchar al detective que te usó de alguna manera para dominarlo. Para entonces ya estaba tan enojado que tuve que salir de la casa para tomar un respiro.

Me puse de pie atrabancadamente y arrojé la botella hacia el árbol que teníamos a nuestras espaldas. Grité.

Brayden solo me vio. Supongo que creyó que era necesario que sacara todo ese odio, frustración y demás que me enfermaban.

Finalmente me dejé caer desganadamente, cansada de todo.

—Se acabó —murmuré para mí.

Acepté que Nate jamás iba a regresar a mí porque siempre le recordaría lo que le pasó.

Esa mujer había conseguido lo que quería, manchar mi amor por Nate.

—Dale tiempo, Lexy... Dale tiempo —dijo Brayden tomando mi mano para consolarme.

Pero cuando levanté la mirada a la suya, vi que también concordaba con que estaba perdida.

Esa fue mi última conversación con Brayden respecto a Nate.

Cuando nos vimos después, me trató igual a como cuando lo conocí. Bromeaba conmigo. Buscaba hacerme la vida un poco más alegre, aunque era bastante notorio en todo mi semblante que estaba deprimida. Fue el amigo que necesitaba.

Después me enteré por David que Laura Williams estaba recluida en una institución mental.

Esperando a ser juzgada.

En otra situación hubiera sentido una pizca de compasión por ella. Había perdido la línea entre su fantasía y la realidad, como les sucede a algunas fans a veces, pero había lastimado a Nate de formas que no quería imaginar. Lo había llevado al punto en donde desconfiaba hasta de su propia sombra.

No volvería a confiar en la gente tan fácilmente.

La odié por eso.

¿Cómo podría Nate confiar en mí?

Recuerdo que le comenté a Brayden que con gusto sufriría todo el dolor del mundo a cambio de que Nate volviera a ser el mismo.

Pero ese Nate estaba perdido en no sé dónde, totalmente inaccesible a mí.

Días después, Layla me sugirió que lo dejara ir. Que retomara el camino que hubiera seguido si no lo hubiera conocido.

Ojala fuera tan fácil hacerlo como decirlo. No había podido hacerlo cuando lo conocí, ¿cómo podría hacerlo ahora que lo amaba?

¿Cómo podía dejar ir esa maravillosa parte que me dio vida diariamente? ¿Podría mi corazón volver a latir sin esa pesadumbre que lo ahorcaba con sus oscuras garras? ¿Cómo podía planear un nuevo día sin él?

¿Cómo?

TRES MESES DESPUÉS

Me levanté algo tarde el sábado a dos semanas de terminar el semestre.

Ya no estaba deprimida, por lo menos no como al principio. Quizás porque hice caso del consejo de Layla de ir avanzando un día a la vez, ya sin él en mente. Esperaba que el tiempo lo curara todo, como suelen decir.

Mi plan de quedarme en Londres cambió. Me mudaría a Madrid tan pronto como terminara la universidad. Tendría que volver por mi diploma unos meses después, pero sería un regreso de un solo día.

Tomé mi laptop, libros y anotaciones de las materias a las que daría un repaso. El siguiente lunes empezaban mis exámenes finales y quería estar cien por ciento preparada. Aunque ya lo estaba.

Fui a la cocina mientras el sistema arrancaba.

—Buenos días —me saludó Layla entre bostezos.

—Hola... ¿Dormiste bien? —pregunté descansando sobre el mueble, disfruté verla caminando directo a la cafetera arrastrando los pies y con los brazos colgando como zombi.

—No —respondió bostezando.

—¿Vas a pasar el día con David? —pregunté casualmente, solo para despertarla más.

Asintió con una sonrisa somnolienta.

El primer final feliz que presencié después de que encontraron a Nate, fue el noviazgo de Layla y David.

Bueno, no puedo llamarlo noviazgo porque no sé qué tipo de relación existe entre los dos. No eran novios, no eran amigos cariñosos, pero su relación era totalmente exclusiva una con el otro.

Yo lo llamaba noviazgo pero Layla me decía que no lo era.

Mi amiga era muy extraña en esas cuestiones. Supongo que no le gustaba sentir que toda su vida giraba alrededor de una persona otra vez, a pesar de que la suya ya lo hacía alrededor de David. Como un satélite fiel y constante.

Me alegré por ella. Muy cínica con el amor y ahora me ponía ojitos de borrego enamorado cada vez que mencionaba a David.

—¿Qué tienes planeado? —me consultó sujetándose del mueble, su cuerpo seguía dormido.

Escondí una sonrisa por su estado.

—Creo que pasaré todo el día repasando mis apuntes, luego iré por Fish & Chips, y ya veré si salgo a correr en la tarde.

“A lo mejor paso la noche poniéndome al corriente con las series.

—¡Vaya, qué sábado tan aburrido!

—Sí, bueno, esa soy ahora... Alguien aburrido al que no se le deben acercar —dije sarcástica.

¿Cómo era posible que hiciera ese comentario sabiendo cómo estaba mi ánimo desde hace unos meses?

No comentó nada y solo bebió rápido su café, dio un suspiro rejuvenecedor y se estiró como si sintiera a la cafeína actuar ya.

—Okay, aburrida, te dejo. Voy a bañarme y me voy.

—Okay —dije sin ánimo.

Salí detrás de ella, quedándome en el comedor.

Me puse los audífonos, seleccioné mi *score* favorito y me adentré en mi mundo de conocimiento.

A la hora, Layla se despidió toda eufórica y se marchó.

Ya a solas. Cerré la laptop y fui a conectar mi iPod a la bocina, subí un poco el volumen y tomé mi libro de la mesa de centro que había dejado a medias la noche anterior. Me tumbé en el sillón con una pierna colgando y contemplé a la nada por un rato, luego inicié mi lectura.

A la media hora, fui a la cocina por una Coca-Cola fría y una manzana.

El teléfono de la casa sonó. No corrí, me tomé mi tiempo en lo que el timbre trataba de destacar por encima de la música. Contesté llevándome el auricular a la bocina para bajar el volumen.

—¿Quién habla? —pregunté al desconocer la voz.

—Brayden.

—¡Ah, hola! ¿Cómo estás? —dije con real entusiasmo. Me dio mucho gusto escuchar su voz.

—Bien. ¿Estás ocupada? —respondió. Sonó apresurado.

De seguro está aburrido... ¡Mmm! No quiero salir, pensé.

—Algo, estaba por repasar unas materias.

—¡Ah, la ratón de biblioteca! —exclamó burlescamente.

Reí tontamente.

—Chiquilla, deja eso y ponte a hacer algo más productivo.

—¿Qué no es productivo estudiar? —pregunté inocentemente.

Brayden rió.

—Nunca lo será... Okay. Mi mamá quiere hablar contigo.

—¿Qué? ¿Para...? —exigí una explicación, pero escuché la voz de la señora Bates llamándome Lexy

—. ¡Buenos días, señora Bates! ¿Cómo está? —la saludé lo más formal que pude.

—¡Bien, hija! ¿Cómo estás?

Hice algunos sonidos que le decían que las cosas podrían estar mejor.

—Espero no interrumpirte.

—¡No, señora! ¿En qué puedo servirle?

—Quería pedirte de favor si podrías venir a hacerle compañía a Nate.

Sentí una opresión incomoda en mi corazón ante la súbita, y muy directa, petición.

No respondí.

¡No sabía que responder!

No quería verlo porque sabía que mi pobre corazón no podría soportar que me volviera a despreciar. Estaba tan dañado que solo unas manos invisibles lo mantenían trabajando dándole RCP constantemente.

—¿Lexy?

—Aquí estoy, señora —respondí.

Hice una pausa en lo que me mordía el labio. No me atrevía a dar la respuesta que mi razón decía era la mejor.

—¿Me harías ese favor?

—¿Por qué yo, señora? Brayden puede hacerle compañía —me excusé sagazmente.

—Hija, esto es lo que sucede —empleó el tono tan paternal como el que usa mi padre al darme sus razones de por qué debo hacer lo que él quiere —: Nate va a vender su casa.

—Se enteró que *ella* estuvo ahí —comenté sin pensar.

—Sí. No quiere regresar ahí.

“Bray ya le consiguió un departamento a un par de calles de Hyde Park, en Kensington. Se mudará ahí tan pronto como se sienta bien.

—A-ha —hice saber que le ponía atención.

—Pero hay que ir a empacar sus cosas. Desechar todo aquello que ella posiblemente haya... tocado —terminó con voz asqueada.

—Okay.

—Brayden va a ayudarnos a empacar.

—David podría... —ya no terminé mi otra sugerencia porque David estaba con Layla, y ella seguramente me iba a matar si le arruinaba su fin de semana romántico.

Suspiré angustiada.

—Él ya sabe que vendrás. No se portará mal contigo.

Mi respiración se hizo audible, pero solo para que la señora Bates entendiera que estaba meditando la situación.

Dijiste que estarías ahí para él siempre que te necesitara, me recordó mi vocecita fastidiosa. Esa que siempre tiene un libre acceso a los recuerdos para encarártelos cínicamente.

—Okay, señora. Estaré ahí para medio día.

—Gracias, hija. Te lo agradezco mucho.

—No tiene que hacerlo.

—Bien, háblale a Brayden cuando estés en la estación para que vaya a recogerte.

—Sí, nos vemos en un rato.

Colgué.

Tuve que respirar profundamente para darme valor a moverme de ahí.

Finalmente fui a bañarme. Me arreglé muy sencilla, no había nadie a quién impresionar.

Tomé mi iPod y lo escuché durante todo el camino a la casa de los Bates.

Ya en la estación, mandé un mensaje a Brayden diciéndole que podía recogerme. Esperé diez minutos a lo mucho.

—Hola, chiquilla, ¿cómo estás?

—Igual a cuando preguntaste la primera vez por teléfono —dije irónica.

Brayden rió sin querer.

—¿Estás preparada para verlo?

—Nunca lo estaré.

—No tengas miedo —dijo tomando mi mano solo un momento para darme apoyo—. La terapia le ha servido mucho. Ya está más... asertivo a ti.

—Elegante palabra para decirme que ya no me odia tanto.

—Dale tiempo.

—Sí, bueno, se ha acabado el tiempo. Regreso a Madrid en dos semanas —dije con tono indiferente.

La verdad es que ya estaba cansada de que todo el mundo me dijera que le diera tiempo.

¡Eso era lo que le iba a dar, pero alejada de él!

—¿Cómo que te vas?... Solo vas de vacaciones, ¿verdad?—espetó deteniendo agresivamente el auto en un alto. Volteó a verme molesto por mi decisión.

—Nop —dije con un tronido al final.

Ya no le di mis razones para huir de Londres porque no quería hablar de cuánto me lastimó ese rapto.

Todas esas promesas que hice —y que mi subconsciente se encargaba de restregarme—, acerca de que lo ayudaría y esperaría, se las hice a Bray. Nunca a Nate directamente. Así que no estaba rompiendo nada. Bueno, solo rompía una, la de “No vuelvas a alejarte de mí”, pero ya no tenía caso cumplirla porque Nate fue el que me alejó de él.

Le soporté su mirada confundida hasta que vi de reojo que el semáforo cambió a verde.

—Luz verde —le avisé cuando no la notó.

Guardó silencio el resto del corto viaje a casa de sus padres.

Cuando bajé del auto, sentí los mismos nervios de la primera vez que fui a casa de Nate. Con la diferencia de que esta vez no iba a ser recibida con comida china, un beso y la experiencia sexual más maravillosa de mi vida.

Tendría que conformarme con una sonrisa forzada, muy cortés... muy actuada.

—¡Mamá! ¡Ya llegamos! —gritó Brayden tan pronto como entramos a la casa. Su voz resonó por todos lados.

El estómago me ardió tanto que tuve que palparlo para tranquilizarlo.

La señora Bates bajó las escaleras, me embobé con su andar elegante.

—Hola, Lexy. ¡Qué bueno que ya estés aquí! —dijo con un tono algo alto y luego desvió la mirada hacia a un lado mío.

La seguí.

Y casi me da un infarto al ver a Nate recargado de brazos cruzados en el pilar que dividía la sala del hall. Me miraba como si yo fuera alguien desconocido. Totalmente frío.

Crack.

Mi corazón se rompió en otra parte.

—Hola —dije instintivamente.

Nate me saludó con un indiferente cabeceo y regresó a la sala.

Se me fue un pequeño suspiro cuando le clavé la mirada en la espalda, deseando que se detuviera y volteara a verme.

Pero no lo hizo.

Tomó el control del televisor y se echó relajadamente en un sofá, subió los pies a la mesa de centro.

Bajé el rostro notoriamente acongojado.

Quería salir corriendo. Decirle a la señora Bates y Brayden que lo olvidaran. No podía soportar tanta indiferencia.

¡Lo prometiste!

¡Demonios!

El señor Bates salió de la sala y me saludó con una sonrisa amable.

—Bien. Hay comida hecha en el refrigerador... —la señora Bates empezó sus instrucciones, ignorando que me pesaban los pies para seguirla. La mano de Brayden me empujó hacia la cocina—, pero si no te agrada lo que preparé, no te preocupes y pide algo de comer. Los teléfonos están aquí, solo di que es una orden para la familia Bates y no pagarás nada.

—Ya tenemos cuenta abierta en los restaurantes locales. Creo que somos los que pagamos las colegiaturas de los hijos de los dueños —me bromeó Brayden al oído.

Reí sinceramente sin querer.

La señora Bates le hizo una mueca a su hijo pequeño cuando se dio cuenta de la facilidad con la que me levantaba el ánimo.

—Bien, te dejamos con el prisionero —dijo Brayden ignorando a su madre.

Volví a reír entre dientes.

Los acompañé a la puerta.

—Bray, ¿a qué hora regresarán?

Brayden no respondió y solo volteó a la sala cuando Nate subió el volumen de la televisión.

—No te molestará, vive en ese sofá... —le hice una mueca angustiada—. Okay, llámame cuando ya no puedas con él —dijo y me dio un beso de despedida en la mejilla.

Estaba confundida. Los hermanos Bates habían intercambiado su actitud para conmigo. Por supuesto, la indiferencia que más me dolió fue la de Nate.

Cerré la puerta y respiré hondo.

—Tranquila, tranquila, tranquila —repetí para mí tan calladamente mientras iba a la sala.

Miré a Nate.

Tenía el cabello despeinado, más largo de lo normal, barbita de varios días, ojeras que ya estaban desapareciendo, vestía unas bermudas y sandalias, playera blanca que revelaba que ya no hacía tanto

ejercicio como antes.

¡Dios! A pesar de todo, sigue estando guapísimo.

Volteó a verme como si le molestara que lo mirara.

—¿Quieres algo de comer? —pregunté tontamente.

Me hizo un gesto de que era bastante obvio que si tenía hambre, podía ir él solo a la cocina por algo de comer.

—Lo siento —fui a sentarme en el sillón más cerca.

Nate me miró de reojo, muy inexpresivo. Jamás lo había visto así de serio. Ni siquiera cuando me exigió que me alejara de su hermano. En ese entonces, estaba enojado. Esta vez, no sentía nada. Y eso era peor porque significaba que realmente yo ya no existía en su vida.

—¿Quieres que me vaya?

Negó con la cabeza.

—¿Quieres que vea la tele contigo?

Asintió.

—¿Quieres platicar?

Negó con la cabeza.

—Okay —dije conforme.

Era un avance, a paso de tortuga pero era algo. Al menos ya podía estar en el mismo cuarto que yo.

Vimos dos películas seguidas en silencio.

No volteé a verlo. Ni aun cuando se paró y regresó con dos latas de Coca-Cola; me puso una en mi campo de visión, la tomé temblando notoriamente y regresó a su lugar.

Mi estómago gimió tímidamente.

—¿Tienes hambre? —le pregunté mirándolo renuientemente.

Asintió.

—¿Quieres comer lo que preparó tu mamá o pido algo?

Se encogió de hombros.

Fui a la cocina a ver que había preparado su mamá. Vi varios tupperwares con pasta, albóndigas asadas y ensalada. Honestamente no se me antojó, así que tomé el teléfono de la cocina y pedí una pizza de pepperoni con champiñones.

Regresé con Nate.

—Pedí una pizza.

Asintió.

¡Dios! Tu silencio ya me está sacando de quicio.

Me acosté en el sillón y cerré los ojos un momento. Estaba tan estresada, ¡y lo odiaba!

Al rato sentí que me zangolotearon el hombro.

Desperté desorientada como siempre.

Nate me avisó con un cabeceó que la orden ya había llegado.

Me llegó el exquisito aroma de la pizza que estaba sobre la mesa de centro. Estaba por ir por unos platos, servilletas y bebidas a la cocina, pero Nate ya traía todo entre sus brazos.

Me dio un plato, sin tocarme, y puso lo demás en la mesa. Se sirvió pizza y fue a recluirse de nuevo en su sofá.

Comí usando la mesa de centro.

La televisión estaba a un volumen bajo.

Sentí su mirada mientras comía, y me incomodaba mucho, por lo que me retorcí de tal manera que mi cabello le ocultó mi rostro.

Tenía hambre, pero mi estómago estaba tan revuelto desde que llegué a esa casa que me dieron nauseas.

—¿No te gustó?

Lo miré totalmente sorprendida porque finalmente me dirigió la palabra. Supongo que mi rostro estaba, bueno, idiotizado porque torció sus labios en una esquina, aparentando sonreír sarcásticamente por algo. ¿Se burlaba de mi sufrimiento?

Me quedé muda. Mi corazón palpité tan fuerte que mis pulmones tuvieron que succionar más aire para cumplir sus exigencias. No sé por qué las lágrimas quisieron brotar.

Creo que estaba en un punto en donde su indiferencia ya me había ahogado, y esa sencilla pregunta... escuchar su voz, fue como si me hubiera rescatado de él mismo.

Me puse de pie sin responderle y salí de la casa... hiperventilando.

¡Ya era demasiado!

Le marqué a Brayden y le rogué que regresara.

—¿Te hizo algo? —preguntó preocupado.

—Por favor, ¡ven!

Brayden colgó sin decir nada.

Esperé afuera hasta reponerme un poco.

Cuando me volví para entrar a la casa, Nate estaba en el pasillo mirándome. Sentí un revoltijo en el estómago, causado por mi miedo a regresar adentro y estar con él después de mi escena de quiebre. Pero ya empezaba a lloviznar y no podía esperar a Brayden afuera.

Entré con paso apurado y mirada clavada en el suelo y, en lugar de ir a la sala junto con él, fui a la cocina. Me quedé ahí, tomando una taza de café hasta que llegó Brayden con sus papás.

—Lo siento, señora, pero no puedo más —le dije cuándo entró con su esposo a la cocina.

Pasé a un lado de Nate, que estaba de nuevo recargado indiferentemente en el pilar, y salí con la cabeza baja. No me importó que viera que me estaba lastimando.

—Voy a llevarla a su casa —dijo Brayden a mis espaldas.

Supongo que le avisó a Nate porque no había nadie más ahí.

Al subir al auto, le dije a Brayden que no quería hablar de su hermano, que por favor pusiera música o me hablara de Kathleen.

Segundo final feliz a mí alrededor: Brayden tenía novia.

Conoció a Kathleen gracias a Harry. Ella era hija de un empresario adinerado y, por su amistad con Harry, también estaba en el ojo mediático. Conocía lo que era estar detrás de alguien famoso.

Se conocieron cuando Brayden fue a agradecer a Harry su ayuda. Ella estaba saliendo del departamento cuando chocaron y rieron nerviosamente al verse. Harry los presentó y platicaron unos minutos. Brayden tuvo ese clic de inmediato que lo llevó a preguntarle a Harry por ella en cuanto se fue. Harry no dudó en darle su número.

Brayden valientemente la llamó a los pocos días y la invitó a tomar un café.

Desde esa cita, todo fue como seguir un camino predestinado. Casi como el que tuvo conmigo antes de que Nate reapareciera.

Al mes, Brayden ya me estaba pidiendo consejos de cómo pedirle que fuera su novia.

Sentí celos en un principio, pero era lógico. No estaba celosa de que Brayden ya me había olvidado, sino de que él si estaba teniendo un final feliz, al igual que David y Layla, mientras que yo seguía refundida en el infierno de amar a alguien y no ser correspondida.

Una fan más de Nathan Bates.

—Dale tiempo, Lexy —me dijo Brayden apresurado cuando bajé de su auto.

No respondí nada y solo cerré la puerta del pasajero. ¡Ya estaba harta de que todo el mundo me dijera que le diera tiempo a Nate!

¿Qué necesitaban para entender que mi corazón se rompía diariamente desde que lo encontraron? ¿Acaso tenía que sacarme una radiografía del corazón para que vieran como apenas me daba vida?

Además no tenían que recordármelo cada vez que podían, solo me lastimaban más. Por el contrario, tenían que comprender que me era difícil estar alejada de él, aun cuando él estuviera a unos cuantos pasos, y que el dolor que sentía era tan grande que a veces pensaba que jamás volvería a amar.

Esa visita a su casa destrozó la poca esperanza que tenía de que él regresara a mí.

Más que nunca, necesitaba pensar que iba a hacer con mi vida, y la única manera de hacerlo era alejándome de Nate. Y del paparazzi que aún me seguía recurrentemente con la esperanza de estar presente durante una reconciliación. Por supuesto él no sabía que no habría tal y que yo me marchaba a Madrid para intentar reconstruir mi vida. Si es que podía hacerlo.

Irónicamente, la distancia me ofrecía una esperanza de tener un futuro en donde pudiera ser amada de nuevo por alguien más.

Para el público, Nate y yo habíamos roto. Esa fue la declaración que se dio a las dos semanas de que Nate fue encontrado.

David creyó que así alejaría a los medios de mí, pero solo trajo a esos dos paparazzi a mi vida que, a diferencia de Donald, convirtieron mis salidas en un infierno luminoso andante.

Nunca supe que decían los medios de mí.

Más bien, nunca quise saber.

No vi a Layla hasta entrada la noche del domingo. No hablé con ella de mis horas en casa de los Bates, solo le pregunté si iría a la universidad conmigo en la mañana.

Nada más.

Por primera vez en mi vida de universitaria, agradecí que tuviera exámenes toda la semana. Todo mi tiempo estaría dedicado a la universidad.

Y así fue. Por lo menos hasta que terminé el último examen el viernes, que fue cuando el mundo me fue devuelto para que volviera a cargarlo.

La señora Bates me llamó cerca de las siete de la noche.

—Hola, hija, disculpa que te moleste de nuevo —dijo con ese tono que me era difícil decirle “No”.

—No es molestia. ¿En qué puedo ayudarle?

Esto ya parece déjà vu, dijo mi voccecita que ya concordaba que ver a Nate había sido una mala idea.

—Quería pedirte de nuevo si podrías hacerle compañía a Nate.

¡Di no!... ¡Di no!

—Lo siento, pero no puedo.

¡Bien hecho!

—Lexy, por favor, tenemos que terminar de empacar. El domingo irán a ver la casa.

Me quedé en silencio. No sabía qué excusa dar.

—Si no puedes venir, lo podemos llevar a tu casa.

Se me atoró la respiración.

Pasé segundos en silencio, pensando en cuánto dolería volverlo a ver.

¡Mucho! Dolería mucho.

Duele porque aun lo amas... Pero tienes que ayudarlo a pesar de tu dolor.

—Está bien, señora. Tráiganlo a mi casa —accedí después de un suspiro y de mentarle la madre a esa vocecita indecisa para que ya dejara de joder.

—Gracias, Lexy. Será la última vez.

—Sí, lo será, porque lamento decirle que salgo para Madrid la próxima semana —le comenté para que entendiera que ya no podía manipularme así.

—¿Vas a visitar a tus padres? —preguntó curiosa. Al parecer, Brayden no les había dicho de mi mudanza.

—No, me mudo a allá.

—¡Oh! —exclamó como si en verdad le pareciera una tragedia—. Bien, entonces te llevamos a Nate mañana antes de mediodía.

—Okay.

—Que descanses, Lexy.

—Igualmente.

Colgué.

—Nate va a venir mañana —le comenté a Layla.

—Sí, ya sabía.

—¿Disculpa?

—Le pidieron primero el favor a David pero tenemos una reunión con Harry.

—¡Ah! —exclamé fastidiada de que todo mundo pudo seguir con sus vidas, excepto yo—. Esta vez voy a tener que tragarme todo. No voy a poder huir —comenté a Layla, aunque fue más bien una advertencia propia.

—Tienes que...

—¡Ni se te ocurra decirlo porque ahora si te mando al demonio! —espeté severa.

Layla rió entre dientes.

Lógicamente, no pude dormir. Por lo menos no con facilidad.

Al día siguiente, me levanté cerca de las diez de la mañana y me preparé para recibir a Nate.

Tocaron a la puerta a las once en punto. Pregunté quién era por el intercomunicador.

—Brayden —escuché casi en un grito.

Suspiré largo y les di acceso. Fui a abrir la puerta temblando.

—¡Hola! —me saludó Brayden tan efusivo como siempre—. Buenos días, Layla.

—Buenos días, Bray... Nate —dijo desde el pasillo que llevaba a los cuartos.

Ambos pasaron. Nate respondió el saludo.

—Bien, Lexy, aquí te dejo al niño.

“Le das de comer a eso de las cinco y le pones las caricaturas para que se entretenga. Si aun así se pone muy inquieto, puedes llevarlo al parque para que juegue con otros niños.

—¡Bray! —le reprendió Nate su broma apretando los dientes.

Layla se carcajeó.

Nunca me he resistido a las bromas de Bray, pero por alguna razón esta no me pareció tan graciosa.

Tal vez porque muy inconscientemente quería decirle a Nate que no solo él estaba atorado en la vida. Me había llevado entre las patas.

—Hermano, eso eres últimamente —le dijo dándole unas palmadas en la espalda.

—Siéntate, Nate —le dijo Layla señalándole la sala.

Le preguntó cómo estaba y todo aquello cuando no se ve a alguien desde hace mucho. ¡Claro! Tuvo cuidado de no sacar nada de su “situación”.

—Te acompaño a tu auto —sugerí a Bray tomándolo del brazo para salir.

—¡Hasta el rato, Nate!

—Sí, sí... ¡Nos vemos! —le respondió y siguió conversando con Layla.

Me sorprendió el cambio.

—Está más... conversador esta vez.

—Sí. Avanzó mucho desde que te vio.

Bufé.

—¡Por favor! ¿No te diste cuenta que sigo siendo un cero a la izquierda para él?

Brayden no dijo nada.

—Okay... La razón por la que quise acompañarte es porque quiero hablar contigo.

—Dime, soy todo oídos —dijo abriendo la puerta del edificio.

—¿A qué están jugando?

—¿A quiénes te refieres?

—A los Bates —respondí tratando de no perder la paciencia.

—¡Oh!

—¿Oh? —exclamé indignada.

—Te diste cuenta —murmuró con una sonrisa que reconocía que no se me iba a escapar esa treta.

Continuó—: El psiquiatra le dijo a Nate que era hora de convivir contigo.

—¿Para qué? ¿Está claro que lo nuestro se acabó?

David así lo dijo, y él no revelaba nada a los medios si Nate no daba la autorización.

Me dolió decirlo, aunque no era cierto oficialmente.

Nate sencillamente me había hecho a un lado.

—Creo que no sabes por qué Nate se ha portado así contigo.

—No. No hemos hablado de eso —concordé.

Nunca le pregunté porque no quería que me dijera que él ya había dejado de quererme. A pesar de que me lo demostraba constantemente con su rechazo.

—¿Recuerdas que no sabía cómo le había hecho *ella* para hacerle creer que estaba contigo?

—Sí.

—Me enteré por mi padre que *ella* usó tu perfume y se llamó Alexandra todo el tiempo. La droga hizo que Nate estuviera brincando entre *ella* y tú. Ya no sabía quién era real.

—¡Dios! ¡Esa tipa está loca! —exclamé asqueada.

Por fin entendía por qué David me había ordenado que me deshiciera de todos mis perfumes.

Recordé que algo parecido me sucedió cuando comí los chocolates de nuevo. No distinguí entre ambos hermanos, y realidades.

—Ese día que lo encontraron te rechazó porque tu aroma bloqueó su mente y lo llevó a esos momentos en que ella... bueno, ya sabes... se lo cogía.

“No veía tu rostro, sino el de ella.

“Te siguió rechazando porque le recordabas todo lo que *ella* le hizo.

Fruncí el ceño cuando el asco revolvió más mi estómago.

—El psiquiatra quiere que su mente te vea a ti, y no a ella.

—¡Oh! —exclamé con mi mano presionando el estómago para apagar el fuego que lo enfermaba.

—Todo esto es para que vuelva a sentirse cómodo a tu lado, chiquilla —dijo Bray en lo que colocaba su mano en mi hombro en señal de apoyo.

—Así que no hay mudanza.

—Ah, no, sí la hay. Sí vamos a vender esa casa, pero no se necesitan tres personas para eso. O eso creíamos porque mi mamá sí que es lenta para acomodar las cosas en las cajas.

—Me hubieran dicho todo esto desde un principio. No hubiera huido de él como una loca hace ocho días.

—No creímos que estuvieras tan... lastimada —se recargó en el auto. Creo que se dio cuenta que

nuestra conversación iba a extenderse—. Lo preocupaste.

Levanté la mirada de inmediato.

—¿Sí

Brayden asintió junto con una tímida sonrisa.

—Creo que ese fue su primer campanazo de que te estaba lastimando.

—¿Y qué tan reacio estaba por venir? —pregunté.

—Un poco. Tiene miedo de que algo en tu casa lo haga recaer.

—No hay nada. Tiré todos mis perfumes, solo me quedé con uno que me regaló Evelyn la última vez que fui.

“David me pidió, bueno, en realidad me ordenó que los tirara todos.

—Entonces no tendrás problemas.

—No lo creo. Aun no me dirige la palabra.

—Dale...

Le advertí con mis gestos que no terminara la dichosa frasecita.

Rió calladamente.

—Okay —dijo en lo que veía su reloj—. Es hora de irme.

—¿A qué hora vendrán por él?

—No lo sé —respondió Brayden abriendo la puerta del auto y subió—. Te envió un mensaje, ¿okay?

—Okay.

—Disfrútalo —dijo con una sonrisa sarcástica antes de cerrar la puerta.

Regresé al departamento.

Layla y Nate veían televisión juntos.

—¿Va a venir David por ti? —pregunté a Layla. Aunque Nate volteó a verme, creyendo que la pregunta era para él.

—No —se puso de pie apresurada y fue a su cuarto por su bolso.

Creo que se le había olvidado que habían quedado de verse en su casa.

Se despidió de Nate.

—No vengo hasta mañana —murmuró antes de cerrar la puerta.

Asentí dando por entendido su aviso.

Suspiré tan pesadamente que Nate volteó a verme.

—¿Gustas algo de tomar?

Negó con la cabeza.

Y volvimos al silencio y respuestas con gestos.

Me eché en el sillón de a lado y perdí mi mente en la nada. Nate mareó la televisión por un buen rato y la apagó. Se puso de pie y fue a acostarse al sillón frente a mí, que era el más largo. Me miró en silencio.

Le soporté la mirada lo más que pude.

Era extraño pero a pesar de su mirada inquisitiva, me sentía relajada por primera vez en mucho tiempo.

Creo que él también porque sus ojos se cerraron paulatinamente hasta que se quedó dormido.

Lo miré un rato. Estaba afeitado, tenía el cabello más corto pero igual de despeinado que la última vez. Ya no tenía ojeras, lo que quería decir que ya dormía mejor. Traía una playera azul marino con cuello en V y jeans azul petróleo que le sentaban bien.

Suspiré consternadamente al reconocer que amaría a ese hombre por siempre. Mi corazón jamás iba a sanar porque siempre sufriría su lejanía.

Decidí ya no incomodarlo y lo dejé dormir.

Fui a mi cuarto para pensar qué hacer durante el día para que no se nos hiciera pesada la compañía

del otro. Por suerte, encontré mi juego de Scrabble, y fue como una idea caída del cielo, porque el juego podría romper el hielo entre los dos como lo hizo la primera vez.

Lo llevé al comedor y luego fui a la cocina a preparar botanas.

Regresé al sillón, tomé mi libro del momento y me puse a leer.

Esperaría a que despertara.

Pero tardó bastante, durmió casi tres horas.

Abrió los ojos cuando ya había dejado el libro a un lado y estaba viendo una película.

—¿Cuánto dormí? —preguntó sentándose aún somnoliento. Sus lindos ojos miraron todo alrededor.

—¡Hablas! —bromeé sin pensarlo.

Sonrió a medias.

—Dormiste casi tres horas. ¿Quieres algo de comer o beber?

—Un poco de agua estaría bien.

Fui a la cocina a cumplir su petición.

—Gracias —dijo y bebió de inmediato.

Se sentó bien y se estiró. Todos sus huesitos tronaron, quejándose por haberlos despertado. Se veía que había disfrutado esa pequeña siesta.

—¿Quieres jugar Scrabble? —sugerí al tiempo que me ponía de pie y apagaba la tele.

Asintió siguiéndome.

—¿Estabas segura de que no iba a rechazar una partida?

—Nunca lo has hecho, ¿por qué lo empezarías a hacer?... Aunque es tiempo perdido porque siempre me ganas.

—Pero no me lo haces tan fácil —comentó en lo que se sentaba y preparaba el tablero.

—Okay —dije abriendo mi lata de refresco, luego abrí la bolsa de papas—. Kwyjibo es legal.

—¿Desde cuándo? —preguntó curioso.

—Desde que me di cuenta que es muy difícil formar esa palabra. Además da muchos puntos. La palabra en si te da ¡26 puntos! Deberían hacerla oficial.

Rió.

¡Fue maravilloso escucharlo! Sentí maripositas en mi estómago revoloteando cuando lo vi... feliz. Y, por consiguiente, lo fui también.

Jugamos.

Fue como volver a ese día que nos conocimos, pero mejor porque ya no lo veía como mi actor favorito, y él no me veía como una posible admiradora. Bromeamos mientras comíamos y bebíamos. Aun no se atrevía a tocarme pero no importaba. Habíamos dado un paso de liebre.

Jugamos tantas partidas hasta que nuestros estómagos nos exigieron comida de verdad.

Interrumpí la partida para pedir comida.

—¿China o pizza?

Escogió pizza, la cual pedí rápido para regresar a jugar con él.

De pronto, de la nada, le gané.

—¡No puedo creerlo! ¿En serio te gané? —le pregunté realmente sorprendida.

—Siempre hay una primera vez.

—Sí, pero tuve que jugar como cincuenta partidas desde que te conozco para ganarte una sola vez.

Sonrió.

Sí, me regaló esa sonrisa honesta, la que era exclusiva para mí, y que se transformó en traviesa en segundos.

—¿Hiciste trampa?... ¿Me dejaste ganar? —le acusé poniéndome de pie.

El timbre sonó mientras que Nate no dejaba de reír entre dientes. Me arrojé a él instintivamente para hacerle cosquillas. Para que tuviera una razón verdadera para reír.

Brincó por mi espontaneidad pero no me rechazó, por el contrario, sujetó mis manos lo suficiente para que la incomodidad creciera entre nosotros.

—Ya vuelvo —le dije soltándome. El timbre no dejaba de sonar.

Estaba temblando de emoción mientras bajaba las escaleras para recibir la pizza.

Un rayo de luz se dirigía directo a mi corazón, prometiéndole que pronto sería curado.

Cuando regresé, caché a Nate chismeando en mi iPod que había dejado sobre el comedor la noche anterior.

—Mmm, huele delicioso, ¿no? —le comenté emocionada.

Ignoré que estaba creando un playlist. No alcancé a ver como lo nombró.

—Sí —respondió poniendo mi iPod delicadamente sobre la mesa.

En eso sonó mi celular.

No corrí a revisarlo porque supuse que era el mensaje de Brayden.

—¿Te molestaría quedarte? —inquirí frunciendo el rostro en espera de una respuesta negativa.

—¿No han terminado?

—No.

—Okay, me quedo —dijo como si nada.

Respondí rápido el mensaje. Agregándole que todo estaba bien y que no se preocupara por su hermano.

Comimos la pizza en silencio. Lamenté que volviera a meterse en su caparazón de nuevo, pero convine que no tenía que pedirle demasiado.

Vimos una película. Comentamos la trama de vez en tanto y, cuando terminó, buscó otra cosa que ver.

—¡Espera!

Mi grito lo asustó tanto que soltó el control.

Reí.

—Lo siento, regresa el canal, por favor.

Era una película de Nate.

—¡Wow! No te parece súper atractivo ese actor. ¿Cómo le hizo para salirse de la pantalla para estar a mi lado? —dije sin pensarlo.

Por supuesto refiriéndome a él. Incluso miré a ambos por turnos, sin dar crédito a lo que veía.

Fue una broma muy tonta, en realidad. Y a Nate tampoco le pareció graciosa. Apagó el televisor y aventó el control a la mesa mientras se ponía de pie disgustado.

—Es mejor que me vaya a dormir —dijo.

Entonces caí en cuenta de lo qué pensó. Para él, me había comportado como una estúpida fan.

—Lo siento, Nate... ¡Se me olvidó! —le dije en lo que brincaba entre los sillones para alcanzarlo.

Caí de bruces cuando un pie se me atoró en el respaldo del último sillón.

—¿Estás bien? —preguntó revisando que no estuviera sangrando o me hubiere roto algo. Me ayudó a levantar.

—Por favor, perdoname —dije olvidándome del trancazo que me di, y que dolía horrores.

Nuestras miradas se engancharon fácilmente. Estábamos tan cerca que quería besarlo, pero deduje que él tenía que ser el que lo iniciara. No quería presionarlo con algo para lo que tal vez aún no estaba listo, o no deseaba.

Ya había metido la pata con la bromita.

—Olvidalo —dijo—. ¿Dónde voy a dormir?

—En mi cuarto, si te parece.

—¿Y tú?

—En el cuarto de Layla... ¿o quieres cambiar?

—No, tu cuarto está bien —dijo aceptando la distribución de camas con una sonrisa resignada. No porque dormiríamos separados, sino porque de seguro creía que algo podría hacerlo recaer.

Se dirigió a mi cuarto.

Fui al baño y saqué un cepillo de dientes nuevo. Cuando regresé, ya se había quitado la playera.

—Aquí tienes. Ya sabes dónde está el baño... De hecho, siéntete como en tu casa —le di el cepillo tratando de no mirar su cuerpo.

Lo tomó dándome las gracias y las buenas noches.

Yo aún no tenía sueño, así que regresé a ver televisión.

—Eres una increíble y completamente estúpida... Todo iba tan bien —me amonesté en un murmullo.

Vi la televisión sola hasta medianoche. No dejé de recriminarme lo estúpida que fui. Le había asegurado a Brayden que me había desecho de todo aquello que a Nate le pudiera recordar a ella, excepto mi gran bocota.

Decidí ir a dormir. Ya no podía arreglar nada.

Caminé calladamente para no despertar a Nate, la duela del pasillo solía rechinar inesperadamente. Cuando llegué a mi cuarto, escuché unos gemidos muy tímidos.

Abrí la puerta con extremo cuidado. La luz del pasillo alcanzó a alumbrar un poco adentro.

Nate se quejaba de algo.

¿Acaso tenía una pesadilla?

Entré y no se despertó, lo que quería decir que estaba perdidamente dormido. Decidí prender la lámpara para verlo, quizás sus gestos podrían decirme qué tipo de sueño estaba teniendo.

No se despertó, pero sus gestos se fruncían como si le dieran constantes escalofríos. Me senté a su lado y tomé su mano, a lo mejor sintiendo que alguien lo apoyaba, su sueño cambiaría a algo mejor.

Pero no lo hizo.

Decidí despertarlo.

—Nate —le llamé tímidamente.

No despertó.

—Nate, despierta —volví a llamarlo pero ahora sacudiendo un poco su mano.

Nada.

Me puse de pie y decidí dejarlo. No quería despertarlo agresivamente porque si no lo iba a traumar más de lo que ya estaba.

Me incliné a apagar la lámpara y vi de reojo que abrió los ojos con trabajos.

—Perdón por despertarte, pero estabas teniendo una pesadilla.

Se acomodó en la cama boca arriba, tragó saliva varias veces y se restregó los ojos.

—Sí, tenía una —dijo con trabajos.

—¿Qué soñabas?

—A ti.

—¡Oh! —exclamé dolida.

No solo lo lastimaba despierto, también lo hacía en sus sueños.

—No podía ver tu rostro —confesó.

Le hice gestos de que no entendía.

—No he podido verlo desde... ya sabes —se irguió hasta quedar sentado.

Escondió la mirada.

Me senté a su lado y le tomé la mano, se sobresaltó pero no la retiró. Le hice compañía en silencio.

Y mientras veía nuestras manos tensamente unidas y temblando un poco, vino a mí el recuerdo de ese sueño de Miguel Ángel.

Rápido entendí que fue mi subconsciente quien me estaba preparando para ese momento, pues sabía que Nate no iba a salir completamente cuerdo del rapto.

—¿Te gustaría saber ahora porque creo que Miguel Ángel hizo un buen trabajo contigo?

Levantó la mirada para verme súbitamente curioso. Asintió, y yo suspiré sonriendo.

—Una noche vino Miguel Ángel a mí en un sueño...

—¿Sueñas con artistas renacentistas? —preguntó risorio.

—Sí, tengo sueños raros.

—¿Pero Miguel Ángel? ¿Por qué no Da Vinci o Rembrandt?

—No lo sé. Eso deberás preguntárselo a él... Por cierto, Rembrandt no es renacentista sino barroco.

Rió entre dientes.

—Supongo que soñé con él porque me gustan sus estatuas. Despiden un halo de vida —murmuré casi solo para mí—. ¡Cómo sea! Vino a mí en mi sueño y me dijo: —He decidido crear al hombre de tus sueños. ¿Cuáles son tus preferencias?

“Estaba asombrada, primero por verlo en mi sueño y, segundo, por el ofrecimiento que me hizo que, por supuesto, no podía rechazar.

—¿Y cómo era? —me interrumpió con curiosidad infantil.

—¿Cómo era? ¡No! ¡Cómo es! —Nate apenas sonrió. Seguí—. Mi hombre ideal es guapísimo a más no poder... Ojos azules, labios besables —sonrió—, un rostro angelical, y tiene un cuerpo que quiero acariciar y besar en cuanto lo veo desnudo.

“Físicamente quita el respiro.

—¿En serio?

—Sí. Pero así como es hermoso por fuera, lo es también por dentro —aproveché mi pausa para suspirar—. Ojala los demás pudieran verlo a través de mis ojos. Porque verían a un hombre tímido que se sonroja con un alago. A un hombre protector que sabe cómo desaparecer todo lo malo del mundo. A un hombre fraternal que todo aquel que lo estime hará lo posible para verlo a salvo. A un hombre apasionado que puede ofrecerte un orgasmo cósmico con solo un beso. A un hombre comprensivo que regresa a mí, a pesar de todas mis estupideces.

“Puedo seguir infinitamente, y nunca terminaré de describir su perfección como ser humano.

Guardé silencio cuando su mirada se hizo más profunda. Quería decirme algo pero tenía las palabras atoradas en alguna parte dentro de él. Bajé la mirada en el justo momento en que algo lo impulsó a abrazarme. Lógicamente le correspondí.

Sus labios, que rozaban mi cuello tímidamente, se movieron lentamente hasta llegar a mi mejilla en donde apresuraron el deseado camino a mis labios.

Nos perdimos en un añorado beso que fue igual de perfecto que el primero que tuvimos.

El momento fue tan maravilloso, como si viera una estrella por primera vez. Inexplicable y hermosamente seductora. Incluso estaba presente esa incredulidad de saber que algo tan perfecto pudiera existir.

Me asusté un poco cuando me dolió el corazón. Pero pronto me di cuenta de que era un dolor bueno, si es que puede existir. Todas las piezas que se habían fracturado estaban regresando a su lugar, y su beso sellaba esa ruptura sin dejar marca atrás.

Por instinto, me impulsé para sentarme sobre él a horcajadas. Cientos de escalofríos me recorrieron de pies a cabeza cuando sus manos me ayudaron tomando mi cintura por debajo de la playera de la piyama.

Ambos queríamos que ese beso perdurara bastante.

Enterré mis dedos entre su cabello, atrayéndolo más a mí. Pero de pronto retiró sus labios y bajó la cabeza hasta que su frente descansó en mi pecho agitado.

Le negó a mi corazón latir de nuevo.

Sabía qué pasaba. Ella había invadido su mente de nuevo.

Levanté su rostro delicadamente para que estuviera atento al momento en que mi corazón tomaría el control de todo.

—Miguel Ángel fue a trabajar. No tienes idea de las horas que esperé, caminando de un lado a otro, desesperada.

“Finalmente regresó, todo lleno de polvo blanco, y me dijo: —He terminado. Es hora de que des el visto bueno.

“Caminé detrás de él tan nerviosa que apenas si podía mantenerme de pie, y entonces... te vi.

Nate se sonrojó y no sabía si sonreír o bajar la mirada.

—Mi corazón se aceleró al verte como nunca lo ha hecho con nadie más... Pero algo no estaba bien.

No tenías vida.

Estaba confundido y no lo ocultó.

—Lógicamente me puse como loca, pero Miguel Ángel me tranquilizó diciéndome que las palabras correctas te darían vida, y que solo yo las conocía.

—¿Qué palabras?

Acaricié su mejilla delicadamente.

—Te amo.

Nate se estremeció y me besó tan angustiosamente tras escuchar a mi corazón. Sentí que me pedía perdón por muchas cosas de las que él no tuvo la culpa.

No quería que siguiera sintiéndose mal, porque yo no lo culpaba de nada. Y se lo hice saber con mi beso cálido y lento.

Me separé de él un segundo y volví a decirle *te amo* y su respuesta fue diferente. Más cariñoso.

No tardó en dejarse caer hacia atrás, cortando nuestro beso por un momento. Sus manos descansaron sobre mis piernas dubitativamente en lo que me decía con su mirada que me inclinara para seguir besándolo. Iba a hacerlo, pero antes acaricié su pecho y bajé lentamente hasta su abdomen. Detuvo mi mano y se irguió asustado. Su tremor me dijo que no estaba seguro de tomar el camino que nos llevaría a entregarnos recíprocamente.

—Tranquilo, tú tienes el control de cuándo sucederá —le dije acariciando su mejilla amorosamente—. Estaré aquí, a tu lado... apoyándote, amándote y esperándote todo el tiempo que quieras.

—Pero te vas a Madrid en unos días —dijo bajando un poco la mirada.

—No. No mientras me necesites.

—Siempre te voy a necesitar —murmuró tomando mi rostro entre sus manos, acercó sus labios para besarme de nuevo.

—Entonces jamás me iré —le aseguré antes de que nos uniéramos de nuevo en un beso que era la representación pura de nuestros sentimientos por el otro.

Volvió a dejarse caer, pero esta vez me jaló y me rodó para quedar encima de mí. No paramos de besarnos hasta que nos cansamos.

Me acosté a su lado para dormir en nuestra posición acostumbrada. Él se durmió a minutos de que inicié mi caricia, yo todavía me quedé un rato vigilando su sueño; que no tuviera otra pesadilla. Pero después de una hora, su dormir era tan apacible como lo fue en el pasado. Seguramente nuestra muy exclusiva forma de dormir juntos le aseguró que *yo* era la que estaba a su lado. Su novia verdadera y no *ella*, la usurpadora.

Solo entonces apagué la lámpara y cerré los ojos.

Soñé que estaba en una planicie cubierta de nieve y yo solo vestía mi pijama de changuitos. Mi cabello se movía para todos lados con el viento helado.

Tenía frente a mí toda la tristeza que padecí en los últimos meses: fría e inclemente.

Temí ser devorada por ella de nuevo. Pero entonces sentí un cosquilleo que recorrió mi brazo paulatinamente, lo levanté para ver la línea invisible que recorría esa sensación. Una luz cálida me radió, alejando ese clima agreste de mí. Después reconocí una ardiente caricia en mi rostro que me llevó a abrir los ojos. Rogué que Nate estuviera a mi lado, que su presencia no fuere un sueño.

Mi ruego fue complacido.

Nate me veía en silencio, no detuvo su caricia únicamente porque logró despertarme.

—¿Dormiste bien? —pregunté en un murmullo. Mi voz no terminaba de despertar.

Asintió.

Sonreí algo somnolienta.

—Por fin pude ver tu rostro —reveló serio, luego me dio un beso en la frente muy devotamente y se perdió en mis ojos—. Gracias por encontrarme dentro de esa maldita oscuridad que aún me tenía secuestrado.

Quería decirle que no tenía por qué agradecer, no después de que estuve a punto de dejarlo atrás, pero su caricia retenía mi voz.

Miró mis labios un momento que le llamaban ansiosamente, pero los ignoró para concentrarse en mis ojos de nuevo.

—Te amo, Alexa —dijo serio. Radié felicidad por órdenes de mi corazón—. Te amo, te amo, te amo... —siguió diciendo muy feliz hasta que me besó con tal sentimiento que no quedó lugar a dudas de que había regresado a mí.

Nate no se mudó enseguida a su nuevo departamento. Aun no estaba listo para vivir solo.

Brayden y yo tuvimos que amueblar el lugar con nuevos muebles, por lo menos en el cuarto de Nate. Todo lo que fue su lugar de descanso fue dado a la caridad o tirado a la basura, incluso su ropa. Su mamá así lo dispuso. No quería que nada de lo que fue tocado por Laura estuviera cerca de su hijo.

Finalmente, tras tres meses después de haber retomado nuestra relación, Brayden y yo logramos que el lugar estuviera cómodo para él. Lo único que sí lamenté de todo ese cambio fue que ya no vería a mi amigo el edredón, lo iba a extrañar.

Durante ese tiempo de decoración y mudanza, Nate se quedó en casa de sus padres entre semana y los fines conmigo. Aun iba a terapia.

No salía solo a la calle. De hecho, su perfil fue tan bajo que muchos en el medio, incluyendo los paparazzi, pensaron que ya no iba a seguir actuando tras lo que le sucedió. Yo también lo llegué a pensar. Aunque no me importó porque Nate tenía una carrera antes de ser actor. Podría regresar a ella, si así lo quisiera. O podría convertirse en chef. No importaba su vocación, solo quería verlo feliz.

Solo fue hasta que el psiquiatra le preguntó cuáles eran sus planes a futuro, decidió que quería seguir actuando. Entonces ambos comenzaron a trabajar para que él volviera a retomar su carrera. Que volviera a tener confianza con lo que traía ser actor: la peligrosa fama... las fans.

De acuerdo al psiquiatra, Nate tenía que volver al ruedo poco a poco.

En tan solo días, y siguiendo el plan, David le consiguió un personaje secundario en otra obra de teatro.

Por supuesto el director lo quería para el papel principal. Quería aprovechar todo ese aire de misticismo que Nate tenía ahora por su mutismo en relación a lo que le pasó. Pero su amigo concordó con el psiquiatra en que no era bueno aventarlo a la piscina de un solo empujón, y se mantuvo firme en que le dieran el personaje secundario.

Nate no iba solo a los ensayos, como estaba libre de la universidad, pero ya tenía entrevistas de trabajo, me las arreglé para llevarlo y esperarlo en una butaca leyendo sin estorbar. De vez en tanto, volteaba a verlo cuando su mirada me exigía apoyo. Le sonreía amorosamente y volvía a lo suyo.

Durante la época de ensayos terminé cerca de cinco libros.

Y cuando ya fueron las funciones, iba a dejarlo al teatro en la tarde y después lo recogía tras la función. De vez en tanto se le acercaba alguna fan pero yo me encargaba de que su convivio no durara mucho. El toqueteo y los besitos estaban prohibidos.

Me convertí en algo así como su celosa guardaespaldas.

Por supuesto no tenía planeado ser la novia posesiva toda la vida, solo hasta que él recobrarla la confianza de estar rodeado de fans.

Laura había dañado mucho a Nate. Incluso meses después, seguía en nuestras vidas. Ojala pudiéramos olvidarla para siempre.

Los Bates no levantaron cargos contra ella, pero como había sido un secuestro, por ley se perseguía de oficio. El fiscal y el abogado defensor hicieron un trato en donde ella no pisaría la cárcel, pero tendría que asistir a una institución en donde pudieran tratar su... "desvarió".

Por supuesto, tenía una orden de restricción: ya no podía hablar o acercarse a Nate... jamás. Incluso se le tenía prohibido hablar o escribir acerca de lo que hizo. Comerciar con el secuestro. De lo contrario, entonces si se levantarían cargos por acoso que, dado su antecedente, la mandarían directo a la cárcel.

El abogado de David era muy bueno.

Éramos felices, a pesar de que aun teníamos un largo camino por delante para regresar a la

normalidad. Redescubríamos diariamente, con una mirada tímida o una sonrisa traviesa, lo que era ser amado por el otro.

Fue un sábado cuando por fin estrenó su nuevo departamento. Nate hizo una reunión con amigos cercanos y su familia para festejar su nuevo inicio. Harry no pudo asistir por obvias razones. Su agenda del día era organizada con semanas de anticipación, y la reunión había sido propuesta durante la semana previa a la mudanza.

El departamento de Nate estaba en el segundo piso de una casa georgiana convertida en dos departamentos, y era lo bastante grande para reuniones.

Hubo un momento durante la reunión en que tomé un descanso de estar atendiendo a los invitados. Nate conversaba con Kathleen. Los dos se conocían desde hace mucho y se llevaban muy bien.

Los miré desde la sala, sentada en el respaldo de un sillón, mientras bebía mi Beck's lentamente.

—¿Celos? —me preguntó Brayden sentándose junto a mí. Bebió de su cerveza Guinness.

—No. Estoy feliz por ver a tu hermano sonriendo.

Brayden volteó a verlo. Era tan amena la plática que tenía con Kathleen que sonreía y reía mucho, mientras que ella parecía platicarle algo que no daba crédito.

—¿Tienes celos? —le regresé su pregunta.

—No. Confío en ella... No le digas a Nate que te dije esto, pero sí tenía razón. No sabía escoger a mis "novias". ¡Ah, cómo odio que siempre tenga razón! —me dijo inclinándose a mí un poco como si me estuviera secreteando.

A veces me sorprendía que una loca y un Príncipe unieron a los hermanos después de que yo los había separado más.

—Tal vez la hubieras conocido mucho antes, si no te hubieras emberrinchado —le comenté antes de tomar de mi cerveza.

—¿De Lisa?

—De todas.

Lisa no solo había perdido su oportunidad con Brayden por su obsesión con Nate, sino también había perdido la amistad de Layla. Lisa había desaparecido durante el secuestro de Nate porque sabía que sospecharían de ella. Nos enteramos por Ivy que en esos días Lisa estaba pensando presentarse en la puerta de Nate para ofrecérselo. Había conseguido la dirección del celular de Brayden después de haberse acostado con él.

Brayden sonrió irónico.

—Definitivamente Harry tiene mi voto... ¡Claro!, si se pusiera en votación quién debería ocupar el trono.

—Díselo, y organizamos una usurpación de trono —bromeé.

Brayden rió sin despegar la vista de su novia que volteó a verlo y le guiñó el ojo coquetamente.

—La traes loquita —le comenté.

—Eso espero, porque tengo con ella esa "conexión" de la que me hablaste —respondió e hizo un silencio que aún nos tenía contemplando a nuestras parejas.

La relación entre los hermanos por fin era buena. A veces discutían por cosas sin importancia, como todos los hermanos lo hacen, pero al menos ya no era por mujeres.

—¿Qué le parece el departamento? —preguntó Brayden después de un suspiro.

Se puso de pie para quedar frente a mí.

—Dice que se siente raro, pero supongo que es porque es un lugar nuevo y hay muchas cosas que él no escogió.

—Me reclamó del edredón.

Brayden me miró muy suspicaz.

—Okay, okay. Ese es un reclamo mío.

—Ya se acostumbrará —comentó—. Por cierto, ¿te comentó que aceptó hacer una película?

—¡No!... ¿Cuál? —pregunté curiosa.

—Adiós...

—¡Berlín! —le interrumpí sorprendida.

Asintió.

—Se va ver súper bien con uniforme de la SS —comenté antes de beber de mi cerveza.

Brayden se carcajeó, y fue tan escandaloso que Nate y su novia voltearon a vernos.

—¿De qué ríen? —nos preguntó Kathleen.

—Lexy tiene un fetichismo por los soldados alemanes.

—¿Disculpa? —dijo ella sorprendida por el comentario.

Ambos se acercaron a nosotros. Kathleen buscó el abrazo de Brayden que no lo rechazó, por el contrario, lo remató dándole un beso en la sien, muy cariñoso.

—No por los alemanes, solo por un guapísimo inglés que va a usar un uniforme diseñado por Hugo Boss —respondí mirando a Nate coquetamente.

Nate rió entre dientes avergonzado.

—Hermano, vas a tener mucho sexo cuando hagas la película —le comentó Brayden burlonamente, antes de tomar de su cerveza.

—¡Bray! —le reprendió su novia.

No vi la reacción de Nate pero yo solo apreté una sonrisa frustrada. Aun no solucionábamos el problema de cama.

—¡Yo qué! Ustedes son las que tienen un fetichismo por los hombres con uniforme... ¿O acaso tu no...? —siguió exponiendo Brayden su punto de vista con Kathleen.

—Me vas a acompañar, ¿verdad? —me preguntó Nate sentándose junto a mí, en lo que Kathleen seguía debatiendo a Brayden su comentario.

—¿A dónde?

—A la filmación.

—Sí. Hablaré con mi jefa para trabajar remotamente, y tendré que llevar un montón de libros pero sí.

Nate sonrió feliz y me abrazó.

—No tienes idea de cuánto te amo, hermosa —murmuró besando mi cabeza amorosamente.

—Yo también te amo, guapo —le dije abrazándolo por su cintura y levantando mis labios para que mejor me besara ahí.

La reunión siguió. Nate se sintió tan bien acompañado que lamentó que todos se fueran mucho antes de medianoche.

—¿Me quedó o me voy? —pregunté a Nate cuando sus padres se marcharon al último.

—¿Te quedas o te vas? ¿Qué pregunta es esa? —inquirió sarcástico—. ¡Vives aquí, ¿no?! —agregó yendo a la sala.

—No, yo vivo en... —callé cuando entendí su indirecta. Le seguí el juego—. ¿En serio vivo aquí?

—Sí —respondió como si nada, mientras recogía algunos vasos de la mesa de centro de la sala.

—¡Vaya! Tienes una manera tan futurista para pedirle a una mujer que sea tu novia y para que se mude contigo.

Nate rió y fue al comedor.

—¿Por qué crees que dejé que decoraras el departamento? ¡Eso debió decirte que quería que vivieras conmigo! —dijo, dejando los vasos en el comedor.

—¡Uy, que romántico eres! —le exclamé aun sarcástica.

—¿Quieres que sea romántico?... ¡Bien!

Vino a mí a toda velocidad y me cargó.

No tuvo que bajarme para subir escaleras, ¡porque no había! Lo que hizo su amenaza más sexy.

Nada lo detuvo hasta el cuarto, en donde prácticamente me aventó a la cama. Se quitó la playera y se arrojó a mí para desnudarme.

Me besó como si fuera el último día de la tierra y esa sería la última vez que estuviera conmigo. Sin embargo, no hicimos el amor, solo me besuqueó no sé por cuánto tiempo.

A pesar de todo, sí fue romántico. Sus tiernas caricias y besos compensaron el que aún no se sintiera cómodo con hacerme el amor.

Cuando se cansó de besarme, me atrajo a él en un cálido abrazo que me hizo sentir tan amada. Aun me sorprendía como su toque seguía alcoholizándome como la primera vez.

Nos quedamos dormidos abrazados y completamente desnudos.

Desperté sintiendo un poco de frío. Nate no estaba a mi lado.

—¡Nate!... ¡Amor, regresa a la cama! —le grité aun adormilada, me enderecé un poco para estar alerta a su respuesta.

Nate se despertaba a veces antes del amanecer sin razón aparente. Por supuesto yo sabía quién era la “razón”. Afortunadamente, sus terrores disminuían más con el paso del tiempo.

El psiquiatra estaba muy optimista con cada avance de Nate. Decía que para fines de año, sería dado de alta y ya volvería a ser el mismo, al menos con la gente cercana a él.

Nate me comentó que le dijo al psiquiatra que jamás volvería a ser tan confiado con sus fans. Que aceptaría todo lo que le dieran por consideración, pero todo iría directamente al bote de la basura.

No traté de hacerlo cambiar de opinión, porque yo también fui una víctima e igualmente sentía desconfianza por cada regalito que le daban.

Los justos pagarían por los pecadores.

Tras que no escuché su respuesta, me dejé caer de nuevo en la almohada. Seguramente había salido a correr a Hyde Park.

¿Por qué tengo tanto frío?

Respondí mi pregunta cuando jalé el edredón para cubrirme. Estaba desnuda.

Pensé en ti, esperándome desnuda en mi cama, llegó su fantasía a mí por arte de magia.

Me estiré completamente debajo del edredón para despertarme. Quería prepararme para hacerle realidad su fantasía.

Peiné mi cabello con los dedos, mordisqueé mis labios para hacerlos más rojos y apetecibles y me acomodé de tal manera para que cuando se acercara a mí, descubriera sorprendentemente mi desnudez. Incluso puse un preservativo a la mano dentro del cajón para no perder tiempo en estar buscándolo.

Tenía la sospecha de que esta vez si iba a ver acción.

Sonreí traviesa por como me estaba comportando. Yo no era precisamente el tipo de novia que cumple fantasías, pero Nate despertaba en mí ese lado juguetón con tal facilidad.

Esperé.

Nada.

Me dio frío y me cubrí más.

Volví a esperar.

Nada.

Después de tanta espera, me quedé dormida.

Descansé plácidamente. La tristeza, el sentirme vacía y sin esperanzas de volver a amar a alguien como a él, estaban ya en el pasado.

—Despierta, amor —escuché un cálido susurro en mi oído.

Sentí que unas manos ardientes rodearon mi cintura.

Desperté en el justo momento en que sentí un beso ansioso en mi cuello. Reconocí el incendio que

esos labios siempre dejaban a su paso.

—Tardaste en regresar —murmuré a Nate en lo que me volteaba con trabajos para estar frente a frente.

Sonrió deleitado porque le dije con pocas palabras que quise cumplirle su fantasía.

Lo besé, y finalmente me amó de una manera tan maravillosamente real, que no me quedó lugar a dudas de que él era mío, como yo siempre sería suya.

Nate+Alexa juntos para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a mi maravilloso, y por el momento pequeñito *Team* (Evelyn, Becky y Yazmin), que me han apoyado no solo con este libro, sino también con los otros del género paranormal. Espero que sigan a mi lado por muchos libros más, recomendando mis historias a cuanto nuevo lector se dejé encantar.

A los escritores con los que he tenido contacto vía Facebook y Twitter. Espero que sigamos apoyándonos unos a otros.

Y, como siempre, a mi familia que siempre me echa porras con cada nuevo libro. Algún día sus buenos deseos se cumplirán.

Y finalmente a ti, mi querido lector, que te atreviste a seguirme en esta nueva aventura de historias contemporáneas. En verdad espero que hayas pasado un momento agradable a lado de Alexandra y Nathan.

Gracias a todos.

OTROS TÍTULOS DISPONIBLES

Si te gustó *Encuéntrame*, tal vez también te gusten mis historias de romance paranormal:

Trilogía El Despertar

El Despertar
El Renacimiento
La Restauración

Bilogía El Recolector

Fuera de la vida
Revelaciones

Suscríbete a mi **newsletter**, o forma parte de mi **Team** para recibir información, promociones y más relacionado con mis historias contemporáneas.

Sitio oficial

<http://www.yunnuengonzalez.co.nr>

Twitter

<http://twitter.com/YunnuenGonzalez>

Facebook

<https://www.facebook.com/pages/Yunnuen-Gonzalez/299049653498228>

Goodreads

<https://www.goodreads.com/YunnuenGonzalez>